



PEDRO MIGUEL LAMET

Pablo de Tarso

EL RESPLANDOR
DE
AMASCO

El apóstol de las naciones

NOVELA HISTÓRICA

Índice

1. Arde Roma
2. El judío de Tarso
3. El médico amigo
4. Una luz cegadora
5. La vestal violada
6. De Jerusalén a Antioquía
7. *Alea iacta est*
8. El primer gran viaje
Primer viaje
9. Del teatro a la vida
10. Dioses en forma humana
11. Más allá de la ley
12. Fuego en las venas
13. Macedonia, predicar y huir
14. A un dios desconocido
15. La prisión de Cefas
16. La ciudad dionisiaca
17. Ágape y Eros
18. Éfeso, puerta de Asia
Segundo viaje
19. Escrito con sangre
20. «Ni muerte ni vida»
Tercer viaje
21. *Cives romanus sum*
22. Se siembra corrupción
23. La tempestad
Cuarto viaje en cautividad
24. Roma
25. El resplandor

Apéndice. Historicidad, fuentes y controversias
Tabla cronológica indicativa
El Imperio romano y sus provincias en el siglo I

Balnea, vina, venus corrumpunt corpora nostra, sed vitam faciunt balnea, vina, venus.
[Los baños, los vinos, la lujuria corrompen nuestros cuerpos; pero la vida la constituyen
precisamente los baños, los vinos, la lujuria].

INSCRIPCIÓN ENCONTRADA EN UNA TUMBA
DE LA CIUDAD DE CORINTO

Por la envidia y rivalidad mostró Pablo el galardón de la paciencia (...). Después de haber enseñado a todo el mundo la justicia y de haber llegado hasta el límite de Occidente, sufrió el martirio ante los gobernantes; salió así de este mundo y marchó al lugar santo, dejándonos el más alto dechado de perseverancia.

PAPA CLEMENTE ROMANO, SIGLO I

Este [S. Pablo] —dijo don Quijote— fue el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios Nuestro Señor en su tiempo y el mayor defensor suyo que tendrá jamás: caballero andante por la vida y santo a pie quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, a quien sirvieron de escuelas los cielos y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo.

MIGUEL DE CERVANTES,
El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha
(2ª parte, c. 58)

El amor no pasa jamás.
PABLO DE TARSO, 1 Cor. 13,8

Arde Roma

Un grito le sobresaltó. Desde la puerta del vestíbulo, Rufo, el esclavo, chillaba desencajado:

—¡*Dominus*, Roma está ardiendo!

Era una espléndida y calurosa noche del 18 al 19 de junio. El centurión Marco Julio Severo había retrasado su horario habitual de acostarse y sentado en la *sella curulis* alzó los ojos de la lectura, una tragedia de Sófocles, pues era desde joven muy aficionado a la literatura griega, por lo que ni siquiera había advertido los resplandores rojizos que flameaban en el horizonte desde la ventana. Se levantó y corrió a la terraza. No sabría expresar qué sentimiento le arrebató con más fuerza, si la indignación o la belleza del espectáculo. Roma crepitaba a lo lejos convertida en una monumental hoguera y las calles cercanas vomitaban multitudes ululantes, un enorme alud humano desesperado en busca de salida. El fuego, como lengua de dragón, lamía la ciudad devorando todo a su paso mientras comenzaba ya a cabalgar enfurecido por el valle entre las colinas Esquilina y Palatina.

—¡Dicen que empezó hace una hora, en uno de los talleres próximos al Circo Máximo! —aclaró Rufo.

—Pero ¿cómo ha sido? ¡Lo que no puedo entender es por qué nadie me ha avisado antes de esta catástrofe! ¡Menos mal que Livia y los niños están en la villa! Espero que allí no les alcance el fuego.

Julio, que desde hacía un año era el prefecto de *vigiles*, responsable de la seguridad —la policía urbana y los bomberos de Roma—, no se explicaba cómo aún no había tenido noticia oficial del desencadenamiento de aquella tragedia. A los pocos minutos se presentó Fabio, su lugarteniente, con un reducido destacamento.

—Pero ¿cómo has tardado tanto?

—¡Me ha sido imposible llegar antes, centurión! —resopló sudoroso—. El pueblo está enloquecido. Se ha lanzado a la calle en masa, a la desesperada; es un río humano que obstaculiza el paso. La gente se apelotona, grita; las personas caen unas sobre otras, pisotean cadáveres para huir del fuego. Hemos visto niños y ancianos machacados. ¡Algo terrible! ¿Qué hacemos, centurión?

Aunque ostentaba a la sazón la categoría de tribuno y prefecto, sus subordinados le seguían llamando centurión por los tiempos en que se hizo famoso como legionario.

—¿Han llegado las llamas a los *castra praetoria*?

—No lo sabemos, señor.

Julio dio la orden a sus esclavos de preservar los objetos de valor en las despensas del sótano de su casa, y salió al frente de sus soldados hacia los cuarteles del centro de la Urbe. No le fue fácil llegar. El mar de fuego serpeaba sin freno por las retorcidas callejuelas tras la muchedumbre despavorida. Una doble corriente de viento, el Siroco y el Corus, lo alimentaba con ferocidad de norte a sur y de noreste a sureste. El prefecto y sus soldados se protegían con los escudos para poder avanzar arrollando a su vez a la multitud horrorizada. El anfiteatro de madera en construcción era también pasto de las llamas. Los animales de los *vivaria* o reserva rugían, sumados a la tragedia. El centurión no recordaba un incendio de tal magnitud, aunque era consciente de que Roma no dejaba de ser siempre una ciudad construida sobre todo en madera, y que la población de los barrios pobres, llenos de tenderetes y tiendas de grano y paja, cocinaba en hogares abiertos; por tanto, los incendios no eran infrecuentes. Tenía en la memoria dos fuegos anteriores hacía dos y cinco años respectivamente. También que el pequeño destacamento de bomberos a sus órdenes era del todo insuficiente para sofocar flamas de tal magnitud. Pero nada comparable a lo que estaba viviendo en aquel instante. Las *insulae* o edificios de pisos caían incandescentes como tabletas de cera, y sus habitantes se lanzaban al vacío al comprobar que las escaleras se desmoronaban convertidas en teas. Algunos romanos corrían con la túnica envuelta en llamas.

Después de movilizar sus fuerzas por barrios, convocar los soldados de remplazo o *militēs subitarii* y poner los medios a su alcance para sofocar en lo posible el incendio, se dirigió a la *Domus Augustana* o palacio del emperador para recibir órdenes.

—¿Y Nerón?

—¿El emperador? ¡No está, señor! Se encuentra fuera de Roma —le espetó un guardia en la puerta.

Se cuadró ante el general Corbulón que aparecía con armadura y casco en la sala de armas. Ambos subieron las escaleras palaciales y se asomaron al balcón para contemplar desde el Palatino los barrios cercanos, que eran ya un sobrecogedor mar de fuego. La ciudad más grande del mundo conocido, con más de un millón de habitantes, se estaba consumiendo ante sus ojos como una pavesa. Roma bramaba y gemía cual gigantesco animal herido.

¿Por qué? Aquello no parecía un mero accidente. Varias veces había oído decir al rubicundo y seboso Nerón que su sueño era cambiar el caos urbano por la ciudad más bella del mundo. Pero ¿podía alguien fiarse de sus heladores ojos azules? Todo el mundo opinaba que Claudio César Augusto Germánico, más conocido como Nerón, estaba enloqueciendo hasta asesinar incluso a sus familiares más cercanos, mientras desafinaba con su creciente manía de cantar al son de la cítara y componer versos, ataviado de actor. ¿Hasta dónde llegarían sus desatinos?

—¿Quién crees que ha sido, Corbulón?

—¿Quieres que te diga la verdad? —preguntó el general.

—No hace falta. —Julio sonrió—. Los dos la sabemos. Nerón hace dos días discutió con su consejero Ofonio Tigelino sobre la traducción de una obra griega. El emperador opinaba que el drama no debía comenzar diciendo: «Cuando yo muera, que el fuego devore al mundo», sino «Mientras yo viva, el fuego ha de devorar el mundo». No era la primera vez. La fealdad de los edificios de la ciudad ofendía a sus ojos imperiales.

—¿Y dónde anda ahora?

—En el sur, en la costa del Lacio. Oficialmente se ha ido a su pueblo, a Antium. Pero otros aseguran que está escondido en algún lugar cercano para disfrutar y cantar con su cítara la belleza del espectáculo.

Julio organizó como pudo la extinción, aunque sabía que todo era inútil. Las llamas cabalgaban hacia el foro de César y el de Augusto, subían por la colina palatina, mordían ya el templo de Apolo y amenazaban los atrios del palacio de Augusto. Perseguían a las gentes como perros salvajes, pisaban sus talones, mientras se multiplicaban horrorizadas por todas partes entre mulos y caballos desbocados.

El centurión consiguió desviar a algunos de los que huían hacia el Campo de Marte, los jardines de Salustio y el Pincio, aunque la mayoría corría desbocada en busca del río. Cruzaban, convertidos en una amalgama humana, los puentes de madera, mientras las barandas cedían a su paso y muchos se precipitaban al Tíber que era ya un mar de cabezas agitadas debatiéndose por conseguir flotar. Sus aguas enrojecidas del resplandor se dirían estancias del mismo Hades, que se tragaba a cuantos entre aullidos no conseguían nadar. El fuego a su paso empezaba a engullir también las casas ribereñas al Tíber.

Julio no tenía tiempo de pensar ni planificar cabalmente una estrategia. Condujo como pudo a grupos de personas hacia vía Salaria para salir por la *porta* Colina. Pero todo parecía inútil. Sus tropas se tuvieron que limitar a transportar muertos y a curar heridos durante los cinco días que duró el incendio. El sexto, sus tropas lograron abrir una brecha derribando edificios, pero las chispas producían nuevos focos. Al mediodía Roma empezaba a ser un rescoldo de lo que había sido. De los catorce distritos de la ciudad solo cuatro quedaron incólumes. Chamuscado, exhausto, el centurión cabalgó hacia la villa para abrazar a su esposa.

—Por todos los dioses, ¡estás vivo! ¡Qué horror! —dijo Livia, estrechándole con todas sus fuerzas.

Tras los pinos de la lejanía el resplandor de la ciudad competía con el sol poniente. De pronto sin saber por qué le vino a la mente la mirada profunda de un hombre menudo, calvo y de barba puntiaguda que había custodiado desde Cesarea durante su viaje en barco a Roma para ser juzgado como ciudadano romano. ¿Qué sería de él? ¿Le habrían también devorado las llamas? ¿Por qué lo recordó en ese momento? Quizá el fuego, sí, fue el fuego que desprendían sus ojos.

* * *

Por entonces hacía tiempo que aquel hombre no estaba en Roma. Hundía su mirada en el azul del mar. No era ni alto ni bien parecido, más bien enclenque; de frente espaciosa y cejijunto, peinaba algunas canas y caminaba con las piernas arqueadas. Hacía menos de un año que había arribado a los «confines de Occidente», los puertos de Hispania, uno de sus sueños más acariciados, a pesar de la oposición de las escasas comunidades cristiano-judías de la Urbe, que lo tachaban de arrogante. Tras quedar libre, gracias a su ciudadanía romana, lo que le había permitido hasta entonces una prisión domiciliaria, aquel hombre dotado de un carácter inquieto y fogoso, decidió embarcarse de nuevo. En ocho días de navegación podía estar en Tarraco o en apenas cuatro en Gades, si hubiera partido del puerto de Ostia. Saulo o Pablo de Tarso, como le llamaban, no tardó mucho en darse cuenta de

que los iberos no hablaban griego, ni apenas latín, a excepción de la minoría que se relacionaba con los romanos ocupantes. Pronto supo además que quizás se había precipitado, como le había ocurrido en otra ocasión con los nabateos. ¿No había preparado con tiempo la proclamación de la Buena Noticia en aquellos pueblos?

Un grato recuerdo sin embargo le había empujado a viajar hasta Corduba en la Bética. En Corinto años antes había conocido a un cordobés, un tal Junio Anneo Galión, que en realidad se llamaba Marco Antonio Novato, pero que había cambiado su nombre en honor de su protector romano apellidado Galión. El padre de este cordobés, hombre culto, había emigrado a Roma, donde fue profesor de retórica, con sus tres hijos. Los tres jóvenes hicieron honor a su estirpe y llegaron a ser auténticas lumbreras, uno de ellos el famoso Séneca, preceptor del entonces joven Nerón, a quien aconsejó acertadamente mientras este quiso hacerle caso. Quizás el filósofo influyó para que el Senado, en tiempos del emperador Claudio, nombrara a Galión procónsul de Acaya en Grecia, con residencia en Corinto. Allí llevaba Pablo año y medio, cuando los judíos quisieron tenderle una trampa acusándole ante Galión de «ir contra la ley judía», pensando que el procónsul bético andaría muy despistado. Pero fracasaron completamente en sus pretensiones. Galión conocía bien a los judíos de sus tiempos de Corduba y Roma, y no admitió la acusación: «Allá vosotros con vuestra ley. No veo delito en este hombre». Total que quien a fin de cuentas acabó recibiendo una gran paliza de manos de los propios judíos fue Sóstenes, el jefe de la sinagoga.

Desde entonces Pablo deseaba, y lo había manifestado repetidas veces, llegar a los confines de la Tierra, viajar a Hispania. Después de desembarcar en Tarraco y dirigirse a Tortosa le habían recomendado bajar a la Bética, porque allí había florecientes industrias como las ánforas de Astigi, los vinos de Ceret, las almadrabas de Baelo Claudia en Gades, y por tanto comunidades que podrían entender su mensaje en latín o griego.

Ya había alcanzado las Columnas de Hércules y predicaba a un grupo sentado en una roca frente a la bahía gaditana. Su escaso cabello blanco troquelado sobre el cielo se encrespaba con la brisa del mar.

—Sé que voy envejeciendo, hermanos. Pero sabed que aunque el hombre exterior se desmorone en mí y todo hombre tenga la experiencia de la debilidad, el hombre interior se renueva de día en día por la gracia de Dios. La alegría y la libertad me han sido dadas por la manifestación de este amor.

De pronto apareció un muchacho sudoroso que le interrumpió:

—Pablo. ¡Ha llegado un barco con noticias de Roma!

Corrieron hacia el puerto, que azuleaba sobre las blancas casuchas desde un mar y cielo de azul esplendoroso. De la embarcación, un navío de carga mal calafateado y elementalmente equipado con dos velas y remos, descendía una columna de portadores con ánforas al hombro.

El muchacho condujo a Pablo al capitán del barco, un navegante griego de piel curtida y greñas aceradas.

—Tengo noticias para ti, Pablo. Roma ha sido pasto de las llamas. El mayor incendio que ha sufrido la Urbe en su historia. Corre el rumor de que lo ha provocado el mismo Nerón en persona. Toma esto.

Y le alargó un papiro enrollado. El anciano se sentó con su grupo de creyentes sobre unos fardos del muelle y leyó en voz alta:

Del centurión Marco Julio Severo, a su amigo Pablo, predicador de la Buena Noticia entre los hispanos.

Los graves acontecimientos acaecidos estos días en Roma me obligan a enviarte esta misiva con gran urgencia, gracias a los buenos oficios de mi amigo el marinero griego Nausicles.

De un tiempo a esta parte, el emperador Nerón parece poseído por una creciente locura. A sus veintisiete años ha acusado un cambio fatal en su vida. Desde que se ha sacudido de encima a sus dos preceptores, Séneca y Afranio Burro, los salvajes instintos que ha heredado de su madre han despertado la bestia que lleva dentro. Uno tras otro ha ido desembarazándose, sediento de sangre, de cuantos estorbos va encontrando en su camino: Británico, Octavio, hasta su madre Agripina. Séneca no ha querido cubrir con su autoridad el matricidio y ha preferido retirarse a su granja y esperar, como su hermano, la orden de «muerte voluntaria». Dicen que Burro ha escogido la vía del veneno, aunque algunos de estos antecedentes supongo que te serán más o menos familiares de cuando te encontrabas aún en Roma en prisión domiciliaria o a través de otros informes o noticias.

Ignoraba que habías partido hacia los confines de Occidente, como era tu propósito, cuando de improviso Roma se vio arrasada por un incendio sin precedentes, a todas luces provocado por el propio Nerón, según había insinuado él mismo a sus colaboradores más cercanos. El desafortunado pueblo llegó a ver correr criados imperiales con antorchas de aquí para allá. Por mi cargo tuve que asistir a escenas infernales que no tengo humor ni tiempo de referir. Basta añadir que siete días estuvo el fuego devorándolo todo.

Cuando las columnas de humo alcanzaron el Aventino y las laderas del Janículo, corrí secretamente, tras decir a mis hombres que regresaba a mi casa, para socorrer a mis amigos los cristianos. Muchas de sus pobres cabañas estaban incendiadas y entre el humo creí ver la sombra de Pedro cruzar como un fantasma entre otros conocidos que huían. Me consta que no pocos sucumbieron. Pero los que sobreviven sufren un fuego peor: el del odio de Nerón, que les ha atribuido la autoría del incendio. El emperador necesitaba delincuentes a quienes echar las culpas de la catástrofe, achacarlo a alguna secta oriental acreditada y despreciada. Los judíos supieron zafarse astutamente de los dedos acusadores y señalar a los cristianos que hasta entonces, como sabes, subsistían bajo el techo protector de la sinagoga. No me extraña que personas influyentes como Tigelino, Altiro y la prosélita Popea hayan sugerido al emperador esta cabeza de turco, una religión ilícita, una confesión no autorizada por el tolerante panteón romano, según ellos afirman, los discípulos de un tal Chrestos.

Les acusan de comer carne humana, basándose en lo que oyen sobre la fracción del pan y el «comer todos de él, porque esto es mi cuerpo». El resultado es una persecución en regla contra la que no he podido hacer nada. El emperador representa obras como Hércules en las llamas, con fuego real en cuerpos de cristianos; Ixión despedazado en la rueda, Orfeo despedazado por los osos. En fin, aseguran que el propio Nerón ha utilizado sus jardines para el espectáculo y, disfrazado de toro bravo, ha querido interpretar la entrega de Pasifae como un libertino, con Dirce atada a la res por las rocas del Helicón. En una ocasión lo vieron mezclado entre el público, encaramado en un carro y vestido de carretero para disfrutar más directamente del espectáculo. Aseguran que Séneca sigue en su granja indignado por estas tropelías como la del palo metido por el ano que sale por la boca, o los miembros destrozados por carros que tiran en sentido contrario de la víctima. He visto cientos de cuerpos que, después de crucificados o despedazados por fieras, son colgados y quemados como antorchas en medio de la noche.

Muchos de tus amigos a los que dirigiste tu carta ya no existen, amado Pablo, tanto los que te querían como los que no predicaron con buena intención. Solo Áquila y Priscila y algunos más han escapado del peligro. Ignoro cuántos. Lo que puedo asegurarte es que el nombre de cristiano está aquí asociado al horror y la infamia. ¿Pedro? Aún no sé qué ha sido de él. Ya sabes que solo lo he visto de lejos, ni le conozco ni lo he tratado personalmente. Esto es lo que en síntesis puedo contarte de las espantosas jornadas que hemos vivido en Roma.

¿Regresarás pronto? Tus amigos lo anhelamos ardientemente, aunque quizás, dadas las circunstancias, no sea lo más prudente.

Dilectísimo,

Julio

Pablo empalideció. Algunas mujeres lloraban impresionadas por la crudeza del relato. Luego se sumieron en un largo silencio y oraron mientras el viento azotaba blandamente las velas arriadas y Gades parecía un ánfora de plata arrojada al mar.

Por la tronera de la cárcel apenas entraba luz. Era consciente de que se había metido en la boca del lobo. Su primer impulso había sido acudir en socorro de sus hermanos de Roma. Luego pensó que debería regresar a consolidar antes las comunidades de Grecia y Asia a ver si, mientras tanto, se tranquilizaba la situación en la capital del imperio. Y así lo hizo. Finalmente, antes de que el invierno le impidiera navegar por el Egeo y el Adriático, con el pesar en el alma de dejar a su amigo Trófimo enfermo, se embarcó en miserables naves de cabotaje hacia Roma, donde logró arribar a duras penas antes del otoño.

La ciudad le pareció un mar de soledad, un ceniciento montón de escombros, pues apenas había comenzado la reconstrucción. Entró en la Urbe a pecho descubierto. Su carácter no le permitía ir ocultándose en busca de los cristianos por los arrabales, pues continuaban en sus escondrijos miserables. Caminó derecho hasta sus casas más conocidas en los barrios extremos. Los que encontró le miraban temerosos.

—¿Acaso ignoras lo que hemos vivido aquí? Vete y déjanos en paz —le decían.

Pablo experimentó de lejos la desconfianza de los suyos, sentía que le miraban como un extranjero alborotador. ¿Se había excedido pensando que él podría liderarlos para reconquistar el terreno perdido? Ellos habían sufrido demasiado para poder seguirle después de la tragedia. Pronto corrió la voz, y en un recodo del Tiburtino una patrulla de centinelas le rodeó por sorpresa. Arrestado y conducido a aquella tenebrosa y húmeda mazmorra donde no pocos presos habían fallecido de hambre y enfermedades infecciosas incluso antes de ser juzgados, apenas podía recibir visitas.

Hasta que un día chirriaron los cerrojos y los carceleros le sacaron a empellones.

—Preguntan por ti.

Pablo se restregó los ojos. Frente a él sonreía su amigo, el centurión Julio, que le habló en un susurro.

—¿Estás loco? ¿Cómo se te ha ocurrido regresar? Ya es tarde. Las cosas han cambiado mucho desde la última vez. A pesar de mi cargo, me va a ser imposible protegerte, Pablo. De nada te va a servir ahora esgrimir tu ciudadanía romana. ¿Quién va a testificar a tu favor? Tus amigos están aterrorizados y desconfían de ti. ¿A qué has venido, insensato, a vengarte de Nerón?

Estas últimas palabras las pronunció muy pegado a su oído.

—Nada te pido. Me alegra volver a verte. ¿Sabes que alguien ha venido estos días a visitarme?

—¿Quién?

—Mi amigo Onífero, el griego.

—¿Cómo se ha enterado?

—Por Tíquico y Trófimo. Ha viajado desde Éfeso ex profeso a verme. La única alegría en esta soledad. No se ha avergonzado de mis cadenas, Julio. Nada más llegar a Roma se dedicó con ansia a buscarme hasta que me encontró. Ha traído consuelo a este prisionero, te lo aseguro.

Julio imaginó el trabajo que le costaría a Onífero dar con Pablo en una ciudad de un millón de habitantes sin nombres de calles y números de casas, y en medio del caos del desastre reciente.

—Ese hombre, ¿también ha perdido el juicio? ¿No te das cuenta que su vida corre peligro?

Pablo se asustó y se dio cuenta de su inconsciencia.

—¡Por el amor que me tienes, Julio, corre a protegerle!

Julio no lo dudó, saltó a su caballo y galopó hacia el Aventino donde, según las indicaciones del encarcelado, se refugiaba el griego. Los desarrapados vecinos se ocultaban a su paso en cabañas medio destruidas, o huían despavoridos entre los árboles chamuscados. Imaginaban al ver su uniforme que era el comienzo de otra redada, una nueva orden de persecución. Finalmente dio con Priscila, que le reconoció con ojos de espanto.

—¿Onífero? ¡Has llegado tarde, Julio! Ya no tiene solución —balbució entre sollozos.

Le indicó que la siguiera y le condujo hacia unos matorrales. Priscila los apartó y mostró la entrada de una cueva, una oquedad que daba a unos secretos pasadizos. Después de caminar un trecho en la oscuridad vio cómo al fondo titilaban luminarias y un suave canto iba creciendo hasta retumbar en las oquedades, por donde se ensanchaba la caverna. Un grupo de hombres y mujeres rodeaba a un gran catafalco de tosca piedra donde yacía el cadáver del amigo de Pablo. Al ver al soldado, los congregados se estremecieron e interrumpieron bruscamente sus himnos.

—¡No os alarméis, hermanos! Es Julio, un amigo, que viene a visitarnos —aclaró el más anciano.

Descubrieron el cadáver, que había sido lavado cuidadosamente y ungido con perfumes y ungüentos. El cuerpo de Onífero, un hombre joven de pelo ensortijado, mostraba una gran brecha en la frente.

—¿Cómo ha sido? —preguntó el centurión.

El anciano de barba blanca que dirigía la ceremonia se adelantó.

—Le avisamos de que no se arriesgara tanto, que tuviera cuidado. Pero él se resistía a dejar de acudir diariamente a visitar a Pablo. Ha sido ayer, al salir de la cárcel. Unos hombres lo sorprendieron al doblar una esquina. Le han matado de un mandoble en la cabeza. Ya ves, su amor a Pablo le ha costado la vida. El Señor le acoja en su seno —aclaró conmovido Pedro.

Julio les rogó con un gesto que continuaran la ceremonia. Los rostros encendidos al claroscuro de las candelas orquestaban un círculo de quietud y recogimiento en torno al túmulo. Unos cerraban sus ojos para orar, otros alzaban las manos, y entre el humo y los cánticos, las lágrimas se fundían en un himno de arropo, una sensación de extraña presencia, como si Onífero siguiera vivo y presente allí de otra manera en medio de ellos.

Después de la fracción del pan, el más anciano llamó aparte a Julio.

—Sé que eres amigo de Pablo y que le has ayudado y protegido cuando te ha sido posible. Mira esto. —Le mostró un paquete de papiros enrollados y atados con cintas—. Estos manuscritos corren peligro. Te queremos pedir un favor. En ningún lugar pueden estar más seguros que en tus manos. Nadie puede sospechar de ti. Consévalos con cuidado hasta que vengan tiempos mejores. Son cartas y documentos de inmenso valor para nosotros. Solo Dios sabe lo que nos espera. Conservamos copias, pero, en los tiempos que corren, contigo estarán más seguros. Confiamos en ti, Julio. Salva, por favor, este tesoro nuestro para la posteridad.

Cefas lo dijo con un gesto serio y una mirada acuosa. Aquel anciano, que apenas veía, poseía un rostro surcado por un extraño cruce de dolor y mansedumbre. Sus manos eran rudas y sus espaldas anchas. Julio se apresuró a guardar en un morral el legado. Priscila le acompañó hasta la salida.

—Gracias. El Señor te lo recompensará. Que él te acompañe —le dijo, abrazándole.

—Dime, ese venerable anciano, ¿es vuestro jefe Cefas, o me equivoco? —preguntó Julio.

—¿No lo conoces?

—Creo que de vista. ¿El más anciano?

—Sí, es Cefas, Simón Pedro, la piedra o cimiento de nuestra comunidad.

Fuera, la noche húmeda de Roma le besó la frente con la familiaridad de esposa. Respiró hondo, desató el caballo y volvió a casa al trote, conmocionado por cuanto había visto y oído.

La curiosidad por conocer el contenido de aquellos rollos le estaba devorando.

El judío de Tarso

Livia llevaba días sin dirigirle la palabra. Parapetada en su esquivo belleza, miraba a Julio con altivez y de soslayo mientras se ajustaba los dorados bucles con un alfiler de marfil o daba severas órdenes a los esclavos sobre asuntos domésticos.

—¿Qué te pasa? ¿En qué andas enfrascado? Es como si tus hijos y yo hubiéramos dejado de existir. Nada más llegar de los *castra praetoria* te encierras ahí sin hablar con nadie con esos misteriosos rollos de papiro. No sé qué enredos llevas con esa secta a la que acusan de ser los autores del incendio de Roma. ¡Recuerda que no estás tú solo, que tienes una familia!

Tales habían sido aquella tarde las últimas palabras de Livia Flavia, una romana de ilustre familia que desde muy joven había cautivado a Julio por el contraste sinfónico de sus ojos negros con su cabello rubio y una piel delicadamente blanca, casi transparente. Siempre estuvo convencido de su amor, y cuando nacieron Héctor y Livia, sus vínculos se habían hecho más fuertes. Pero la madre y esposa había observado cambios en Julio a partir de dos acontecimientos: su extraña amistad con el prisionero que había traído de Oriente y su nombramiento como centurión de la guardia pretoriana y prefecto de los *vigiles*.

Pero su enigmático marido no le hizo caso y volvió a encerrarse en el *tablinum*, su refugio y despacho. Sacó una llave de hierro, abrió una pequeña arca escondida detrás de algunos ladrillos de la pared y desplegó de nuevo sobre la mesa los misteriosos documentos; había diversas cartas, un resumen de cuentas, oraciones rituales, distintos relatos y una relación firmada por un tal Lucas y dirigida a un amigo llamado Teófilo. Pero su curiosidad le llevó a un rollo titulado «Hechos de Saulo, también llamado Pablo», del que solo había fragmentos. Se tumbó en un triclinio, vertió aceite en una lucerna y la encendió.

«Soy judío, ciudadano de Tarso, en Cilicia, una ciudad de no escasa importancia», Julio recordaba que eran las palabras con que Pablo se definió a sí mismo en el momento que lo detuvo. «Circuncidado el octavo día», añadía.

Lo que venía a decir que sus padres eran judíos y se atenían estrictamente a las prescripciones del Levítico. ¿Qué hacía un judío en Tarso que además era ciudadano romano?

Julio había estado en Tarso en sus buenos tiempos de comandante de los *frumentarii*, soldados de la guarnición de Roma encargados de recorrer el imperio para garantizar el suministro a la tropa desde la Urbe, que eventualmente se hacían cargo de los prisioneros que debían ser llevados a la metrópoli.

Pero su conocimiento de Tarso fue anterior, de simple soldado. Cuando entró por primera vez en la ciudad con las legiones romanas, le impresionó el desfiladero de las Puertas de Cilicia, una región que bordea el Mediterráneo en la zona sureste de Asia Menor, con dos zonas diferenciadas: una verde y fértil, la más oriental, rica en cultivos de lino, uva y cereales, que llaman Cilicia Pedia, bañada por un lado por el mar y por otro por las montañas del Tauro. Franja importante, porque atraviesa la ruta comercial que une Siria con Asia Menor. Hacia Occidente se halla la otra, la Cilicia Tracheias o áspera y escabrosa. Al atravesar la primera divisó de lejos las cabras con su negra y dura lana negra, una especie de crines, de las que se saca el «cilicio», un tejido tosco y resistente. Allí se imaginó a Ciro el Joven al frente de sus Diez Mil que había cruzado aquel desfiladero hacía más de cuatrocientos años. Por su afición a la lectura conocía el relato turbador de Jenofonte en su *Anábasis*. También recordaba que el gran Alejandro estuvo a punto de perder la vida en las gélidas aguas de río Cydno donde intentó refrescarse. Luego Pompeyo, que conquistó para Roma la región y fijó su residencia en Tarso hasta acabar con los piratas que infestaban la zona, atraídos por las ricas mercancías que transportan las caravanas por aquella encrucijada entre Oriente y Occidente.

Cuando Julio atravesó las puertas de Tarso se sorprendió ante sus monumentos y sus gentes. Le pareció una ciudad rica, decían que comparable a Atenas y Alejandría, al menos eso pensaba el historiador y geógrafo Estrabón, que menciona grandes filósofos como Diógenes y Diodoro. Los viandantes de diversas razas vestían polícromas túnicas y se agolpaban curiosos a contemplar el rítmico paso del ejército romano. Más tarde supo que había sido una ciudad incómoda desde Senaquerib a Alejandro y sus sucesores. Cicerón, el gran orador, estuvo en ella como procónsul un año antes de su conocida carrera política e intelectual. También Julio César había mantenido estrechos contactos con Tarso. Llegó a ella después de vencer a Pompeyo en Farsalia. Quedó encantado con los tarsos y les concedió privilegios, como poder ostentar la ciudadanía romana.

Al divisar las aguas del río Cydno, se imaginó Julio la rica nave de Cleopatra, ornamentada con velas de púrpura que cortaba las aguas con pesados remos de plata entre sonos de flauta y arpa. Sentada en popa, sobre un sillón labrado con incrustaciones de marfil y bajo un dosel con lentejuelas reverberantes al sol, venía la espectacular reina de Egipto vestida de Afrodita. Aquella mujer, que había tenido un hijo con Julio César, que el romano quiso llamar Cesarión, se dirigía entonces a seducir a Marco Antonio, quien también quedó prendido en sus redes hasta volverse con ella a Alejandría donde se casaron en pocos meses.

Julio recordaba la existencia de un barrio judío, que ya entonces constaba de unas dos mil familias de palestinos, que Antíoco IV Epífanes había trasladado a Asia Menor hacía dos siglos. ¿Nacería allí Saulo? ¿O llegaría muy niño con sus padres, que quizás fueron al principio esclavos comprados luego por un ciudadano romano que los liberó hasta situarse como familia acomodada? El hecho de haber conocido la ciudad le enfrascó aún más en la lectura de aquellos añosos rollos. Desplegó uno. El escrito decía lo siguiente:

Podéis imaginar la infancia de un niño judío en una gran ciudad cosmopolita y cultivada del imperio. Mis padres, artesanos acomodados, eran de la tribu de Benjamín, de la cual había salido el primer rey de Israel, Saúl, aunque no llegó a formar dinastía, sustituido en vida por David, de la tribu de Judá. Yo fui un niño igual a todos y diferente a la vez. Sudaba como cualquier chaval bajo el sol de Oriente detrás de una pelota de trapo, hacíamos carreras y torneos, y a veces remedos de luchas de gladiadores porque nos mezclábamos con vecinos paganos. Lo cual no pocas veces despertaba la indignación de mi padre.

—Ya sabes, Saulo, que hoy es sábado y no puedes jugar. Arréglate, anda, que vamos a la sinagoga.

Allí nos sumergíamos en un rito y costumbres diferentes; desde la manera de vestir a las comidas. Mis compañeros lo sabían.

—Hoy no podemos contar con Saulo. Como es judío...

Aquello me hacía sentir fuera y dentro, integrado entre mis amigos y separado al menos un día a la semana. Al principio me molestaba. Nunca a ningún niño le apetece dejar de jugar e ir a un recinto cerrado a recitar plegarias. Pero poco a poco me iba sintiendo orgulloso de mi identidad.

Cuando tenía siete años me llevaron a la escuela. Primero aprendimos las letras, luego las sílabas y las listas de palabras y nombres. Pero también el maestro nos instruía sobre personajes de los que nunca se hablaba en una casa de judíos. Supe de un poeta griego llamado Homero. Su *Iliada*, y las tragedias de Sófocles y Eurípides figuraban entre los escritos del programa escolar. Pero sobre todo nos reíamos cuando el maestro leía las comedias de Menandro o Aristófanes. Acabamos haciéndonos amigos de Aquiles y Ulises, pues sus aventuras excitaban nuestra imaginación infantil y poblaban al remedarlos nuestros juegos. Más tarde paseamos la mirada sobre obras de otros poetas, como Alcmán, Alceo o Píndaro, y aprendimos historia con las obras de Heródoto, Jenofonte, Helánico y Tucídides.

Al salir de las clases de gramática, donde nos instruían sobre la etimología de las palabras y los diversos estilos de los escritores, nos paseábamos por la ciudad e identificábamos los templos y estatuas con los dioses y personajes que habíamos aprendido en clase. En Tarso había dioses propios. Eran importantes el dios Baal o Señor de Tarso, y el dios Sandán, luego identificado con Hércules. Me llamaba la atención porque sus imágenes portaban espigas, puesto que eran dioses rurales, campesinos. Recuerdo la procesión de Sandán en una suntuosa carroza por las calles de la ciudad, después quemada en una hoguera. Me contaron que estos dioses son un símbolo de la vida y la muerte, de cómo todo renacía tras el invierno con la primavera en la vegetación.

Ya en casa, mi madre encendía un lucernario y mi padre leía a Moisés, también en griego. Por entonces aprendí la diferencia entre la historia y el cuento o la ficción, lo real y lo inventado. Una cosa era Apolo o Afrodita y otra bien distinta Julio César o Isaías el profeta. Tanto en casa como en la escuela nos proponían a aquellos personajes como modelos de vida.

Allí aprendí a valorar la fuerza del *logos*, la importancia de la palabra, que es una criatura preñada de contenido, que puede despertar, hundir y hacernos saltar a otros mundos y países.

Aunque también nos enseñaban otras disciplinas más prácticas.

—Mirad este libro, es importante: *Los elementos*. Lo escribió Euclides y habla de geometría —aseguraba nuestro pedagogo.

Recuerdo que un día por la calle un amigo señaló a un anciano.

—Mira, Saulo, ese es el célebre Atenodoro, el maestro y amigo de nuestro emperador Augusto.

En clase me explicaron cómo Augusto se sentaba a sus pies y seguía sus consejos y hasta sus reprimendas. Me impresionaron algunas de sus frases: «Para todo ser humano su conciencia es su Dios», o: «Si haces algo honroso lo puede saber todo el mundo; pero si haces algo vergonzoso, ¿de qué te sirve que no lo sepa nadie, si lo sabes tú mismo?».

Estos y otros pensamientos los oía de la boca de los oradores en la calle, camino de casa. Estoicos y cínicos exponían por la ciudad sus doctrinas y la gente hacía corrillos para escucharles.

Las matemáticas, la música, las disciplinas de Pitágoras determinaban el ritmo del día y la noche; las figuras del cuadrado y el círculo, los ejes y los polos, las fases de la luna, los planetas, la división del tiempo en un calendario. ¿Quién me iba a decir entonces que estos conocimientos me acompañarían siempre e iban a convertirse en herramientas indispensables en la misión que sin poder imaginarlo iba a ocupar toda mi vida?

Julio levantó la vista de los rollos que estaba leyendo. No se había equivocado en sus primeras conversaciones en las húmedas noches bajo las estrellas en cubierta durante la travesía marítima con Pablo. Desde el primer momento advirtió que se trataba de un hombre culto, hijo de la sabiduría grecolatina, que lo mismo sabía saborear un poema que discutir un pensamiento filosófico. Era algo, concluyó, en que Julio y Pablo coincidían. El escrito proseguía:

Vinieron luego los desafíos de la juventud y los estudios superiores. Mis compañeros estaban obsesionados con la educación física. En Tarso se vivía a medio camino entre la cultura romana y la griega. El culto al cuerpo de los helenos contrastaba con un ejercicio más práctico, orientado a la defensa, de los romanos. Pero nosotros aprovechábamos el tiempo para contemporizar el estudio de la lógica y la retórica en la universidad, con las Escrituras en la sinagoga.

—¿No vienes? Tenemos lanzamiento de jabalina y lucha cuerpo a cuerpo —me invitaba mi amigo.

—No puedo, ya sabes, hoy voy a la sinagoga. Lo siento, Cayo.

De esta manera me sentía un poco partido por dentro. Tampoco iba con mis compañeros a las fiestas. En casa nos prohibían a mi hermana y a mí las bacanales o las lupercales. Era un igual a mis compañeros en la educación y la cultura, pero al mismo tiempo un judío fiel, amante de la ley; un ciudadano universal, porque mis lecturas me abrían el pensamiento, y un miembro del pueblo elegido, de la tribu de Benjamín, hebreo hijo de hebreos. Era Saulo, «el suplicado», según mi prenombre hebreo, de mi antecesor Saúl, en casa y en el barrio judío; y «Paulus» o Pablo en la escuela y con los amigos. A medio camino entre dos mundos, llegó el momento de elegir, y lo hice a favor de mis raíces.

El pensamiento, el arte, la belleza del cuerpo encendían mi sangre juvenil. Tuve mis caídas y eso que las chicas en Tarso usaban un recatado velo. Pero el sentido de la vida no estaba en la épica de Homero ni en las tragedias de Sófocles. Nuestra verdad se decidía en el camino del Dios de Abraham e Isaac, cuyas enseñanzas sorbía a la luz de la lámpara con la que mi padre leía cada noche la Escritura, el misterio de por qué estamos aquí y por qué nos sentimos débiles y dependientes, tristes, alegres, las razones sobre la vida y la muerte.

Mi padre era un fariseo puro. Me introdujo en la más severa tradición y en la lengua original de los libros sagrados, que también leí en griego en la escuela de la sinagoga. Allí, sentado en el suelo, con la tablilla encerada en las rodillas y el estilo de hierro en mano, aprendí la historia de mi pueblo, los cánticos de alabanza, la promesa de un Mesías libertador.

De modo que me entregué al amor de la ley. La amé con toda el alma, la inteligencia y los sentidos, y puse mi vida en ello. ¿Quién era Dios? La Escritura decía que nadie ve a Dios sin morir, pero que poseíamos la ley, entregada por él a su pueblo elegido para conferirnos una dignidad que nos distingue de los malvados y los impíos. Esto nos hacía felices «como un árbol plantado entre acequias que da fruto en sazón y su fronda no se agosta». A los malvados en cambio «se los lleva el viento, su camino se pierde». Los rabinos nos inculcaban que la ley es el instrumento con que Dios creó el cielo y la tierra.

Así, mi juventud fue iluminada por dos focos dispares, dos formas de ver la vida. Recuerdo que a algunos condiscípulos judíos esto les turbaba. ¿Dónde estaba la verdad, en los filósofos griegos o en la palabra de la Escritura? Para mí había una sola meta: encontrar esa verdad; era lo que me apasionaba. Solo tenía que haber una verdad y yo la buscaba por diversos caminos. Era como construir una casa con herramientas distintas. Esta ha sido la tarea de toda mi vida. Más tarde, en mis viajes siempre he frecuentado las sinagogas y los foros de encuentro. Me he encontrado con filósofos, políticos, mercaderes, saltimbanquis, maestros de cultos diversos, senadores y magos. La retórica que estudié entonces ha sido la palanca para interpretar los textos, dialogar, descubrir el entramado de un argumento, y sobre todo el modo de relacionarme con las gentes.

—Escribe un elogio a Julio César, Saulo —me encargó un día mi maestro—. Tienes que comenzar por hundirte en sus raíces. Dónde nació, cuáles fueron sus padres, su ciudad, su pueblo. Luego descubre cómo ha sido la trayectoria de su vida, quiénes le han influido, cuáles fueron sus gestas, sin olvidar su salud, su fuerza física, su belleza corporal, sus virtudes humanas. Cuenta sus batallas, muchacho, enumera sus conquistas, sus fracasos, su gloria hasta su muerte.

Al principio aquel ejercicio me costó mucho. Luego se convirtió en un método para saber más de la manera de ser de las personas, penetrar en sus motivaciones y dirigirme a mis oyentes. La retórica que aprendí en la universidad de Tarso me ha servido toda la vida.

—¿No vas a comer nada? —interrumpió Livia la lectura.

Julio se restregó los ojos. Se le había pasado el tiempo volando. Accedió a salir al peristilo y sentarse con ella acompañados del rumor de la fuente, dos peces de mármol enfrentados que vomitaban sendos chorros de agua. Hacía una noche espléndida embalsamada de jazmines y rododendros traídos de Oriente.

—Aceptaré unas uvas, almendras y vino, solo eso.

Livia miró a otra parte y permaneció en silencio. Al rato no pudo reprimirse más:

—¿Por qué no me hablas de ese Pablo?

Julio se rascó el pelo ensortijado. Su digno y agudo perfil se ensombreció en contraluz de las antorchas que flanqueaban el patio arrojando sombras sobre los cipreses.

—¿Qué quieres saber, mujer? Son asuntos propios de mi cargo, ya sabes. Tengo que investigarlo, eso es todo. Te lo he contado. Lo conocí porque mi obligación era detenerlo y custodiarlo hasta Roma. La navegación fue larga y pude conversar con él. Lo que te puedo decir es que es un hombre brillante, culto y muy persuasivo.

Livia endureció la mirada.

—¿No te habrás hecho de esa secta?

Julio rio y tendió su copa al esclavo para que se la rellenara.

—Estás loca. Sabes que siempre he sido un hombre curioso y desde que era un soldado me he interesado por todos los dioses, los libros y las diversas culturas.

—Pero esa es una secta perniciosa. Domitila me ha contado el otro día en el foro las barbaridades que hacen en sus cultos secretos.

—¿Qué barbaridades?

—Dicen que envuelven completamente en harina una criaturita viva y la colocan sobre una mesa. Luego obligan al neófito que acaba de entrar que golpee con todas sus fuerzas aquella masa, que ignora qué pueda ser, hasta matar al niño. Después se lanzan sobre él, se reparten sus miembros y lamen su sangre. Así creen que sellan su alianza con Dios. —Julio volvió a reír, esta vez a carcajadas—. ¿Por qué te ríes? ¿No es espantoso? —se extrañó Livia.

—Simplemente es falso. Tú te crees cualquier cosa que oyes por ahí.

—¿Y qué me dices de los banquetes que celebran? Me contaron que a esas fiestas acuden familias enteras de toda condición y edad, padres, madres, hijos, hermanos. En el centro hay un candelabro para iluminar la sala con un perro atado. Cuando se han hartado de comer y beber, excitan al perro echándole carne a un sitio donde no puede llegar. Entonces el animal tira el candelabro y en medio de la oscuridad, todos se abrazan unos a otros y se entregan a la mayor orgía incluso entre hermanos y familiares.

—¿Y qué más?

—Me da vergüenza decírtelo. ¡Adoran los genitales de sus sacerdotes!

Julio se puso serio.

—Vamos, mujer, ¿cómo te crees esas calumnias? Son invenciones que corren por ahí, porque dicen que los cristianos ponen en peligro al imperio. Algo curioso en una Roma que siempre ha sido tolerante con todas las religiones. Tienen, eso sí, unas celebraciones en las que parten el pan y beben vino, claro. Pero nada más. Creen que así se hace presente entre ellos al crucificado que fue ajusticiado en Jerusalén. Ellos sostienen que resucitó porque se encontraron el sepulcro vacío. Algo extraño e increíble. Pero es un ritual inofensivo, te lo aseguro. Lo he visto con mis propios ojos.

Livia atrapó del frutero de cristal azulado un racimo de uvas con gesto insinuante. Últimamente se acicalaba más y vestía más provocadora a ver si así conseguía recuperar la atención de su marido. Pero este apenas la miraba, enfrascado en la conversación.

—Entonces, ¿qué pensáis hacer con ese cristiano que tenéis encarcelado? —preguntó Livia con tono de desprecio.

—No lo sé. No depende de mí. Tiene que ser juzgado.

—Pues la vez anterior lo tratasteis a cuerpo de rey. Entraba y salía a placer y se reunía con los suyos.

—Es ciudadano romano, mujer, gracias al privilegio de Tarso. Pero ahora, después del incendio, todo ha cambiado. No doy por él un sestercio, te lo aseguro. El otro día mataron a un amigo suyo que había venido a visitarlo expresamente desde Éfeso.

—Hacen bien —concluyó Livia, que se retiró displicente a sus aposentos acompañada de dos

esclavas.

Julio se quedó pensativo. Al rato regresó a sus documentos. Había algo en aquel hombre que despertaba su curiosidad. ¿Por qué la idea de un Dios único desestabilizaba los conceptos del imperio? Si ya la religión judía había traído de cabeza a los gobernantes, ¿qué tenía esta nueva secta oriental para despertar todas las iras? ¿Por qué Nerón la había tomado con ellos? Aquella noche, después de la conversación con su mujer, se planteó la posibilidad de investigar a fondo e incluso redactar un informe. Leyó hasta la madrugada y le costó conciliar el sueño. Decidió salir al campo a respirar aire puro. Las estrellas punteaban desde el cielo el perfil de ciudad, como la silueta oscura de un animal derribado que no acababa de incorporarse y respirar de nuevo.

El médico amigo

En el atrio de la cuestura un inusitado revuelo sorprendió a Julio la mañana siguiente. Se había levantado temprano y tras las abluciones y un ligero refrigerio, sin despertar a su esposa, salió al galope. Después del incendio, él y su familia habían decidido continuar viviendo en la villa, pues además de que su casa del centro estaba en reconstrucción, se encontraba a gusto disfrutando de los anchos horizontes y la pacificadora visión de las vides, que verdeaban sobre la tierra ocre y se extendían como un saludable abrazo en torno a la casa de campo.

La cabalgada hasta el cuartel, ungida por la brisa en la frente, le ayudó a despabilarse. Antes dedicó un tiempo a pasar revista a los espacios donde se habían concentrado los damnificados del incendio: los parques privados de Nerón, que él había cedido, el Campo de Marte y las construcciones de Agripa, entre ellas las termas, el Panteón, y las columnatas de Vipsania y los Saepta Julia, un amplio espacio situado en la vía Lata. La pobre gente subsistía por los alimentos que el emperador hizo traer de los almacenes de Ostia, los pueblos vecinos y gracias a que el precio de los cereales fue rebajado a los tres sestercios.

Al llegar, notó un revuelo en el atrio de la cuestura.

—¿Qué pasa? —preguntó a un soldado de la guardia.

—No sé exactamente, centurión. Todos hablan de ese filósofo, Lucio Anneo Séneca.

Julio atravesó el vestíbulo. Un nutrido grupo de personas, hombres y mujeres, desde campesinos a comerciantes y matronas con sus esclavas, que portaban la cesta de la compra, hacían cola para despachar asuntos pendientes con el cuestor y sus ayudantes. Cuchicheaban entre ellos.

Preguntó por Silvano, el tribuno encargado de cumplir las órdenes del emperador sobre Séneca. Le indicaron que se encontraba en la sala de guardia. Silvano discutía acaloradamente, sentado con otros dos oficiales.

—Salve, Julio.

—¿Puedes decirme qué está ocurriendo? ¿A qué vienen tantos murmullos?

—Nada, ya puedes imaginarlo. Ejecutadas las órdenes de Nerón, Séneca ha acabado por sí mismo con su vida. Lo que se temía. Eso es todo.

Julio intentó contenerse, se mordió los labios y explotó en voz baja:

—¡Por todos los dioses! ¿Es que ha perdido el juicio ese ególatra? Abrigaba esperanzas de que al final iba a perdonarlo, al menos en señal de gratitud por cuanto ese sabio le ha enseñado en su juventud.

—Bueno, Julio, tampoco el filósofo era lo que se dice un dechado de virtudes. Acuérdate de lo que ocurrió cuando gobernaba Calígula. Estuvo a punto de ejecutarlo, si no es por aquella mujer que le convenció de que estaba enfermo de tuberculosis y a punto de morir.

—Pura envidia, Silvano. Como su predecesor Claudio, ¿por qué lo desterró a Córcega? Daba celos a todo el mundo por su hermosa oratoria.

Silvano frunció el ceño con una pícaro sonrisa.

—Pues cuentan que se acostó con Julia Livilla, la hermana de Calígula. ¿No lo sabías?

—Vamos, hombre. Nunca me he creído eso. Se ve que no has leído sus libros. Era un estoico de vida recta. Lee por ejemplo los sabios consejos que ofrece en sus *Cartas a Lucilio*. Vale la pena. Y no negarás las reformas que hizo mientras contó con el favor de Nerón. La muerte, el asesinato —matizó en voz baja— de Agripina, su protectora, fue fatal para él, lo sabes mejor que yo. Además, Publio se encargó de desprestigiarlo ante Nerón.

—Sí, sí, de acuerdo, muy estoico, pero poseía una inmensa fortuna. Todo hay que decirlo. ¿No has visitado sus jardines?

—El año pasado estuve en una fiesta con mi esposa. Pero cuando decidió retirarse, ¿acaso no ofreció un dineral a Nerón, que el emperador no quiso aceptar? Yo creo que lo decisivo han sido las acusaciones de estar involucrado en la conspiración de Pisón. Pero, cuéntame el final, por favor, ¿cómo ha sido?

Silvano empalideció.

—Vamos a beber algo, tengo seco el gaznate.

Los tres hombres —el tercero era otro tribuno militar llamado Sixto— se sentaron y llamaron a un esclavo que llenó sus copas de un rojizo caldo ligero y aromático.

Silvano carraspeo.

—Bien, os cuento. El emperador me había encargado personalmente que vigilara que se cumpliera la sentencia de muerte. Séneca quería hacer testamento. Pero ya sabéis: la ley en estos casos no lo permite, y todos los bienes del condenado pasan al patrimonio imperial. Pero ¿imagináis lo que me ocurrió? No tuve valor de entrar en la alcoba, me daba vergüenza por Séneca —¿qué queréis que os diga?—, y pedí a Sixto que lo hiciera de mi parte. Que él te cuente.

Sixto, un hombre grueso de tez sonrosada, se rascó la nariz y tomó pausadamente la palabra:

—Entré en el cubículo y le entregué la misiva del emperador. Podéis imaginar la tensión del momento. El filósofo, pálido, se lo imaginaba; es más, lo esperaba hacía tiempo. Nerón le escribía que de un patricio como Séneca se presumía que no esperara a la ejecución, sino que tras recibir la sentencia, tomara él la iniciativa y se suicidara. Fue terrible. Delante de sus discípulos se abrió las venas de los brazos y las piernas. Paulina, su esposa, intentó hacer lo mismo para evitar ser humillada luego por Nerón, pero la guardia se lo impidió. Séneca, al ver que su muerte no llegaba, le rogó a su médico Eustacio Anneo que le suministrara la cicuta. La bebió de un par de tragos, pero nada, no acababa de fallecer. Finalmente solicitó ser conducido a un baño caliente, donde el vapor terminó asfixiándolo. Acordaos que padecía de asma y nunca gozó de buena salud.

—¿Qué han hecho con su cuerpo? —preguntó Julio.

—Ha sido incinerado ayer, cumpliendo sus últimas voluntades.

Julio no quiso oír más. Se levantó furioso. Luego supo, días más tarde, que dos de sus familiares

habían seguido el mismo camino, sin duda para evitar represalias del emperador. Enseguida le vino a la mente la situación de Pablo. Si con sus más allegados, familiares y consejeros Nerón era tan sanguinario, ¿qué se podía esperar del futuro de un cristiano, tal como estaba considerada la secta después del incendio y la matanza ordenada por el emperador?

Solo un alegato bien documentado podría quizás salvarle en el mejor de los casos o aminorar sus penas, supuesto que era ciudadano romano, además de encontrarle quizás un buen *advocatus*, ya que este oficio había mejorado en Roma después de la reciente decisión de que los defensores podían cobrar por ejercer su cometido ante los tribunales.

Pero para la defensa ya no bastaban meras palabras de petición de clemencia, necesitaba saber más del encarcelado para fundamentarla con detalle. Si hablaba personalmente con él podría despertar sospechas, pues Pablo estaba muy vigilado y las visitas las tenía sumamente restringidas. Ni siquiera cuatro de sus amigos, Eubulo, Prudente, Lino y Claudio, que le saludaron llenos de miedo cuando volvió a Roma esta segunda vez, se atrevían ya a ir a visitarle. De los fragmentos que había leído la noche anterior dedujo que el que más sabía sobre el reo era un tal Lucas, médico griego de Antioquía que había viajado repetidas veces con él, aunque era mucho menos influyente que Pablo. Julio lo había conocido en la nave cuando traía preso al cristiano, pues ambos, Pablo y él, habían sido hasta entonces inseparables. De modo que preguntó en la cuestura y obtuvo sin problema los datos para visitarle, lo que hizo con precaución, pues al fin y al cabo el preso también, en cierta manera, dependía de él.

Situado en la ladera del monte Capitolino, el Tullianum,¹ frente a la Curia y los foros imperiales, no suele ser una prisión destinada al pueblo. Más bien viene a reservarse a presos ilustres, como generales vencidos y traídos de lejanas tierras o nobles en espera de procesos, que culminaban en solemnes ejecuciones en el foro, para público escarmiento del pueblo. Sabía que Pablo no estaba allí, sino en otra miserable cárcel del extrarradio. Sin embargo, preguntó en este establecimiento por Lucas, porque estaba convencido de que lo habrían separado de su maestro. Julio se quedó sorprendido.

—Según las inscripciones, ya ha sido puesto en libertad. Al ser griego y demostrar sus conocimientos de medicina, gracias a la amistad del patricio Lucio Octavio, no permaneció en la cárcel mucho tiempo —le explicó el oficial del centro penitenciario.

No fue difícil para Julio, gracias a sus contactos, dar con el anciano físico. Tras varias pesquisas alcanzó a saber que se hallaba escondido en un arrabal del Janículo. Llamó repetidas veces a la puerta de una casucha de adobe. Temía que por su uniforme no le abrieran. Así que gritó:

—No temáis. Llama un amigo, un compañero de tormentas marinas.

La puerta se abrió tímidamente y un rostro joven, casi de niña, amaneció en el umbral de la casucha. A Julio le conmovió su belleza. Era una muchacha de unos dieciocho años. La blancura de sus dientes enmarcados en unos sonrosados labios carnosos deslumbraba en medio del óvalo de aceitunado rostro, que presidían ojos grandes y rasgados.

—¿Qué deseáis, señor?

Julio logró recuperarse de la impresión que le había causado la joven. Preguntó por Lucas y fue introducido a una habitación pequeña apenas iluminada por una tronera y una lámpara de aceite. Detrás de la mesa y una montaña de rollos de papiro emergió un anciano sonriente de ojos

perspicaces y cansados, pelo y barba blancos que le conferían un aire de gran quietud. Al instante reconoció a Julio.

—¡Nuestro eficaz custodio! ¿Qué te trae por aquí, centurión?

—Primero mi sorpresa de que no estés *in vinculis*, como tu amigo.

—Nos separaron. Ahora en Roma, la reunión de dos, ya sabes, es una conspiración.

Julio sonrió. La luz del ventanuco moldeaba el rostro del antioqueno revistiéndolo de una dignidad de sabio esculpido en mármol.

—Veo que estás bien informado de la tensión que vivimos estos días en Roma. Hoy acabo de conocer el triste fin de Séneca. Sabes la amistad que me une con tu amigo y compañero. Nuestras conversaciones en el barco acercaron más de lo conveniente a un oficial y un preso al que tenía que conducir a Roma para ser juzgado. Pero mi amistad con Pablo está por encima de todo eso, nace de una admiración hacia un hombre culto que se ha entregado y desgastado por una causa.

Lucas sabía de los movimientos de Julio y de la custodia de los preciosos documentos que le confió Pedro en secreto.

—Lo más importante es esa colección de rollos que custodias con las cartas de Pablo y creo que unos fragmentos de sus confesiones —advirtió el escritor.

—Sí, ojeé algo anoche. Pero he visto textos tuyos, en griego, ¿qué son?

—Son capítulos de un libro que he concebido en dos partes, ambas dedicadas a Teófilo. La primera es un relato sobre Jesús. No tuve la suerte de conocerle personalmente, pero he recabado testimonios de muchos que vivieron directamente hechos y dichos de su admirable vida. Sobre todo de María, su madre, que guardaba sus recuerdos de infancia como el mejor tesoro personal. En la segunda parte, que es la que tengo más acabada, trato de ir recopilando los hechos y dichos de sus apóstoles y discípulos después de la muerte del Señor. El principal personaje de esa historia, cómo no, ya lo habrás visto, es, junto a Pedro, precisamente Pablo.

En ese momento Elena, la joven que le había abierto la puerta, hija de una familia judeohelenística y que Lucas acogía en su casa, entró iluminando con su sonrisa la estancia para preguntar si necesitaban algo. Lucas negó con un gesto.

—Solo una información detallada nos ayudará a salvar a Pablo. Necesito datos concretos para demostrar que no supone un peligro para el imperio. ¿Cuándo le conociste?

Lucas entornó los ojos.

—¡Oh! Pablo y yo no nos llevamos muchos años de edad. Él nació en Tarso, de padres judíos. Yo en Antioquía, de educación griega por los cuatro costados. Nos conocimos en Tróade e hicimos el primer viaje juntos a Neápolis y Filipos. Desde entonces hemos pasado muchas venturas y desventuras hombro con hombro por esos caminos y mares de Dios. Como sabes, él nunca ha gozado de buena salud. Llevar un médico al lado le daba cierta seguridad, ¿comprendes? —sonrió.

—Conozco bien Tarso. Estuve allí en mis tiempos de legionario, y puedo imaginar de dónde procede la formación del niño Pablo, Saulo, en aquel enjambre de culturas. También he leído ayer sobre eso. Pero no acabo de comprender el cambio experimentado en un fariseo amante de la ley hasta llegar a ser lo que es hoy día. El relato de su infancia que consulté anoche está truncado.

Lucas escogió un rollo de papiro de su mesa, lo desenrolló y leyó:

—«Soy judío, natural de Tarso de Cilicia, aunque educado en esta ciudad. Instruido con toda

exactitud en la ley de nuestros antepasados, a los pies de Gamaliel, entusiasta de Dios como todos vosotros los sois actualmente».

Lucas levantó la mirada y fijó sus ojos cansados en el centurión.

—Estas palabras, que incluyo en mi libro, las pronunció Pablo cuando fue detenido en el templo de Jerusalén. En todo momento ostentó la doble identidad de ciudadano romano, adquirida en Tarso, y la de su educación judía. Desde la azotea de su casa en Tarso, se divisa bien el perfil blanco de nieve endurecida de las montañas del Tauro. Su padre le comentaría que allí detrás vivían los legendarios licaonios y gálatas, destinados a la perdición porque no conocían a Dios. Creo que eso se le quedó en la cabeza. También vería llegar desde aquellas montañas caravanas de camellos y onagros, precedidas de un asno que usan para tantear el camino. Transportaban balas de oveja y pelo de cabra para el telar de su padre. Creo que allí aprendió el oficio de tejedor de tiendas. Un trabajo recio, porque ese pelo negro de las cabras cilicias es tan duro que destroza las manos. Si te haces una capa con él y la pones en tierra, se queda de pie y te puedes refugiar bajo ella.

—Sí, he visto esa especie de cabras. ¿A qué edad parte Saulo para Jerusalén?

Lucas dudó un momento.

—Tendría unos quince años, creo yo. Su formación debió empezar a los cinco, con la lectura de la Torá, la ley. A los diez años la emprendería con la Mishná o tradición oral, y a los quince años sería instruido en el resto del Talmud, la doctrina. Sería sobre esa edad, me figuro, cuando su padre, riguroso fariseo, decidió mandarlo al cuidado de los rabinos del templo de Jerusalén.

—¿De Tarso a Jerusalén? Largo trecho, ¿no? ¡Son unas seis semanas de camino!²

—Debió sumarse a una de las peregrinaciones judías que suelen acudir allí para celebrar la Pascua por primavera y caminar acompañado de amigos, evitando las inclemencias del invierno. El camino pasa por Antioquía de Orontes, aunque seguramente carecería de tiempo para admirar las bellezas de la ciudad. Irían deprisa, sin imaginar que veinticinco años después viviría en ella. Luego por el suave monte Casio,³ considerado monte sagrado por griegos y fenicios, para llegar después a Laodicea⁴ y tomar el camino de la costa. Eso era ya cosa fácil y con el continuo rumor del oleaje de fondo a la derecha. Desde lejos, emergía para él la cuadrícula blanca, cuajada de templos con su puerto artificial, de Cesarea Marítima, que Herodes os construyó a los romanos. Pero esa ciudad la conoces tú mejor que yo.

Julio asintió.

—Es decir ya se hallaba solo a un par de días de Jerusalén.

—Supongo que subirían por Bet Jorón, la famosa ruta de Josué mil años antes. Imagina la impresión del joven judío de Tarso ante la primera vista de la ciudad santa. Yo mismo quedé subyugado por el panorama: a la derecha del monte de los Olivos sobresale de la profunda hondonada del Cedrón la mole de mármol del templo herodiano con el deslumbrante tejado de oro y una columna de humo procedente del altar de los sacrificios. Al oeste, los palacios, del que descuella el nuevo de Herodes, actual sede del gobernador romano, aunque, como sabes, habitualmente reside en Cesarea. Y al otro lado el hipódromo y el anfiteatro que tanto indignan a los judíos.

—¿Y qué me dices de su maestro?

—El nuevo alumno venido de fuera no saldría de cierto embarazo entre compañeros de escuela.

El rector de ese colegio se llamaba Gamaliel, que quiere decir «honorable camello», muy honrado de todo el pueblo, un hombre excelente, miembro del Consejo Supremo.

—Sí, sé que era todo un personaje. Pablo me habló de él en el barco.

Lucas dudó un instante.

—Pero al mismo tiempo de escasos recursos económicos. Ten en cuenta que los rabinos no son funcionarios pagados o intelectuales a sueldo. Aparte de su cometido de educadores casi todos tienen un oficio. Sé de algunos famosos, como Hillel, que era jornalero y Jehoshua carbonero. Creo que a Pablo se le quedó clavada esta forma de austeridad, de no vivir de lo que predicaba.

Julio veía al joven Saulo tomando notas en su tablilla sin perder un detalle junto a sus compañeros, sentado en semicírculo sobre banquetas bajas en torno al maestro. Venía con un buen bagaje de Tarso y una gran avidez por aprender.

—Lo que me extraña es por qué no optó a hacerse sacerdote —preguntó.

—¿Sacerdote? Imposible, el sacerdocio judío es hereditario. Tendría que haber nacido de la tribu de Leví. Además él estaba muy orgulloso de ser fariseo: «Yo soy fariseo, hijo de fariseos», repetía continuamente.

—¿Y aquellos maestros pensaban todos igual?

—No, había dos escuelas. La de Hillel, flexible y conciliador, que se había ingeniado para encontrar una salida más abierta a la dureza de la ley. Y la de Shammai, que se apegaba férreamente a la letra y la norma. Gamaliel era nieto y fiel seguidor de Hillel. Saulo se convirtió enseguida en su fiel discípulo. Me decía que estudió con mucho provecho. Creo que se lo recordaba en una de sus cartas cuando cuenta que «pronto sobresalió entre sus compañeros». Figúrate que, a pesar de que los estudios se movían para él en el ámbito de lo sagrado, Gamaliel animaba a sus discípulos a leer la literatura griega, algo muy familiar para Saulo. ¿Qué te parece? No era poco en aquel ambiente cerrado de Jerusalén.

Julio mostraba cada vez mayor interés.

—¿Conoces su método de enseñanza?

—¿Cómo no? Comenzaba la sesión por leer un pasaje de la Escritura. Primero en hebreo y luego se comentaba en la lengua usual, el arameo. A continuación, el maestro exponía las diversas interpretaciones del texto, y finalmente se abría la discusión con preguntas y respuestas. A veces el debate terminaba un tanto acalorado, como suele suceder en cualquier escuela superior. Salían a colación tanto las normas heredadas o Halakha, como las leyendas e interpretaciones posteriores llamadas Haggada.

Julio empezaba a perderse.

—No entiendo. Aclárame eso.

—Por ejemplo, la historia del arcángel Miguel, que disputa al diablo el cadáver de Moisés, es una leyenda. Pero la mediación del ángel en la entrega de las tablas del Sinaí es una tradición judía. Esta forma de mezclar diversos elementos para llegar a una conclusión estará luego muy presente en las enseñanzas de Pablo, como apreciarás enseguida, si lees sus escritos. Allí aprendió cómo utilizar textos de los libros sagrados con estilo simbólico, tan típico de sus recursos oratorios.

Julio volvió a mirarle con extrañeza.

—Bueno, Lucas, perdona, no acabo de comprenderte del todo. Me quedo con la idea de que

luego Pablo sacaría ejemplos de aquella tradición para explicar sus nuevas ideas. ¿No es así? Pero, un muchacho tan joven, ¿cómo vivía en Jerusalén? ¿No se interesaba por las chicas, como cualquier adolescente que despierta a la vida?

Lucas rio de buena gana.

—Hombre, supongo que sí. Ten en cuenta que ya entonces en Jerusalén había un sector de población bastante refinado. Se habían construido lujosas viviendas al estilo greco-romano cerca del templo. Allí vivían mujeres que hablaban un arameo con acento muy elegante. Eran jóvenes que olían a nardo y lucían ajorcas en las pantorrillas, no exentas de verdadero encanto. Además, me consta que recibían extranjeros en sus casas y que eran muy seductoras. Saulo tendría tentaciones, pero su pasión intelectual era superior a todo eso. Un famoso rabino decía: «Mi alma está pendiente de la Torá. Que otros se ocupen de que el mundo no se acabe». —Volvió a reír Lucas—. Yo creo que Saulo estaba obsesionado con el estudio de la Biblia. Ten en cuenta que la aprendió de memoria en dos lenguas: en griego, que ya se sabía, y en hebreo. En sus viajes siempre le vi arrastrando consigo los rollos de la Escritura a todas partes. Tenía pavor de que se les extraviaran. Me acuerdo lo que sufrió por eso en un naufragio. Para un judío de verdad rescatar la Biblia de un incendio es más importante que salvar todos los vasos sagrados de oro y plata. Opino que a eso desde el principio consagró su vida y que siempre fue célibe como Elías y Jeremías. Aunque no era insensible a la sexualidad. Sobre el celibato solía decir: «Más vale casarse que abrasarse».

En ese momento irrumpió de nuevo Elena. Venía con una fuente de uvas, dátiles y almendras.

—Lleváis largo rato charlando. Aceptad este refrigerio.

La presencia de la muchacha puso una dulce pausa en la conversación. Elena obsequió a Julio con una sonrisa y una mirada que no podían dejarle indiferente.

—Pero tengo una duda, Lucas. Por las fechas, Saulo debió de conocer el conflicto con el predicador galileo. ¿No se tropezó ya entonces con Jesús?

—Ten en cuenta que menudeaban entre los judíos predicadores y profetas. Además, Jesús no dejaba de ser un maestro rural, procedente de Galilea, un lugar despreciado de campesinos y pescadores. Subió poco a Jerusalén y todavía sus seguidores no tenían notoriedad suficiente para preocupar a la aristocracia del templo. ¿Comprendes? El problema vino luego, después de su muerte, cuando fue creciendo el número de sus seguidores.

La conversación se prolongó hasta entrada la noche. Cuando Julio volvió a la calle estaba un poco embotado por el volumen de datos que llevaba en la cabeza. Cabalgó por los senderos bañados de luna a través de una Roma desierta, solo interrumpida por las antorchas de la guardia nocturna, que vigilaban las obras de las nuevas construcciones o escasos viandantes que regresaban a sus casas. La brisa húmeda le lavaba el rostro y serenaba sus pensamientos. Le daba vueltas en su cabeza sobre qué hacer con todo el acopio de información que le había proporcionado Lucas. ¿Debería escribir un informe para la defensa o poner en orden sus ideas? Para él ya no solo era una cuestión jurídica destinada a salvar a un amigo en su proceso. Le interesaba la persona y su evolución, su tremendo cambio. Por sus aficiones literarias se sintió llamado a trasladar al papiro la narración de ese proceso, una vida apasionante que interpelaba sus numerosas lecturas anteriores. Debería sacar tiempo para hacerlo sin despertar sospechas ni renuncias a sus obligaciones militares y familiares. Cuando Rufo, su esclavo predilecto, desensilló el caballo, le dijo que en casa ya todos dormían. Se

derrumbó en el lecho como un talego. Entre sueños se preguntaba a sí mismo: «¿Dónde te estás metiendo, Julio? ¿Quieres arruinar tu carrera?».

Una luz cegadora

Apenas se detenía a contemplar el paisaje que había ido dulcificándose. Apretadas las rodillas a la cabalgadura, el sol chorreaba por su frente y empapaba sus vestiduras. Pero la fiebre interior de su irreprimible ira era aún más ardiente. Arrancó el pañuelo de su cabeza y se enjugó el rostro. Habían dejado atrás la meseta pelada y pedregosa de Judea, junto a Betel, los campos de trigo de Samaria, la cima nevada del Hermón, el desierto de Gadara. Casi no se habían detenido en el pozo de Jacob a refrescarse unas horas, incluso los descansos nocturnos de aquellas ocho noches de viaje habían sido tan escuetos como para permitirse solo una cabezada y partir de nuevo antes del alba. De vez en cuando comprobaba que la carta requisitoria con las órdenes del Sanedrín permanecía allí enrollada y a buen recaudo junto a su pecho. Un fuego interior, mezcla de odio, indignación y celo, profusamente alimentado durante los días precedentes en Jerusalén, le comía las entrañas. ¡Había que ejecutar cuanto antes! Urgía llegar a la ciudad y atraparlos por sorpresa.

De pronto se desplegó ante él, reverberante al sol, el verde oasis de la llanura de Damasco, regado por las venas azules de los ríos Barada y Farfar, aunque Saulo apenas podía divisarlos, absorto como estaba en sus pensamientos. Jadeaba el caballo, y de fondo oía un múltiple trote más lejano. Sus compañeros de viaje se habían ido quedando atrás, incapaces de seguir el desenfrenado ímpetu de su galope. A lo lejos se veía Damasco circundada de un collar de granados, palmeras y mirtos. Le ardía la frente, le dolían los ojos, y el caballo, tras relinchar, se encabritó de un salto como poseído del pánico. Todo era sol, una luz blanca le enturbiaba la mirada hasta cegarle. En un instante Saulo se halló tumbado de espaldas en el suelo. Todavía ignoraba que su vida entera, su mundo, estaba a punto de partirse en dos.

Aquel acontecimiento tenía sus raíces años atrás. Después de su formación como fariseo a los pies de Gamaliel, siendo aún un muchacho, se había dedicado a recorrer algunas sinagogas de los judíos de la diáspora. Era reconfortante regresar a Tarso ya como instruido rabino y comentar las experiencias con los viejos amigos y compañeros de estudios entre las columnas del foro y en el barrio judío de su infancia; comentar los nuevos libros y las aportaciones de eruditos griegos, las novedades políticas recién traídas de Roma. A una de las sinagogas de la diáspora llegaban también noticias de Jerusalén que despertaban curiosidad.

—Saulo, ¿qué sabes de esa secta de nazarenos? Dicen que está creciendo de forma sorprendente —le comentó Jacob, ahora reputado médico.

—¿Esos? Ni caso. No son más que un grupo sin importancia, populacho ignorante. Oí algo, sí,

pero poca cosa. Creo que Pilato crucificó a su líder fuera de la ciudad, en el monte de la calavera; un predicador rural sin importancia que se decía el Mesías. Ahora sus seguidores sostienen —rio— que el muerto ha vuelto a la vida. Locos visionarios, nada más.

—Pues en varias partes de Cilicia hay mucha gente preocupada con ese movimiento, Saulo. Andrónico, Julia y Herodión han venido contando extrañas historias. Aseguran que ese Joshua es más peligroso muerto que vivo, y que no pocos judíos se han hecho sus partidarios.

Saulo sacudió la mano derecha con desprecio.

—¡Bah, serán algunos del barrio pobre de Ofel, que no tienen dónde caerse muertos! Sí, supongo que acudirán al pórtico de Salomón a ver qué pillan, como tantos otros: lo mismo una limosna que los sermones del falso profeta de turno, sabe Dios.

—Pues yo sé de un sacerdote que se ha hecho de los suyos —le interrumpió una joven.

—¿Sí? Será de las categorías inferiores, te lo aseguro.

—No sé qué decirte. Comienzan a ser queridos por un grupo de gente. ¿Conoces a José de Chipre?

—Sí, claro, ¿cómo no? Es un levita bastante apreciado, además fue compañero mío de estudios. ¿Qué le pasa?

—Se ve que llevas mucho tiempo fuera. ¡Se ha pasado a los nazarenos! Hasta se ha cambiado de nombre. Ahora se llama Bernabé. Y encima les ha hecho donación de la venta de su finca.

El rostro de Saulo se encendió de ira.

—¿Cómo? ¡Imposible! No me lo creo. ¡Si es mi amigo, si pensamos igual, si hemos estudiado juntos con Gamaliel!

Aquella tarde, cuando volvió a su antigua casa tenía decidido regresar a Jerusalén, al menos para aclarar sus dudas. Para mayor abundamiento, a los pocos días le llegó una misiva del Consejo Supremo, pidiéndole que no dilatara su vuelta.

Diez años fuera de la ciudad se notan. Ahora parecía más populosa, sus calles eran ríos humanos de color y algarabía. Habían regresado no pocos judíos de la diáspora y menudeaban las nuevas sinagogas propias, según sus lugares de procedencia, por todos los barrios. Algunas contaban con escuela, hospedería, dependencias para reunirse e incluso un estanque para descansar y lavarse. No faltaban las que habían instalado una cárcel subterránea para dar cumplimiento a las penas impuestas por la misma sinagoga, sobre todo la de los azotes. Una de las más importantes, situada en el centro de Jerusalén, era conocida como la de los libertos, que, esclavizados por Pompeyo, después de manumitidos, habían regresado de Roma a Jerusalén. Descubrió nuevas sinagogas de gentes de Cirene y Alejandría, del Asia Menor y de su propia tierra, Cilicia. Se cruzó con mercaderes con sus asnos, aguadores con cántaros, soldados romanos que patrullaban en torno a la torre Antonia. La mezcla de pueblos, razas, y olores a incienso y carne quemada, que emanaba de los sacrificios del templo, le resultaba familiar.

Lo primero que hizo tras unas horas de descanso fue dirigirse a casa de su amado maestro Gamaliel. Sentado en contraluz, de espaldas a la ventana, apreció que su barba se había hecho más nivea y sus ojos más vidriosos. Pero su sonrisa seguía derrochando paz y estabilidad. Podría decirse que era uno de esos hombres que se sientan en una zona intermedia, suspendida quizá entre los acontecimientos y el no tiempo.

—Saulo, ¿tú por aquí? ¡Qué alegría volver a verte!

El recién llegado le mostró la carta del Gran Consejo.

—¿Qué crees que quieren de mí?

Gamaliel entornó los ojos y tras un vistazo, contestó sin dudar: —Están agobiados con la expansión de la secta del crucificado de Nazaret.

—Pero, maestro, ¿cómo es posible? ¡Son unos pobres diablos, unos pescadores galileos sin estudios! ¿Qué fuerza pueden tener? ¿Dónde ves tú el peligro?

—En la fuerza de lo débil, y sobre todo en la convicción. No hay nada más poderoso que creer de veras en algo. Han hecho una piña y dicen que hacen prodigios, que curan a los enfermos. La gente saca a los tullidos a la calle en camillas al paso de Pedro, su jefe actual. Lo más curioso es que, cuando se reúnen, lo hacen en torno a su líder invisible, que aseguran que ha resucitado.

—¿Y qué ha hecho el Consejo? ¿Aún no ha intervenido?

Gamaliel miró hacia arriba. Parecía un viejo profeta del desierto, cansado y borracho de horizontes. Se tomó su tiempo para responder:

—El sumo sacerdote y el partido saduceo han intervenido. Y varias veces. Los han detenido y metido en la cárcel. Pero ellos se han escabullido, dicen que con la ayuda de no sé qué ángel, y cuando fueron a buscarlos para juzgarlos, se los encontraron predicando su doctrina otra vez en el templo. Insisten que tienen que obedecer a Dios y no a los hombres. Entonces el Consejo decidió condenarlos a muerte. —Saulo no pestañeaba, pendiente de cada sílaba de su maestro—. Esa reacción, qué quieres que te diga, me pareció excesiva y me levanté en la asamblea. Pedí que hicieran salir a los acusados y les hablé sin rodeos. Les recordé el caso de Teudas. ¿Te acuerdas? Aquel personaje, que tuvo unos cuatrocientos seguidores. Lo mataron, sus secuaces se dispersaron y todo acabó en nada. Luego mencioné a los seguidores de Judas el Galileo, otro caso parecido, que acabó en dispersión. Sin embargo, esta vez les aconsejé que no se metieran con estos, pues «si su proyecto es cosa de hombres —les dije—, fracasará, y si es cosa de Dios, no podrían destruirlos, ya que es inútil luchar contra Dios».

—¿Eso dijiste? ¿Y los soltaron? —Frunció Saulo el ceño.

—Sí, después de azotarlos y prohibirles hablar en nombre del crucificado. Ellos salieron contentos y, claro está, ni por asomo obedecieron. Siguen predicando por ahí y haciendo prosélitos. Se les han sumado muchos de lengua griega, y ya empiezan a tener problemas de organización. Tanto que han nombrado siete diáconos para atender a sus viudas y otros asuntos. Por cierto, uno de ellos es tu amigo José de Chipre, que ahora llaman Bernabé.

Saulo no le respondió. Casi no reconocía a su maestro, quizás ablandado por las debilidades de la edad, pensó. Prefirió no contrariarle y salió a la calle escandalizado. ¿Era ese el fariseo fiel a la ley que le había enseñado a amarla y defenderla? ¿Cómo podía ahora transigir con la última secta de locos acaudillada por un Mesías de campo y además muerto?

Pero en Jerusalén no se hablaba de otra cosa. Al día siguiente se presentó ante el Gran Consejo. En la presidencia se hallaba el orgulloso Anás, el exsumo sacerdote que seguía en gran parte conservando el poder. A su lado Caifás, su suegro, actual sumo sacerdote, designado por Valerio Grato, el gobernador romano de Siria, y otros sacerdotes y letrados. Saulo advirtió la curiosa mezcla de saduceos, el partido en el poder, contrarios a la resurrección, y fariseos, que, como

él, creían en una cierta manera de supervivencia en la otra vida. Estaban exaltados y discutían entre ellos cuando anunciaron a Saulo.

El griterío se amainó hasta convertirse en murmullo.

—¡Silencio! —exclamó Caifás—. Sé bienvenido, Saulo, te esperábamos.

La figura un tanto flaca del joven recién llegado cobró importancia al concitarse en él todas las miradas.

—Te hemos hecho llamar porque te necesitamos en Jerusalén, Saulo.

Caifás, con tono altivo y mesándose la barba, expuso brevemente la situación: el crecimiento inesperado de los nazarenos; la osadía del pescador Pedro, que, acompañado de otro más joven llamado Juan, habían perdido el miedo e iban por ahí predicando que el galileo crucificado es el enviado por el Dios de nuestros padres, acusándolos de haber dado muerte al príncipe de la vida, al que anunciaron los profetas y habían asegurado que su Mesías iba a padecer.

—Los hemos conminado a que no sigan hablando de ese hombre. Los hemos encarcelado y han logrado escapar. Por otra parte, tenemos miedo a la reacción del pueblo, pues cada vez consiguen más adeptos. Quizás tú, con tu elocuencia y sabiduría, puedas rebatirles, y si no...

A Caifás le brillaban los ojos, le temblaban los labios y la barba de ira.

—¿Y si no? —subrayó Saulo.

Por la ventana la luz del mediodía tamizada por celosías daba un tono estatuario y patriarcal al perfil barbudo del sumo sacerdote.

—Si no, habrá que acabar con ellos como sea. Ya hemos comenzado a irrumpir en sus asambleas, donde parten el pan, en el que aseguran que su Mesías muerto se hace presente. Pero muchos que proceden de Damasco, Cilicia, Cirene y otras partes, han comenzado a huir de Jerusalén. Y aquí viene lo peor. Tememos que esa doctrina contraria a la ley se extienda como una mancha de aceite. Por eso te hemos llamado. Confiamos en tu celo, Saulo.

El joven fariseo inclinó la cabeza y prometió obedecer al Gran Consejo.

Dos días después le invitaron a una sinagoga. Levantó la mirada al entrar y vio escrito en arameo y en griego en su frontispicio: «Sinagoga de los de Cilicia». Judíos de toda clase y condición procedentes de la diáspora se apiñaban en la puerta. Era una basílica de tres naves con galerías altas, un atrio con pórticos y un par de albercas. Un rabino enjuto tomó un rollo de la Escritura del estante que estaba a su izquierda. Después de leerlo comenzó a comentarlo. De pronto, desde una esquina de la tribuna central, emergió un joven. Tenía la frente despejada, el pelo rizado y un rostro sonriente y barbilampiño. Saulo aguzó sus sentidos y observó que entre la gente se hallaba diseminado el Consejo en pleno. Y un amigo le susurró al oído:

—Esos que están detrás de una columna son Pedro y Juan.

Los miró con curiosidad. El primero, de anchas espaldas y encallecidas manos, no podía negar su condición de pescador. El segundo, un muchacho, no debía de tener más de dieciocho años.

El joven del pelo rizado saltó entonces sobre la tribuna:

—Hermanos y padres, escuchad. Cuando nuestro padre Abraham residía en Mesopotamia, antes de trasladarse a Jarrán, se le apareció el Dios de la gloria y le dijo: «Sal de tu tierra y de tu parentela y ve a la tierra que te indicaré».

—¿Quién es? —preguntó Saulo en voz baja.

—Esteban, un seguidor del Nazareno.

Paso a paso, Esteban, que conocía al dedillo la Escritura, fue recorriendo la historia de Israel: el éxodo hacia la tierra prometida, cómo Dios se la dio por heredad, les anunció la esclavitud, la circuncisión como señal de la alianza con Él a partir de Isaac. La historia de su hijo Jacob que engendró los doce patriarcas. La envidia de estos a José, cómo lo vendieron para que lo llevaran a Egipto y cómo Dios estaba con él, logrando el favor del faraón.

—¿Adónde va a parar este? —preguntó Saulo a su amigo, que se encogió de hombros.

El calor y la tensión se cortaban en las aglomeradas naves de la sinagoga.

Esteban, con su afinada voz, aludió a la carestía subsiguiente en Canaán, a la expedición de los hermanos de José y cómo este llamó a su padre Jacob y toda la familia. Relató la caída en desgracia de los israelitas en Egipto, la historia de Moisés, rescatado de las aguas por la hija del faraón y cómo, a los cuarenta años, Dios le habló en la zarza ardiente, hasta que Moisés liberó a su pueblo, cruzó el mar Rojo y pasó cuarenta años en el desierto, con tentaciones de idolatría al becerro de oro y la construcción del arca de la alianza, que duró hasta el tiempo de David.

En la frente del fariseo Saulo las venas azuleaban y se iban hinchando a medida que discurría el discurso, mientras apretaba los puños y se contenía para no saltar. Ahora veía adónde pretendía llegar. David había solicitado permiso para buscarle una morada al Dios de Jacob.

—Pero tocó a Salomón construir el templo —prosiguió Esteban—; si bien el Altísimo no habita en fábricas humanas, como dice el profeta: «El cielo es mi trono y la tierra estrado de mis pies: ¿qué casa me vais a construir?», dice el Señor, «¿qué lugar para mi descanso? ¿No ha hecho mi mano todo esto?».

Saulo comenzó a desentrañar el argumento. Parecía claro que lo que Esteban pretendía era dar mayor importancia a los profetas que a la ley, y resaltar que el templo de Jerusalén era una obra de manos humanas, mientras que el universo, su verdadero templo, es obra solo de Dios. Saulo estaba a punto de estallar. En ese momento a Esteban se le encendió el rostro y cambió de tono:

—¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y oídos!, resistiendo siempre al Espíritu. Sois igual que vuestros padres. ¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Mataron a los que profetizaban la venida del Justo, al que vosotros ahora habéis entregado y asesinado. Vosotros, que recibisteis la ley por ministerio de ángeles y no la observáis.

—¡Basta ya! ¡Es intolerable! —gritó Saulo, sin poder contenerse más.

Otros alzaban el puño.

—¡Fuera, fuera! ¡A la calle!

Como jauría se abalanzaron a atraparlo, y a empujones se abrieron paso para sacarlo fuera. Saulo logró salir, respiró aire puro, y siguió a la comitiva como un observador también indignado con las palabras de Esteban. Seis guardianes del templo se unieron a escoltar a Esteban. Desde la torre Antonia refulgían al sol los cascos de los soldados romanos que observaban indiferentes el cortejo, aunque atentos por si se levantaba alguna revuelta y fuera necesario intervenir.

La masa indignada de judíos condujo a Esteban por las estrechas calles de baratilleros hasta la sala de sesiones, en el atrio del templo, donde esperaba Caifás. El griterío de unas doscientas personas irrumpió en el local donde apresuradamente el sumo sacerdote había convocado al Sanedrín. Caifás impuso silencio. Esteban volvió a señalarles con el dedo:

—Vosotros sois los que le traicionasteis y le disteis muerte.

El juicio fue tan sumario que Saulo apenas tuvo tiempo de entrar y depositar su piedrecita negra en la urna. No hacía falta más para condenar a un hombre acusado de blasfemia. Acababa de presentar a Jesús como el verdadero profeta prometido por Moisés. ¿Se requería más?

—Es un seductor. El Deuteronomio es claro contra los que intentan apartar al pueblo de la ley de Moisés

A los pocos minutos, Esteban volvía a salir con sus ropas convertidas en andrajos y casi en volandas de la multitud que le arrastraba hacia la puerta de Damasco en las afueras.

—¡Lo llevan al campo de las lapidaciones! —gritó uno.

—¡Muerte al blasfemo! —exclamó otro.

Magullado por los golpes, el joven parecía transportado, absorto, los ojos clavados en el cielo y los labios entreabiertos en un esbozado murmullo.

El jefe de la guardia del templo se acercó a Saulo, único escriba presente, y le tendió una piedra.

—Empieza tú, rabí.

Saulo dudó.

—Le ejecución no me corresponde —balbució.

Pero le asombró que los empleados en el templo le dieran beligerancia y le consideraran en aquel momento la única autoridad. El guardia pretendía al menos su respaldo:

—Bien, entonces guárdame la capa.

Otros doblaron y amontonaron sus ropas junto a Saulo para tener las manos libres. Su carácter, a medio camino entre la timidez y el orgullo, se sentía herido en aquella ridícula situación pasiva, que no correspondía a su rango de estricto fariseo ilustrado. Saulo asintió.

Esteban seguía inmóvil con la cabeza levantada. Le desgarraron los harapos que le quedaban y descubrieron su nívea y joven desnudez llena de moratones y algo de sangre. Le abofetearon y, tras retirarse la multitud, el primer testigo, según prescribe el Deuteronomio, inició la lluvia de piedras. Unas, la mayoría, no daban en el blanco, pero las que le alcanzaban comenzaron a desgarrar sus carnes. Esteban sonreía. Alguien que estaba cerca creyó oír que decía ver el cielo y a alguien que él mencionaba como «hijo del hombre». Pero poco más pudo decir. Cayó derribado y ensangrentado al suelo. Instantes antes de que otra piedra le dejara sin sentido, pudo gritar:

—Señor, acoge mi espíritu. No les tengas en cuenta este pecado.

Con el cráneo machacado por tres piedras, expiró.

—¡Basta, ya está muerto! —sentenció el jefe de la guardia del templo tras comprobar que no respiraba.

Un silencio pálido, como su rostro, inundó el momento, hecho de nubes deshilachadas interpuestas ante el sol y veló de tristeza el mediodía. Saulo seguía preguntándose por qué no había tenido el valor de unirse a la ejecución. Y miraba a aquel hombre joven tendido en el suelo entre guijarros, sin vida, asombrado por la entereza e incluso la alegría que había manifestado durante la ejecución. Aunque sobre todo sentimiento de piedad se le imponía su culpabilidad legal, el delito flagrante de su blasfemia, a la par que le desconcertaba la fortaleza que había brillado en su mirada.

Mientras, los improvisados verdugos iban recogiendo las ropas depositadas a su lado.

Saulo jamás olvidaría aquella mañana.

Al día siguiente se apresuró a cumplir las órdenes de Caifás. Fue con la guardia a los domicilios de conocidos nazarenos para detenerles. Pero la mayoría, después de la lapidación de Esteban, había huido lejos de Jerusalén. Se dirigió primero a casa de Cefas, que decían era el cabecilla. Pero la casa estaba vacía. No quedaba pues otra cosa que hacer que solicitar la autorización de Caifás para proceder fuera de Jerusalén. Este le recibió con una sonrisa y le confirió plenos poderes para visitar las sinagogas de la diáspora y detener a los conversos. Durante una semana los esbirros que habían puesto a sus órdenes registraron casas, requisaron documentos y detuvieron personas pertenecientes a la «peligrosa secta». Las cárceles se poblaron de seguidores del profeta nazareno, los que no habían conseguido huir con su familia y sus pertenencias. Algunos, que seguían fieles a las normas y costumbres de los fariseos, contemporizaron con la «Buena Nueva», permanecieron en Jerusalén y salvaron el pellejo. Entre ellos Santiago, el hermano o pariente más cercano de Jesús, que se había unido al grupo después de su muerte y seguía cumpliendo aún los doscientos cuarenta y ocho preceptos y las trescientas cuarenta y seis prohibiciones de la ley.

Caifás volvió a llamar a Saulo. La muerte de Esteban no le había aliviado de la losa que oprimía al sumo sacerdote.

—Saulo, los cristianos de lengua griega han huido en su mayoría. Unos están con Cefas, el pescador, dicen que en Joppe; otros andan por Samaria con Felipe. Pero creo que la mayoría deben estar en el corazón de la Siria oriental, en Damasco, y hasta en Fenicia, Chipre y Antioquía. ¡Esto es un grave peligro para millares de fieles israelitas que viven allí! Toma los hombres que necesites y ponte en camino.

Saulo no necesitaba órdenes. El celo por Israel le quemaba las entrañas. Con media docena de guardias del templo salió al día siguiente muy de mañana por la puerta de Damasco, justo al lado de donde Esteban había sido sepultado. Sabía que el viaje a caballo le iba a ocupar al menos una semana,⁵ pero no imaginaba que una intensa luz iría a cruzarse en su camino.

Damasco es una encrucijada de caminos que unen a Oriente con el Occidente mediterráneo, y el sur arábigo con el norte de Siria. Pero Saulo ya no podía contemplar la fértil llanura del sudeste del Antilíbano después de que la luz le hubiera cegado. Su patrulla se detuvo y le ayudó a levantarse del suelo.

—¡Hemos visto un relámpago y un trueno semejante a una gran voz! ¿Qué ha sido eso, Saulo?

Él no respondió. Caminaba absorto, dejándose conducir del brazo.

En aquel momento entraba en Damasco una de las frecuentes caravanas de comerciantes que con sus dromedarios suele atravesar el desierto hacia el Éufrates. Sus compañeros acercaron agua a los labios del fariseo, que apenas podía balbucir palabra ni transmitir su reciente experiencia. Miraba al vacío.

—¿Dónde estamos?

—A pocos pasos de Damasco. Ahora entramos en la ciudad.

No era una población desconocida. Sabía que habitaban en ella miembros de la comunidad esenia, los cenobitas judíos del Qumram, voluntariamente exiliados para protegerse de los que consideraban «judíos corrompidos» de la tierra de Judá, en busca del «nuevo pacto» del que

hablaban los profetas Jeremías y Ezequiel. Sabía además de las comunidades judías que desde hacía más de sesenta años se habían asentado en Damasco, cerca de veinte mil personas.

—Llebadme al barrio judío, a casa de Judas —ordenó.

Saulo seguía como ausente, incapaz de verbalizar lo que había sentido. Era como si su carrera hubiera chocado de pronto contra un muro, como si su vida hubiera sido brutalmente detenida de golpe.

De la mano de aquellos que le iban a ayudar en su misión represiva, pues seguía sin poder ver nada, atravesó la puerta oriental de Damasco. Reconoció el murmullo del río y el bullicio de los bazares, imaginó el espléndido arco que Roma había construido durante casi un siglo de ocupación.

Comenzó a recuperarse. Solo recordaba el relámpago. Y una poderosa voz que venía de dentro:

—*Shaul, Shaul, lámamah ánthá radéf li?*

«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»

—¿Qué quieres, Señor?

—Yo soy Jesús, a quien tú persigues.

«Yo soy» eran palabras familiares de sus lecturas y estudios.

«Yo soy el que soy», el «Yo soy tu salvación» de los salmos tantas veces recitados. Sentía su pecho herido, su orgullo humillado, pero al mismo tiempo algo extraño y nuevo, un arrobamiento de paz le superaba, le trastornaba.

Enfilaron la vía Recta, la típica calle o *cardo maximus* romano que atraviesa las ciudades del imperio. A trozos recubierta por soportales, para proteger a los viandantes de los ardores del sol, en ella confluían las demás arterias y recogía un apretado tránsito de gentes varias, carros y pregoneros en sus quehaceres cotidianos. Se desviaron hacia el miserable barrio judío y dejaron a Saulo en casa de Judas. Tumbado, sin comer durante tres días, continuaba rumiando aquella extraña vivencia que le superaba.

Al tercer día llamó a la puerta un venerable anciano. Era Ananías, respetable partidario de Jesús, perteneciente a las nacientes comunidades de Damasco.

Saulo oraba en medio de su oscuridad.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—Soy Ananías y he tenido una visión sobre ti. El Señor me ha dicho que venga a verte. Yo le respondí sorprendido que había oído hablar mucho de ti, sobre los males que has causado en Jerusalén y que estás aquí con poderes de los sumos sacerdotes para arrestar a cuantos invocan su nombre. Entonces el Señor me replicó: «Vete, que es mi instrumento elegido para difundir mi nombre entre paganos, reyes e israelitas. Yo le mostraré lo que tiene que sufrir por mi nombre». Me envía, pues, el Señor, el mismo que se te apareció en el camino.

—Justo en ese momento he visto con los ojos del alma que me imponías las manos.

Ananías lo hizo. Unas escamas cayeron de los ojos de Saulo y recobró la vista. Aquella noche cenó alegremente con su amigo Judas y con Ananías, reparando las fuerzas. El recuerdo de la luz se convirtió en un fuego que le devoraba el alma. Saulo ya era Pablo. Sabía dentro de sí que el perseguidor se acababa de convertir en perseguido. A la mañana siguiente, la ciudad le parecía nueva: los niños que jugaban en la calle, el rostro de las mujeres que se dirigían al río a lavar la ropa, los colores con que el tintorero de la esquina teñía sus tejidos, las voces de los mercaderes y el

paso rítmico de una patrulla romana. Todo parecía cobrar un nuevo aspecto o sentido. No aguardó un minuto más y se encaminó a la sinagoga más cercana.

La vestal violada

Solo cuando el esclavo pidió licencia para entrar en el escritorio cayó Julio en la cuenta de que había amanecido. Rufo permanecía en el umbral con la bandeja del desayuno a la espera de autorización. Le miró sorprendido.

—*Dominus*, ¿no has dormido en toda la noche? Tienes aspecto de cansado. ¿Pretendes salir así? ¿Quieres que ensille el caballo?

Se sentó en el patio a comer algo de fruta, leche, pasas y almendras y un sorbo de vino. Se había pasado la noche entera sin pegar ojo, entregado con pasión a la escritura. Estaba medianamente satisfecho del resultado, aunque le rondaban aún muchas preguntas y dudas sin resolver. Se había basado para tramar el relato en los rollos que le había encomendado preservar Simón Pedro y en la historia de los inicios de la secta cristiana elaborada por Lucas. Aquellas visiones y sobre todo el traumático cambio de Saulo se le antojaban una fábula poco creíble. Sin embargo, un hecho se imponía: aquel fariseo enclenque y puntilloso, embarcado en una misión cuasi militar de detener en las sinagogas de Damasco a los seguidores del crucificado, se había transformado de repente hasta el punto de orientar su celo exactamente en sentido contrario.

—¿Y la señora, dónde está? —preguntó.

—No lo sé, *dominus*, se marchó temprano. Tus hijos ya están estudiando con el pedagogo.

Su curiosidad le incitaba a volver a visitar a Lucas para ver si lograba aclarar sus dudas. Pero no podía dejar de despachar como cada día los asuntos pendientes de su cargo. Así que cabalgó directamente hacia el acuartelamiento. En la puerta, los que montaban guardia cruzaron el brazo para cuadrarse marcialmente ante su superior. Al otro extremo de la explanada dos soldados interrumpían el paso a golpe de escudo a una joven que lloraba con penetrantes chillidos y pretendía entrar a toda costa.

—¿Qué sucede?

—Esta esclava, que tiene la osadía de pedirte audiencia, prefecto.

Era una muchacha púber de unos quince años de edad o quizá menos, que se estremecía como un gorrión. Llevaba la ínfula blanca desgarrada con manchas de sangre.

—Yo no soy una esclava, señor. ¡Soy una vestal! —dijo con un punto de orgullo.

Julio la miró intrigado de arriba abajo. Sabía que las vestales habían de ser vírgenes, de padre y madre reconocidos, y de gran hermosura: que era seleccionadas por el pontífice máximo a la edad de seis a diez años y que su mayor responsabilidad era mantener encendido el fuego sagrado del templo

de Vesta, situado en el foro, por lo que tenían restringidos sus movimientos. Estaban liberadas de las obligaciones sociales habituales de casarse y tener hijos, y profesaban voto de castidad para dedicarse enteramente al estudio y correcta observancia de los rituales estatales, los que no podían efectuar los colegios sacerdotales masculinos, como la preparación de la *mola salsa* que era utilizada en sacrificios. Iban tocadas de un velo en la cabeza y portaban una lámpara encendida entre las manos.

—Ven conmigo, muchacha.

La condujo a su despacho de mando, no sin encargar antes a una esclava del servicio que le diera de beber y la lavara.

—¿Cómo te llamas?

—Rubria.

—¿Qué te ha pasado, Rubria? ¿No te ha protegido la guardia del templo? Tú eres intocable. Sabes muy bien que el que ose mancillarte es reo de los más severos castigos. ¿Quién te ha tocado?

La joven enrojeció.

—No puedo decirlo.

—Entonces, ¿qué haces aquí? ¿A qué has venido?

La vestal volvió a retorcerse en llanto y temblar con todo el cuerpo. Julio la cubrió con su rojo capote militar.

—Si no me dices nada, no puedo ayudarte. Anda, muchacha, habla.

La nívea joven levantó el rostro. Parecía por su perfección una de las deidades de mármol que flanquean el templo de Vesta. Julio calculó que podría encontrarse en los primeros diez años de aprendizaje de los treinta que debía permanecer en el templo cuidando de que no se apagara el fuego sagrado. Sus ojos negros brillaban con una mirada limpia sobre unos bien dibujados labios rosáceos. Nunca había tenido ocasión de contemplar a una vestal tan cerca. Siempre las había entrevisto a larga distancia en las ceremonias rituales públicas, como estaba prescrito, misteriosamente sagradas, lejanas, intocables.

—¿Prometes guardarme el secreto? —preguntó algo más serena.

Julio no contestó. Era un asunto de orden público. No estaba en sus manos concedérselo. Pero ella necesitaba desahogarse. La adolescente respiró hondo.

—Es terrible, pero es la verdad. ¡He sido violada, centurión! —confesó sollozando.

Que una vestal perdiera la virginidad era considerado un delito peor incluso que el permitir que se apagase el fuego sagrado. Inicialmente, el castigo era la lapidación; luego esta pena había ido siendo sustituida por la decapitación o por ser sepultada viva, mientras su compañero de delito era inevitablemente entregado al suplicio. Pero estos eran casos muy raros, puesto que nadie se atrevía a tocarlas.

—¿Quién ha sido?

Rubria tiritaba. Pero finalmente se decidió a hablar:

—¡Centurión, me da tanta vergüenza! ¡Es el emperador en persona quien me ha violado! —musitó con desorbitados ojos.

Se hizo un silencio.

—¿Qué dices, niña? ¿Te estás inventado eso para impresionarme?

Sin embargo, Julio conocía lo suficiente a Nerón para suponer que cuanto acababa de narrar aquella criatura era verdad. Sabía que por las noches ese loco se disfrazaba e iba por los garitos más siniestros de la Urbe a saquear tiendas y golpear a la gente. En una de esas ocasiones un senador estuvo a punto de matarle por haberse sobrepasado con su mujer. Desde entonces salía acompañado discretamente y de lejos por dos tribunos. Sabía que el insensato prolongaba sus festines de mediodía hasta medianoche. A veces cerraba para él solo la naumaquia en el Campo de Marte o se introducía en el Circo Máximo, donde se hacía servir por eunucos y prostitutas comidas interminables. Recordaba cómo se hacía invitar de sus opulentos amigos y que a uno de ellos le costó la friolera de cuatro millones de sestercios un banquete con turbantes y el suelo cubierto de rosas. Por no mencionar el escándalo que levantó cuando quiso casarse con una liberta, obligando a testigos a que declararan sobre su sangre real; o cuando castró al jovencito Esporo, lo disfrazó con el velo de bodas y organizó un cortejo nupcial por toda Roma. Se atrevió incluso a llevarlo consigo en su viaje a Grecia y lo paseó en litera por plazas y mercados besándolo continuamente. Si encima se sumaba el incesto con su madre Agripina, ¿tenía algo de extraño lo que estaba confesando aquella muchacha?

La joven vestal abría sus grandes ojos limpios a la espera de respuesta.

—Me temo que no puedo ayudarte, niña. ¿Quieres que la guardia te proteja hasta casa de tus padres?

—¿A mi casa? Imposible, señor. Soy de familia noble. Nunca aceptarían el regreso de su hija convertida en una vestal deshonrada. Ellos mismos contribuirían a mi muerte.

Tampoco podía devolverla a la residencia de las vestales, situada detrás del templo. Podía ser lapidada o enterrada viva, y era evidente que aquella niña no tenía culpa alguna.

—Bueno, pequeña, veré qué puedo hacer. Por lo pronto te quedarás con las esclavas del cuartel. Ellas cuidarán de ti.

Julio se quedó pensativo y salió a la sala de armas, donde los soldados limpiaban sus arneses. Estaba agotado. Toda la noche sin dormir y luego aquel desastre, aquella impotencia ante el emperador más repugnante que había conocido Roma. Refrescó con abluciones sus ojeras y salió a tomar el aire, después de delegar en su lugarteniente el servicio. En la calle un aire tibio a primavera romana, entre cálido y refrescante, ungía la ciudad recordándole sus tiempos de juventud y sus carreras en el estadio, los años más felices cuando conoció a Livia precisamente en una naumaquia que representaba una batalla naval de atenienses y troyanos. Y no lo pensó más: decidió visitar a Lucas para evadirse.

Galopó primero un rato bajo los pinos que bordeaban la calzada, entretenido con el encaje verde de sus copas bordándose sobre el azul del cielo, y llamó a la puerta de Lucas. Elena le reconoció al instante y, con una de sus prometedoras sonrisas, le condujo ante el anciano, que paseaba con su bastón en el recoleto huerto de atrás, protegido por una gran tapia torpemente construida de escombros.

—Julio, amigo, ¿qué te trae por aquí?

—Quería verte. No te preocupes, nadie me ha seguido.

—Hermoso día, ¿eh?

Julio asintió y se sentaron junto a un viejo y retorcido olivo.

—¡Ah, los olivos! ¡Traen tantos recuerdos de aquellos tiempos en Jerusalén! Veamos, Julio,

cuéntame.

El centurión comenzó por desahogarse de la escena vergonzosa que acababa de presenciar esa misma mañana y su creciente preocupación por los desmanes del emperador.

—Ahora no sé cómo proteger a esa muchacha. Pero, bueno. Vengo por otra razón: quiero que leas esto.

Y le tendió el rollo que había escrito aquella noche.

Lucas lo devoró con hambrienta curiosidad. Mientras, Elena regaba valiéndose de una alcuza el huerto con la parsimonia de un rito, como si las hortalizas fueran piedras preciosas y ella la princesa de un remoto jardín oriental. A veces levantaba la cabeza y le dirigía una furtiva mirada.

El médico devolvió el escrito a Julio con una interrogación en la frente.

—Pero, hombre, ¿cómo se te ha ocurrido escribir esto? ¿Tú, un romano?

—Bueno, ya sabes, me apasiona escribir en mis ratos libres. Sabes que Pablo me intrigó desde el primer momento en que le conocí. ¿Acaso no es fiel a los hechos? Me he basado en tus escritos y otras cartas. ¿Qué te parece?

—Sí, es bastante fiel. Le has dado incluso otra gracia literaria, cierta viveza con tu imaginación latina. Se ve que tienes un cálamo agradecido.

—Pero también me ha dejado muchas dudas, Lucas. Creo que Pablo, por lo que me dijo en el barco, está convencido de que ha conocido a Jesús igual que los demás apóstoles y se enorgullece de ello continuamente. ¿Qué vio exactamente en el camino de Damasco?

Lucas apoyó la sien en la mano derecha y miró sin mirar hacia un punto indefinido.

—Pues, ¿qué quieres que te diga? No lo sé exactamente. Pregúntaselo a él. Tú puedes visitarlo en la cárcel. Eres el prefecto de *vigiles*. Lo cierto es que su cambio no fue poco a poco, sino brusco, de repente. ¡Muy extraño!

—No quiero despertar sospechas. Ya se corre por ahí que tengo contactos con vosotros y no quisiera poner en peligro mi futuro ni el de mi familia. ¿Tuvo esa visión con los ojos de la carne, gracias a una aparición?

—No, no lo creo. El mismo hecho de que la luz le cegara los ojos indica que tuvo una experiencia espiritual interior muy poderosa, como una descarga que le afectó incluso físicamente. Pero vio y oyó con los ojos y los oídos del alma, eso sí, de tal manera que se le impuso de pronto como una realidad innegable que aquel al que perseguía era el Mesías mismo, el esperado por el pueblo y anunciado por los profetas.

—Pero tú dices que los demás escucharon la voz y vieron la luz.

—Eso me contaron.

—¿Se convirtió entonces Pablo del judaísmo a la nueva fe?

Lucas agitó la cabeza negando.

—No, no, él ha seguido siendo judío siempre, toda su vida, y orgulloso de serlo. Pero un judío que acababa de encontrar al Mesías y le sigue con locura, convencido de que la época de la ley se ha terminado, eso sí. Ahora viene su plenitud. El Mesías, a partir de él, ya no será solo de los judíos sino del mundo entero.

—Perdona, Lucas, pero para una mentalidad práctica y romana como la mía esto resulta del todo incomprensible.

—Claro, también te resultará sin explicación la experiencia de Jesús resucitado que tuvieron María de Magdala y los apóstoles cuando se les apareció después de muerto. Fue para ellos otra manera de verlo tan diferente que al principio les descolocó. Pero Pablo está convencido que en Damasco lo ha visto y le ha hablado. «Por último se me apareció a mí, que soy como un aborto», escribe en una de sus cartas. «Fui aprehendido» o «alcanzado», asegura. Es algo, Julio, que no se puede comprender si no has tenido una profunda sacudida interior. Llegó a decir que Dios le había elegido desde el vientre de su madre y le dio a conocer a su hijo, para que lo anunciara a los paganos inmediatamente y sin consultar a nadie. Estaba persuadido, arrebatado por esa certeza fortísima: «He visto al Señor Jesús», repetía una y otra vez.

—¿Iba a caballo o en burro?

—No lo sé. Si lo quieres creer, es un detalle que no me importa demasiado.

—Pero dices que «cayó en tierra».

—Para indicar que fue derribado por la visión. Es una expresión que está en otros lugares de la Escritura. Lo que me importa es el contenido más que los detalles. Supongo que iría cabalgando y armado, es lo más probable, si es que pretendía llegar pronto a cumplir su misión contra los cristianos de Damasco.

—¿Por qué tú nunca llamas a Pablo «apóstol», como a los doce, en tu segundo libro a Teófilo?

—Pero Julio, ¿es que no pierdes detalle? Yo en mis *Hechos* considero apóstoles a los que trataron a Jesús en vida. Y él se encontró con él después y de otra manera. ¿Comprendes? Jesús en vida eligió a los doce, ya te lo dije.

—¿En qué lengua le habló la aparición a Pablo?

—En mi escrito tampoco lo concreto, pues en realidad tampoco me importa. Pero Pablo precisa, creo que en una de sus cartas, que Jesús le habló en hebreo: «Yo soy Jesús nazareno, al que tú persigues».

Julio respiró hondo.

—Perdona, amigo. Pero yo me resisto a creer en este episodio. Es demasiado para mí. Va contra la razón lógica.

Lucas acarició con la punta de su bastón las pequeñas flores campestres que amarilleaban al pie del olivo.

—Si fuera lo único que no puedes explicar de cuanto te rodea... Desde esta flor al nacimiento y la muerte, todo es un misterio en la vida del hombre. ¿Acaso no lo sabes? Pero si quieres comprobar hechos, atente a ellos. ¿No es una locura que un perseguidor se transforme de pronto en un seguidor apasionado; se abraza a un patíbulo como señal, el signo más ignominioso de nuestro tiempo, la cruz, y emprenda a partir de entonces una vida de perros? Julio, Pablo lleva siempre esculpida en su mente y su corazón aquella experiencia. No sé de nadie que se haya transformado tan enteramente y vuelto a nacer como otra persona de esa manera. Ven.

El médico se levantó y se dirigió a su pequeño habitáculo de escritor. Sacó un rollo y lo desplegó ante su vista.

—Mira. Más adelante, en mi segundo libro, he incluido lo que declara ante el rey Agripa para defenderse. —Acercó el manuscrito a sus cansados ojos y leyó con su voz ronca—: «En un tiempo yo pensaba que mi deber era combatir con todos los medios el nombre de Jesús Nazareno. Es lo que

hice en Jerusalén, con autoridad recibida de los sumos sacerdotes, metiendo en la cárcel a muchos consagrados. Y cuando los condenaban a muerte, yo añadía mi voto. Muchas veces en las sinagogas yo los maltrataba para hacerlos blasfemar; y mi furia creció hasta el punto de perseguirlos en ciudades extranjeras». Después cuenta su experiencia una vez más. No es pues una anécdota en su vida, es algo céntrico, es el eje de todo. Por eso insiste una y otra vez: «Finalmente, después de todos, se me apareció a mí, que soy como un aborto».

Sin salir de su confusión, Julio optó por seguir adelante.

—Bien, pero cuéntame, Lucas, porque, después de leerte, no me aclaro sobre qué pasó a continuación. Tú lo despachas en pocas líneas. Después de tres días de ceguera y la llegada de Ananías, recupera la vista y es bautizado y recibido por aquel grupo de judeocristianos que sin duda han escapado de Jerusalén y se encuentran con que precisamente el que venía a castigarlos se ha convertido de pronto en uno de los suyos. ¿Qué pasó después? Porque, la verdad, no es que tu relato lo aclare mucho.

Lucas sonrió entornando sus ojillos inteligentes que asomaban entre arrugas y cejas de algodón, mientras enrollaba aquel manuscrito, del que Julio conservaba en casa una copia.

—Si quieres creerlo, para mí es en parte también un misterio. Hay tres años en la vida de Pablo como en nebulosa. Debía de estar inquieto, dado su fogoso carácter, y necesitado de correr a predicar lo que acababa de ver y sentir. Hasta diez años después no aludió a un viaje a tierra de nabateos, lo que él llama «Arabia»: entre el mar Muerto y el mar Rojo, Arabia Pétreo, el salvaje y soñado nido entre montañas, Gerasa, Amán. El rey de los nabateos, Aretas, andaba entonces a la gresca con Herodes Antipas, porque este había repudiado a su hija y se la había devuelto a palacio, por culpa de la seductora Herodías. Yo creo que este periodo fue una especie de fracaso y retiro para Pablo, porque no habla mucho de él. Me lo imagino deambular solitario con su blanca túnica de beduino con pliegues, su cinto de cuero y el *keffiyeh* de otro color a la cabeza, bajo el quemante sol. Recorrería pardos montes pelados y yermos solitarios, entre tribus de pastores caravaneros con sus rollos de la Biblia de los que nunca se separaba en el zurrón. Luego decidió regresar a Damasco.

—Arabia le debió de dejar su impronta.

—Arabia es tan inmensa que es difícil saber lo que es realidad. Un espacio inabarcable de desiertos y oasis, camellos, carneros, pastores, mercaderes, rutas de arena y caravanas. Un cruce de lenguas: árabe, arameo en sus formas más variadas: el siríaco, el nabateo y otros muchos dialectos. Y, claro, también el griego, que después de conquistar el oeste, se extendió hacia el desierto. Sin duda, Saulo se entendió allí en griego. De Petra a Palmira, donde las guarniciones custodian el desierto hasta el Éufrates y el comercio florece. Los mercaderes conocen rutas que les conducen hasta India y Asia Central. Palmira es una mezcla de dioses arameos, como Baalshamin, una especie de Baal, dios de la cosecha, con dioses árabes y mesopotámicos o indígenas. Saulo tendría la impresión de encontrarse sumergido en un mundo verdaderamente variopinto y desconocido. Poco pudo anunciar, creo, de la Buena Nueva en griego en aquella Babel de lenguas y creencias. Se sintió pronto llamado a regresar.

—¿Todo eso sin consultarlo con los apóstoles, sin pasar antes por Jerusalén? ¡Qué osado y qué raro!

—Sí. En parte, porque no querría enfrentarse de pronto con las autoridades judías, y también

porque se sentía con el mandato directo del resucitado. No necesitaba permiso de nadie. En principio él lo veía así.

Elena irrumpió en la habitación con un par de vasos de agua con limón.

—Venga, refrescaos un poco, que no hacéis más que hablar y hablar.

La cuerda que ceñía la cintura de la joven subrayaba la flexible armonía de sus movimientos y resaltaba sus pequeños pechos redondos. Julio tenía el convencimiento de no haber visto en toda su vida una mujer tan bella. Emanaba tales vibraciones que incluso de espaldas podía percibir su llegada.

Tomaron ambos un sorbo y el ácido despertó sus papilas.

—Lo cierto es que Pablo regresa a Damasco. Le tira la ciudad. Allí había hecho su primer grupo de amigos, era como volver a casa. ¿No es así? —prosiguió Julio.

—Debió de volver con ganas, desde luego. La ciudad por entonces bullía de mercaderes de todo Oriente. Una ciudad hermosa, sí señor.

—La recuerdo bien. También la conocí en mis tiempos de legionario. Llegar a ella a través de tierras resacas es encontrarse desde luego con la «perla del desierto», como la llaman, alzada sobre un altiplano al pie de la cadena montañosa del Antilíbano. Creo que su nombre significa precisamente «tierra regada», ¿no? Guarda algo de su esplendor de capital de los sucesores de Alejandro Magno.

—Veo, Julio, que te gusta leer. Pompeyo la cambió. Pero cuando Pablo entró en ella estaba bajo el influjo del rey Aretas. Pablo siempre la recuerda con cariño. Ten en cuenta que allí recibió su misión: «Abrir los ojos a los paganos», nada menos. De ahí que siempre insistirá que el Evangelio que predica «no es un producto humano», que no lo recibió «de hombre alguno». Respondiendo a tu pregunta, cuando regresó, volvió a encontrarse con sus amigos, en concreto Judas, el que vivía cerca de la calle Recta.

—Es curioso que la llaméis «calle Recta». Todas las calles de las ciudades romanas son rectas y perpendiculares. Supongo que te refieres al *cardo maximus*, la que atraviesa la ciudad de este a oeste, la del mercado, que une el teatro en una punta con el palacio del rey nabateo en la otra, una excepción, porque en esa dirección suele situarse el *decumanus*, mientras que el *cardo* atraviesa de norte a sur.

—El caso es que volvió dispuesto a lanzarse sin miedo a su misión, incluso a predicar la Buena Nueva de Jesús en la sinagoga de Damasco, si se terciaba, e intentar demostrarles que no era otro que el Mesías. ¿Imaginas lo que eso suponía? Las discusiones con los judíos eran interminables. Aquel Pablo más flaco y moreno, con ojos que parecían regresar de la lejanía, más que en el conocimiento, a la *gnosis* o *epignosis*, insistía en la necesidad de la fe o *pistis*, una experiencia que es ver sin ver, una mezcla de oscura certeza interior y confianza.

A Julio le seguía pareciendo un lenguaje extraño.

—Para entonces Damasco había cambiado. Por esa época la ciudad no estaba ya bajo la administración romana. De la rigidez de Tiberio se había pasado al desmadre de Calígula, sobre todo en Siria. Ya sabes, cuando el emperador optó por devolver los territorios orientales a los príncipes autóctonos. Por eso, el legado imperial, Vitelio, acababa de dejar Damasco al rey de los beduinos nabateos, Aretas de Petra.

—Sí, dices bien —asintió Lucas—. Eso supuso mayor libertad religiosa para los judíos, que captaron nuevos conversos para su causa, especialmente mujeres. Por ese motivo, cuando Pablo el sábado se atrevió a proclamar a Jesús como Mesías, le recibieron con los puños en alto y gritos estentóreos: «¡Fuera! ¡Impostor! ¡Traidor! Eres un renegado. ¿No era este el que venía a ayudarnos para acabar con la peste de los nazarenos?». Total, que se conjuraron a darle muerte. Y tenían vigiladas, con la ayuda del rey Aretas, todas las salidas de la ciudad para que no escapara.

En ese momento entró Elena sonrojada y un poco nerviosa.

—Lucas —dijo en voz baja—, en la puerta hay dos mujeres que preguntan por el prefecto.

Julio se levantó de un salto y corrió a la entrada. Era Castalia, una esclava que servía en la prefectura. Venía preocupada y arropaba con su manto a Rubria, la vestal violada por Nerón.

—¿Qué hacéis aquí? ¡Por Júpiter! ¿Cómo se os ha ocurrido venir a buscarme? ¿Quién os ha dicho dónde estoy?

La esclava, con la respiración entrecortada, no acertaba a responder todas las preguntas a la vez. Rubria no paraba de llorar.

—¡No podía esconderla por más tiempo, centurión! Oí voces en el cuartel que preguntaban por ella. Creo que Nerón ha mandado buscarla. Tu esclavo Rufo me ha dicho que podías estar en este barrio y en esta casa.

Salió Lucas renqueando con su bastón y sosegó el ambiente.

—No te preocupes, Julio. La esconderemos aquí. Elena, hazte cargo de ella.

Elena tomó con dulzura a la muchacha de la mano.

—¡Pero eso os compromete aún más! No lo puedo consentir.

—¿Más de lo que estamos? Tenemos puesta nuestra confianza en el Señor. Nos pueden matar, Julio, solo eso. No te preocupes.

—Castalia, regresa ahora mismo al cuartel, y ni una palabra de todo esto. Pasa antes a comprar vino para el destacamento. Di que yo te lo he ordenado. Recuerda: ni una palabra. Está en juego la vida de esta muchacha, ¡y la tuya, mujer! ¡No lo olvides! Toma.

Julio le entregó unas monedas.

Mientras cabalgaba de regreso al pretorio, al prefecto le hervía la sangre. ¿En qué laberinto se estaba metiendo sin darse cuenta? De ahora en adelante debería calibrar cada paso. Al anochecer su orgullosa mujer le negó el saludo. Julio cayó derrumbado en el lecho, como después de aquellas agotadoras caminatas en sus tiempos de legionario en que apenas sentía los miembros y podía quedarse dormido sobre una piedra. La mirada asustada de Rubria le perseguía en la oscuridad de la estancia.

De Jerusalén a Antioquía

Protegidos por nubes densas que ocultaban la luna, Pablo de Tarso y dos conversos que le acompañaban rodearon la mole del templo de Júpiter de Damasco, y las estatuas semidesnudas de dioses y diosas griegos que flanqueaban el edificio, para deslizarse sigilosamente entre sombras junto al borde de la muralla hacia el norte. Se detenían en cada sillar o contrafuerte, para evitar la mirada de los vigías, que custodiaban la entera fortificación y cada una de las siete puertas de la ciudad. Pablo había introducido en su morral sus rollos bíblicos junto a un estuche de cuero con las herramientas imprescindibles de su oficio, su *modus vivendi* de tejedor de tiendas aprendido en Tarso: un cuchillo en forma de media luna apto para cortar las duras capas de cuero o lona, un punzón para perforar los orificios, un carrete de hilo encerado y varias agujas curvas. Ese era todo su equipaje. Sus dos compañeros, hombres jóvenes y fuertes, acarreaban una gran espuerta, de las usadas para transportar escombros.

—¡Por aquí! —susurró uno de ellos—. No corráis, la casa está cerca.

Era un edificio de dos plantas y terraza, adosado a un lateral de la muralla que rodeaba la ciudad, sólidamente construida al modo romano, con el típico *opus quadratum*, y flanqueada por torres. El dueño de la casa, que les estaba esperando, les condujo por las escaleras interiores hasta la terraza. Asomaron con precaución sus cabezas y esperaron a que los guardias iniciaran el rutinario paseo de guardia hacia el sur.

—¡Venga, vamos! ¡Hay que aprovechar el momento! La luna está a punto reaparecer.

Pablo, a pesar de su baja estatura, cabía a duras penas en la espuerta. Después de abrazar a los dos jóvenes compañeros y al dueño de la casa, se enroscó sobre sí mismo en posición fetal, mientras los otros lo cubrían con su manto. Ataron dos sogas a las asas y deslizaron al fugitivo por la muralla. La luna comenzaba a asomar un gajo de su bruñida faz y platear suavemente el río Barada y sus dos canales, que a aquella altura penetran en la ciudad. Nada más tocar tierra, Pablo saltó como una ardilla y corrió sorteando huertas, alquerías, sepulcros y regadíos para alcanzar cuanto antes la vía Maris. Al instante los de arriba se apresuraron a arriar la espuerta con una sonrisa triunfal.

—¡Lo ha conseguido! ¡Alabado sea el Señor! —exclamaron en voz baja.

Detrás quedaba la «ciudad del jazmín», la populosa capital siria, clavada para siempre en la memoria del fugitivo como un hito, el del eje crucial de toda su vida.

Estaba convencido de que de las dos opciones que se le presentaban después de su huida, la mejor era regresar a Jerusalén. Podría, es cierto, haber tomado el camino de Tarso hacia el norte, a

costa de permanecer aislado y de que le acusaran de orgullo autosuficiente una vez más. Tenía dentro de sí todo lo necesario para predicar su hallazgo. Pero ahora había que afrontar la realidad, contactar de una vez con la comunidad establecida, los primeros amigos y discípulos contemporáneos de Jesús. Al fin y al cabo, ellos poseían la experiencia viva e histórica, el contacto directo, los recuerdos, la herencia del Maestro.

Emprendió pues el camino de ocho días junto al mar, rumbo a Cesarea de Filipo, visitó la sinagoga de Cafarnaúm, descansó la mirada en las aguas azules del lago de Genesaret y alzó los ojos hacia el monte Tabor. Finalmente, desde la altura de Escopo, Jerusalén apareció ante él encendida por la luz cenital con evocaciones y recuerdos estudiantiles, sabias palabras de Gamaliel, risas de sus condiscípulos, impulsos de juventud. Una natural sacudida le sobrecogió. ¿Qué pensarían ahora sus compañeros fariseos de él? ¿Cómo le recibirían sus antiguos amigos? Las piedras que derribaron a Esteban reaparecieron también en la memoria como una lluvia cruel sobre la cabeza machacada y sangrante de la víctima.

Con sensación de proscrito se adentró en las callejuelas de la ciudad santa, cuando ya era noche cerrada. Todo parecía igual. En el templo aún humeaban con olor a carne quemada las volutas de los sacrificios y en la torre Antonia los romanos escenificaban marcialmente el cambio de guardia. Él sabía que en Jerusalén habían cambiado las cosas. El Consejo Supremo estaría sin duda indignado después de esperar en vano su regreso. Los seguidores del nazareno habían extendido ya en todo el país una red de comunidades. «¿Quién me comprenderá ahora y me recibirá con los brazos abiertos?», se preguntaba. Solo Bernabé quizá, el «hijo del consuelo», su excompañero de estudios, el judío de Chipre, helenista como él y de alma grande.

Efectivamente, pronto se encontró con su mano tendida y su sonrisa.

—¡Qué alegría, Saulo! Ven, cena algo. Dormirás en mi casa. Pero, cuéntame. ¿Cómo te ha ido todos estos años?

—Tengo mucho que contarte. Me siento otra persona, como si hubiera vuelto a nacer. ¿Crees que Cefas se fiará de mí?

—Yo te lo presentaré mañana.

—¿Y los otros apóstoles?

—Están fuera de Jerusalén, predicán por ahí la Buena Noticia. Solo está Santiago, el hermano del Señor.

Tras un sueño reparador, la ciudad amaneció con su palpito habitual de comerciantes, soldados, levitas y buhoneros bajo un sol amigo que doraba las piedras del templo. Pablo se sentía seguro al lado de Bernabé, con esa certeza que es andar junto a un amigo de los que el corazón certifica.

Se alejaron del centro y tras mucho callejear se adentraron en unos arrabales de casuchas pobres, junto al Cedrón.

—Allí es.

Era una vieja alquería, con pozo y escasos animales: un par de cabras y media docena de gallinas. Una mujer tendía la ropa al sol.

—Es la casa de mi sobrino Juan Marcos, donde él vive con su madre María. Creo que Simón Pedro está con ellos.

La madre del futuro evangelista saludó efusivamente a los recién llegados. El contraste de la

oscuridad interior cegó los ojos de Pablo. Apenas pudo distinguir al fondo a un hombre corpulento que se levantaba y le tendía una gran mano callosa. Cuando los contornos empezaron a dibujarse, emergió el rostro barbudo del pescador de espaldas cargadas y párpados encendidos, presididos por unos ojos tiernos que amanecían de una encrucijada de pequeñas arrugas.

—Este es Pablo, este Simón Pedro —les presentó Bernabé.

—Nos conocíamos, aunque de lejos. Entonces yo era otra persona —dijo Saulo. —Cefas sonrió—. ¡Tengo tanto que preguntarte, Simón!

María trajo olivas, miel, almendras y cuencos de leche. Y el tiempo para los recién llegados se detuvo. Era una estampa singular: el viejo y rudo discípulo y el maestro fariseo frente a frente. El que dejó las redes, mujer y suegra para seguir a Jesús y convertirse en «pescador de hombres», y el judío ferviente y orgulloso que había estado dispuesto a borrar del mapa a los seguidores del nazareno, transformado por una visión en las puertas de Damasco. El que había caminado hombro con hombro al lado del Maestro, y el que había sido derribado y despertado por una tumbadora vivencia interior, el corpulento marinero y el menudo intelectual.

Comenzó Pablo a contar sus experiencias a partir de aquel derribo y la ceguera que le proporcionó luz. Luego, el insaciable erudito escarbó apasionadamente en la memoria viva de Simón. Caminos de polvo, palabras preñadas de evocación conservadas con mimo, dudas, la doctrina del Maestro, el agua de Samaria, las curaciones, la incomprensión, las lágrimas, la sangre. En momentos, Cefas no podía contener el llanto. Marcos, al lado, tomaba apuntes en una tablilla. Habían pasado siete años de la muerte de Jesús. ¡Cuántas veces había contado aquella historia! Pero Saulo creía revivirla, atrapando uno a uno los pequeños detalles. ¿Cuál era el tono de su voz? ¿Qué decía de los escribas y fariseos? ¿Por qué recibió una noche al fariseo Nicodemo? ¿Cómo trataba a los niños? Sus relatos, sus parábolas, sus enfados, sus silencios, sus noches de oración al Padre, su cena de despedida, la fracción del pan, la desolación del huerto.

—Te envidio, Simón. Cómo me hubiera gustado estar a su lado, dormir al sereno junto a él, sorber cada una de sus palabras. ¡Pensar que yo pretendía aniquilar su memoria!

Los ojos de Cefas brillaron una vez más.

—Ay, Saulo, no te culpes. Si algo he aprendido en estos años es que nos enseñó a sentirnos perdonados. No puedo olvidar su grito desgarrador en el Gólgota para exculpar a sus verdugos. Yo fui más cobarde que tú. A pesar de que andábamos diariamente a su lado, no supimos entenderlo. Pensábamos en un reino visible, de poder, un Mesías libertador de Israel al modo humano. ¡Y luego le negué, le negué, le negué! Tres días de angustia me costó comprender la verdad que intentaba comunicarnos. Ignoraba que la luz que iba a enviarnos tras resucitar viene del Espíritu, ese nacer de nuevo. Tú sabes de qué te hablo.

Pablo se quedó en casa de Marcos quince días bebiendo de labios de Pedro la historia que le arrebató el alma, aunque él ya tenía la propia e irrenunciable. Dos hombres tan distintos en experiencias, educación y cultura descubrían un punto de unión real a la vez situado en el infinito. Voz interior y exterior, vivencia mística e historia confluían entre las paredes de aquella alquería, sin apenas apreciar que pasaban las horas, la noche y el día, abrazados en la apariencia a un hombre muerto, un ajusticiado del procurador romano, un predicador rural, hijo de una aldeana y un innominado carpintero. Aunque Pedro había sido uno de los primeros en retornar a la predicación

itinerante y estaba convencido de que había que llevar la Buena Nueva muy lejos, gracias a los peregrinos que retornaron a sus lugares de origen: Damasco, Alejandría, Tiro, Sidón, Cesarea, Antioquía. Eso había sucedido cuando Saulo estuvo en Arabia.

Pero aquellos días no fueron solo de retiro. El fogoso Pablo no aguantaba permanecer todo el tiempo encerrado en casa. Entre charla y charla, sin asomo de miedo, irrumpió en las calles de Jerusalén y en las sinagogas de los helenistas. Allí se tropezó con las miradas esquivas de sus antiguos correligionarios.

—¿Cómo te atreves a volver? ¿Qué? ¿Pretendes desafiarnos?

Sus argumentos sobre el Mesías eran arrojados para sus viejos colegas, verdaderas provocaciones.

—¿Qué pretendes, Saulo? ¿Convertirte en otro Esteban? Cuida mucho lo que dices.

No ignoraba que eran tiempos salvajes, donde todo se resolvía a sangre y cuchillo. Además los seguidores del nazareno tampoco estaban de acuerdo con aquella estrategia a cara descubierta. Habían evitado el enfrentamiento directo con los fariseos. Cuando regresaba a la alquería o se encontraba en la calle con los nuevos creyentes, estos también le increpaban:

—Hermano Saulo, ¿quieres estropearlo todo? ¿No te das cuenta de que es inútil, de que estás sembrando más confusión?

Aquello se le clavaba en el alma. Un día se refugió en el templo a orar.

—Señor, nadie quiere oírme. Creo que saben demasiado sobre mí.

A cada vuelta de esquina creía ver miradas amenazadoras y gestos recriminatorios de unos y otros. Por todas partes podrían surgir asesinos mercenarios.

Simón se lo dijo abiertamente:

—Saulo, no es prudente lo que haces. Debes abandonar Jerusalén cuanto antes. Tienes que evitar que se produzca una nueva catástrofe. Hay que renunciar a provocarles, estamos en un periodo de paz.

Cerró los ojos y asintió. Era hora de partir lejos, a tierra de gentiles. Lo había sentido durante la oración en el templo.

—Esta noche te facilitaremos la huida —le sugirió Bernabé—. Es lo mejor para ti y para nosotros, Saulo.

—¿Por qué, hermano? ¿Tampoco vosotros me queréis?

—No, no es eso, Saulo. Debes comprender. Tu vida anterior suscita aquí desconfianzas. Quizás tú eres muy impulsivo o nosotros no estamos preparados para comprenderte, para digerir el cambio que has vivido. Actúas de modo diferente al nuestro, ya sabemos. Tus argumentos son más especulativos. Nosotros basamos nuestra predicación en la Escritura y las palabras del Maestro. Tú te apoyas en tesis rabínicas, ideas doctas, sí, pero a veces oscuras, que despiertan la ira de nuestros enemigos. ¿No entiendes?

A Pablo volvían a marcársele las venas de la frente.

—¿Acaso no hay que confrontar lo viejo y lo nuevo? ¿No dijo Jesús que no vino a traer la paz, sino la espada? ¿Que no venía a derogar la ley, sino a completarla?

Bernabé lo había consultado con Simón Pedro, Marcos y los demás hermanos. Estaban convencidos de que alejar a Saulo era lo mejor, porque su carácter vehemente le impedía callar lo

que llevaba dentro.

—Todo ha sido muy de repente. Quizás los tiempos no estén maduros para comprendernos mutuamente. Tú has irrumpido en nuestra comunidad. Es pronto, hay que esperar. Esta noche sale una pequeña caravana para Cesarea. Desde allí puedes subir a Seleucia, cerca de Antioquía, hasta Tarso, atravesando Tiro y Sidón. No te pares, no visites comunidades. No corras riesgos, amigo.

Pablo accedió y abrazó a Bernabé, un poco a regañadientes. No acababa de entender que su amigo judío nacido en Chipre, condiscípulo en la escuela de Gamaliel, hombre abierto como él mismo, no le comprendiera del todo. Quizás no había llegado la hora de morir por la causa, pensó.

Siempre tenía que abandonar las ciudades amparado en la noche, como un delincuente. Con todo, había cumplido su objetivo: conocer a Cefas. También pudo saludar a Santiago. Supo que este, en vida del Señor, no había comprendido del todo lo que había emprendido su hermano o pariente. Después de la Pascua se había unido a los discípulos y gracias a su rectitud personal se convirtió poco a poco en líder. Pretendía ganarse el respeto de los fariseos y arraigar la obra de Jesús en el patrimonio religioso del judaísmo. Por aquellas fechas los demás apóstoles estaban fuera.

Volvió a introducir los rollos bíblicos en el zurrón, su estuche de herramientas y un ligero refrigerio que le dio Bernabé para el camino. Los senderos de polvo y el fresco de la noche le serenaron. Se iba, es cierto, con un sabor agridulce, con datos concretos sobre el Jesús de carne y sangre, que daban corporeidad, palabra y anécdota al retrato interior que había recibido. Algunos de sus nuevos hermanos le acompañaban hasta el mar. Pero al mismo tiempo sentía el rechazo de unos y otros. Por eso decidió entregarse al silencio. Hizo el itinerario previsto, evitó Damasco, dadas las últimas experiencias, y regresó a su tierra de Tarso por barco desde Cesarea.

El Tarso de su juventud le pareció distinto. Los escenarios de la niñez, las calles de sus correrías, la sinagoga, su propia casa, aunque tintadas ahora de nostalgia, le resultaban nuevos porque él era otra persona. Cuando no tejía, se paseaba por el ágora y escuchaba a los oradores a lo largo del río Cydno, a cambio de unas monedas. Los griegos siempre, como decía Pablo, «en busca de sabiduría». Un día, durante uno de sus paseos en la calle, se tropezó con un judío converso que le preguntó por Cefas y a su vez le informó de la expansión de la comunidad.

—Vengo de Chipre. Los que se dispersaron después de la lapidación de Esteban han llegado ya allí y a Fenicia y Antioquía. Eso sí, solo predicán la palabra a los judíos. El diácono Felipe lo hace en Samaria. Pero algunos que viven en Antioquía, han comenzado a hablar también a los griegos. ¿Sabes que Bernabé está allí? Dicen que está satisfecho en la ciudad, pues mucha gente se está agregando a la comunidad de los que siguen al Señor.

—Bernabé es un hombre de Dios, que rebosa espíritu —comentó Pablo.

—Y además sabe que estás en Tarso y me ha dicho que está decidido a venir a verte.

—¿Cómo llevan los gentiles conversos lo de la circuncisión?

Era una de las grandes preocupaciones de Saulo. Para convertirse al judaísmo, los varones debían circuncidarse y pasar por un bautismo de inmersión. A las mujeres les bastaba ser bautizadas. Quizás por esta razón eran más numerosas que los hombres a la hora de abrazar la ley de Moisés. Incluso había un tercer grupo de paganos que se llamaban «temerosos de Dios» que sin circuncidarse asistía a la sinagoga, renunciaba a la idolatría y se sometía a las normas del judaísmo. No era pues tan raro eso de predicar la fe a los gentiles.

No le costó decir que sí, cuando Bernabé con la mejor de sus sonrisas apareció en Tarso a invitarle a unirse a los de Antioquía de Siria. Eligieron el camino más breve por el mar. Primero tomaron un barco fluvial, Cydno abajo, y desde allí en otro de carga alcanzaron Seleucia en un día. No tuvieron que escalar mucho para divisar una vez más las cumbres nevadas del Tauro y el Líbano. Empezaron luego un camino quebrado entre bosques de hayas y alamedas de arbustos de laurel, adelfas y regaliz. Más tarde se abrieron ante ellos amplios viñedos y huertos de árboles frutales: melocotoneros, granados, naranjos y limoneros.

Se desahogaban en el camino comentando las dificultades y progresos del grupo, que vivía un periodo de paz. Comentaron noticias de Jerusalén, la conversión del centurión Cornelio, realizada por Simón Pedro, y la de un eunuco de la reina de Etiopía, por el ministerio del diácono Felipe, y cómo en Jerusalén se habían visto mal estas conversiones por parte de los más rigurosos fieles a la ley.

Al fin en lontananza divisaron la tercera ciudad del imperio. En un alto se detuvieron a contemplar el valle del Orontes, que serpeaba reverberando a sus pies entre villas y alquerías. Antioquía refulgía al sol en las verdeantes laderas del Silpio, custodiada por un recinto amurallado con cuatrocientas torres de defensa, que triscaban por el sur asentándose en las escarpadas rocas de la cumbre. Por la isla del Orontes entraron los viajeros en la ciudad. Se toparon con los coloridos campamentos de las caravanas que venían desde Sina,⁶ por la «ruta de la seda». Con más de medio millón de habitantes, Antioquía presumía, con Roma y Alejandría, de ser la ciudad más cosmopolita de Oriente. Antigua capital de los seléucidas, herederos de Alejandro el Grande, se había convertido en residencia del legado imperial para Siria y en sede de su administración.

Al aproximarse y atravesar las puertas de su muralla, Saulo y Bernabé identificaron la enorme estatua de Júpiter en cuyos pies desemboca la larga vía formada por tres calles paralelas que atraviesan Antioquía de este a oeste, bordeadas de blancas estatuas de dioses y diosas del panteón griego; una arteria a su vez flanqueada por tres mil columnas de granito rosa y gris que forman tres vías, la del centro para carros pesados, y las dos laterales para peatones y carruajes de paseo. El río Orontes abraza a Antioquía por el norte formando una isla, donde en la ladera del Silpio se eleva la ciudad nueva y residencial, salpicada de jardines y villas dispersas. En el palacio real reside la autoridad gubernativa del imperio. Saulo pudo admirar también las construcciones hidráulicas, el acueducto que se ramificaba para alimentar piscinas, baños y surtidores, procedentes del río Orontes y las cascadas de Dafne.

Los dos amigos se dirigieron a la colonia judía, que por su importancia tenía un etnarca propio. Convivían con sirios y griegos bajo el dominio de los romanos, siempre orgullosos y taciturnos. Dos tercios de la población eran esclavos. Los ricos mercaderes disfrutaban en Dafne de un jardín natural con alamedas de laureles, surtidores y cascadas entre grutas y enredaderas. Debajo de añosos cipreses cantaba la famosa fuente de Castalia. De sus habitantes, los refinados griegos se habían hecho escépticos a todo. El sirio indígena, afeminado y acomodaticio, ocupaba el más bajo estrato de la sociedad.

«El hijo del consuelo», que eso significa el apodo Bernabé, como sabemos originariamente llamado José, condujo a Pablo por estrechas calles al barrio judío del suroeste. Le indicó que los hijos de Israel eran en la ciudad más de treinta mil y poseían varias sinagogas.

—Están muy soliviantados por los rumores de que el emperador Cayo quiere transformar el templo de Jerusalén en un santuario imperial y erigir una estatua del emperador entronizado como Júpiter en el sanctasanctórum. Aunque dicen que el gobernador Petronio intenta convencerle de la tremenda reacción en contra que eso provocaría en los judíos. Esta es una ciudad estratégica para el imperio, que mantiene aquí cuatro legiones permanentes para impedir el avance de partos y nabateos. Antioquía, ya sabes, es puerta comercial de entrada en el Oriente a través del mar en la desembocadura del río, donde está el puerto y la ciudad de Seleucia.

Pablo sabía que los seguidores de Jesús se habían establecido allí huyendo de la persecución de Jerusalén tras la muerte de Esteban y que habían crecido de forma espectacular no solo entre los judíos, sino también entre los paganos.

—He oído hablar de revueltas —dijo Pablo, frunciendo las cejas.

—Los judíos, que pretendían detener la marcha de las legiones de Petronio sobre Jerusalén. Pero el *legatus* ha sofocado las revueltas y entonces los judíos han echado las culpas a los paganos y a nosotros. Nos llaman *christianoi*, cristianos, una nueva palabra que se han sacado de Christos (Mesías). Tu presencia aquí, Saulo, es imprescindible.

Pablo repitió el nombre: «cristianos», y lo paladeó como un hallazgo. Si Cristo significa Mesías no era un término inadecuado.

Por primera vez escuchaba esa palabra que iba a designarles en adelante. Unida a otra palabra griega *didáskein*, «enseñar», marcaban la tarea que emprendían ambos hombres en aquella variopinta ciudad. Toda una paradoja, la administración romana, en su obsesión de catalogar y delimitar las nuevas religiones del imperio, los acababa de definir para la posteridad.

De lejos, después de que Saulo y Bernabé abrazaran a sus hermanos, muchos de ellos griegos conversos, las estatuas de Apolo y Artemisa se ruborizaban al caer de la tarde sobre la gran ciudad que bullía de jóvenes danzantes semidesnudos para rendir culto a Dionisos y Cibeles entre las columnas de las brillantes y enlosadas calles. A la estancia de los recién llegados subía ese rumor de fuera mientras los hermanos celebraban en la intimidad la fracción del pan.

Alea iacta est

Aquella noche Livia había bebido de más. Entró en el escritorio de su marido sin anunciarse, despeinada, vacilante, con un vaso en la mano y la mirada perdida, justo cuando Julio estaba poniendo punto final al capítulo que acababa de escribir. De pronto rompió su silencio de varios días:

—Abrázame, Julio.

Él la miró sorprendido.

—¿Qué te pasa, Livia? Has bebido.

Ella rio desencajada, agitando la cabeza, y comenzó a deslizarse el vestido por el hombro izquierdo.

—¿Yo, bebida? Lo que pasa es que tú ya no me amas. Ni siquiera me miras. Solo los dioses saben qué tendrás por ahí. ¿No te habrás liado con una de tus cristianas? ¿O con la vestal esa a la que proteges?

Se tumbó en el lecho sin dejar de beber. Cruzó sus manos bajo la rizada y despeinada cabeza dejando ver sus anchas axilas. Desde afuera los grillos pugnaban con un viento caliente que se había levantado aquella noche.

—¿Cómo? ¿Quién te ha contado eso? ¿De qué estás hablando?

—¿Contarme? —se contoneó y descubrió su otro hombro para dejar ver el inicio de su pecho—. Mira que eres tonto. Si no se habla de otra cosa en Roma. Ayer era la comidilla de todos en el foro y en las termas. Que si Julio esconde esa vestal. Que si Nerón la ha sodomizado. ¿Tú eres el único en la inopia? Dime, amor, ¿ahora te dedicas a solapar los vicios del emperador? Dicen por ahí que la niña la última vez estuvo contigo. ¿Qué pasa? ¿Que ya te contentas con vírgenes de segunda mano?

El centurión enrojeció, conteniendo la ira.

—No soporto que desconfíes de mí, mujer. Sabes que siempre te he sido fiel. Nunca te he dado motivos. Esos son asuntos propios de mi cargo, a los que por su índole y las personas implicadas estoy obligado a la discreción e incluso el secreto. Lo sabes mejor que yo. ¿Cómo puedes considerarme tan infame?

Livia seguía despojándose lentamente de la seda blanca de su túnica. Julio le tendió las manos para levantarla y la cubrió con su toga.

—Venga, mujer. Hoy no estás para nada. Has bebido de más. Anda, vete a dormir. Mañana

hablaremos.

—¿Mañana? Tú ya no tienes tiempo para tu esposa. Te pasas la vida del cuartel al *tablinum*, de la espada al papiro. Siempre estás cansado, siempre de mal humor, como si yo no existiera —sollozó—. ¿Cuánto tiempo hace que no compartimos el lecho?

Julio la estrechó contra su hombro, mientras la conducía por el peristilo a su cubículo.

—No te falta razón, Livia, lo reconozco. Paso, compréndeme, por una mala época. Desde el incendio no levanto cabeza. Tengo exceso de trabajo. Estoy preparando un informe sobre Pablo, ese cristiano y sus secuaces. Todo lleva tiempo, ya lo sabes, y a veces tengo que robárselo al sueño. Has de tener paciencia. Ya pasará. Yo te quiero, te amo como el primer día, como la tarde en que nos conocimos en la naumaquia. ¿Recuerdas?

Y le besó la mejilla.

Livia levantó las cejas, incrédula. Pero sus ojos se derrumbaron en el trayecto a su dormitorio, casi arrastrada por su marido, que finalmente tuvo que tomarla en sus brazos y arrojarla sobre su lecho de bronce ya completamente dormida.

Con gesto preocupado decidió pasear bajo la luna. A esas horas el emperador estaría furioso, preguntando por Rubria, seguramente para ejecutarla de forma sumaria y borrar huellas de su infamia, pensó. Si no conducía la vestal a palacio mañana a primera hora, podría jugarse su carrera y su futuro. Además, había comprometido a Lucas y su familia pidiéndoles que la ocultaran en su casa. La esclava de la prefectura podría irse en cualquier momento de la lengua. Por otra parte sentía la necesidad de afrontar de una vez el problema con su esposa. Ella conservaba su belleza; nada podía reprocharle respecto al cuidado de la casa y los niños. Lo tenía todo, pero sufría el mismo mal de la mayoría de las matronas romanas de buena posición: era presa del aburrimiento. Y ¿por qué él le hacía tan poco caso? ¿Por qué no hacían nada juntos o con los niños? ¿No sería que algo se había roto entre ellos, que por eso huía, refugiándose en el trabajo y últimamente en aquellos escritos literarios sobre los cristianos? ¿Qué hacer? «Mañana le pediré consejo a Lucas, es un hombre que me impone respeto», decidió.

Antes de que amaneciera ensilló él mismo su caballo y sin espada ni uniforme cabalgó a casa de Lucas. Temía despertarle, pero no veía otra salida, pues necesitaba tiempo para volver a casa, uniformarse y presentarse en hora en su trabajo. Aporreó la puerta. Nadie respondía. Al rato, Lucas mismo la abrió sobresaltado en camisa de dormir y un candil en la mano.

—¡Julio! ¿Qué haces aquí a estas horas? Por el amor de Dios, aún no ha amanecido. ¿Qué sucede?

—Disculpa, amigo. Tengo graves asuntos sobre los que consultarte.

Se sentaron. El centurión le expuso la situación tanto sobre el escándalo levantado en la Urbe con el episodio de la vestal, como sobre sus circunstancias personales: el deterioro de la relación con Livia.

—Siento haberte despertado a estas horas, amigo. Pero no tenía a quién confiarme. Y esa muchacha corre serio peligro. Aparte de que por nada del mundo querría comprometeros. Estoy convencido de que a estas horas ya se habrán dado las órdenes de caza y captura.

El médico meditó un momento con la cabeza cana entre las manos. Por la ventana de su cuchitril el huerto estrenaba las primeras pinceladas de un día con una apariencia fresca y rosácea.

Lucas levantó su noble testa y esbozó una sonrisa.

—Veamos, hijo. Primero tenemos que afrontar los hechos con serenidad. El Maestro decía que no había que adelantar los acontecimientos y vivir el presente: «A cada día le basta su afán», y nos comparaba con los pajarillos y los lirios del campo para aprender a vivir el día a día. El tema de tu esposa es grave, sí, pero viene de lejos y hay tiempo para reflexionar cómo atajarlo. Ya lo haremos. Lo más urgente es la situación de Rubria. Hay que encontrarle una salida.

—Por más que le doy vueltas no la veo, Lucas, te lo aseguro. ¡Nerón, si no da con ella, va a ponerse como una hiena y lo pagará conmigo! Lo menos que me espera es el relevo de mi cargo, si no es una ejecución sumarísima. Y, por supuesto, acabará encontrándola.

Lucas se levantó y empezó a deambular por el cuarto con la mano en la barbilla.

—Dime, Julio, conociéndole, ¿qué puede fascinar más en su vida a este emperador?

—Está claro que el teatro y actuar en él. No piensa en otra cosa día y noche. Eso le enloquece.

—El teatro, el teatro...

De pronto el viejo escritor se detuvo y exclamó:

—¡Eureka! ¡Creo que lo encontré! ¡Vamos a coger el toro por los cuernos!

—¿Cómo? ¿Qué se te ha ocurrido? Suéltalo ya —imploró Julio, levantándose impaciente.

—Verás, le cautivaremos con sus propias armas. Nerón, al oír los rumores de que tú estás ocultando a la vestal, va a llamarte enseguida. Tú acudirás presto y sin inmutarte, con tranquilidad y la mejor de tus sonrisas le dirás que sí, que la tienes escondida.

—¿Qué insinúas? ¿Estás loco?

—No, en modo alguno. Es lo mejor. Le dirás que por el momento no puedes revelarles dónde se encuentra, porque le estás preparando una sorpresa que será muy de su agrado.

—¿Una sorpresa? Sigo sin entenderte.

—Vamos a montar un espectáculo que causará sensación en Roma: una comedia en la que Rubria será la protagonista y el propio Nerón actuará en ella, dándole respuesta. ¿No es lo que más le gusta en este mundo?

—Eso es absolutamente demencial. ¿No te das cuenta, Lucas? Es devolverla a la boca del lobo. ¡Acabará destrozándola con sus propias manos!

—Ya nos ingeniaremos para que no sea así. Verás, titularemos la obra *El secreto de la vestal*, donde el asunto dramatizado consistirá en ir revelando a los espectadores el misterio de las vestales, uno de los temas que más apasionan en Roma, ¿comprendes?

Julio no salía de su asombro.

—¿Y quién escribirá esa pieza, tú mismo?

—No, hombre, mi colega Eutimio, que está en Roma, antiguo compañero de estudios y viejo amigo que escribía teatro ya en Antioquía. Le pediré que redacte un breve divertimento, algo especial. Buscaremos actores que lo interpreten. Sé que corremos un riesgo y grande. Pero es la única opción viable para salvarla de la muerte, te lo garantizo.

Julio no lo veía claro, pero después de darle vueltas acabó reconociendo que podría ser la única salida aceptable. Quizás la pasión por el teatro de Nerón y su obsesión por considerarse un gran comediante podrían conducirles a la única vía de escape. De modo que aceptó ponerse manos a la obra. Eso sí, no había que perder un minuto, por lo que Lucas despertó a Elena y Rubria para

contarles la idea. Ellas, aún legañosas, no acababan de creérselo. Elena sugirió que si no sería mejor huir con la muchacha, partir lejos fuera de Roma. Rubria, que parecía más recuperada de su tragedia, se tiró al suelo hecha un manantial de lágrimas, suplicó que le evitaran volver a presentarse ante aquel cretino sanguinario, puesto que ese monstruo la despedazaría allí mismo, delante del público. Pero finalmente, ante los argumentos de Lucas, decidieron seguir adelante.

En efecto, aquella misma mañana, Julio, después de regresar a casa y tras uniformarse y dirigirse al cuartel, se encontró con una orden terminante del emperador de que se presentara inmediatamente en su presencia.

El prefecto lo hizo con su mejor sonrisa. Nerón le recibió serio, sentado en su trono, con un racimo de uvas en la mano derecha, un efebo que le enjugaba los pies y una joven al otro lado que le abanicaba. Empezaba a mostrar una cara embotada en la que se perdían uno ojillos traviosos de niño consentido y un vientre demasiado hinchado para su edad, que frisaba los treinta.

—Centurión, ¿es cierto lo que dicen, que proteges a esa muchacha, que la tienes escondida?

—Así es, *imperator*. Solo para vuestro bien —respondió Julio, sin inmutarse y sin perder la sonrisa.

Nerón, indignado, dio una patada a la palangana y lanzó con furia el racimo contra la pared.

—¿Qué dices, imbécil? ¿Osas dar lecciones a tu emperador?

—Nada más lejos de mi intención, comandante supremo —replicó Julio, sin perder la compostura—. Lo único que intento es preservarla de la plebe para que tú mismo, *imperator*, puedas disponer de ella a tu antojo y ejecutar la sentencia que te plazca. Pero asimismo pretendía daros, con la venia, una gran sorpresa, que nunca olvidaréis.

—¿Una sorpresa? —gritó, rojo de ira—. ¿Quién eres tú para darme a mí una sorpresa, *miles* ignorante? ¿Qué sorpresa?

—Si te la revelo, señor, dejará de serlo. Confía en mí, padre del pueblo y jefe supremo. Luego harás con la muchacha lo que dispongas —inclinó la cabeza.

El sentido lúdico del emperador se impuso y de pronto se echó a reír a carcajadas.

—Vaya con el pretencioso centurión. ¿Y cuándo disfrutaré de esa sorpresa?

—Dentro de una semana, como máximo. Harán falta aún unos días para prepararla.

—Bien, pero cuidado con las estratagemas o pagarás con tu vida y la de los tuyos. No lo olvides.

Se cuadró militarmente y salió caminando hacia atrás, sin darle la espalda. A Julio le temblaban la piernas cuando fuera del palacio respiró aire puro.

Desde entonces y durante ocho días apenas paró en casa. Intentó tranquilizar a Livia con excusas:

—El emperador me ha hecho un encargo secreto. Ya lo sabrás. Ten paciencia.

Comía y cenaba en casa de Lucas o Eutimio, mientras este redactaba la pieza teatral, una especie de tragicomedia, que habría de desarrollarse en el templo de las vestales, con todos los ingredientes necesarios para despertar a la vez la risa y las lágrimas, el amor y el miedo. Eutimio escribía de noche, y de día discutían los tres, él, Lucas y Julio, las escenas y los diálogos. Por el momento mantenían a Rubria ajena a todo para que se tranquilizara. A los cinco días contaron con un texto presentable. Solo les quedaban tres días más para contratar los actores, ensayar y ultimar el

vestuario y la decoración del anfiteatro.

Una noche, después de una cena con la improvisada compañía teatral en los jardines de Eutimio, que había conseguido una buena posición como autor en la Urbe, se quedaron a conversar a solas Julio y Lucas. Este comentó tras un profundo suspiro:

—Bueno, querido Julio, parece que esto está más o menos encarrilado.

—Que tu Dios, ese al que llamáis «padre nuestro», te oiga, pues yo, te lo juro, no las tengo todas conmigo. Puede suceder cualquier cosa.

—Todas las mañanas le suplico con la oración de Jesús: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» y «líbranos del mal». Sobre todo a esa dulce muchacha inocente. Confiemos que así sea. Por cierto, ¿sabes algo de Pablo?

—Sigue prácticamente incomunicado. No le dejan hablar con nadie. El otro día llegó a la prefectura una orden de Nerón de acabar implacablemente con cualquier vestigio de los cristianos. A él le sigue salvando de momento su ciudadanía romana. Por cierto, con todo este trajín de la comedia, se me olvidó preguntarte por el capítulo del libro que te dejé para que lo leyeras.

Lucas entornó los ojos.

—Es verdad. Me gustó tu relato, cuando Bernabé acompaña a Saulo a Antioquía. Es cierto que fueron los romanos los primeros que nos dieron el nombre de cristianos. Fue un momento importante porque Antioquía, con su mezcla de religiones y culturas, iba a ser un centro de irradiación para nuestras nacientes comunidades. Ten en cuenta que Roma, Alejandría y Antioquía son tres ciudades claves en el Mediterráneo. Roma —lo sabes mejor que yo— supone el poder imperial, la nueva cultura. Alejandría recoge la herencia cultural griega, y Antioquía es el enlace con el mundo oriental, aparte de mi patria chica. Porque Jerusalén no deja de ser una ciudad santa pero cerrada, aunque ya entonces era la capital para las comunidades cristianas.

—Estoy un tanto confuso respecto al tipo de personas con que Saulo se relacionó en Antioquía. ¿Aquello no era una mezcla explosiva?

Lucas cogió una tablilla de cera y dibujó un esquema.

—Mira, en un extremo están los paganos puros, como tú —sonrió—, y en el otro los judíos también puros. —Debajo de los judíos trazó dos flechas—. Entre los judíos había un grupo cerrado y hostil a la «secta de los nazarenos» y otro, el de los más tolerantes, discípulos de Gamaliel.

En una tercera subdivisión Lucas situó a los conversos al judaísmo, los llamados «temerosos de Dios». Y de estos los que sin dejar de ser judíos abrazaron la fe cristiana, como los mismos apóstoles. Entre ellos, Lucas situó otros subtipos: un partido defensor de la circuncisión y la ley, que lideraba Santiago, el hermano de Jesús. Después los helenistas convertidos, grupo más tolerante que se abría a los gentiles como Esteban y Felipe. Y, por último, entre los paganos prosélitos los que se habían hecho simpatizantes de la fe judía, y los paganos, que, sin relación alguna con el judaísmo, se pasaron directamente a la fe cristiana. Esto significaba que en Antioquía florecía una nueva comunidad sin vínculos ya con el judaísmo, los que procedían directamente del mundo pagano.

—¿Cómo acogió esa ciudad tan variopinta a Bernabé y Saulo? —quiso saber Julio, tras oír esta explicación.

—Sin duda Bernabé, nada más llegar, llevó a Pablo a la calle de Singón, pues allí suelen juntarse los ancianos o presbíteros. Y mientras las muchachas de Antioquía caminaban alegres hacia

los jardines de Dafne para celebrar al anochecer las orgías de Adonis y Atargatis, ellos se dirigieron hacia los arrabales, a una casa privada con terrado llano, donde la gente sencilla, artesanos, tenderos y esclavos ya se reunían para celebrar el ágape y la cena de acción de gracias que nos enseñó Jesús.

—Pero la inmensa mayoría procedía del judaísmo. ¿Qué hacían con sus prescripciones? Tengo entendido que no les estaba permitido comprar en las tiendas la carne, pues podía proceder de animales sacrificados a los ídolos, ni tampoco las aves de corral, si no habían perdido toda la sangre.

Lucas agitó la cabeza y alzó las cejas.

—Pablo y Bernabé acabaron desembarazándose de todo eso. Pero eran tolerantes. Para no herir a los conversos judíos, en la práctica, cuando había algún convidado de origen judío, compraban la comida en las tiendas de estos. Y respetaban otras señas de identidad como el vestido y el tocado. A mi entender, Bernabé, originario de Chipre, como sabes, fue un eslabón clave entre los griegos y los paganos. Su figura sería el vínculo entre la Iglesia madre de Jerusalén y la joven comunidad antioquena. Quizá por eso fue en busca de Pablo, que empezaba a tener experiencia de misionar entre los paganos. Vivieron entonces un tiempo primaveral, yo diría que de estreno, un año feliz para sembrar la fe en aquella comunidad. Al principio era Bernabé, hombre bueno y lleno de fe, el que dirigía el grupo y el que mantenía los contactos con Jerusalén.

—He observado que tú usas para describir esa actividad el verbo *didáskein*, «enseñar».

—Sí, enseñar, o catequizar hacia dentro, y también predicar hacia fuera. Tuvieron éxito. Pablo siempre encontraría apoyo en Antioquía. Desde allí emprendería más adelante sus viajes. Debió de ser toda una experiencia formar aquellas comunidades, releyendo desde una nueva luz los viejos pasajes bíblicos. Todos los que vivieron esta época insisten en que en Antioquía «reinaba un gran júbilo». Hasta que apareció Ágabo.

—¿Ágabo? —le interrumpió Julio—. Ah, sí, he leído ese episodio en tu libro. Hablas de «profetas ambulantes».

—Como suele suceder, en aquellos principios había de todo. Algunos que decían hablar en nombre del Espíritu crearon algunas dificultades a los apóstoles. Lo cierto es que después de un año se presentó el tal Ágabo. Irrumpió en la asamblea y profetizó una gran carestía universal. Y acertó, pues ya conoces la crisis en tiempos de Claudio. En la ciudad santa se pasaba hambre. Entonces hicieron una colecta, cada cual dio conforme a sus posibilidades y los cristianos de Antioquía nombraron a Pablo y a Bernabé como comisionados para llevar la ayuda a Jerusalén.

Julio, en su afán investigador, se entusiasmaba con los datos de Lucas, pensando en su libro, que por otra parte le evadía de sus graves preocupaciones. De fondo se oían las voces de Eutimio dando indicaciones a los actores que habían reemprendido los ensayos.

—Pero, por lo que escribes, amigo Lucas, el panorama en Jerusalén no era muy halagüeño.

—Sí. Figúrate que Herodes Agripa, el nieto de Herodes el Grande, para ganarse el favor de los judíos, trató de reprimir el movimiento cristiano en la capital. Como consecuencia de ello murió a espada uno de los hijos del Zebedeo, Santiago, nada menos que el hermano de Juan, uno de esos que Jesús llamaba «los hijos del trueno». Y a Pedro lo encarcelaron, aunque consiguió escapar, según su testimonio, por intervención divina de «ángeles». Así las cosas llegaron Bernabé y Saulo con las ayudas de los hermanos de Antioquía.

—Disculpa, Lucas —interrumpió Julio—, pero me parece que sobrepones las fechas. Según he consultado, creo que la carestía de los tiempos de Claudio, a quien mencionas en tu texto, coincide con el tiempo de los gobernadores romanos Fado y Tiberio Alejandro, sobrino de Filón de Alejandría, donde consta que hubo crisis económica por la sequía. Pero algunos la sitúan después de la muerte de Herodes Agripa. Por tanto, no coincide temporalmente con la represión del rey.

Lucas rio.

—Hombre, Julio. Reconozco que no soy muy exacto en la cronología de los hechos. Quizás solape los dos acontecimientos. Mi intención no es la de un riguroso historiador de fechas, sino de hechos de vida. Tucídides tampoco lo es. Lo que me interesa subrayar es que esos dos momentos son claves en aquellos comienzos: el viaje solidario de Saulo y Bernabé y el primer asesinato de un apóstol. También que Pedro tiene que dejar Jerusalén y que el responsable que queda es el rigorista Santiago, el pariente de Jesús, tan opuesto a Saulo. Quizá uní esos datos porque me interesaba destacar las relaciones que había entonces entre Antioquía y Jerusalén. ¿Comprendes? Además Saulo se refuerza allí para llevar a cabo su primera colecta y reclutar a Juan Marcos. A casa de la madre de este, María, se dirige precisamente Pedro después de salir de la prisión, donde la comunidad cristiana, que velaba en oración, se queda sorprendida con la llegada de Cefas al que creían en la cárcel.

En ese momento se presentó Elena.

—Disculpad si os interrumpo. Eutimio os llama.

El autor se inclinaba con una reverencia ante uno de los intérpretes que, en el improvisado escenario de su jardín, hacía las veces del emperador Nerón:

—«Busco una amada incorruptible, una ninfa pura, una mujer intacta». —Al ver a los recién llegados, interrumpió el recitado del verso—. Os querría consultar algo, amigos míos —dijo el griego, alzando la cabeza, con un ampuloso gesto de la mano—. Decidme, ¿hasta dónde puedo llegar?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lucas.

—Entre los dos grandes comediógrafos Terencio y Plauto, he elegido imitar a este último, más rudo, más romano y obsceno. Pero si va a asistir lo más granado de la Urbe, ¿no se escandalizarán? ¿Qué palabras me es lícito poner en el personaje que interpreta el emperador?

Julio y Lucas se miraron perplejos.

—Bueno, supongo que frases líricas que sirvan a su lucimiento y otras también que hagan reír.

—Rubria interpretará a la jovencita modesta y simpática; el viejo, antes joven licenciado, ahora severo y adusto, a menudo ingenuo, a veces libertino será «Cayo», el personaje que interpretará Nerón. Luego salen la madre, honrada, aunque tosca; el esclavo, desvergonzado e ingenioso; el traficante de esclavos, avaro, deshonesto y astuto; el militar fanfarrón al servicio de un rey helenístico; en fin, el parásito, el cocinero de alquiler, jactancioso y ladrón. Pero me da pánico, esos diálogos son cuchillos de doble filo.

—Trabaja con libertad —apuntó Julio—. Lo más importante es que el personaje de Nerón diga frases brillantes y arranque las risas del público. En todo caso no deja de ser arriesgado y nos lo jugamos a una sola partida de dados. *Alea iacta est!* Es así.

Después de asistir a un rato de ensayo, Julio cada vez tenía menos claro si la jugada que estaban

preparando era su condena a muerte o su liberación. Se despidió de todos con una sonrisa forzada en los labios. Estaba agotado y nervioso. Quedaban cuarenta y ocho horas para la representación, una espera demasiado larga. Intentaría dormir y, si no podía, llenaría el tiempo escribiendo. Elena le abrió la puerta y le dedicó una mirada oceánica.

—Julio, no tengas miedo. Relájate y confía. Mira —señaló el plácido cielo romano claveteado de estrellas—, ahí están. ¿Podemos nosotros cambiarlas de sitio?

Él se estremeció y se preguntó en silencio: ¿hay alguien que pueda contener la infinitud de su mirada?

El primer gran viaje

La pequeña embarcación comercial que unía Seleucia, el puerto más próximo a Antioquía, con la isla de Chipre contaba con una sola vela y cuatro o cinco hombres de tripulación, que tanto se ocupaban de cargar el grano y las ánforas de aceite o vino como de pilotar y faenar durante la navegación a Salamina que solía durar de uno a dos días,⁷ según de favorables fueran los vientos hacia la isla.

De los tres hombres que, sentados en unos rollos de cuerdas, conversaban animadamente, dos navegaban hacia lo desconocido, el otro regresaba a su casa. Este último, Bernabé, mocetón de buen carácter, reía sin cesar.

—Esto lo conozco como la palma de la mano. El triángulo entre Chipre, Jerusalén y Antioquía es como el patio de mi casa. Para ti, Marcos, todo es nuevo.

Juan Marcos, sobrino de Bernabé, estrenaba sin perder detalle su bautismo de mar: el abrazo de dos nítidos azules en el horizonte, el graznido de las gaviotas, el fresco saludo de la brisa en la frente, los primeros mareos. Saulo conocía al muchacho de su primer encuentro con Pedro en Jerusalén, pues este se hospedaba con frecuencia en casa de María Marcos, su madre viuda, que poseía una morada amplia en la ciudad, donde se reunían los apóstoles, quizá la primera iglesia doméstica que los cristianos tuvieron tras la muerte de Jesús. Marcos había seguido ocupado en tomar apuntes de los recuerdos de Pedro, que luego redactaba en un griego fluido no exento de cierto regusto a dialecto arameo.

Cuando las montañas de Chipre despuntaron a lo lejos, sabían que iban a desembarcar en Salamina, un puerto importante, construido por los romanos, que podía albergar hasta una flota de cuarenta trirremes y habitualmente dedicado al comercio. De allí importaban cobre, que eso significa Chipre (del griego *kuprus*). Bernabé les ilustró sobre el origen hitita y fenicio de la isla y cómo había sido apetecida y sucesivamente dominada por los grandes poderes de las diferentes épocas: asirios, egipcios, persas, romanos. Hacía unos veinte años que era provincia senatorial, gobernada por un procónsul.

Saulo, por su parte, les ilustró sobre Kition, un asentamiento humano en las costas del sur, que los judíos llamaban Kittim y aparece repetidas veces en las Escrituras hebreas. Para ellos era una isla que consideraban con poderío naval conectada con Tiro y Asiria.

—Nuestros antepasados la veían como una tierra lejana, situada al otro lado de un mar para ellos siempre misterioso y traicionero.

Nada más lejos del buen aire que empujaba ahora las velas orquestando una sinfonía blanquiazul con la luminosa costa calcárea.

Los tres hombres recordaron los acontecimientos de los últimos días: el regreso a Antioquía después de reunirse con algunos hermanos de Jerusalén, el ingenuo convencimiento de Saulo y sus compañeros de que contaban con todo el apoyo para emprender la misión entre los paganos, sin caer en la cuenta de que solo se había reunido con algunos y que otros de la ciudad santa le miraban con desconfianza. Pero a Saulo le ardían las entrañas: «¡Ay de mí, si no evangelizara!», se repetía a sí mismo una y otra vez. No podía anclarse en Antioquía a disfrutar del florecimiento de aquella comunidad tan plural.

Por eso, un atardecer, a su regreso, los cristianos de Antioquía se reunieron en la calle Singón. Entre ellos ya había algunos considerados profetas y doctores. Reinaba el ambiente fraternal e íntimo de siempre. Aparte de Bernabé, se hallaban Simón el Negro (que no era negro sino árabe), Lucio el Cireneo, Manahén, hermano de leche del criminal tetrarca Herodes Antipas —¡qué diferentes caminos de ambos, educados en la misma casa!— y, por supuesto, Saulo. Aquel día habían ayunado y rogado luz a Dios sobre el futuro; celebraron la fracción del pan y al final de la jornada continuaron en silencio tumbados en el suelo. De pronto uno de los presentes, dotado del don de profecía, se levantó y con los ojos cerrados exclamó:



—¡Separadme a Bernabé y a Saulo para la obra para la que los he llamado!

Todos se quedaron sorprendidos. Otros se incorporaron para corroborar aquellas palabras. ¿El Espíritu Santo había hablado por medio de aquel hermano? Gozosos, impusieron sus manos sobre los recién elegidos.

Y allí estaban, a punto de atracar en Salamina. Bernabé sonreía al poder respirar de nuevo aires de su tierra y volver a ver a sus parientes, que agitaban la mano desde el puerto para recibirle.

Las escalas se tendieron en el fondeadero de Salamina, situado a poca distancia al norte de Famagusta, que bullía de estibadores y trirremes como un hormiguero. Los tíos y primos de Bernabé les invitaron a comer y en la sobremesa se comentó la situación de las propiedades que generosamente había entregado a la comunidad en el deseo de compartir con los más pobres. Saulo sentía estallar el corazón con aquel primer viaje, primero de otros muchos que en su ánimo pretendía extender hasta el mundo conocido, las Columnas de Hércules.

—Comenzaremos por los judíos, como siempre —sugirió Bernabé, que aún llevaba la voz cantante.

En Salamina había un buen número de ellos y varias sinagogas. También todos los edificios propios de una ciudad portuaria romana: desde el foro y baños a anfiteatros y templos.

Era el primer recurso para relacionarse. Cualquiera sábado podían encontrar a hijos de Israel reunidos y comentar con ellos las Escrituras. Era también por parte de los anfitriones norma de cortesía que los visitantes subieran al estrado para dirigirse a la asamblea.

Así lo hizo Saulo repetidas veces. Tenía un recurso fácil:

—Traigo una buena noticia: el Mesías esperado finalmente ha llegado. Dios lo ha enviado para rescatar a su pueblo. Pero fue crucificado a las afueras de Jerusalén...

El Evangelio debía ser predicado primero en la sinagoga. Al fin y al cabo era el único punto de enlace para comenzar. Iba a ser el procedimiento utilizado en todos sus viajes, de los que este era solo un ensayo. En Salamina los judíos no se sorprendieron demasiado, quizás por lo que ya sabían a través de Bernabé, quien suavizaba con su buen carácter los posibles roces. De modo que, después de exponer sus ideas durante dos o tres sábados, decidieron recorrer los tres o cuatro días de viaje que, bordeando la costa meridional de Chipre, se emplean por la calzada romana desde Salamina a Pafos, cruzando Kitium, Amathus, Curium y Petra tou Romiou.⁸ Estrabón en su *Geografía* describe la isla como muy alargada y poco ancha con un perímetro de cuatro mil cuatrocientos veinte estadios.⁹ En Curium pudieron contemplar el famoso teatro greco-romano con asiento para dos mil quinientos espectadores y sus espléndidas gradas asomadas a un azul de mar impoluto; y a lo largo de toda la marcha gozaron de la vista de huertos cuajados de frutales, donde el higo y el albaricoque compiten con el naranjo y el limonero sin que falten la morera y el ciprés, que con su nombre da noticia en todo el mundo de su origen chipriota.

—¡Mirad, ahí dicen los paganos que nació la diosa Afrodita!

Una playa de oro recibía en su orilla la espuma que desde el mar, según la mitología, engendró a la diosa. No la del amor, la belleza y la gracia de los griegos, sino la voluptuosa Astarté de los fenicios. Alzaron sus ojos y a la altura de Amathus divisaron el santuario donde un grupo de

muchachas ejercían la prostitución como sacerdotisas sagradas.

Se dirigieron con entusiasmo a la Nueva Pafos, residencia del gobernador romano. Repitieron el procedimiento: predicar en las sinagogas la gran noticia que rebosaba de sus corazones. De modo que pronto no se hablaba de otra cosa en la ciudad. Un día a la salida de la celebración se les presentó un soldado:

—El procónsul Sergio Paulo quiere conoceros.

De familia noble, Sergio era un romano selecto y culto, que había formado parte en Roma de la comisión para la regulación del Tíber, y debía de aburrirse como un simio perdido en aquel rincón del mundo sin sobresaltos, por lo que se dedicó a estudiar las maravillas de la naturaleza. Vestía pulcramente y lucía pelo corto con flequillo, ojos escrutadores e impecable toga blanca. Cuando los tres misioneros fueron anunciados, estaba pegando plantas secas en un rollo de papiro, para escribir junto a ellas sus respectivas propiedades. A su lado consultaba la *Materia médica* que acababa de publicar un tal Dioscórides.

—Bienvenidos. ¿Conocéis las propiedades del jengibre? Es una planta traída de Oriente que ahora cultivamos aquí. Sirve para casi todo. Pero os la recomiendo sobre todo para los resfriados y la tos pertinaz. —El procónsul ordenó aguamanos para los recién llegados y los invitó a sentarse—. Reconozco que soy un hombre curioso. Me gusta investigarlo todo y hasta el fondo. Pero muy especialmente lo tocante a la sabiduría y todo lo relacionado con la filosofía, la religión y el más allá. Además, tengo un grupo de jóvenes que están aquí con el fin de formarse para la administración provincial del imperio y me gusta ilustrarlos para la vida y la política. Por la misma razón me rodeo de hombres doctos, poetas y filósofos. ¿Conocéis a Barjesús?

Saulo y sus acompañantes respondieron negativamente.

El «hijo de Jesús» —un nombre frecuente— era judío y uno de esos filósofos ambulantes que se hacían pasar por magos, pero que ni era ignorante ni tampoco un vulgar hechicero. Se trataba de un *elyma* versado en doctrinas esotéricas procedentes de Egipto, Persia y Babilonia. Este tipo de personajes florecía en un tiempo en que los filósofos, en clara decadencia, se convertían en sofistas y los sofistas en magos. Saulo los había conocido rivalizando con sus discursos en el foro de Tarso con los verdaderos filósofos.

Sergio comenzó por interrogar a los recién llegados sobre el origen del universo y en esto Bernabé prefirió ceder la palabra al intelectual Saulo, que acudió a sus conocimientos superiores.

—Dios está en todas partes. En él nos movemos, existimos y somos. Pero también es el origen, el creador de todo...

—¿Y en qué consiste lo que habéis venido a predicar? —inquirió Sergio, clavando en su interlocutor sus perspicaces ojos ávidos de sabiduría.

A Saulo se le encendieron las pupilas.

—Vengo a traer la Buena Noticia de que Dios ha enviado a su hijo único, el verdadero *kyrios*, para mostrarnos el camino, la verdad y la vida. Se llama Jesús, fue crucificado y ha resucitado entre los muertos.

Y narró con detalle su experiencia de Damasco.

Sergio escuchó sin interrumpir. Luego le preguntó si no tenía reparo en contrastar sus ideas con su invitado el mago. Lo hizo llamar, y Barjesús se presentó ornamentado con un turbante de seda,

coloridos ropajes orientales y dos mujeres asistentes, una negra y otra blanca.

Tenía preparada toda una exhibición. Cerró los ojos, alzó las manos y sus gruesos labios rojos, que surgían de una barba entrecana, entonaron palabras irreconocibles, mientras las dos mujeres danzaban a su alrededor. Luego entró como en éxtasis y se arrojó al suelo. Entonces con voz arcana comenzó a gritar:

—*¡Balaal, zalubú, estim, sinalaf!* Estos hombres recién llegados no son otra cosa que falsos profetas, que traerán las desgracias a estas tierras. Librate de ellos, oh, procónsul.

Se agitó temblando en el suelo y al cabo de un rato se incorporó. El gobernador le pidió que, antes de descalificar así a los nuevos profetas, escuchara sus argumentos.

Saulo pudo observar por sus razonamientos que aquel hombre era más que un charlatán. Estaba bien versado en las Escrituras, que entremezclaba con conceptos del conocimiento oriental.

—Mi sabiduría procede de Moisés. Como él, puedo curar con mi bastón y hacer brotar agua de una roca y hasta hacer llover maná en la sequía —arguyó el mago, que al parecer temía perder el influjo y beneficios que obtenía en el séquito del procónsul.

Sergio seguía sin parpadear la discusión y comprobó que los argumentos de Saulo nacían de un convencimiento que era pasión y vida, una doctrina hecha carne que rompía moldes y no buscaba convencer con «numeritos de magia». Sus explicaciones y su furia bastante agresiva fueron desenmascarando progresivamente los sofismas de Barjesús, que se sintió acorralado, sin respuesta, y se quedó como ciego. Quizá por eso Lucas habla en sus *Hechos* del prodigio de la ceguera temporal que sobrevino al mago en aquel instante, cuando Saulo le increpó como embaucador, una manera de hablar.

—Doctrina digna de aprecio es la vuestra —reconoció el perspicaz romano Sergio.

Y los llenó de alabanzas y los colmó de obsequios.

Se convirtiera o no a la nueva fe, como aseguran los cristianos que hizo, el procónsul se puso del lado de Saulo, quien a partir de entonces decidió recurrir a su otro nombre de los tiempos de Tarso, precisamente Paulus, no se sabe si en honor de aquel brillante encuentro o porque su denominación romana le pareció más eficaz que Saulo o Saúl, de raíz semita, para los ambientes en que iba a moverse.

Después de aquel inesperado éxito, Pablo creció muchos enteros ante sus dos acompañantes. Pasearon por las empedradas calles de Pafos, disfrutando de una templada tarde de otoño y se sentaron en el foro, por el que paseaban matronas con sus esclavas y merodeaban mercaderes y mendigos.

—Y ahora, ¿adónde vamos, Saulo? —preguntó Bernabé sin más rodeos.

Podemos regresar por el mismo camino o avanzar hacia el norte —sugirió el de Tarso.

Aunque en todo caso insistió en no retrasar el viaje marítimo porque estaba muy avanzado el otoño y se acababa la época propicia para embarcarse.

—Hace tiempo que pretendo ir a Asia y sobre todo a Éfeso. Pero no hay comunicación regular por mar hasta esa ciudad. Tendremos que embarcarnos hasta Atalia, más al sur.

—Pero la región de Panfilia es muy peligrosa por las fiebres palúdicas y está infestada de bandidos —arguyó el joven Juan Marcos, que comenzaba a estar molesto de que poco a poco Pablo le restara protagonismo e iniciativa a Bernabé, su tío.

—¿Acaso tienes miedo? El tiempo apremia para predicar la Buena Noticia. ¿No lo crees, Bernabé?

Este asintió con la cabeza y en pocos días se embarcaron en Pafos rumbo a Perge. En el trayecto Saulo les explicó que siempre había sentido curiosidad desde su juventud en Tarso por aquellos pueblos toscos y desconocidos de más allá de las montañas. Allí vivían algunas colonias judías que habían seguido a los romanos en su trayectoria colonizadora. También Chipre mantenía el comercio con Asia Menor y las nuevas comunidades cristianas habían solicitado que llevaran la Buena Nueva a aquella parte del mundo.

De pronto apareció ante los navegantes la escarpada cordillera del Tauro como una pared de hielo que emergiera del mar.

—Mira, Marcos —comentó Pablo—. ¿Ves aquellas montañas nevadas? Detrás está mi patria, Tarso, y más lejos, Antioquía de Pisidia. Desde allí, cuando yo era niño venían caravanas de labradores y comerciantes que nos traían el pelo de cabra para tejer tiendas. Y luego, las llanuras de Panfilia, donde la tierra se encharca y nacen miles de pequeños demonios que se clavan en tu carne hasta abrasarte por dentro de fiebres que pueden llegar a matarte. También en Cilicia al anochecer se levantan desde los pantanos esas nubes que achicharran el cuerpo. Pero no temas, hijo, que atravesaremos deprisa y el ángel del Señor nos protegerá.

Bernabé sonrió. Pero Marcos no abandonaba su gesto mohíno de desconfianza hacia Pablo.

—¿Y los ladrones de Isauria? —se limitó a comentar.

Todos sabían de aquellos bandidos que desvalijaban a los viajeros y los abandonaban muertos en los barrancos.

Se acercaban a un costa muy variopinta, un verdadero mosaico de pueblos, principados y tribus divididos por dialectos y cultos indígenas. Poco porvenir tenían las divinidades helenísticas o romanas en aquellas tierras. Allí seguían imperando sus dioses primitivos. Roma estaba presente a través de un *propraetor* o general con mando que gobernaba la provincia de Panfilia considerada en el imperio de carácter militar. Había además un cuerpo de sacerdotes de Augusto con una constitución metropolitana que cuidaba de templos dotados con pingües beneficios. También los magos hacían su agosto, como Apolonio de Tiana y más tarde Peregrino Proteo y Alejandro de Abonticos.

Pronto los brazos de la bahía de Atalia dieron cobijo a la frágil nave de cabotaje que les había traído con viento propicio de Chipre.

—¿Y esos baluartes de allá arriba? —preguntó Marcos.

—Serán la protección de la ciudad contra los piratas —explicó Bernabé.

Hacia abajo, escalonados banales brillaban de bosques y limoneros. Desembarcaron para volver a hacerlo en un bote río Caistro arriba hacia el norte, para alcanzar Perge en pocas horas. Cedros, retamas, pinos y gigantescas palmeras ornamentaban las vertientes fluviales. Cuando se adentraron en tierra, sierra arriba, por caminos cada vez más escarpados, Marcos se puso de pie:

—Yo no sigo —se plantó con firmeza.

Los otros dos se quedaron perplejos. Le pidieron explicaciones. No había otra razón aparentemente para Marcos que la de estar atenazado por el miedo. Acostumbrado a la ciudad, aquella repentina inmersión en una naturaleza hosca y amenazas de bandidos y fiebres palúdicas eran

superiores a sus fuerzas.

—No, no, lo siento, no puedo seguir. Regresaré en el primer barco a Cesarea —dijo mirando a su tío, a ver si se animaba a acompañarle.

Bernabé, visiblemente contrariado, no dudó. ¿Iba a dejar solo a Pablo en su primer viaje apostólico? Este tampoco pudo disimular su molestia ante aquella desazón. Dejar el arado, echar la vista atrás no iban con su carácter y resolución. Pero ¿era solo miedo lo que agarrotaba a Marcos? Nadie se lo explicaba, pero parece que había una razón más profunda. El joven judío había bebido la doctrina de labios de Pedro de quien tomaba celosamente apuntes, que además le llamaba «su hijo Marcos»; se había criado entre los apóstoles en el ambiente ciudadano de Jerusalén. Pablo parecía apartar a la comunidad cristiana de la sinagoga para llevarla a los gentiles. La separación de aquel muchacho era un primer desgarró, consecuencia de la gran opción de llevar el Evangelio a todas las gentes.

Se abrazaron los tres, y Pablo y Bernabé continuaron solos por caminos difíciles de fuertes contrastes. Transitaban desde huertos de melocotoneros a nevadas repentinas y azotes de viento impetuoso junto a desfiladeros abisales. Era un paisaje estremecedor. Ascendían sin parar, se alimentaban de pan duro mojado en agua y un puñado de aceitunas. Ya el río Caistro se diría abajo un riachuelo cavado entre las rocas, desde las que se alternaban cascadas y precipicios. De pronto les asaltaron unos hombres barbudos armados de estacas y lanzas. Pero, cuando comprobaron que eran pobres viajeros sin una moneda, les dejaron seguir monte arriba. Vadearon ríos con agua hasta la cintura y a veces nadando contracorriente. No faltaron manadas de cabras salvajes y búfalos que se cruzaban en su trayectoria siguiendo desde arriba la corriente del Caistro.

Después de tres días de camino cuesta arriba, llegaron a un desfiladero desde el que descender por el norte hacia la meseta de Pisidia. Descansaron en un albergue miserable, habitado de camelleros y pastores que temblaban de fiebre, donde los recién llegados se retiraron con un fondo de carcajadas y gritos a orar y dar gracias a Dios por llegar vivos.

Al cuarto día el paisaje se abrió en una amplia extensión verde presidida por la visión azul de un lago alpino y el macizo de un monte majestuoso al fondo, el Sultán-Dagh. Sobre las aguas del extenso lago¹⁰ surcaban pequeñas naos para unir comercialmente las poblaciones ribereñas. Lo atravesaron en una embarcación y caminaron a pie por las escarpadas márgenes, hasta que el día sexto divisaron, a los pies del Sultán-Dagh, la ciudad de Antioquía de Pisidia, destacada población fronteriza entre Frigia y Pisidia.

Pablo y Bernabé cruzaron un arco de piedra del acueducto en la zona más meridional del antiguo reino de Amintas, el monarca de los gálatas, ahora provincia romana de Galacia. Roma había fundado importantes enclaves para protegerse del pillaje. Entonces los colonos eran veteranos de la legión céltica Alauda, reclutada en otro tiempo por César en las Galias, la que ostentaba una alondra en su bandera.

Penetraron en sus calles paralelas, que olían al trabajo de curtidores, principalmente judíos quienes, atraídos por el comercio de pieles curtidas y los privilegios que les concedió su amigo César, se establecieron en la ciudad. Los recién llegados pronto se informaron de que estaba consagrada a un dios local, Men, divinidad indígena masculina de la luna, o Lunus, como la llamaban los romanos. En la puerta de la ciudad pudieron contemplar su imagen: llevaba un gorro frigio; de sus

hombros emergían unos cuernos, y portaba una lanza en su mano. Posiblemente se trataba de una desfiguración de Mitra, el dios iraní. Durante la noche se le ofrecían también orgías y el culto de la prostitución.

Después de callejear, los viajeros vieron tumbados en esteras a griegos, gálatas y veteranos soldados romanos en torno a unos dados y unos cuencos de vino. Pablo preguntó dónde estaban las gentes de su raza. Conducidos hacia un barrio extremo, encontraron fácilmente un taller de tejedores y una tienda de tapices. Como en otros lugares, los judíos en su dispersión habían llegado hasta allí con su red de sinagogas, que le servían a Saulo para comenzar su labor en cada nueva ciudad y de camino aportar con su trabajo para no ser gravoso.

Fueron bien recibidos.

—¿Me enseñáis el taller? ¿Me permitiréis trabajar con vosotros?

Los judíos de Antioquía de Pisidia le miraron sorprendidos. Pablo les dijo que conocía el oficio de tejedor desde niño. Y ellos sonrieron cuando sacó de su faltriquera sus propias herramientas.

Al sábado siguiente se lavó, vistió su mejor túnica y se acercó a la sinagoga. Sabía que era su único recurso. Si predicaba en la calle podía ser detenido, ya que la religión que proclamaba, no asimilada por el estado de Roma, era considerada una *religio illicita*. En cambio la sinagoga tenía un documento oficial que le permitía juntar prosélitos. En un principio judaísmo y cristianismo para los romanos entraban en el mismo saco.

Pero aquella mañana, como siempre, el osado Pablo ignoraba cómo irían a reaccionar sus oyentes ante la noticia increíble de un Mesías ejecutado a las afueras de Jerusalén.

* * *

De pronto Rufo se presentó en la puerta. Julio levantó la vista de su escrito y regresó del pasado al presente.

—Centurión, han llegado las entradas para el teatro.

Del teatro a la vida

No había colorete que pudiera disimular la palidez de las mejillas de Rubria, que no cesaba de temblar en los vestuarios del teatro de Pompeyo. Este, construido en mármol y presidido por una estatua alada de Venus Victrix, era mucho más que una cávea y su escenario, una verdadera mole, no edificada, como tantos teatros romanos, aprovechando una pendiente, sino todo un edificio de nueva estructura. Detrás, en el adosado, se abría un gran jardín rectangular peristilado, donde desde primeras horas de la tarde del estreno los senadores y otros aristócratas hacían tiempo departiendo entre murmullos las excentricidades de Nerón.

—Las extravagancias de este loco no tienen cuento. Dicen que en la comedia de hoy se va a atrever a actuar como protagonista. ¡Y, oídme bien, también la vestal que, según dicen, él mismo violó, participará en el espectáculo!

Esta última circunstancia aseguraba el lleno aquella tarde a un pueblo ávido de morbosidad y manjares fuertes. Julio no ocultaba su inquietud, ocupándose de los últimos retoques a los actores y echando una ojeada a la cávea que, como de costumbre, se dividía según las autoridades y clases sociales: primero los senadores en las cinco primeras filas o *proedria*, la *ima cavea* estaba destinada los caballeros, la *media cavea* para la plebe libre, mientras que la *summa cavea* o últimas y más altas gradas eran ocupadas por los libertos y esclavos, y finalmente el *matroneo* para las mujeres, donde el centurión podía divisar a su esposa Livia, vestida de azul celeste y luciendo sus joyas de oro, que murmuraba con sus amigas. Lentamente los vomitorios o puertas del graderío iban dando entrada al público, que se sentaba sin dejar de comentar el escandaloso rumor que desde hacía varios días estaba provocando en Roma gran expectación.

La intuición de Lucas había dado en el clavo, pues el emperador nada más leer el libreto accedió entre carcajadas a interpretar un papel en la obra, aunque puso una condición que desbarató los primeros planes: él no interpretaría el papel del viejo lascivo, sino el del joven enamorado. Su vanidad alcanzaba tales cotas que no calibraba la hilaridad que presumiblemente iba a provocar en el público ver al emperador a su edad vestido de adolescente. Julio había encargado a los mejores decoradores que engalanaran de gallardetes, macizos de flores y yedra el proscenio junto a símbolos imperiales en la columnata del frontispicio. Lucas, obviamente, no había acudido al estreno y Eutimio, el autor, se frotaba sin parar las manos para disimular en lo posible su nerviosismo.

Al atardecer sonaron los clarines y en el pórtico de detrás del escenario se presentó Nerón, custodiado por sus pretorianos, coronado de hojas de laurel y vestido de una corta y ridícula túnica

blanca con franjas rojas de adolescente, que dejaba ver sus anchas rodillas y rechonchos muslos, mientras con una mano sostenía ufano una lira. Reía sin cesar para disimular su excitación y repasaba hasta el último instante el texto de la comedia.

La representación comenzaba con el baile del coro, interpretado por hermosas muchachas que recitaban:

—¡Oh, Afrodita, gran diosa del amor, tú nada respetas, tú reinas en el corazón del patricio y del esclavo, del senador y el liberto! Tú mueves el mundo y cuanto contiene, tú eres la causa de la vida, tú invades hasta lo más sagrado.

Seguía un diálogo de gente del pueblo preguntándose sobre las costumbres y funciones de las jóvenes vestales. A continuación un grupo de adolescentes escenificó el culto a Vesta. La hija de Rhea y Cronos, protectora de la humanidad, presidía en forma de estatua de mármol la escena. Vesta, personificada antropomórficamente como una mujer de gran belleza, sostenía un cuenco votivo en una mano y una antorcha en la otra. Fue cortejada por Apolo y Neptuno pero prefirió permanecer pura y virgen. Esto era simbolizado por el fuego sagrado, emblema para los romanos de la esencia de la vida.

En ese momento salió a escena otro actor, que encarnaba al *pontifex maximus* encargado de seleccionar entre veinte niñas candidatas a vestales, a una de ellas, entre las que se encontraba Rubria.

—Te tomo, amada —le dijo.

Y la condujo de la mano hacia su nueva morada, entre los aplausos del público. Cabe aclarar que la selección de entre veinte niñas tenía lugar solo si antes no se presentaba una familia muy prestigiosa ofreciendo a su hija como vestal. Se tomaba a la niña a pesar de que la familia de esta se opusiera a darla, si es que otra familia aristocrática no la presentara voluntariamente al culto.

En ese instante entró en escena Nerón.

La multitud aclamó al emperador con grandes aplausos sin poder disimular algunas carcajadas. El ridículo e improvisado actor inclinó la rodilla en tierra y, acompañado de la lira, cantó un desafinado poema de amor a la joven. Salió dando pequeños saltos detrás de un grupo de soldados que simulaban protegerla para el culto sagrado.

El espectáculo proseguía con dos actos más: la escenificación del mantenimiento de la llama sagrada y la lucha de la familia y la sociedad para preservar a Rubria de su joven enamorado, puesto que su dedicación al culto se lo prohibía. En esta última parte el autor había introducido los diálogos más propios de una comedia, con presencia del papel del viejo sátiro y la consabida crítica a las costumbres y alusiones a la vida cotidiana, que provocaron risotadas del público. Cuando Rubria iba a ser enterrada viva para castigar el mero hecho de haber osado escuchar los requiebros de su amante, Nerón aparecía en un caballo blanco a rescatarla y conducirla a su libertad, entre aplausos y vítores sobre todo de esclavos, matronas y libertos. De nuevo el coro irrumpió en el escenario y repetía:

—¡Oh, Afrodita, gran diosa del amor, tú nada respetas, tú reinas en el corazón del patricio y del esclavo, del senador y el liberto! Tú mueves el mundo y cuanto contiene, tú eres la causa de la vida e invades lo más sagrado.

Muchos senadores y caballeros no aplaudieron una obra que a todas luces consideraban una

profanación del culto a la diosa Vesta, tan respetado en Roma hasta el punto de que muchos ciudadanos destacados llegaban a depositar en ese templo sus documentos más preciados, tal era la confianza que les merecía.

Pero Nerón no cabía de gozo por lo que creía un éxito de sus dotes de actor, y exultante premió a Julio con el obsequio de su propio caballo. El autor fue también muy aplaudido y Rubria, por el momento —pensó Julio con regocijo—, contaría con la protección imperial. Si bien desde entonces su protector se cuidó con mayor empeño de ocultarla de las miradas de la gente.

Aquella noche se celebró una pequeña fiesta en los jardines de Eutimio con guirnaldas y antorchas, aunque el centurión condujo antes a casa de Lucas a Rubria para protegerla de ávidas miradas de curiosos. Cuando la familia de la muchacha, entusiasmada con el cambio que había supuesto que su hija hubiera representado un papel nada menos que con el emperador, fue al proscenio a buscar a la niña, esta se había esfumado.

Livia, la esposa de Julio, estuvo en el teatro para evitar el qué dirán, pero, según supo Julio después, durante la fiesta se la vio coqueteando con Selenio, un joven decurión súbdito de su marido. Su enfado contenido estalló tan pronto el prefecto regresó cansado y feliz a casa.

—Estarás contento. Has salvado a esa zorrita. ¿Y ahora qué vas a hacer con ella? ¿Instalarla en un lupanar? ¿O prefieres tenerla en casa para ti solo?

Julio no respondió. Se dirigió serio y en silencio hacia su aposento. Pero Livia, que había vuelto a beber, continuaba zahiriéndolo. De pronto el centurión se volvió.

—He salvado a una muchacha inocente de las garras de ese insufrible libidinoso. ¿Te parece poco? Déjame dormir en paz. Estoy agotado. *Valeas*.

Al día siguiente se levantó tarde y reflexionó mientras paseaba con el frescor matutino entre las vides de su finca. Se preguntaba cómo aprovechar la situación. Si el emperador de momento estaba calmado y satisfecho con su sorpresa, ¿no había llegado el momento de visitar a Pablo en la cárcel para conversar personalmente con él sobre tantas cuestiones que se le estaban planteando en su investigación? Pero pensó esperar un poco, pues aún se hallaba en la elaboración del relato de su vida en los comienzos de sus viajes, y creyó conveniente avanzar algo más en sus escritos para aumentar, antes de verle, el bagaje de sus conocimientos y poder plantearle nuevas dudas. De modo que se enfrascó de nuevo en sus escritos.

* * *

La sinagoga de Antioquía de Pisidia estaba situada a orillas del Antio, para tener acceso fácil al agua de las purificaciones. Aquel sábado, Pablo se levantó de buen humor y atravesó las calles con las tiendas cerradas mientras se cruzaba con los miembros de la comunidad judía, que, vestidos de fiesta, acudían a la celebración junto a muchos paganos «temerosos de Dios» que hacían lo propio. Vio la inscripción en la puerta, ornamentada con dos ramos de olivo: «Templo de los hebreos». Algunos en el piso de abajo, los que habían tocado carne prohibida o un cadáver o sepulcro, practicaban sus abluciones para purificarse. Subió la escalera de piedra que conducía a la estancia superior consagrada a la oración. Sobre el altar, cubierto por una cortina verde, yacían los rollos de las Escrituras. Delante presidía el candelabro de siete brazos y del techo colgaban lámparas para

iluminar el atril, situado en el centro.

Vio a las mujeres sentadas detrás de unas celosías de madera.

Pablo y Bernabé, con el *talith* o sobretodo de rayas blancas y pardas, que les confería respectivamente la categoría de escriba y levita, se diferenciaban claramente de los prosélitos. Un murmullo recorrió la asamblea al verlos. Los recién llegados eran literalmente devorados por las miradas curiosas.

Tras la primera oración común de la *shema*, un ayudante se acercó al altar, tomó uno de los rollos, le quitó la envoltura de varios colores y buscó el pasaje en donde se habían quedado en la lectura del último sábado. En la comunidad de Antioquía la lectura se hacía en griego, siguiendo la versión alejandrina. Dos fragmentos, uno del Pentateuco y otro de los profetas. A continuación, el presidente encargó al ministro que invitase a Pablo a dirigirse a la asamblea. Este se levantó y extendió el brazo, ademán del orador antes de enseñar.

Dirigió una mirada circular a la concurrencia atravesada por un expectante silencio.

—Israelitas y adoradores de Dios, escuchad: el Dios de este pueblo de Israel eligió a nuestros padres y exaltó al pueblo mientras residía en Egipto. Con brazo alzado los sacó de allí y durante cuarenta años los condujo por el desierto.

Era consciente de a quiénes se estaba dirigiendo, el pueblo de Israel, amante de su pasado y creyente en un solo Dios, que había hecho maravillas con él. De modo que una vez más recorrió su historia de liberación: la salida de Egipto, el camino por el desierto, su afincamiento en Canaán, sus rebeldías y vicisitudes hasta el rey David. De ahí, de su linaje, saltó a Jesús, a partir del movimiento de su precursor, «la voz que clama en el desierto», Juan el Bautista.

—Hacia el fin de su carrera mortal Juan dijo: «No soy el que pensáis; detrás de mí viene uno al que no tengo derecho a quitarle las sandalias de los pies». Hermanos, descendientes de Abraham, y cuantos adoráis a Dios: a vosotros se os envía este mensaje de salvación.

Los judíos no parpadeaban. Pablo iba a hablar del Mesías.

—Los vecinos de Jerusalén y sus jefes no lo acogieron —exclamó Pablo—, ni a él ni las palabras de los profetas que se leen cada sábado. Pero, al juzgarlo, las cumplieron al pedir a Pilato que le diese muerte, aunque no encontraron causa para una sentencia capital. Cuando se cumplió todo lo escrito de él, lo descolgaron del madero y le dieron sepultura. Pero Dios lo resucitó, sí, lo resucitó de la muerte —hizo una pausa seguida de un espeso silencio—, y se apareció durante muchos días a los que habían subido con él de Galilea a Jerusalén. Ellos son hoy sus testigos ante el pueblo.

¿El Mesías, un crucificado? Una descarga de duda atravesó la asamblea. Pablo intentó responder a esta perplejidad:

—En cuanto a nosotros, os anunciamos esta Buena Noticia: la promesa hecha a los antepasados nos la ha cumplido Dios a sus descendientes, resucitando a Jesús, como está escrito en el salmo segundo: «Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy». Y lo ha resucitado para que nunca se someta a la corrupción. Está anunciado así: «Cumpliré las santas promesas hechas a David, aquellas que no pueden fallar». Y en otro lugar dice: «No permitirás que tu fiel sufra la corrupción». Ahora bien, David, después de servir al designio de Dios durante su generación, murió, fue sepultado y sufrió la corrupción. En cambio, el que Dios resucitó no sufrió la corrupción. Sabedlo, hermanos, se os

anuncia el perdón de los pecados por medio de él, y todo el que crea será absuelto de todo lo que no pudo absolver la ley de Moisés. ¡Atención! Que no os suceda lo anunciado por los profetas: «Mirad, los que despreciáis, contemplad y espantaos: en vuestros días haré una obra tal que no la creeríais si os la contaran».

Los asistentes se miraron unos a otros. ¿Cómo? ¿Cumplir preceptos de la ley no nos salva? ¿Crear en un crucificado nos salva? ¿Es esa la doctrina? A la salida cundieron los murmullos, las discusiones entre los asistentes. Pero un grupo, entusiasmado, rodeó a los dos viajeros.

—¿Cuándo os marcháis? Por favor, quedaos hasta el próximo sábado y volved a dirigirnos la palabra. Nos interesa lo que decís.

Durante el resto de la semana muchos judíos acudieron al taller donde se hospedaba Pablo.

—Cuéntanos más sobre Jesús. Pero tú no lo conociste. ¿Cómo se te apareció? ¿Por qué lo crucificaron?

Otros, sobre todo paganos, veían en aquel predicador una puerta abierta frente a tanta agobiante prescripción judía. Hasta los partidarios del dios Luna llegaron las murmuraciones:

—Los judíos están soliviantados con esos dos profetas que han llegado de fuera. Hablan de un nuevo dios que aseguran mataron en Jerusalén.

La expectación se tradujo en un lleno espectacular el sábado siguiente. Muchos tuvieron que quedarse fuera del recinto de la sinagoga. Los presidentes de la asamblea empezaban a acusar cierto nerviosismo, como arrepentidos de permitir que los nuevos oradores se dirigieran a la concurrencia, donde había muchos gentiles. «¿Y si estos se hacen con la gente y nos desplazan?», cuchicheaban celosos.

Esta vez subió primero al estrado Bernabé. ¿Quién podía tener miedo a aquel hombre sonriente y bondadoso que insistía más en lo que los unía que en lo que los diferenciaba? Luego tomó de nuevo la palabra Pablo. Eligió el capítulo 49 de Isaías, donde el profeta llama a las naciones y anuncia al siervo que «será luz de los gentiles, para que tu luz resplandezca hasta los confines de la tierra».

Pablo echó una ojeada a los asistentes. Pudo apreciar dos actitudes: la mirada dura de muchos judíos y la complaciente de los paganos y «temerosos de Dios».

Y se atrevió:

—Es a vosotros judíos los primeros a los que había que anunciar la Palabra de Dios. Pero porque la rechazáis y no os juzgáis dignos de la vida eterna, nos dirigimos a los paganos. Así lo tiene ordenado el Señor: «Te hago luz de las naciones para que la luz alcance hasta el confín de la tierra».

Codazos de complacencia se daban entre sí los gentiles. Pablo lo confesaría y repetiría mil veces: ya no hay judíos ni gentiles, señores y esclavos, hombres y mujeres, ahora en el Mesías somos todos uno. Se han roto los muros entre el poder y la plebe. La ola de murmullos se despeñó en griterío. Cuando hablaba sin titubeos, Pablo parecía más alto, su voz más grave. Se levantaron los presidentes de la asamblea:

—¡Fuera!

—¡Es un renegado! ¿Qué hace aún aquí?

—¡No queremos ese Mesías!

Los reproches se entrecruzaron con los «vivas» de los paganos y sus cantos de alabanza. En pocos minutos la sinagoga se había convertido en una batalla campal de alabanzas y críticas. Pablo

permaneció callado como una estatua impassible entre los arrojados verbales, como si un fuste interior le sostuviera. Se sentía seguro. Casi no oía aquella algarabía. En aquel instante, consciente de su postura, asumía una revolución sin precedentes que iba a marcar toda su vida. Supo que el odio de su pueblo le perseguiría desde entonces, pero nada ni nadie podrían derrumbar aquella certeza de que la Buena Nueva era para todos, pues procedía de una irrenunciable claridad interior.

Desde aquel día las puertas de la sinagoga se cerraron para Pablo y Bernabé. Al salir, un grupo de gentiles los arrojaron de la nube de insultos. Se adentraron en las callejuelas de Antioquía de Pisidia.

—No os preocupéis. A partir de ahora nos reuniremos en nuestras casas.

Era una noche estrellada. Otros cantos y gritos de jolgorio se oían a lo lejos. Jóvenes bajaban del monte Sultán-Dagh ebrios de vino y sexo con sus túnicas blancas, los adoradores del dios Luna, por las riberas del Antio hasta su desembocadura en el lago Egirdir. Pablo flotaba dentro de sí, orgulloso de su valentía y entusiasmado por su verdad.

—No temas, Pablo, llamaremos a nuestros parientes, labradores que viven en un pueblo cerca de aquí, y ya verás, también se harán seguidores del Mesías.

No obstante, al día siguiente el apóstol no se encontraba bien. Tenía fiebre y le dolía intensamente la cabeza.

—Te ha picado el mosquito —le dijeron—. Posiblemente durante el viaje, o quién sabe si aquí mismo.

No olvidaría las fiebres palúdicas contraídas en aquellas jornadas, que le mantuvieron varios días en cama, y que mencionará más tarde en su carta a los gálatas. Algunos que pasaban frente a la casa del enfermo, escupían convencidos de que la malaria es una enfermedad que se contrae cuando una persona impura entra en un templo. Creían que escupiendo se liberaban de la impureza y además estaban convencidos de que era un enfermedad maldita y contagiosa. Pablo recordará siempre que los gálatas, sus amigos, superaron esos miedos: «Sabéis que cuando os anuncié por primera vez la Buena Noticia, fue con ocasión de una enfermedad corporal, y vosotros vencisteis la tentación de despreciarme o evitar mi contagio, antes bien me acogisteis como un mensajero de Dios, como Cristo Jesús».

Unos le dieron brebajes, otros le trajeron ungüentos, pues las fiebres palúdicas eran lamentablemente bien conocidas en aquellas latitudes. Y no faltaron los que acudían a su lecho para escucharle y preguntarle o cantar salmos. Sintió tanto cariño de aquella gente que llegó a estar convencido de que hasta dispuestos estaban a «sacarse los ojos» para dárselos cuando lo veían con las pupilas rojas e inflamadas. Pero lo más satisfactorio para Pablo y Bernabé fue que aquellos amigos habían visto una puerta abierta, alternativa a las minuciosas y agobiantes prescripciones judías, para abrazar la fe en un Dios único. Y esa sí que fue contagiosa, porque se convirtieron en propagadores del cristianismo en los alrededores. Lucas escribe en los *Hechos* que «la palabra del Señor se difundía por todo el país». Por eso Pablo y Bernabé se quedaron allí un año para consolidar su labor.

Mientras, los presidentes de la sinagoga veían que aquellos extranjeros les habían comido el terreno.

—Los simpatizantes paganos se nos están yendo de las manos. Cada vez vienen menos. Hay que

hacer algo.

—Pero ¿qué hacemos? No han incurrido en delitos civiles como para acusarlos y expulsarlos.

Uno de ellos se mesó la barba y alzó un dedo:

—Tengo una idea. ¡Las mujeres! Las mujeres van a ser nuestra salvación.

—¿Las mujeres? No entiendo. ¿Las nuestras? ¿Qué insinúas?

—Sí, las mujeres, Rubén. Entre nuestras más fieles simpatizantes contamos con varias esposas de dirigentes y altos funcionarios de la ciudad. ¿No te das cuenta? Además, sus maridos son también en alguna medida amigos nuestros. A veces nos han visitado e incluso pedido ayuda para algunas obras públicas.

—Es cierto. Muy buena idea.

Ellos sabían moverse bien en el mundo del dinero y las maniobras indirectas. Accedieron pues fácilmente a las autoridades de Antioquía de Pisidia.

—Mirad, esos extranjeros son unos subversivos. Predican un dios traído de Oriente, un tal Cristo que fue ejecutado por el procurador romano en Jerusalén. Están preparando una peligrosa sublevación del pueblo. Nosotros no podemos responder de la seguridad de la ciudad, si no los sacáis pronto. Vosotros veréis.

Como en Antioquía no había procónsul y los dirigentes eran de segunda categoría no tuvieron inconveniente de saltarse el derecho romano. Sus esposas se encargaron de recordárselo aquellas noches en la intimidad del lecho.

—Bien, los azotaremos y los pondremos fuera de la ciudad —decidieron.

Con algunos moratones en las espaldas y sin que a Pablo se le hubieran ido aún los síntomas de su enfermedad, los dos enviados del flamante Mesías se vieron pronto en las puertas de la ciudad. De lejos lloraban con saludos y cánticos los primeros cristianos de Galacia. Era otoño y, como había recomendado el propio Jesús, detrás de las murallas sacudieron el polvo de sus sandalias.

Dioses en forma humana

Pocos ámbitos tan propicios para las malas lenguas como las *tabernae* o tiendas que menudean junto al foro, donde lo importante, más que la compra de carne, verduras, aceite, vino y especias, es despellejar el prójimo. Por eso Julio no acudía a ellas, ni siquiera por afición, delegando en Livia y sus esclavos estos menesteres. Pero últimamente su mujer había intensificado sus salidas sola con este fin, no sin provocar la extrañeza de Rufo y Lívora, la cocinera, encargados de acarrear la compra que hacía su señora.

Pronto llegó a oídos de Julio el incidente de la fiesta después de la reciente representación teatral. Toda Roma, o la que cuenta, había observado las acarameladas insinuaciones de Selenio a Livia, mientras reían y bebían juntos. En un principio Julio no quiso darse por aludido. Por un lado, se consideraba en parte culpable de la situación, por el abandono en que había dejado a su esposa los últimos tiempos, y por otro, pensaba que no iba a pasar de un escarceo sin transcendencia. Selenio era joven y bien parecido, tenía fama de descarado y exitoso con las mujeres, que no se resistían a echarle miradas furtivas cuando se paseaba de uniforme por el foro, luciendo sus músculos y su exótico cabello pelirrojo. Pero tan ligero de cascos que no resistía una conversación de cierto fuste. Despreciaba cuanto rozara la cultura y solo hablaba de los juegos del circo, especialmente del tiro de la jabalina, en el que brillaba gracias a su potente complexión de atleta. Entre los conmitones le llamaban Mercurio, la deificación del tramposo y deportista.

Veía a Livia asimismo mohína y distante, como si hubiera dejado a su marido por imposible, muy solícita, eso sí, de que a los niños no les faltara nada. Todo ello en vez de invitar a Julio a reaccionar le movió a refugiarse más aún en su trabajo. El emperador le había pedido vigilar las obras de reconstrucción de la ciudad. Con los escombros del incendio se rellenaban las marismas de Ostia y los mismos barcos que se llevaban el material de desecho regresaban cargados de cereales para aliviar la carestía. Julio tuvo que crear un destacamento para solucionar el problema del agua. Mientras, se estaba trazando una Urbe nueva, atravesada por calles más anchas, cortadas en ángulo recto con hileras de casas, a la misma altura en el centro de la ciudad y Nerón se construía un suntuoso palacio con exótico regusto oriental, que encargó a los arquitectos Severo y Céler, que llamaría *Domus Aurea*, con una gigantesca estatua del emperador en el atrio, un lago artificial en su interior, baños con agua dulce o de mar, traídos con canales desde la costa, trigales, viñas, bosques y hasta animales mansos y salvajes. En sus galerías el emperador abría nichos para exhibir su enorme colección de obras de arte. La gente decía que antes que el lujo y el refinamiento era el miedo que

Nerón tenía a ser asesinado la causa de aquel derroche. Hubo que derribar el templo de Claudio para construir en medio de la ciudad aquella fantástica villa, que ocupaba el Esquilino y se extendía más allá del Palatino y, por el otro lado, hasta el foro de Augusto.

Aparte de su tarea de vigilancia, Julio continuaba atrapado por su reciente obsesión por escribir, restándole horas al sueño, pues en aquellos días había aumentado considerablemente la delincuencia en la Urbe. Pretendía adelantar el informe sobre el desenlace del primer viaje de Pablo para ir ordenando sus dudas y preguntas.

* * *

Habíamos dejado a Pablo y Bernabé saliendo de Antioquía con las espaldas amoratadas por los azotes. ¿Hacia dónde dirigir sus pasos? Podían hacerlo por Occidente o por Oriente, por Frigia rumbo a Éfeso por Apamea, o en dirección Iconio, situada detrás de una llanura salina con pantanos, difíciles de atravesar, en torno a un lago poco profundo.

—Vamos a Iconio. Los gálatas son gente impresionable y de carácter franco —decidieron.

Caminaron, pues, entre cumbres nevadas de caprichosos volcanes, por un desierto yermo y sin vida, polvoriento en verano, nevado en invierno. En otoño las lluvias habían acrecentado las tierras movedizas, por lo que los dos caminantes hubieron de avanzar con tiento y cuidado. Se sirvieron en gran parte de la vía Sebaste, calzada imperial que seguía hacia Listra, por lo que ellos tuvieron que desviarse por un camino que les llevaba a su destino. De lejos divisaron Iconio en las alturas, una ciudad rodeada de jardines, verdadero oasis en medio del desierto. Su nombre procede de la palabra griega *eikón*, imagen, fundada en la leyenda de que Prometeo después del Diluvio había moldeado seres humanos de barro con intención de sustituir a las personas ahogadas. Ahora se llamaba Claudiconium, en honor al emperador Claudio, que había establecido allí una colonia de soldados veteranos de Roma. Junto a estos habitaban la ciudad gálatas helenizados y judíos.

Mientras se adentraban en la población, de pronto se dirigió a ellos un hombre que los detuvo.

—¡Alto, yo te conozco! —dijo, interpelando a Pablo.

—¿Tú quién eres?

—Me llamo Onisíforo. Y te he visto en sueños, sabía que ibas a llegar. Sí, sí, efectivamente. El hombre que vi era pequeño, cejijunto, nariz aguileña algo larga, con piernas torcidas y rostro agradable, que a veces parecía un hombre, a veces un ángel. ¡No hay duda, sí, tú eres ese hombre! Venid conmigo.

Y los condujo a su casa que se convirtió desde ese momento en el centro de operaciones de los misioneros. En Iconio se repitió la historia de Antioquía. La sinagoga se dividió. La intervención de Pablo sembró discordia y aunque muchos se alinearon con él, otros, indignados, intentaron apedrearle.

«Los judíos no convertidos —escribe Lucas— incitaron y malearon los ánimos de los paganos contra los hermanos. Durante una temporada se quedaron allí, apoyando su valentía en el Señor que acreditaba su mensaje de gracia, realizando milagros y señales por medio de ellos. La población se dividió: unos a favor de los judíos, otros a favor de los apóstoles. Paganos y judíos, con el apoyo de los jefes, se movieron para maltratarlos y apedrearlos».

Huir parecía el sino de aquellos hombres empeñados en una tarea que empezaba a antojárseles imposible. Los tenemos de nuevo perdidos en la estepa por tierras inhóspitas de Licaonia. Sorteaban zonas pantanosas apenas habitadas por ovejas, cabras y asnos silvestres, donde además se refugian peligrosos bandidos que Cicerón recuerda en sus escritos. En la región de Licaonia se hallaba Listra, una pequeña ciudad en la que Augusto había establecido una colonia con el nombre de Julia Felix Gemina Lystra. Tenía un valor estratégico para el imperio en el itinerario de la vía Augusta como destacamento imprescindible para proteger de los bandidos a las caravanas.

También en Listra había una sinagoga, formada por familias mixtas de paganos casados con judías. De allí era la madre de Timoteo, uno de los primeros cristianos de aquella ciudad, que será compañero de Pablo en su segundo viaje. Esta familia estaba compuesta por la abuela judía Loida, su hija Eunice, cuyo esposo pagano había muerto, y el vástago de esta, Timoteo, de quince años, un muchacho sensible y tímido, casi femenino, que conocía al dedillo las Escrituras. Vivían de la esperanza de Israel. Pero la mayoría de la población eran paganos indígenas que hablaban licaonio, una lengua despreciada en el imperio.

Pocos días después, Pablo se puso a predicar en griego a un nutrido grupo en una explanada cerca de la puerta oriental de la ciudad, donde se reunía el mercado y se celebraba una feria en honor de Júpiter entre ciudadanos, campesinos venidos de fuera, comerciantes y mendigos. Un hombre paralítico de nacimiento de ambas piernas le escuchaba con atención probablemente sin entenderle. Pablo se fijó en él, pensando que lo único que buscaba aquel enfermo era su curación, le miró con sus ojos de fuego y gritó para que le oyera todo el mundo:

—¡Levántate y sostente derecho sobre tus pies!

Aquel hombre, sorprendido, obedeció y caminó erguido sin titubear.

La muchedumbre no salía de su asombro. Los murmullos entre los asistentes crecieron como una ola. Algunos empezaron a vociferar:

—¡Los dioses en forma humana han descendido sobre nosotros!

El estupor y los comentarios se extendieron entre la gente, que comentaba en corros.

Uno señaló a Bernabé, que, tranquilo con aspecto solemne y nutrida barba, no había abierto la boca y gritó en licaonio:

—¡Aquel es Zeus!

—¡Entonces el otro es Hermes, el mensajero de los dioses!

Los recién llegados no entendían palabra y observaron la reacción de la gente. Pero comprendieron que estaban hablando a paganos y que los habían tomado por dioses en cuerpo humano.

La noticia se extendió desde las puertas a toda la ciudad. Alguno corrió al sumo sacerdote del templo de Zeus, que se encontraba al lado, muy cerca de la entrada de Listra. Traían guirnaldas, flores y animales. El sacerdote se apresuró a preparar un sacrificio en honor de Zeus. En ese momento, ya era una multitud la que se agrupaba ante el pequeño templo. Pablo y Bernabé contemplaron cómo a su paso las gentes se inclinaban haciendo ademanes de adoración y súplica.

¿Qué hacer? Un gesto que todo judío entiende y que aquellos grecopaganos quizás captasen. Se rasgaron las vestiduras e intentaron mostrar su indignación con gritos y aspavientos.

—¿Qué hacéis, amigos? ¡Solo somos hombres, hombres como vosotros! Venimos a predicaros

que dejéis los dioses falsos y os convirtáis al Dios vivo, el que ha hecho el cielo, la tierra y el mar, y cuanto contienen.

La gente no sabía a qué atenerse. Aquella reacción les desconcertó.

Pero el drama, que Lucas cuenta con todo detalle, no quedó aquí. De pronto se presentó un grupo de judíos venidos de Antioquía e Iconio. A todas luces les habían seguido para neutralizar su actuación.

—¡No les hagáis caso! —exclamaron en su lengua—. Son hombres peligrosos que las autoridades de nuestras ciudades acaban de expulsar. Sobre todo ese, que es un embaucador. — Señalaron con el dedo a Pablo.

—¡Entonces, si no son dioses, son hechiceros!

La escena dio un giro repentino. Y aquel pueblo primitivo les hizo caso y empezaron a apedrear a Pablo. Éste cayó en tierra inconsciente, acribillado por las pedradas.

—¿No veis que está muerto? Dejadlo ya.

Y lo transportaron fuera de la ciudad.

Sigilosamente, cuando ya había oscurecido, apareció el grupo de amigos, los que se habían adherido a él en Listra y la familia de Timoteo. Acompañados de Bernabé, iban con la intención de enterrarlo, para que no se lo comieran los buitres.

Inconsciente, el rostro cubierto de sangre, el cuerpo lleno de moratones, Pablo era un guiñapo humano.

Timoteo acercó el oído a sus labios.

—¡Aún respira!

Amparados por la oscuridad de la noche, lo introdujeron de nuevo en la ciudad y lo llevaron a casa de la familia querida.

Al amanecer del día siguiente un carromato condujo a Pablo y Bernabé extramuros. Se deslizaron huyendo en las sombras. Andando los años, Pablo escribiría a Timoteo: «¡Acuérdate, Timoteo, de lo que padecí en Listra!».

El rudimentario carruaje daba saltos por el escarpado camino hasta que, a través de una llanura salina, llegaron a Derbe, una pequeña ciudad casi al fin del mundo, en los límites de la provincia de Galacia. El emperador Claudio la había limpiado de ladrones, pues hacía poco que estos habían hecho allí su guarida. Desde entonces la población se llamaba Claudioderbe.

Los adversarios de Pablo debieron de pensar que estaba muerto o escarmentado, por lo que dejaron de seguirle. En Derbe iban recomendados a Gayo, que acabará haciéndose fiel discípulo y compañero. Allí tuvo que guardar una temporada de cama, tiempo que al impaciente Pablo se le hacía eterno. Desde su lecho comenzó una fructífera misión entre los dolores de su enfermedad. Lo evocará en su carta a los gálatas donde habla de «dolores de parto, hasta que Cristo obtenga forma en vosotros». Fue un tiempo relativamente tranquilo, casi un año de trabajo por la ciudad y sus alrededores, las poblaciones que rodean el lago Ak-Göl y Heraclea. Timoteo les echó generosamente una mano. Lucas asegura que «hicieron un buen número de discípulos».

Pablo desde la ventana de la casa de Gayo contemplaba unas montañas que ya desde sus ojos de niño había mirado con ansia de aventuras. Detrás estaba Tarso, la cuna de sus correrías y sueños infantiles. ¿Por qué extraños vericuetos le había llevado la vida a aquel muchacho inquieto que

aprendía junto a los autores griegos la tradición de sus padres? Aún sentía magullado todo su cuerpo, pero el fuego interior era más ardiente que todas las dificultades.

—Y ahora, ¿hacia dónde nos encaminamos? —preguntó Bernabé.

—Llevamos cuatro años fuera. Convendría regresar a casa. El camino más corto sería atravesar por el este la cadena del Tauro, pasando por las Puertas de Cilicia y bajar desde allí a Tarso y luego a Antioquía por el paso del monte Amanó.

Pablo se quedó pensativo.

—Sí, efectivamente, ese es el camino más corto. Pero ¿no deberíamos regresar por el mismo sitio?

—¿Otra vez?

—Sí, Bernabé. Hemos fundado comunidades que necesitan ser consolidadas. Hay que volver y animar a esos nuevos creyentes.

Así que decidieron recorrer el camino a la inversa: Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia.

De modo que emprendieron el escarpado regreso de vuelta con un mensaje: «¡Permaneced firmes en la fe!».

Porque las adversidades para los recién convertidos no faltaban en un ambiente hostil.

Lucas resume la exhortación de Pablo en unos tiempos fundacionales: «Tenemos que pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios». En cada comunidad elegían responsables, *presbyteroi* (ancianos), siguiendo el modelo de las sinagogas. La última etapa del viaje de regreso fue la ciudad de Perge, en el territorio de Panfilia, precisamente donde Juan Marcos les había abandonado, una ocasión que aprovecharon los viajeros para anunciar allí el Evangelio por vez primera. De Perge se encaminaron a la población portuaria de Atalia, para embarcarse rumbo a Antioquía de Siria.

Acodado en cubierta, el mar se abrió de nuevo ante sus ojos como un papiro en blanco. Habían cumplido la misión que la comunidad de Antioquía les había encomendado. Huidas, azotes, pedradas, persecuciones quedaban atrás de aquel primer viaje, aunque con huellas en la carne de Pablo. Pero ¿podía contener las ansias de su corazón?

* * *

Julio, exhausto, soltó el cálamo y se echó a dormir. A la mañana siguiente se vistió de uniforme, desayunó y preguntó a Rufó por la señora. Este respondió con evasivas. El prefecto se dirigió a su cuarto. El lecho estaba impoluto. Livia no había dormido en casa. Dio instrucciones a los esclavos y galopó al cuartel, donde nada más llegar preguntó por su oficial.

—Selenio salió muy de mañana con un destacamento. A cumplir órdenes.

—¿Qué órdenes? Yo no he dado orden alguna.

—Órdenes directas del *imperator*. Lo de siempre: búsqueda y captura de cristianos.

La ira enrojeció el semblante del prefecto, que preguntó a qué zona de la Urbe se había dirigido.

—Al barrio de Suburra, en el Esquilino.

—¿Al Esquilino? Ahí no hay cristianos. ¡Por todos los dioses!

Julio ordenó a un grupo de doce soldados de una de la cohortes de guardia que le siguieran. No

fue difícil encontrar a Selenio que había cercado con su destacamento un arrabal misérrimo. Mujeres y niños desarraigados gritaban y lloraban al ver a los soldados blandiendo sus *gladii hispanii*, la espada corta.

—Salve, Selenio, ¿qué estás haciendo?

—¿Qué quieres que haga? Una redada de cristianos —respondió sin ocultar su asombro.

—¿Con órdenes de quién?

El joven decurión rio con sarcasmo.

—¿Desde cuándo hacen falta órdenes para detener a un cristiano? Es norma obvia de seguridad.

¿Ignoras el edicto del emperador?

—¿Cómo sabes que esta pobre gente es cristiana?

—Me han llegado denuncias.

—¿Tú crees que los cristianos que quedan después de las últimas matanzas iban a estar ahí a la vista de todos? Además, estos tienen toda la pinta de tribus germanas. ¿Por qué no piensas un poco más antes de decidir una acción? Y sobre todo, en adelante no emprendas nada sin contar conmigo, que soy el prefecto, si no quieres que te abra un expediente. ¡Manda retirada, es una orden!

Selenio se cuadró y replegó sus fuerzas. El sol que reverberaba en su casco de bronce no impidió que Julio advirtiera un comentario entre dientes que musitó y no pudo escuchar.

Aquella tarde no escribió, la dedicó a jugar con los niños. Livia estaba en casa, pero encerrada en su habitación.

Luego, más tarde, recurrió a su biblioteca. La confusión de Pablo y Bernabé con dioses en Listra le sonaba algo. Buscó entre los papiros. Sí, allí estaba. Una pintoresca historia de origen frigio sobre divinidades y se puso a leerla:

Un día Zeus y Hermes quisieron comprobar la hospitalidad de los habitantes de Frigia. Así que bajaron del monte del Olimpo y se dirigieron a la región. Llegaron a un pueblo, llamaron a la primera casa que encontraron. Oyeron rumor de pasos y un murmullo detrás de la puerta, pero nadie les abrió. Se dirigieron a la siguiente y la puerta se entreabrió, pero al punto la cerraron de golpe. Y así la tercera y la cuarta. Zeus y Hermes fueron de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, y nadie les dio alojamiento.

Hasta que avistaron en lo alto de la colina una choza humilde y pequeña. Se encaminaron a ella, y esta vez sí les abrieron la puerta de par en par. Vivía en la choza un matrimonio anciano, muy pobre, Filemón y Baucis. Él los invitó a sentarse, ella colocó una manta sobre un banco de madera, reavivó el fuego y preparó un repollo que su marido había cosechado aquella misma tarde del huerto y una loncha de lomo de cerdo que colgaba de una viga. También sirvió aceitunas verdes, aceitunas negras, cerezas maceradas en vino, endibias, rábanos, cuajada, huevos y un buen vino.

Se pusieron a comer, y al cabo de un rato Filemón y Baucis advirtieron que la jarra de vino que habían vaciado varias veces, se volvía a llenar sola. Entonces cayeron en la cuenta de que aquellos hombres eran dioses, y les pidieron perdón por lo pobres que eran su casa y su comida. Filemón quiso sacrificar el único ganso que tenía, pero Zeus le dijo:

—Efectivamente, somos dioses. Hemos venido a Frigia buscando hospitalidad y solo la hemos encontrado en vuestra casa. Así que vamos a castigar a todos los habitantes de la región.

Llevaron a los ancianos hasta la cima del monte y desde allí contemplaron cómo un inmenso lago había inundado toda Frigia, ahogando a sus habitantes. Solo se había salvado la choza. Entonces Zeus les dijo:

—Pedidme lo que queráis.

Filemón habló brevemente con Baucis y luego dijo a los dioses:

—Puesto que hemos vivido juntos en esta tierra toda nuestra vida, queremos seguir como guardianes y sacerdotes de vuestro templo y también deseamos que la muerte nos lleve a los dos al mismo tiempo para que yo jamás pueda ver la tumba de mi esposa y ella no tenga que enterrarme a mí.

Y así, juntos y felices vivieron muchos años más hasta que un día, ya muy viejos y achacosos, mientras estaban sentados en la escalinata del templo, Baucis vio que a Filemón le salían hojas, y Filemón observó que también a Baucis le ocurría lo mismo. Y

mientras sus cuerpos se transformaban en troncos y las ramas crecían sobre sus cabezas, se hablaban y se cruzaban palabras de despedida. Y cuando las hojas casi les impedían verse, los dos pronunciaron al mismo tiempo: «Adiós, mi amor».

Y las ramas sellaron y ocultaron sus labios para siempre. Filemón se transformó en roble y Baucis en tilo. Desde entonces ambos permanece unidos con las ramas entrelazadas.¹¹

Julio se quedó impresionado por la lectura de la fábula, que recordaba haber leído hacía mucho tiempo. Si Listra está cerca de Frigia, se hallaba en el ambiente la leyenda que de Zeus y Hermes se paseaban a sus anchas por aquellas tierras y no era raro que al verles hacer un prodigio pensaran que Pablo y Bernabé no eran otros que esos dioses en forma humana.

Pero a Julio le impactó sobre todo el relato por ser un canto a una pareja enamorada hasta la muerte. Pensó en Livia y en sí mismo, y no pudo contener las lágrimas.

Más allá de la ley

En cuanto se lo permitieron sus obligaciones, Julio corrió a visitar a Lucas. No había acudido a verle desde la noche de la representación teatral para no despertar sospechas y para propiciar que el caso Rubria cayera en el olvido lo antes posible. Pero ahora le acuciaban dos motivos: necesitaba desahogarse con alguien, y tenía un sinfín de preguntas sobre su libro-informe. Así que se encaminó al domicilio de su amigo el médico escritor, después del trabajo.

Un silencio vacío rodeaba la casucha. Llamó a la puerta repetidas veces. Nadie respondía. Al cabo de un rato salió un vecino, que le conocía de vista.

—Se han marchado, señor, no están.

—¿Y sabes adónde han ido?

—Creo que se han mudado, que ya no viven aquí.

—Puedes hablar sin miedo. Sabes que soy de confianza.

—Parece que después de lo del teatro no los dejaban tranquilos. Todo el mundo quería conocer a la muchacha. Me han dejado un recado para ti.

Un pedazo de papiro, con letra de Lucas, informaba: «Dilecto Julio, hemos tenido que dejar la casa. Vivimos en las afueras de Roma, por la vía Appia a cinco estadios a la derecha. Aquí tienes un plano».

No fue difícil seguir sus indicaciones, que le condujeron a una alquería perdida en el campo, rodeada de olivos y sicómoros. Las dos jóvenes, que estaban dando de comer a las gallinas, le recibieron con los brazos abiertos, llenas de alegría al verle. Era un mediodía radiante. El sol restallaba sobre la cal blanca de la casa campestre, precedida por un porche, al que sombreaba una parra junto a un pozo. Todo invitaba al sosiego.

Julio pudo comprobar que Rubria parecía otra persona. Había recuperado los buenos colores. La adolescente refirió cómo las atenciones y la amistad de Elena la habían ayudado a estar más tranquila, aunque seguía desvelándose por las noches. A Lucas lo volvió a encontrar desplegando sus rollos, como siempre, enfrascado en algún estudio.

Se levantó y le abrazó.

—Te esperaba hace días. Ya te habrán dicho cómo tuvimos que dejar aquella casa. Había que proteger a la niña. Pero ¿cómo estás? Te veo más delgado, ojeroso.

—De eso te quería hablar. ¡Estoy pasando una temporada fatídica!

El centurión desembauló todo lo que llevaba dentro. Primero los particulares de su tragedia

familiar. Lucas escuchó en silencio y le invitó a trasladarse al porche.

—Ven, este es un sitio tranquilo. Aquí podremos charlar a gusto.

Sentados a una mesa de piedra, un vientecillo de poniente aligeraba el alma. Las jóvenes trajeron hidromiel, pan y aceitunas.

—Si quieres que te sea sincero, me lo esperaba —comenzó Lucas, mesándose la barba—. La situación tenía que estallar.

—¿Te lo esperabas? ¡Hombre, ya podías haberme advertido! Hubiera puesto algún remedio antes de que empeoraran las cosas. Ahora todo es más complicado.

—Verás, Julio. Aunque tú pienses que has abandonado a Livia, que le has hecho poco caso últimamente, reflexiona un poco. ¿No crees que el problema no es de ahora, sino que viene de lejos?

El prefecto romano frunció el ceño.

—¿En qué sentido?

—En que ambos estabais distanciados y ausentes el uno del otro desde hace tiempo. Algo marchaba mal en vuestro matrimonio, y lo que ha ocurrido no es sino consecuencia de ello. ¿No te parece? Tú no querías afrontarlo. Conscientemente pensabas que todo estaba en orden y no querías enturbiarlo con especulaciones. Como buen militar, te gusta conservar el orden establecido: todo en su sitio, los niños en sus juegos y sus clases, la organización de la casa a punto, la rutina bendita que se compone de trabajo, comidas, descansos y vuelta a empezar. Algo no funcionaba y no querías ni verlo. Entonces un tremendo acontecimiento irrumpe en vuestras vidas: el incendio de Roma. Por tu cargo te vuelcas en la tragedia. Cuando regresas a lo cotidiano, todo se ha trastocado. Habías tenido que separarte temporalmente de Livia para acudir al desastre. En ese interregno habéis cambiado los dos. Ni ella ni tú sois los mismos. Nadie es igual después de la visita del dolor, del dolor propio y el de los otros. Asististe a escenas infernales. Viste familias enteras devoradas por el fuego, toda una ciudad derrumbarse, y encima Nerón, el culpable de todo, comete la felonía de atribuirnos a nosotros la provocación del incendio. Entonces algo se remueve en tu interior. Tú eras amigo de algunos cristianos, Pablo y yo entre otros, especialmente desde que hicimos el viaje juntos. Y dentro de ti surge la necesidad de salvarlo y a la vez saber mejor quiénes somos, qué nos diferencia de los judíos y cómo es posible que un hombre se vuelva loco por seguir un sueño.

—Pero, todo eso, ¿qué tiene que ver con Livia?

—El incendio te sacó de tu orden, tu vida establecida. Y ante esa descarga, en vez de afrontar la realidad, huiste.

Julio escuchaba encendido el rostro.

—¿Adónde huí?

—A tu otra vocación, la de escritor. Te enfrascaste en el informe sobre Pablo, escrito más para ti mismo que para los procuradores de Roma. Convéncete, ¿crees que Nerón va a hacer el mínimo caso de tus escritos, en los que cada vez más te estás identificando con tu personaje? Hará como siempre, lo que le apetezca.

—¿Y Livia? Yo la quiero, la he querido siempre. Y ahora me engaña con el estúpido de mi lugarteniente. ¡Es demasiado!

El soldado no pudo evitar un sollozo. Lucas le puso su mano sobre el hombro.

—¿Tú crees que Livia era feliz? Pregúntate cómo era su vida. Ocuparse de los niños, de la

casa, de los esclavos, y de llenar su tiempo vacío como tantas matronas romanas: el foro, el mercado, las amigas, el templo, el teatro y algunas fiestas. ¿Era la misma Livia que conociste en la naumaquia, con la que te casaste?

Julio se quedó pensativo y perdió la mirada en la redonda loma verde por la que a lo lejos descendía un pastor conduciendo mansamente su rebaño. El mundo seguía su ritmo. ¡Qué pausado aquel y qué distinto del suyo! Nos creemos que somos el ombligo del mundo, el planeta alrededor del cual giran todos. Pero no es así. ¿Cómo estará ahora Pablo encadenado en la cárcel después de tantos trabajos y viajes? ¿Cómo los cristianos escondidos en las catacumbas de Roma? ¿Con qué ojos miraría el mundo el impune emperador, preocupado del próximo placer escabroso, cada vez más al límite?

—No sé, Lucas, quizás tengas razón. Reflexionaré sobre lo que dices, y, si encuentro el momento propicio, hablaré con Livia. Pero es cierto que nos movemos en dos universos distintos. Ya te contaré, a ver qué se me ocurre. Ahora abordemos algunas cuestiones de mi investigación.

En el otro extremo del porche Rubria y Elena molían entre risas el trigo que crujía despidiendo su fino tamo entre las dos pesadas ruedas de piedra.

—Siempre que veo un molino, no sé por qué, me acuerdo de María, la madre de Jesús —dijo Lucas, sonriendo—. Ella me contó tantas cosas de su infancia, las que conservaba en su corazón. Jesús hablaba mucho del trigo. Decía que «si no cae en la tierra y se pudre», no puede llevar fruto. Todos, Julio, tenemos inevitablemente una etapa de trigo en la vida. Hay que perder a veces para ganar.

El centurión le tendió los rollos de sus últimos escritos sobre el primer viaje de Pablo, que Lucas devoró, mientras Julio fue a conversar con las muchachas. Elena, con el cabello suelto, vestía una túnica griega azulada, de trabajo, que no le llegaba a las rodillas; la niña, media veste blanca romana. Las dos reían sin parar por lo que Julio no osó preguntar nada más a Rubria, entregada a la molienda como a un juego. El centurión se recreaba en la perfección de Elena que se movía con natural distinción para preparar la masa. «Tiene un perfil de princesa», pensó.

Después de un buen rato Lucas comentó desde lejos:

—Has enriquecido mi relato con muchos datos geográficos y culturales. Se ve que has consultado a Estrabón y algunos hechos de la historia de Roma y sus conquistas, que yo mismo desconocía. También textos de Pablo. Mi propósito como escritor era otro, me centro sobre todo en los albores de nuestra fe y su expansión. ¿Cuáles son tus dudas?

Julio se sentó de nuevo en la mesa y respiró hondo.

—Admiro el tesón de Pablo, su fortaleza a pesar de sus enfermedades y el aguante para superar tantas persecuciones y dificultades. Pero no me trago lo del milagro del paralítico de Listra, Lucas. ¿Cómo tú, siendo médico, aceptas tan fácilmente ese prodigio? Además admites otros realizados también por Pedro en tu libro.

—Que la curación se produjo es un hecho comprobado por cientos de asistentes; por eso los tomaron por dioses. Pero para mí el milagro no es solo un prodigio. Prodigios hacen los magos e incluso a veces los médicos. Galeno decía que el mejor médico es también filósofo. Las fuerzas curativas están en nuestro propio cuerpo y mente. Una herida se cierra sola y nos parece lo más natural del mundo, cuando en realidad se diría algo milagroso. Jesús nunca decía: «Yo te he curado»,

sino «Tu fe te ha salvado». Muchos sanadores tienen el poder de despertar esas energías. Jesús no lo hacía por magia ni por mostrar poderes, sino como una señal de la Buena Nueva. Lo mismo quiso hacer Pablo en Listra para preparar el camino antes de predicar a Cristo, el Mesías. Solo que se le volvió en contra, como describes muy bien, y acabaron apedreándolo.

—¡Menudo carácter! Pero mi dificultad mayor es otra, que me tiene atascado en el relato. Pablo y Bernabé regresan por el mismo camino de su primer viaje para reafirmar la fe de aquellas incipientes comunidades y acaban en su centro de operaciones, la ciudad de Antioquía, después de unos cuatro años de ausencia, donde reina, por lo que parece, un buen ambiente. El contraste con aquel oasis de agua y palmeras después del yermo bravío de Licaonia, que habían atravesado dos veces, debió de ser como respirar de nuevo. Las preguntas de sus compañeros, al ver las cicatrices de Pablo y las vicisitudes de su misión, se multiplicarían en las reuniones de la calle Singón, ¿no?

—Sí, tenían mucho que compartir. También los de Antioquía les contaron a los recién llegados cómo habían nacido nuevas comunidades en toda Siria, hasta el Amanó, incluso en Cilicia. Debió de ser un intercambio gozoso...

—De acuerdo —le cortó Julio—, pero según los documentos consultados ya habían comenzado las disensiones.

—¿A qué te refieres?

—Según los textos, los de Jerusalén desconfían de los de Antioquía. Santiago, el hermano de Jesús, mantenía su prestigio entre los judíos a base de seguir cumpliendo al dedillo las innumerables normas de la ley mosaica, y envía espías a Antioquía. En el fondo, él, que no había seguido a Jesús hasta después de la crucifixión —más bien lo tenía como los demás parientes por loco—, era un conservador mosaico. Eso era tanto como pretender acabar con la labor de Pablo y Bernabé entre los gentiles. Se plantea pues la cuestión de si la circuncisión es necesaria para todos los cristianos o no.

Lucas asintió con la cabeza.

—Así es. Hasta entonces, mientras los conversos eran judeocristianos no hubo problema. La crisis empieza cuando aumenta el número de convertidos al judaísmo entre los paganos, los llamados «temerosos de Dios». Como ya sabes, convivían ambos grupos en Antioquía. Pero Pablo se negaba a obligar a circuncidarse a los paganos como condición para hacerse cristianos. Significaba limitar la expansión del cristianismo, hacerlo una cuestión de raza, estrechar sus fronteras. En Jerusalén, en cambio, apoyados en que Jesús había dicho que no había venido a abolir la ley, sino a completarla, consideraban sagrada la cuestión de los manjares, el cumplimiento del sábado, la circuncisión, como símbolo del apartamiento de la impureza pagana. Sin embargo, Jesús mismo había dado la misión a los apóstoles de predicar la Buena Nueva a todas las gentes, sin prescribir nada de cómo había que llevarla a cabo.

—Pero, Lucas, al leer tus textos y los de Pablo he observado una importante contradicción en vuestra manera de contar estos hechos.

—¿Cómo, en qué sentido?

—Supongo que tienes copia aquí de la segunda parte de tu libro a Teófilo.

Lucas se levantó, trajo el rollo correspondiente a *Hechos* y leyó:

Algunos bajados de Judea enseñaban a los hermanos que, si no se circuncidaban al uso mosaico, no podían salvarse. Lo cual provocó una fuerte oposición de Pablo y Bernabé y una discusión con ellos; de modo que se decidió que Pablo y Bernabé con

algunos más acudieran a Jerusalén, para tratar el asunto con los apóstoles y los ancianos. Los enviados por la comunidad atravesaron Fenicia y Samaria, contando a los hermanos la conversión de los paganos y llenándolos de alegría. Llegados a Jerusalén y recibidos por la comunidad, los apóstoles y los ancianos, les contaron lo que Dios había hecho por su medio. Pero algunos convertidos de la secta farisea se levantaron y dijeron que había que circuncidarlos y ordenarles observar la ley de Moisés. Los apóstoles y los ancianos se reunieron para examinar el asunto. Y, como arreciaba la discusión, se alzó Pedro y les dijo:

—Hermanos, vosotros sabéis que desde el principio me eligió Dios entre vosotros, para que por mi medio los paganos escucharan la Buena Noticia y creyeran. Dios, que conoce los corazones, dio testimonio a su favor dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros, sin hacer distinción entre unos y otros y purificándolos con la fe. Pues ahora, ¿por qué tentáis a Dios imponiendo al cuello de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos sido capaces de soportar? Pues creemos haber sido salvados, lo mismo que ellos, por la gracia del Señor Jesús.

Toda la asamblea en silencio se dispuso a escuchar a Bernabé y Pablo, que les contaron los milagros y señales que Dios había obrado por su medio entre los paganos. Cuando se callaron, les contestó Santiago:

—Escuchadme, hermanos. Simón ha descrito la primera vez que Dios proveyó a elegir de los paganos un pueblo que llevase su nombre. Eso concuerda con lo que anunciaron los profetas, como está escrito: «De nuevo reconstruiré la choza caída de David, la reconstruiré levantando sus ruinas, para que el resto de los hombres busque al Señor, y todas las naciones sobre las que se ha invocado mi nombre» —dice el Señor—, que da a conocer todo esto desde antiguo. Por tanto, pienso que no hay que poner obstáculos a los paganos que se conviertan a Dios. Basta encargarnos que se abstengan de contaminarse con los ídolos, de la fornicación y de comer carne de animales estrangulados o sangre. Pues Moisés tiene desde antiguo en cada población predicadores que lo leen los sábados en las sinagogas.

Entonces los apóstoles, los ancianos y la comunidad entera decidieron escoger algunos dirigentes de los hermanos, para enviarlos con Pablo, Bernabé, Judas, por sobrenombre Barsabás, y Silas a Antioquía. Les dieron una carta autógrafa que decía:

Los hermanos apóstoles y ancianos saludan a los hermanos convertidos del paganismo de Antioquía, Siria y Cilicia:

Nos hemos enterado de que algunos de los nuestros, sin nuestra autorización, han ido a turbaros y angustiaros con sus discursos. Por eso hemos decidido unánimemente escoger algunos y enviároslos con nuestros queridos Bernabé y Pablo, hombres que han entregado su vida a la causa de nuestro Señor Jesucristo. Os enviamos a Judas y Silas, que les explicarán esto de palabra. Es decisión del Espíritu Santo y nuestra no imponeros más carga que estas cosas indispensables: absteneos de alimentos ofrecidos a los ídolos, de sangre, de animales estrangulados y de la fornicación. Haréis bien en absteneros de ellos.

Adiós.

Ellos se despidieron, bajaron a Antioquía, reunieron a la comunidad y les entregaron la carta. Cuando la leyeron, se alegraron por los ánimos que les daba. Judas y Silas, que también eran profetas, animaron y confirmaron a los hermanos.

Pasada una temporada, se despidieron de los hermanos con la paz y se volvieron a los que los habían enviado. Pero a Silas le pareció bien quedarse allí. Pablo y Bernabé se quedaron en Antioquía, donde, con otros muchos, enseñaban y anunciaban la Palabra de Dios.

—¿Y bien? —preguntó Lucas.

Julio sacó de su morral otro rollo.

—Ahora es mi turno. Hay una carta de Pablo a los gálatas que no enfoca las cosas de la misma manera, Lucas. Te la leo.

Después de recordar algo de su vida, su primer encuentro con Pedro y Santiago en Jerusalén y su primer viaje, escribe Pablo:

Pasados catorce años subí de nuevo a Jerusalén con Bernabé y llevando conmigo a Tito.

—Por cierto, a ese Tito, tú, Lucas, ni lo mencionas.

Subí siguiendo una revelación. En privado expuse a los más respetables la Buena Noticia que predicaba a los paganos, no

fuera a resultar inválido el curso que habían seguido y que seguía. Ni siquiera a mi compañero Tito, que era griego, le obligaron a circuncidarse. La cosa se debió a los falsos hermanos, intrusos, que se infiltraron para espiar la libertad de que yo gozaba gracias al Mesías Jesús, y que pretendían esclavizarnos. Yo no cedí un momento ni me sometí, pues tenía que mantener por vosotros la verdad de la Buena Noticia. En cuanto a los respetables —hasta qué punto lo eran no me importa, pues Dios no hace diferencia entre las personas—, ellos no me impusieron nada. Al contrario, reconocieron que me habían confiado anunciar la Buena Noticia a los paganos, igual que Pedro a los judíos; pues el que asistía a Pedro en su apostolado con los judíos, me asistía a mí en el mío con los paganos.

Entonces Santiago, Cefas y Juan, considerados los pilares, reconociendo el don que se me había hecho, nos estrecharon la mano a mí y a Bernabé en señal de solidaridad; para que nosotros nos ocupáramos de los paganos y ellos de los judíos. Solo pidieron que nos acordáramos de los pobres, cosa que yo mismo me había propuesto.

Cuando Cefas llegó a Antioquía me enfrenté con él abiertamente, pues era censurable. Antes de venir algunos de parte de Santiago, solía comer con los paganos; en cuanto llegaron, se retraía y se apartaba por miedo a los judíos. Los otros judíos cristianos se pusieron a disimular como él, hasta el punto de que incluso Bernabé se dejó arrastrar a la simulación. Cuando vi que no procedían rectamente según la verdad de la Buena Noticia, dije a Pedro en presencia de todos:

—Si tú, que eres judío, vives al modo pagano y no al judío, ¿cómo obligas a los paganos a vivir como judíos? Nosotros, judíos de nacimiento, no paganos pecadores, sabemos que el hombre no alcanza la justicia por observar la ley, sino por creer en Jesucristo; nosotros hemos creído en el Mesías Jesús para alcanzar la justicia por la fe en el Mesías y no por cumplir la ley, pues por cumplir la ley nadie alcanza la justicia. Ahora bien, si los que buscamos en el Mesías nuestra justicia, resulta que también somos pecadores, ¿es el Mesías un agente del pecado? De ningún modo. Pues si me pongo a reconstruir lo que había destruido, muestro que soy transgresor. Por medio de la ley he muerto a la ley para vivir para Dios. He quedado crucificado con el Mesías, y ya no vivo yo, sino que el Mesías vive en mí. Y mientras vivo en carne mortal, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. No anulo la gracia de Dios: pues si la justicia se alcanzara por la ley, en vano habría muerto el Mesías.

—Como ves, Lucas, el asunto es grave. Tu relato parece acentuar la armonía y el pleno acuerdo alcanzado después de la controversia, al precio de las condiciones impuestas por Santiago. El de Pablo es mucho más duro.

—El peligro era obvio —asintió Lucas—: la creación de dos Iglesias o asambleas paralelas y nada menos que la ruptura con las tradiciones de Israel. Se temía además que el ingreso de paganos incircuncisos retrajera a los judíos de convertirse. Estaba en juego la identidad misma de nuestra comunidad cristiana. ¿Comprendes? En Antioquía, desde que llegaron los adláteres de Santiago, las cosas estaban al rojo vivo. Por eso se decide enviar a Pablo y Bernabé a Jerusalén a plantear la cuestión a los jefes históricos, los apóstoles y presbíteros. Ten en cuenta que en Jerusalén se reúnen con cristianos que siguen siendo fariseos, que visten como ellos y siguen cumpliendo todas las prescripciones. Que Santiago es bien visto por su ascetismo y hasta se le admite que oficie en el templo judío.

Atardecía ya, y las muchachas estaban preparando la cena.

—¿Y el papel de Pedro en todo eso? —preguntó Julio.

—Pedro les dice que él fue el primero que dio paso a los paganos. Y cuenta el caso del oficial Cornelio y su familia, que también recibieron el Espíritu. Por lo tanto no hay diferencias, y que no hay que imponer a nadie, sea judío o pagano, el yugo de la ley, «pues creemos que nos salvamos por la gracia de Jesús». Santiago corrobora esta expansión universal de la fe cristiana.

—Bueno, bueno. Pero Santiago impone condiciones: que se abstengan de la contaminación de los ídolos, de la *porneía* o fornicación, de comer carne de animales ahogados y de la sangre. Una lista que repite en el documento que envían a Antioquía, como «decisión del Espíritu Santo y

nuestra».

—Sí, en síntesis son las prescripciones de pureza del Levítico.

—Así que todo resuelto —sonrió Julio—. Eso es lo que se llama suavizar la historia. Comprendo tus buenas intenciones, pensando en el futuro de la comunidad. Pero veamos lo que cuenta Pablo. Primero parece que estaba preocupado, y solo después de una reflexión y supongo que oración, decide acudir a esta cumbre de jefes, que presenta como un encuentro privado y lo plantea a las claras, porque si no su trabajo hasta ahora ha sido completamente inútil. Hasta en el estilo se percibe que está nervioso, porque comete algunos errores gramaticales. Aclara por qué se ha llevado consigo a Tito, un cristiano griego, que no ha sido circuncidado, a pesar de que «falsos hermanos intrusos se habían infiltrado entre nosotros para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesús y hacernos esclavos de la ley». ¡Espías de Santiago!

—De acuerdo, Julio, hay un matiz de crítica. Pero al final admite que las columnas de la comunidad le estrechan la mano y aceptan que su campo de trabajo es el de los paganos. Lo de Tito no lo menciono, desde luego, porque fue duro, ya que algunos estaban dispuestos a empuñar el cuchillo para circuncidarlo allí mismo. Y además, por respeto. Tito es pariente mío.

—Sí, pero cuando Cefas —se ve que Pablo prefiere usar este nombre arameo de Pedro— va a Antioquía, se arma, porque antes comía con los paganos, y ahora solo lo hace con los judíos. Así que Pablo le canta las cuarenta, pues los otros judíos de Antioquía y hasta el bueno de Bernabé hacen lo mismo por guardar las apariencias. Es como si Santiago se hubiera llevado el gato al agua. Creo que en la carta a los gálatas hay que situar este relato en el contexto. Algo así como que Pablo se defiende de que le acusan de ser un apóstol de segunda categoría y quiere demostrar, aunque él se considera apóstol por designación divina, que tenía también la autorización de Jerusalén. Asimismo arguye que está en juego la libertad de la Buena Noticia de Jesús, que no hace acepción de personas. ¿No te parece muy valiente enfrentarse nada menos que con el jefe de los apóstoles?

Lucas se levantó y comenzó a pasear. Empezaba a refrescar mientras las sombras se extendían como un manto protector sobre el valle.

—Sí, querido Julio, Pablo defiende la «comunidad de mesa». ¡Qué importante es comer juntos! Es un signo de igualdad y unidad. Dos mesas, dos Iglesias, una mesa, una Iglesia. Pedro se equivocó en Antioquía y Pablo hizo bien en regañarle. Yo quise acentuar en mi libro la unidad, pensando en los que en el futuro lean mi libro. ¡Qué quieres que te diga! Aunque, si has leído bien, hay un detalle que a ti, que eres muy sagaz, seguro que no se te ha escapado. Cuento que después de la reunión de Jerusalén, Pablo propone a Bernabé volver a visitar las comunidades que habían creado juntos en el primer viaje para ver cómo siguen. Bernabé deseaba que en este nuevo periplo le acompañara su sobrino, el joven Juan Marcos, que, como recuerdas, les dejó en la estacada. Pero Pablo se opone porque no había olvidado lo sucedido en Panfilia y no quería que se rajara de nuevo. Mira lo que escribo en *Hechos*. Ahí no pongo paños calientes.

Lucas se acercó a la mesa y desenrolló el papiro:

Pasados unos días Pablo dijo a Bernabé:

—Volvamos a visitar a los hermanos de cada población donde hemos anunciado la Palabra del Señor, a ver cómo se encuentran.

Bernabé quería llevar consigo a Juan, de sobrenombre Marcos. Pablo juzgaba que no debía participar de la expedición uno que

los había abandonado en Panfilia y no los había acompañado en la tarea. La disensión resultó tan violenta que se separaron, y Bernabé, tomando a Marcos, se embarcó para Chipre.

—Está claro —rio Julio— que Pablo tiene una fuerte personalidad y carácter. Eso refleja que también andaban por medio las tensiones con Bernabé por lo de las comidas separadas. ¿Se puede decir entonces que cada grupo siguió su línea, según trabajaran con judíos o paganos?

—Pablo no es tan inflexible como parece. En otras cartas dice que «con los judíos me hago judío» y «con los que están bajo la ley, como quien está bajo ella, sin estarlo para ganar a los que están bajo la ley». En todo caso está claro que Pablo no vuelve a mencionar el, por así llamarlo, «Decreto de Santiago», el de las famosas condiciones. Para el de Tarso la mano que le estrecharon en Jerusalén era el visto bueno de la Iglesia para seguir adelante con la independencia y la libertad que siempre le han caracterizado.

Hicieron una pausa. Se oía el viento cuchichear entre las hojas de los árboles, que se mezclaba con un delicioso olor a buena comida recién cocinada, y las agudas voces de Elena y Rubria poniendo la mesa. Por un momento Julio cayó en la cuenta de que la conversación le había abstraído de sus problemas.

—Entonces, ¿puede decirse que estos conflictos trazan una línea divisoria en la vida de Pablo? Antes y después del encuentro en Jerusalén. ¿Y que nunca dejó de cernerse cierta sospecha sobre los métodos de Pablo entre los más tradicionales?

—Creo que tienes razón, Julio.

Y se sentaron a la mesa. Las chicas habían preparado con mimo gallina y deliciosa salsa *garum*, que Elena había aprendido a elaborar de boca de marineros cuando vivía en Grecia, guisada con tripas de pescado, y ahora se había puesto de moda en toda Roma, trayéndola envasada de Baelo Claudia al sur de Hispania.

Sus miradas —Julio no podía negárselo a sí mismo— eran mucho más que parpadeos de simpatía. Estaba oscureciendo y el centurión no había vuelto a su casa. Era sin duda un logro de los cristianos poner el centro de su religión en una comida entre amigos, todo un acontecimiento de unión, de convite. Lo que le resultaba demasiado fuerte es que el alimento fuera nada menos que el fundador de la misma en persona: Jesús de Nazaret.

—Julio, ¿por qué no nos cuentas alguna de tus batallas en Oriente? —sugirió Elena.

Era noche cerrada. El rostro de ella a la luz del candil parecía de otro mundo, y él creyó percibir que no existía el tiempo.

Fuego en las venas

Las medias sonrisas, las murmuraciones y comidillas a su espalda no se hicieron esperar. El ambiente militar de las casernas no se distingue por sutilezas sobre todo en cuestiones sexuales, y ya corría como algo consabido que la mujer de Julio le engañaba con Selenio. Este, gran simulador, continuaba entregado cada noche a sus habituales francachelas, seguía frecuentando los prostíbulos más conocidos de la ciudad y negaba sistemáticamente toda relación con Livia.

El prefecto carecía de pruebas fehacientes del adulterio, pues lo único que constataba eran las ausencias nocturnas de su esposa. Por lo demás, ella continuaba cumpliendo sus obligaciones en la casa y con los niños, como si nada.

Una noche, cuando los pequeños estaban dormidos, fue a buscarla.

—Tenemos que hablar, Livia. Ya está bien. ¡Nuestra situación es insoportable!

Ella, con una actitud altiva, se atusó el pelo y apuntó su afilada barbilla al infinito, sin dejar de reclinarsse de medio lado en el triclinio donde se hallaba aposentada.

—Una situación provocada por ti. Yo no había cambiado nada en mi vida hasta que decidiste encerrarte en tu estudio y dejar de mirarme a la cara.

—Te equivocas, Livia. Debemos analizar las circunstancias a fondo. Por ejemplo, cómo empezó todo. ¿Cuándo comienza a deteriorarse lo nuestro?

—Desde el momento en que los cristianos te idiotizan. ¡Te lo he dicho mil veces!

Julio soltó una carcajada sarcástica.

—Vamos, mujer. No simplifiques. Diríamos que la tormenta se desencadena con el incendio. Fueron días duros para ti y para mí, ya lo hemos hablado. Tuve que traeros a ti y a los niños a esta casa para salvaros de la quema. Apenas nos veíamos, es cierto. Podíamos haber perecido todos, como tantas familias, en aquella monumental hoguera. Sobre todo yo, por mi cargo, por los riesgos que corrí. Pero nos salvamos, nos salvamos, Livia, ¿te parece poco? Tú no lo llevaste bien, y era lógico. Te tragaste muchas jornadas sola y con miedo. Pero esas fueron las circunstancias que se nos impusieron, más allá de nuestros propósitos y voluntades. Una tragedia sin remedio. Pero antes quiero hacerte otra pregunta.

Nunca los hondos ojos negros de Livia le habían parecido tan heladores.

—Dime.

—Tú, antes del incendio, ¿eras feliz?

—Bueno, pues sí —respondió sin demasiada convicción.

—Vamos, Livia, ¿eras feliz?

—Sí, supongo que lo feliz que se puede ser en esta vida. Como tantos matrimonios. Teníamos una buena posición, unos hermosos hijos y, sobre todo, te tenía a ti, nos teníamos.

Julio se levantó y comenzó a pasear por la habitación con las manos cruzadas en la espalda. Estaba pálido, tenso. Le costaba, por su carácter tímido y su orgullo de *miles* romano, tener que abordar aquel pasado.

—¿Me tenías, nos teníamos? Yacíamos juntos sí, de vez en cuando. Pero ya entonces algo se había roto en nuestra relación. Como si fuera parte de un rito vacío a Afrodita. Se juntaban nuestros cuerpos como un hábito, una actividad más de nuestra cuidada rutina. Pero ¿y nuestros espíritus? ¿Desde cuándo dejaron de comunicarse? ¿Cuándo se esfumó aquella sintonía que alcanzaba cumbres más allá del tiempo y el espacio? ¿Te acuerdas? ¿O se te ha olvidado?

Livia comenzaba a resquebrajarse. Sus ojos se entornaron, sus pulsos se aceleraron. Se notaba que había acusado el golpe, como si de pronto algo retenido y ocultado dentro se desmoronara.

—¡Pero de eso tú, solo tú, tienes la culpa! ¡Tú empezaste a tratarme como un objeto! ¡No me escuchabas! —gritó sollozando—. Mis problemas, los de nuestros hijos, te parecían sin importancia, al lado de tus historias de prefecto tan ocupado, tus choques con las órdenes de Nerón, tu mundo tan importante, tus graves responsabilidades...

Entonces Julio no pudo contenerse más y con voz potente, rojo de ira y mirándola a los ojos, descargó:

—Sin más rodeos, ¿por qué me engañas con mi lugarteniente, mujer?

Lo dijo de forma despiadada con un despecho de varón burlado, de soldado cautivo tras su más importante batalla.

—¡Eso es mentira! ¿Quién te lo ha dicho? —gritó ella, incorporándose.

—Lo dice todo el mundo. Mis camaradas se ríen a mis espaldas. Somos el centro de las habladurías de toda Roma.

—Pues toda Roma se equivoca. Solo somos amigos. Selenio es una buena persona. Charlamos, me escucha, me comprende. Eso es todo.

—¿Te escucha? ¿Sabes quién es Selenio, Livia? ¿Alguien te ha informado sobre su vida, sus costumbres? Es hijo de una germana de dudosa vida y de un legionario. Ella se quedó preñada tras la derrota de nuestras legiones al otro lado del Rin después de darlo a luz en el bosque de Teutoburgo y su padre lo educó para la milicia hasta conseguir hacer de él un oficial. ¿Te han contado cuántas concubinas ha tenido, los lupanares que frecuenta, los problemas que tiene con la bebida? Reconozco que, no sé cómo, cumple como decurión a mis órdenes, pero en medio de peleas y porfias con los demás oficiales. Sencillamente está loco, pendiente de su jabalina, de su físico, su éxito con las mujeres.

Livia, sorprendida, se quedó con la boca seca. Cuando se repuso, se limitó a contestar simulando indiferencia:

—En todo caso da igual. Ya te he dicho que solo es un amigo.

—Bueno, ya lo he soltado —se serenó el centurión—. Agua turbia déjala estar, se vuelve clara. La verdad aflorará tarde o temprano. Piensa un poco sobre lo que hemos hablado. Sobre todo piensa en los niños, en la situación que hemos alcanzado con tanto esfuerzo. Piensa también en ti misma. La

ley actual condena al destierro a las adúlteras, ya lo sabes.

—Tendrías que probarlo.

Él le volvió la espalda sin decir nada más. Se fue a su cuarto enfadado consigo mismo, arrepentido de haberse encolerizado tanto. No era aquella la forma con la que quería afrontar el problema. Le habían superado los nervios, su humillación, su orgullo. Aquella noche se acostó sin poder conciliar el sueño hasta el amanecer.

Al día siguiente se encontró con una nueva orden de Nerón. Había llegado a sus oídos que aún había un buen número de cristianos escondidos en la Urbe y pedía al prefecto de seguridad que recrudesciera su busca y captura. Pensó en Pedro y su grupo de las catacumbas. Y antes que nada, de forma secreta, encargó a uno de sus ayudantes, el de mayor confianza, que les pusiera en guardia. También envió un aviso a Lucas, y otro a Pablo en la cárcel. Mientras él, para guardar las apariencias —no le quedaba otro remedio—, ordenó una batida, que resultó infructuosa.

Por la tarde se concentró en su trabajo de escritor, que le evadía y liberaba.

* * *

Pablo seguía en su mente devorando caminos. No se resignaba a ser un pastor de la grey más o menos pasivo en Antioquía; además, después de los incidentes acaecidos allí, sentía la necesidad de quitarse de en medio y de cumplir su mandato ahora refrendado por Jerusalén hacia los gentiles. La tensión con Bernabé se resolvió con la separación. Este se había hecho ya a la vela con Marcos rumbo a Chipre. Pablo no se hacía viajando solo, quizás por las fiebres cíclicas de la malaria o por aquello de que Jesús había recomendado misionar en pareja, necesitaba compañía. Esta vez eligió a Silas, un hombre magnánimo, ajeno a las estrecheces mosaicas y vinculado a Pedro y Jerusalén, pues era uno de los delegados encargados de llevar el mandato de Santiago a Antioquía. Tenía igualmente otra ventaja para moverse sin problemas, era como él ciudadano romano. Quizás por eso gustaba de usar su nombre latino, Silvanus.

Esta vez se decidió a hacer el viaje por tierra. Su idea era robustecer las comunidades del norte de Siria y de Cilicia. Emprendieron pues el camino hacia el norte bordeando el lago de Antioquía. Luego ascendieron el monte Aman por la calzada romana. Primero laureles y mirtos, luego, a medida que subían, encinas y pinos. A la entrada del desfiladero divisaron la fortaleza romana que vigilaba la espléndida llanura de Antioquía. El paisaje se embravecía en el desfiladero, hábilmente enlosado de basalto negro por los constructores romanos y, tras atravesar las Puertas Sirias, se perdía entre arroyos hasta el golfo de Alexandria Ad Issum. Por la llanura del mismo nombre se entabló la famosa batalla entre Alejandro Magno y Darío hacía más de trescientos cincuenta años, que abrió al general macedonio el camino para la conquista del cercano Oriente.

Pasaron por Mopsuestia, pernoctaron en Adana, y a Pablo le dio un vuelco el corazón. Allí estaba su querida ciudad, Tarso, donde Pablo y Silas adquirieron una buena tienda de campaña —Saulo conocía el género— y se proveyeron de víveres para seguir viaje por la gran calzada del Tauro, que transitaban las caravanas para alcanzar Licaonia y Capadocia. Cicerón recuerda en sus escritos que las escarpadas Puertas de Cilicia solo se podían atravesar durante la buena estación, por la aspereza del lugar, las nieves, los perros salvajes y la amenaza de bandoleros. Angosturas

calcáreas, pinos aislados, que crecen en las crestas dentadas, dan un tono sombrío al desfiladero cuyas paredes en momentos producen la sensación de que pueden llegar a tocarse con ambas manos. El río se precipita sobre la angostura.

—¡Ten cuidado, Silas! Aprovecha ese tronco para cruzar el río —le advirtió Pablo, arremangándose la túnica y enrollando la capa.

Le daba vértigo mirar desde el caminillo, que seguía la corriente del río, hacia abajo en aquella célebre Puerta de Cilicia, tan estrecha como un corredor. Habían atravesado la cadena del Tauro y ante ellos se abría como una inmensa plaza el valle para subir luego al Bulgar-Dagh, un gran macizo calcáreo. Afrontaban la llanura de Capadocia y, después de siete días de viaje, por Heraclea Cibistra, entraron en Derbe.

—¡Ha venido Pablo! ¡Vayamos a su encuentro! —corrió la noticia al instante por la ciudad.

Pronto un nutrido corro rodeó a los recién llegados.

—¿Dónde está Bernabé?

Gayo quería saberlo todo.

—No ha venido, en su lugar me acompaña Silas.

—¿Y Cefas, cómo sigue?

El agasajo se repitió en Listra. Allí el abrazo de Timoteo fue apretado.

—¡Te has convertido en todo un hombre! —rio Pablo.

Y se reunieron en su casa. La abuela Loida y la madre Eunice se volcaron en preparar la comida y el baño de bienvenida para sus amigos.

—¡Cuéntame, Pablo! —dijo Timoteo con su mirada ardiente.

La inteligencia le salía por los ojos a aquel entusiasta que desde niño hablaba y escribía griego como un heleno de nacimiento. En aquel viaje los ancianos, con Pablo y Silas, le impusieron las manos, después de circuncidarlo —dato curioso y aparentemente contradictorio con la postura de nuestro personaje—, quizás en atención a su madre judía y para mostrar que estaba en comunión con Jerusalén. Dirá en otro momento: «Da igual estar o no circuncidado, lo importante es guardar los mandamientos de Dios». Timoteo podría hallarse en una situación intermedia por ser de padre griego y madre judía, lo que prescribía la circuncisión. El nuevo presbítero aprovechó para dar testimonio de su fe. Pero aquel paso también era una despedida a los suyos. Ahora Timoteo se unía al grupo misionero, debía acompañar a Pablo y Silas. Las lágrimas de la madre viuda y la abuela se quedarían grabadas para siempre en la temblorosa memoria del joven mientras se esfumaba su adiós en la lejanía.

Ellas perdían un hijo y un nieto, Pablo lo ganaba para sí y para la gran causa de su vida.

¡Ah, Timoteo! El hijo predilecto en la fe de Pablo de Tarso. «Porque no tengo ninguno que esté tan unido de corazón y espíritu conmigo como él... Se ha acreditado habiéndome servido en la predicación de la Buena Noticia como un hijo a su padre». Situaciones límite, noches de enfermedad con accesos de malaria, agotamiento de caminos, solicitud por la palabra, peligros juntos. Le seguiría a Corinto, a Éfeso, a Jerusalén y Roma. Un secretario ejemplar, un amanuense eficaz, un hijo fiel y dócil, un amigo del alma.

A las puertas de Listra los tres se preguntaron una vez más:

—¿Adónde vamos?

—Hacia Occidente, siempre Occidente. —Como si su mente trazara un punto imaginario con destino Roma y si fuera posible más allá, las Columnas de Hércules—. Hacia la costa jónica por el valle de Lico y del Meandro. Por Apamea hay una calzada directa a Éfeso.

Pero en Apamea, donde las vías se bifurcan, Pablo cambia de opinión. Lucas en sus *Hechos*, atribuye esta decisión de no seguir para Éfeso a que «el Espíritu se los impidió». ¿Intuición, enfermedad de Pablo, dificultad geográfica, cambio de planes? Perplejos en el límite de cuatro países —Frigia, Misia, Bitinia y Galacia—, deciden doblar hacia el norte de Galacia, por el este, en dirección a Pesinunte y Ancyra, un país habitado por tribus nómadas: los tectosages, tolistobogios y trocmios.

Venían los gálatas, nombre griego de galos o celtas, nada menos que de Tolosa, habían cruzado el Danubio hasta Asia Menor, llegando a los Balcanes y Grecia, creando bastantes enfrentamientos con los griegos. Seguían hablando, además del griego, el celta. Como los describe César, eran ansiosos de saber, curiosos, de espíritu despierto, pero también orgullosos, aficionados a los espectáculos, fanfarrones, entusiastas en sus sentimientos y muy amables. En el campo de batalla, temibles al primer encuentro, pero luego no muy resistentes.

Admiraron los viajeros sin duda el templo a Cibeles en Pesinunte, un culto mitad frigio mitad gálata, sorprendidos de las orgiásticas danzas que terminaban en borrachera de sangre y en el delirio, hasta incluso en la castración ritual. Al son de cítaras, timbales y tambores, sacerdotes mendicantes paseaban la imagen de la diosa cubierta con un velo, cuyo hijo, símbolo de la vegetación, muere y resucita. Hasta que se encontraron con el mar, después de pasar a la ladera meridional de la montaña de los dioses, el Ida. Evocó Pablo sus lecturas de Homero, pues desde aquella cima los dioses contemplaron las luchas de los griegos para conquistar Troya. Ahora Pablo contempló el mar y entre brumas la primera isla europea, Samotracia, y detrás el continente que le llamaba con tanta fuerza, Europa. A su lado, las ruinas de la ciudad de Príamo o Troya, desde donde partiera el piadoso Eneas con su padre a costas hacia las costas de Italia. Por allí habían pasado el mítico Aquiles y César, que soñó por un momento trasladar la sede de Roma a aquel lugar sagrado, luego elevado por Augusto a enclave de soldados veteranos. Llevar la Buena Noticia a Roma era el sueño, servirse de la gran estructura del imperio y de su amor a la libertad, su sentido del orden, su civilización.

Los tres viajeros entraron en Troas, donde había escasos judíos y ni siquiera una sinagoga. Paseaban por el puerto y entre el bullir de los estibadores, el olor acre del calafateo de los barcos y las naos que partían, divisó un rostro conocido.

—¿Ese no es Lucas? ¡Sí, es Lucas! Lo conozco de Antioquía.

Efectivamente era el médico antioqueno.

—¡Lucas, cuánto tiempo! ¿Qué haces en Troas?

—¿Qué quieres que haga? Ejercer la medicina.

—Mi querido médico, Dios te envía, amigo. Sigo con mis calenturas y problemas en la vista.

Se sentaron en unas rocas mirando al mar. Intercambiaron aventuras y experiencias. Lucas, como todo buen médico en estos tiempos, era también un poco filósofo, un gran consejero. Era un griego de una pieza, por su afición a viajar, su amor al mar. Tanto que seguramente había sido médico de navío, pues conocía al dedillo las artes de navegar y las cartas existentes. También un griego refinado, por su estilo de escritor que revela dotes de observación y habilidad para recabar

testimonios a la hora de elaborar una crónica. Lo hacía además con sencillez, sin aparecer ni hablar de sí mismo. Afable, conciliador, noble y tierno, se conquistó a Pablo desde el primer momento. ¿Pensaba entonces que llegaría a ser su primer biógrafo?

Desde aquel día se juntaban los cuatro en el puerto a charlar. Una tarde departían amablemente mientras las velas se recortaban como blancas gaviotas posadas sobre el mar.

—¿Sabéis que he tenido una visión esta noche? —exclamó Pablo.

Todos enmudecieron pendientes de sus labios. La brisa marina peinaba sus escasos cabellos.

—Pues sí. He visto en sueños una figura flotando en los aires sobre los montes. Era un macedonio que tendía hacia mí sus manos pidiendo auxilio. Decía: «¡Ven a Macedonia y socórrenos!».

—¿Qué significado crees que tiene? —preguntó Timoteo.

—¡Nos señala el rumbo de nuestro viaje! —comentó Silas.

—Dios ha hablado siempre a través de los sueños. ¡La cosa viene del Señor!

La decisión estaba tomada. Por primera vez Lucas se incluye en su relato: «Después de esta visión, intentamos partir para Macedonia, convencidos de que Dios nos llamaba a anunciarles la Buena Noticia». «¡Ven acá!», insistía la voz.

Y con ilusión hicieron su breve equipaje para embarcarse pocos días después. Antes Lucas hizo un reconocimiento exhaustivo del estado físico de su amigo.

—Pero ¿qué has hecho estos años? ¿Por dónde has andado? Tienes el cuerpo molido. Galeno vería en ti todos los síntomas de la malaria, el «mal-aire». Te aplicaría sangrías, te provocaría vómitos y baños fríos y calientes. Pero me limitaré a darte unas hierbas que reduzcan las fiebres y tiritonas. ¿Por qué no te cuidas más?

El alma de Pablo caminaba más deprisa que su cuerpo. Sabía que para la gente del pueblo eran demonios que le poseían y casi siempre un motivo de humillación. Lucas conocía a su amigo y el tipo de vida que llevaba.

El mismo enfermo la describiría a los corintios en una de sus cartas comparándose con los judíos:

Los gano en fatigas, los gano en prisiones, aún más en golpes, en peligros de muerte frecuentes. Cinco veces los judíos me dieron los cuarenta latigazos menos uno, tres veces me azotaron con varas, una vez me apedrearon; tres veces naufragué y pasé un día y una noche en alta mar. Cuántos viajes, con peligros de ríos, peligros de asaltantes, peligros por mis paisanos, peligros por los paganos, peligros en ciudades, peligros en descampado, peligros en el mar, peligros por falsos hermanos. Con fatiga y agobio, sin dormir muchas noches, con hambre y con sed, en frecuentes ayunos, con frío y sin ropa. Y aparte todo el resto, la carga cotidiana, la preocupación por todas las Iglesias.

¿Cómo no iban a agravarse sus enfermedades? Él decía que el tesoro que anunciaba lo llevaba «en vasijas de barro», «para que se viera que su fuerza procede Dios y no de nosotros».

El velero de carga llevaba pocos pasajeros. Entre el matalotaje se sentaron en cubierta para un viaje que se suponía de tres días, pero que en realidad era todo un salto entre Oriente y Occidente, dos culturas, dos civilizaciones y modos de pensar.

A la mañana siguiente se levantó el centurión con dolor de cabeza. La escritura se apoderaba de él de tal manera que se olvidaba de todo, entre otras cosas de la necesidad de descansar. Se avió como de costumbre y saltó al corcel blanco que le había regalado el emperador. Lo hacía de mala gana, pero si no cabalgaba con él, llegaría a sus oídos y era lo que faltaba.

Sus oficiales le recibieron alterados con un no disimulado regocijo.

—¡Buenas noticias, prefecto! Selenio ha hecho una redada de cristianos. Están en el patio de armas.

Maniatados y custodiados por la guardia, una veintena de cautivos, entre hombres, mujeres y niños, esperaban su suerte. Algunos pequeños lloraban en brazos de sus madres que los estrechaban contra su pecho. Otros temblaban.

—¿Dónde está Selenio?

—Los detuvo anoche. Aún no ha venido.

—¿Hay pruebas de que efectivamente son cristianos?

—Sí, la guardia los ha sorprendido en uno de sus ritos, una de esas cenas, en una casa cerca del Campo de Marte.

Hubo que esperar una hora a que se presentara Selenio.

—¿Qué? ¿Contento, prefecto? Buena captura, ¿eh? ¿Qué hacemos con ellos?

—Habrán que juzgarlos.

—¿Juzgarlos? ¡Por Júpiter, Julio! ¿No conoces las órdenes del emperador?

Nerón por entonces estaba informado y se frotaba las manos preparando otra de las suyas. El espectáculo, según dispuso el emperador, tendría dos actos. Uno en el anfiteatro. Se les vestiría de fieras salvajes para que fueran despedazadas por las fieras, que llevaban dos días sin comer. Pero la nueva idea que deleitaba la insana morbosidad del emperador era más cruel que nunca. Otro grupo de cristianos habían de ser completamente embadurnados de cera y atados en las afueras para morir aquella noche como antorchas vivientes.

A pie firme, al frente de su guardia, mientras a Nerón se le estremecía la papada de nervios y placer, tuvo Julio que contemplar el descarnado espectáculo. Sonaron los clarines de los pretorianos y las teas encendidas de los verdugos se aproximaron a los pies de los infelices, sin distinción de sexos, fueran niños o adultos. El fuego ascendió rápidamente desde la cera a la carne de aquellos desdichados y los resplandores destellaban en los cascos de los soldados formados a uno y otro lado. Unos oraban, otros gritaban y lloraban. La pura y limpia noche romana, cosida de estrellas, comenzó a incendiarse de odio. Una media luna tibia parecía ruborizarse de vergüenza y pena. Julio contuvo las lágrimas.

Nerón volvió entre risitas su rostro al eunuco de turno.

—¿Eh, qué te parece? ¿No es colosal? Es como el incendio de Roma en pequeño. Dadme la lira.

Macedonia, predicar y huir

Con el vaivén de las olas se había dormido. Timoteo lo despertó.

—¡Mira, Pablo, Macedonia!

Amanecer en el mar es estrenar un mundo. Nubes rosáceas arrebolaban el pálido cielo en contraste con el intenso azul marino. Se levantó entre fardos y tinajas para asomarse a la amurada de la nao mercantil. Con una breve parada en la isla de Samotracia, con viento favorable había sido una navegación grata de un par de días. Se distinguía a lo lejos el puerto de Neápolis, una promesa anclada en un saliente roqueño, y, coronándolo, brillaba con las primeras luces el templo marmóreo de Diana. Los cabellos al aire, la frente besada por la brisa, a Pablo le palpitaba el corazón. Iban a pisar tierra de griegos, un mundo conocido por él solamente a través de sus lecturas y estudios, abierto a nuevas perspectivas y hallazgos.

En tierra, desde la pequeña ciudad ascendieron por la calzada romana al monte Pangeo. Al otro lado, tras una llanura divisaron la primera acrópolis griega, la de Filipos.

—Ahí abajo, junto al río Gangas, cayeron Bruto y Casio en lucha del lado de Roma contra Marco Antonio y Octavio —comentó Lucas—. Ya sabéis que Augusto elevó a Filipos a la categoría de colonia militar con derecho itálico y exención de tributos. Dicen que los veteranos han traído sus dioses preferidos: Minerva, Diana, Mercurio y Hércules.

No tardaron los viajeros en comprobarlo por sí mismos. Al adentrarse en sus calles y plazas, respiraban una Roma en pequeño con foro, teatro, acrópolis y murallas fortificadas. Además coincidió con que en aquellos momentos en el foro se estaba dictando sentencia. Una comitiva se dirigía con el que parecía el juez o magistrado, precedido, como en Roma, por dos lictores con fúces y segur.

—Tienen otra manera de entender la libertad estos romanos. Eligen en Filipos cada año dos magistrados, los *arcontes*, que se encargan de la administración. El pueblo los llama estrategas. Van a pronunciar una sentencia —aclaró de nuevo el médico.

—¿Y esos otros? —preguntó Timoteo, señalando a un grupo de hombres de aspecto lugareño que contemplaban el evento.

—Deben ser naturales de Macedonia y Tracia. Creo que los trajo el rey Filipo hace años para cavar en el monte Pangeo en busca de oro. Dicen que son ásperos, soberbios y también muy tercos.

Sin embargo, las mujeres tenían otro aspecto, como más refinadas, libres e independientes que en otras partes. Pronto supieron que ellas también hablaban sin miedo de política y se implicaban en

decisiones de la ciudad, especialmente en tiempo de elecciones.

—¿Y judíos? ¿Cuántos hay en Filipos?

—Pocos. No han conseguido establecer siquiera una sinagoga. Creo que falta el número de escribas necesario para ello.

Preguntando aquí y allá, Lucas consiguió dar con una *proseuké*, una especie de lugar situado al aire libre dedicado a la oración y protegido por un muro. Se hallaba a extramuros de la ciudad, en la ribera del río Gangas, en un risueño terreno provisto de jardín, y rodeado de una pared baja. Con sorpresa descubrieron dentro un grupo de mujeres judías y gentiles, «temerosas de Dios». Rezaban sus oraciones de la mañana. Les recibieron entre sonrisas. Pablo intuyó que aquella iba a ser tierra fértil. Cerca murmuraba al río mientras al fondo se recortaba en un cielo limpio la cumbre nevada del Pangeo.

De entre ellas se adelantó una mujer singular. Vestía con elegancia y sencillez, llevaba una *palla* o estola de púrpura al gusto romano y pulseras en las manos y una ajorca en un pie. En su mirada Pablo adivinó penetración e inteligencia.

—Me llamo Lidia —sonrió.

Era una pagana muy interesada en la trascendencia y la religión. Procedía de Tiatira de Lidia, de ahí su nombre. Su marido había sido un rico comerciante, y ella continuaba el negocio en telas de púrpura, género muy apreciado y costoso en todo el imperio. También se presentaron otras dos mujeres, Evodia y Sintique. Pablo, después de las presentaciones, no tardó en hacer una síntesis de su mensaje. La rica purpuraria no perdía palabra que saliera de los labios del hombre de Tarso.

El impacto de Pablo en la fémina fue casi instantáneo. «El Señor le abrió el corazón para que escuchase atentamente las palabras de Pablo», subraya Lucas. En dos o tres días la comerciante no dudó, y, como impelida por una intuición o luz interior, decidió recibir el bautismo. Al día siguiente, bajaron al Gangas y fue sumergida en medio de sus amigas. Ni corta ni perezosa persuadió a sus criados para que también recibieran las aguas. Desde entonces se convertiría en una entusiasta propagadora de aquella sorprendente nueva fe.

—Si me tenéis por fiel al Señor, desde ahora vais a dejar ese albergue y os hospedaréis en mi casa, ¿entendido? —dijo muy resuelta a los recién llegados.

Los extranjeros se miraron asombrados. «Así nos obligó», comenta con humor Lucas en su crónica. Lidia era una mujer de armas tomar. Pablo no olvidará en cartas posteriores la acogida de Macedonia, ni el apoyo firme que desde entonces encontraría en las mujeres griegas.

La casa taller de Lidia se hallaba en uno de los arrabales de la ciudad. Su propietaria les recibió en la puerta muy contenta.

—Os mostraré nuestro trabajo.

Y les condujo por el proceso de fabricación de sus preciados tejidos. En unos cántaros se guardaba la materia prima del colorante, el molusco o *murex*, que se traía de Creta o de las poblaciones del estrecho. Eran conchas con forma de caracol, alargadas y puntiagudas.

—Cuando los mariscadores recogen estas conchas, las abren en todo su contorno con instrumentos de hierro. Luego de las hendiduras, como si fueran lágrimas, fluye un líquido que se recoge y se tritura en el mortero: se llama *ostro* precisamente porque se extrae de fragmentos de las conchas marinas. A causa del salitre que contiene, se seca muy rápidamente salvo que se mezcle con

miel.

La *fullonica* o tintorería era pues una industria necesariamente grande. La dueña del negocio les condujo a otro espacio al aire libre donde se encontraban los estanques.

—Aquí se procede al lavado, la tintura y el aclarado de la ropa. Y esa es el área para secar y planchar. El tejido, lana o lino, generalmente se lava en orina humana o de animales, recolectada de los servicios públicos o letrinas de la ciudad. Y esos operarios de ahí son los *fullones*. Como veis, están pisando y machacando con los pies la ropa que yace en las vasijas de lavado con una mezcla de agua y orina. Una vez seco el tejido al sol, es cepillado y cardado con piel de erizo o cardos. ¿Veis? La ropa se coloca entonces allí, en esa cesta —la llamamos *viminea cavea*—, y se cuelga sobre vapores de azufre con el fin de blanquear el tejido. Finalmente se le aplica esa tierra o arcilla blanca para blanquearla aún más. Por último se pasa por el *pressorium* o planchado. Y después se entinta con los pigmentos del molusco o las plantas adecuadas en esos otros tanques, para luego volver a secarlas al sol.

Pablo no sabía entonces que la predicación de la Buena Noticia iría unida en Neápolis al penetrante olor a tintas en la casa maternal aneja a la fábrica de Lidia, pues en su vivienda se celebraron todas las reuniones comunitarias. Así fue establecida la primera comunidad cristiana en Europa. Lidia, Sintique y Evodia no se borrarían nunca de la memoria y del corazón de Pablo, que escribirá: «Ayuda a esas que, por la Buena Noticia, lucharon conmigo, con Clemente y mis demás colaboradores; sus nombres están escritos en el libro de la vida».

Así transcurrieron los primeros días felices en Filipos. Las numerosas amistades e influencias de Lidia en la ciudad ayudaron a ampliar la red de personas que se reunían en casa de Lidia, o al aire libre, en el sitio idílico del primer encuentro bajo los plátanos del río. Una tarde después del trabajo, mientras compartían y comentaban experiencias, se presentó una joven extraña, que vivía allí cerca.

—¡Es la pitonisa! —advirtió en voz baja una de las mujeres—. Es una esclava, pero adivina el futuro y asegura que está bajo la protección de Apolo.

Flaca, tensa, parecía hecha de raíces y era muy cotizada por sus predicciones, una buena fuente de ingresos para sus amos. Los viajeros fueron informados de que era propiedad de los sacerdotes paganos que la explotaban en propio beneficio.

Nada más llegar entró en trance, comenzó a gritar como loca con los ojos en blanco y una cavernosa voz que no era la suya:

—¡Esos hombres son siervos de Dios Altísimo, que os anuncian el camino de la salvación!

Al principio Pablo no le hizo ni caso. Pero el episodio se repitió los días siguientes. Cada vez que el grupo de cristianos se encaminaba al río, encabezado por los tres predicadores extranjeros, salía la adivina de su choza y volvía a gritar lo mismo. La gente, ávida de espectáculo, se arremolinaba a verla.

Pablo no aguantó más e incriminó a la vidente:

—¡En nombre de Jesucristo, te mando salir de ella!

La pitonisa salió bruscamente del trance y recuperó su mirada y voz habituales. Pero en aquel instante también perdió al parecer sus poderes. La noticia llegó a los dueños de la muchacha, que no tardaron en enviar un grupo de hombres que de inmediato prendieron a Pablo y Silas y los condujeron a empujones al foro, en el centro de Filipos. Ya en el ágora, los presentaron ante los

magistrados.

—¿De qué los acusáis?

—¡Estos hombres están perturbando nuestra ciudad con sus supercherías!

—¿Por qué razón?

—Predican costumbres que nosotros, romanos, no podemos aceptar ni practicar.

Parecía claro que los acusadores no necesitaban presentar muchos argumentos para convencer a sus amigos, los magistrados. En realidad, solo había una evidencia: los extranjeros acababan de cargarse su negocio.

La voz de mando resonó terminante entre los pórticos:

—*Lictor, expedi virga ad verbera.* ¡Desligad las fasces y golpeadlos con varas!

Los desnudaron y los azotaron pues sin más contemplaciones. Las varas restallaron sobre las flacas espaldas de Pablo y Silas. No era raro que el derecho romano fuera escasamente respetado en aquellas regiones. Además, la administración de Verres ya había recibido apasionadas acusaciones de Cicerón en este sentido. Tampoco parece que Silas y Pablo arguyeran por el momento sus derechos como ciudadanos. Ni Timoteo ni Lucas fueron objeto, quizás por ausencia, de semejante trato.

Después de la paliza los mandaron a una oscura y maloliente mazmorra situada en la acrópolis, excavada en el monte y cerrada con puertas de madera, cumpliendo órdenes de custodiarlos cuidadosamente. Con tal fin los trabaron con un cepo también de madera en pies, manos y cuello, asegurándolos con cadenas fijadas por un gancho al muro. Sentados con la parte superior del cuerpo, la espalda levantada, sentían agudizarse el dolor de los moratones y heridas. Procedentes de las otras celdas, gritos y maldiciones se mezclaban con los gemidos de los demás presos.

En la tercera vigilia de la noche escucharon el santo y seña del relevo de la guardia. Pablo y Silas decidieron aliviar sus penas con un himno: «Cuando el Señor puso fin a nuestra cautividad, parecía que soñábamos», cantaron el salmo rasgando la oscuridad. Era una costumbre levantarse a medianoche, lavarse las manos y orar. Los otros presos enmudecieron ante aquellas plegarias.

Un terremoto, fenómeno bastante frecuente en Macedonia, estremeció de repente a la ciudad sacudiendo los cimientos de la prisión. Algunas de las paredes de la cárcel cayeron y se soltaron las cadenas a causa de las grietas. El guardia se despertó sobresaltado y, convencido de que los presos habían huido, desenvainó la espada para suicidarse. Algo muy romano lo de preferir quitarse la vida a una ejecución sumaria.

—¡No te hagas daño, hombre, que estamos todos aquí! —gritó fuerte Pablo.

El carcelero encendió un candil y, temblando, entró en la celda y se arrojó a los pies de Pablo y Silas. Estaba fuera de sí después del impacto del temblor de tierra y el sonido sobrenatural de aquellos cánticos. ¿Quiénes eran realmente aquellos presos? Ya en el patio, les suplicó asustado:

—Señores, ¿qué tengo que hacer para salvarme?

Pablo aprovechó la ocasión.

—Cree en el Señor Jesús y te salvarás tú con tu familia.

El carcelero llamó a su mujer y sus hijos, todavía temblando, y todos ellos apiñados junto a los predicadores extranjeros suplicaron luz para entender lo que estaba ocurriendo. Pablo les habló mansamente, perfilado por un blancor de luna. Su voz les parecía venir de otro mundo. Solo la

esposa del carcelero, más práctica, se dio cuenta de que después de la larga jornada que habían vivido aquellos hombres no habían probado bocado.

—¡Vamos a casa! Os lavaré esas heridas y os daré de comer.

Luego puso la mesa y compartieron el improvisado convite con una alegría muy especial hasta el amanecer. Poco tiempo pudieron descansar Pablo y Silas en los lechos que les habían preparado. Con el alba se presentaron los oficiales de la magistratura ante el responsable de la cárcel.

—Traigo órdenes de que sueltes a esa gente. Que se marchen.

El terremoto les había hecho albergar dudas a los magistrados sobre sus decisiones. Entonces despertaron a los dos predicadores.

—Los magistrados han mandado que os suelte. Por tanto, marchaos en paz.

Pablo se incorporó, se restregó los ojos y les increpó:

—De modo que nos han azotado en público, sin juicio ni defensa, a nosotros, ciudadanos romanos, y nos han metido en la cárcel, ¿y ahora pretenden echarnos en secreto? ¡De ninguna manera, que vengan ellos a sacarnos!

A Pablo le salió una vez más su carácter.

Los subalternos llevaron el recado a los magistrados, que se quedaron estupefactos.

—¿Cómo? ¿Es cierto? ¿Son ciudadanos romanos? ¡Por Júpiter! La ley Valeria prohíbe terminantemente que un ciudadano romano sea azotado. ¡Menudo error! Esto puede llegar a la Urbe y jugárnosla.

Así que los jueces no perdieron un instante. Corrieron a casa del carcelero e hicieron salir a Pablo y Silas.

—Os presentamos nuestras excusas. Ignorábamos lo de vuestra ciudadanía. Os rogamos que os marchéis de la ciudad enseguida.

Accedieron, pero sin prisas, y no sin antes pasar por casa de Lidia. Esta había sacado la mejor vajilla, ornamentado su mansión con cortinas de vivos colores y reunido a todos los hermanos, contentos de celebrar la liberación de sus amigos. Pablo se levantó y saludándolos uno por uno, los fue animando con una sonrisa a seguir adelante.

—¡Hermanos, seguid firmes en la fe del Mesías!

Lucas y Timoteo decidieron quedarse un tiempo para consolidar la naciente congregación. De hecho, el médico deja de momento en su relato de utilizar el «nosotros» y vuelve a la tercera persona.

Filipos había mordido en el corazón de Pablo, dejándole un regusto a familia, delicadezas femeninas, celebraciones íntimas y sobremesas animadas después de partir el pan. Sería la única comunidad a la que nunca tuvo que dirigir el mínimo reproche y la única de la que aceptó durante su misión una ayuda pecuniaria. Por eso al dejar la ciudad volvió atrás los ojos entornados con un deje a nostalgia, pese a que cada paso el dolor en tobillos y espaldas le impedía olvidar las palizas que casi siempre conllevaba predicar la Palabra.

—¿Y ahora adónde vamos? —preguntó Silas.

—A la sede del procónsul romano. A Tesalónica.

—¡Cómo eres! ¿Es que no conoces el descanso? —comentó Silas, restregándose las doloridas muñecas.

Despertaba la primavera y la calzada empedrada de granito, la vía Egnatia, flanqueada de arbustos y flores silvestres, invitaba a sentarse y consumir las viandas que les había preparado Lidia para el viaje. Pero lo dejaron para más adelante. No había tiempo que perder. Se adentraron en el valle cubierto de linos y plátanos, mientras una brisa fresca que procedía de las cumbres nevadas del Pangeo refrescaba sus ardientes mejillas. Cruzaron los riachuelos que irrigan el golfo Estrimónico. Atardecía durante su segundo día de camino cuando divisaron un río caudaloso, el Estrimón, que atraviesa un gran lago. Allí se tropezaron al borde mismo de la calzada con la célebre estatua del león sentado. El río tuerce en ese lugar y abraza una península en la que se sitúa la pequeña ciudad de Anfipolis, rodeada de montes.

Desde un alto divisaron como una aparición el azul imperturbable del mar Egeo.

Tras dormir en una posada, y dar una vuelta por la ciudad, decidieron seguir adelante. Pablo en su estrategia apostólica prefería trabajar en capitales de cierta importancia. Desde entonces no abandonaron aquel turquesa al fondo, mientras caminaban por la costa, a un lado las montañas, al otro el golfo Estrimónico. Atravesaron la península Calcídica con pequeños lagos interiores que fluyen por veneros en el mar. La tumba de Eurípides, bosques de castaños, la encaramada población de Apolonia, el monte Athos, mientras el sol poniente enrojecía las nieves del Olimpo, el trono de Zeus, según había leído en Homero.

Estaban exhaustos, cuando después de atravesar los lagos de Migdonia, se asomaron al golfo de Tesalónica, la ciudad amada por un azul perfecto con brillante derroche de mármoles, la capital de Macedonia. Uno de los más importantes puertos comerciales del Egeo, vinculado a través de la vía Egnatia con la vía Appia de la capital del imperio hasta Asia, por Bizancio, bullía de velas y trirremes balanceándose al sol.

—Tesalónica, un nombre tomado de Thessaloniké, hija de Filipo II y hermana de Alejandro Magno. Todo un centro de influencia, amigo Silas.

Para acceder a la ciudad, construida en bancales sobre una ladera, ambos viajeros tuvieron que descender por sus calles y avenidas escalonadas y sembradas de blancos edificios entre jardines y cipreses. Pero el primer contacto con el cogollo de la ciudad, lo realizaron al cruzar el foro. Se respiraba un salitre húmedo con el bullir y el descaro de un típico puerto de mar. Trapicheaban comerciantes en los pórticos, hormigueaban por sus calles buhoneros, armadores, gente de la mar, prostitutas y efebos junto a distinguidos hombres de toga o enjoradas damas en sus carruajes seguidas de esclavos. Gentes de colores y trazas diversas: macedonios, griegos, asiáticos, sirios, egipcios, judíos, legionarios y funcionarios romanos componían la policromía de Tesalónica. La impronta era sobre todo griega y romana.

Si en Filipos habían comprobado la traza claramente romana de sus legionarios veteranos, la nueva ciudad se distinguía por el instinto comerciante de los helenos. Permanecía el sentido democrático de estos, pues cada año se elegía un Consejo de seis politarcas, que convivía con el gobierno romano y sus lictores. Roma les dejaba gobernarse a su modo, pero vigilaba detrás, pues como siempre era la que realmente mandaba, cargando al pueblo de impuestos, que afectaban sobre todo a los trabajadores.

—¿Por dónde se va al barrio judío? —preguntaron a un marinero que vendía crustáceos con un canasto al brazo.

Siguiendo sus indicaciones se adentraron por un enjambre de calles sombrías cada vez más tortuosas. Pablo miraba con atención los talleres de los artesanos, tejedores de tapices y tiendas. Aquí y allá colgaban ricas sedas orientales, collares, cintos, babuchas. Olía a una mezcla áspera de vino, especias, perfume y salazón. Hasta que el inconfundible modo de vestir les denunció que se encontraban entre los de su raza.

—¿Conoces a un tal Jasón? —preguntaron a un viejo que mendigaba en una esquina.

—Seguid por esa calle, al fondo a la derecha, veréis un negocio de tejidos, esa es la tienda de Jasón.

Era un amplio taller de tejedores con un almacén adosado.

Jasón sonrió desde su barba de chivo y ojos revoltosos.

—¿Cómo no? Os esperaba. Sois bien recibidos.

—Pero no querría seros gravoso —advirtió Pablo.

Al día siguiente endosaba su mandil de cuero al pie del telar para pagarse su comida y hospedaje. Y al sábado siguiente se presentó como de costumbre en la gran sinagoga de Tesalónica, espléndidamente decorada por los ricos comerciantes y banqueros de la ciudad.

—A esta sinagoga vienen judíos de toda Macedonia —aclaró Jasón.

Pablo echó un vistazo. Había de todo: judíos lugareños, prosélitos, simpatizantes o temerosos de Dios, pero sobre todo mujeres. Como de costumbre los recién llegados fueron invitados a dirigir la palabra a la asamblea. Pablo desenrolló un texto del profeta Isaías:

Despreciado y evitado de la gente, un hombre habituado a sufrir, curtido en el dolor; al verlo se tapaban la cara; despreciado, lo tuvimos por nada; a él, que soportó nuestros sufrimientos y cargó con nuestros dolores, lo tuvimos por un contagiado, herido de Dios y afligido. Él, en cambio, fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Sobre él descargó el castigo que nos sana y con sus cicatrices nos hemos curado. Todos errábamos como ovejas, cada uno por su lado, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, aguantaba, no abría la boca; como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante el esquilador, no abría la boca. Sin arresto, sin proceso, lo quitaron de en medio, ¿quién meditó en su destino? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malvados y una tumba con los malhechores, aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca.

Un silencio salpicado de miradas ansiosas rodeaba al ponente. Pablo en un giro sobre sus pies contempló en círculo la audiencia. Aquellos días había oído hablar de un tal Cabirus, un curioso personaje surgido después de la dominación romana y que hablaba de los derechos de los más desfavorecidos. Lo mataron dos hermanos suyos y se había convertido en todo un mito en Tesalónica. A la larga, su culto llegó a ser todo un símbolo de independencia de Roma y de esperanza de los oprimidos. Pero cuando Augusto se convirtió en dios, los romanos dijeron a los tesalonicenses que Cabirus había vuelto en la persona del emperador. Los pobres y obreros dejaron de contar acto seguido con una religión que les diera esperanza. Había pues en Tesalónica un terreno abonado para recuperarla.

—¿Qué? Supongo que esta descripción no coincide precisamente con vuestra idea de un Mesías triunfal —dijo Pablo con voz firme—. Sin embargo, este es el retrato con que lo pinta el profeta. Un Mesías que tenía que padecer como un cordero llevado al matadero. Pues bien, ese es Jesús, que fue crucificado a las puertas de Jerusalén y Dios lo resucitó al tercer día.

La expectación iba aumentando a medida que Pablo anunciaba la aparición de la imagen

paradójica del Mesías prometido, un rey con corona de espinas, mientras todos soñaban con un libertador espiritual pero también político triunfador sobre un corcel blanco.

Pablo volvió a predicar dos sábados más. Al principio fue un éxito, sobre todo entre los prosélitos griegos y un buen número de mujeres influyentes, que creyeron y se adhirieron al grupo, como diría el propio Pablo «porque, cuando nos escuchasteis la Palabra de Dios, la acogisteis, no como palabra humana, sino como realmente es, Palabra de Dios, activa en vosotros, los creyentes».

El grupo crecía de día en día y recibía la instrucción de Pablo y Silas al caer de la tarde en el taller de Jasón, pues después de las primeras palabras había que tratar a cada uno de los recién llegados, persona a persona, como «madre», «padre» o «nodriza». En las distancias cortas Pablo podía llegar a ser hasta tierno. Les visitaba en sus casas, comía con ellos, escuchaba sus problemas. Un estilo que evocará más tarde en su primera carta dirigida a los tesalonicenses:

Conocéis nuestro estilo de vida entre vosotros, a vuestro servicio, y vosotros seguisteis nuestro ejemplo y el del Señor, recibiendo el mensaje con el gozo del Espíritu Santo en medio de grave tribulación; hasta el punto de convertirnos en modelo de todos los creyentes de Macedonia y Acaya. Desde vosotros ha resonado la Palabra del Señor, no solo en Macedonia y Acaya, sino que a todas partes llegó la fama de vuestra fe en Dios, de suerte que no nos hacían falta palabras. Ellos mismos, refiriéndose a nosotros, cuentan la acogida que nos disteis: cómo, dejando los ídolos, os convertisteis a Dios para servir al Dios vivo y verdadero, esperando la venida desde el cielo de su Hijo, al que resucitó de la muerte.

Pero una vez más las cosas se complicaron. Pablo advirtió una mañana, mientras cruzaba el mercado, que se enrarecía el ambiente. Hay que tener en cuenta que Tesalónica estaba muy conectada con Roma y en el imperio se estaba difundiendo la idea de que se acercaba el fin del mundo. Las locuras del emperador Calígula habían influido en el ánimo de las gentes, haciendo olvidar los esplendores de Augusto y Tiberio. La corrupción y el miedo junto a intrigas perniciosas, sobre todo femeninas, infestaban las copas de veneno en tiempos de Claudio.

—Ayer cruzó el firmamento un cometa. Dicen que viene lo peor. Que va a llover sangre, que monstruos asolarán la ciudad, aparecerán pestilencias, terremotos, inundaciones. ¿No has oído a los adivinos? Los augures lo han visto en el vuelo de las aves y los arúspices en las entrañas de los animales sacrificados.

—Pues ayer cayó un rayo sobre la estatua de Augusto, descabezándola.

—¿Quién será el emperador: Británico, el hijo de Mesalina, o Nerón, el hijo de Agripina?

—¿No lo sabes? Claudio acaba de expulsar a los judíos de Roma. Seguro que el decreto tarde o temprano llegará también a las provincias.

Las miradas aviesas, los cuchicheos corrían al paso de Pablo y Silas, que comenzaron a ser mirados como peligrosas amenazas en un momento en que había que mostrarse fieles al emperador para salvar el pellejo. La desconfianza se trocó en ira y rechazo. Palabras como «Pablo», «alta traición», «conjuración» se pronunciaban en calles, tabernas y bazares, primero a media voz, luego como grito del populacho.

Pocos días después Jasón les alertó abiertamente:

—Tenemos que esconderos, hermanos. Vienen como locos por vosotros.

Así lo hicieron. Cuando acudieron a buscarlos y no los encontraron, prendieron al propio Jasón y a algunos hermanos como rehenes, conduciéndolos ante las autoridades.

—¡Esta gente pretende alborotar al mundo entero! Ahora han llegado a nuestra ciudad y Jasón los ha recibido. Amenazan con imponer otro rey: ese Jesús. Son rebeldes a los mandatos del emperador.

Pero los magistrados de Tesalónica eran más cautos que los de Filipos. Sabían que Jasón tenía prestigio de hombre pacífico en la ciudad y querían evitar escándalos.

—Danos una fianza para garantizar que despedirás a esos extranjeros sin hacer ruido lo más pronto posible —comunicaron a Jasón.

Aquella misma noche sigilosamente Pablo reunió a los hermanos en casa de su amigo y uno a uno les dio un abrazo de despedida.

—Gracias, Jasón. Nunca olvidaremos tu hospitalidad.

Silas no pudo contener el llanto. Sabía cuánto sufrimiento costaba a su compañero abandonar una comunidad tan floreciente. Adivinaba Pablo las calamidades que ellos iban a padecer a partir de entonces, y que por ocho años no volvería a verlos. «Combates por fuera, constante temor por dentro», escribiría más tarde, elogiando su fidelidad y paciencia. ¿Quién le iba a decir entonces que dos de aquellos hermanos serían excelentes colaboradores? Un tal Segundo, que sería compañero de su último viaje, y Aristarco, que compartiría su prisión en Roma.

Jasón les ayudó a preparar la fuga. Tres sombras —les acompañaba Timoteo— se deslizaron con sigilo entre las jarcias, bajo el leve resplandor de los faroles de los pesqueros del puerto, hasta tomar, siguiendo la ribera del golfo, la vía militar con el fin de emprender un nuevo camino hacia delante.

Pablo andaba preocupado, con un peso a las espaldas. La acusación esta vez había sido política, semejante a la que costó la vida a Jesús. ¿Había sido cobarde al abandonarlos? Casi no hablaba. Silas y Timoteo intentaron sacarle de su ensimismamiento, pero no lo lograban.

—Tendríamos que regresar a Tesalónica —repetía.

Doce horas les costó alcanzar Berea, situada en una ladera al pie del Olimpo en el tercer distrito de gobierno macedónico, una población pacífica con abundantes fuentes, donde encontró una pequeña sinagoga y buenos amigos. La acogida fue espléndida y juntos comentaban los libros de la Escritura en largas y jugosas veladas. Se adhirieron a la causa incluso personas notables y no pocas mujeres. Un tiempo grato hasta que desde Tesalónica mandaron judíos tras él. Sus amigos decidieron que lo mejor de nuevo era protegerle y optaron por que una vez más huyera, esta vez por mar. Él seguía repitiendo:

—Tendríamos que regresar a Tesalónica.

Con un acoso de fiebre palúdica y hundido en una suerte de depresión, se embarcó en el puerto de Pidna, con unos hermanos de Berea que no lo abandonarían hasta dejarlo en su destino.

Silas y Timoteo le despidieron tristes en el puerto.

Cuando él a su vez dijo adiós en cubierta a los hermanos de Berea en Atenas les rogó con toda el alma:

—¡Decid a Silas y Timoteo que vengan tan pronto como sea posible!¹²

Se sentía enfermo, aquejado de escalofríos, con una honda sensación de fracaso y más solo y abandonado que nunca. De lejos le daba la bienvenida la perfección marmórea de la Acrópolis de Atenas.

A un dios desconocido

Los campesinos de la vía Appia nunca habían visto espectáculo semejante. Una nube de color estallaba en la calzada aquel final de agosto en forma de extraña comitiva envuelta en una descarga de poemas, música y canciones. Miles de bailarines, actores y cantantes iban interpretando al paso del cortejo su mejor repertorio, seguidos de profesionales del espectáculo, escritores, músicos, modistas, peluqueros, tramoyistas y esclavos. Rodeado de un destacamento de la guardia pretoriana, avanzaba en el centro del cortejo el carro bañado en oro de Nerón, orondo como nunca en su interior como un dios del espectáculo. El «emperador artista» se encaminaba a culminar el sueño de toda su vida, la utopía alimentada desde adolescente: viajar a Grecia, la cuna de la cultura y el arte.

Le acompañaban su nueva esposa, Estatilia Mesalina, el eunuco Esporo, su confidente Tigelino, el empresario y director teatral Cluvio Rufo, Vespasiano, comandante del ejército, Epafrodito, secretario privado y su ayudante de cámara, y el liberto Fabio. Cerraba el cortejo el prefecto de los *vigiles* Marco Julio Severo con su tropa, responsable de la seguridad hasta que el emperador embarcara en Brundisium.

Atrás se quedaban las conspiraciones de Pisón para matarle, las continuas luchas intestinas por el poder, los numerosos procesos. Roma para él ya no era lo que fue. «Ha dejado de ser la ciudad de las artes y las musas, para convertirse en un hervidero de brujas y asesinos. El arte ha sido sustituido por la sangre, él único que ya me satisface —mascullaba Nerón—. Solo las ciudades griegas me reconocen como artista enviándome incluso premios. Ellos son los únicos que entienden mi música y los únicos dignos de ella». Desde entonces decidió emprender la gira por Grecia para demostrar que había merecido los premios que desde allí le habían remitido. Con tal fin persuadió a los griegos de que cambiaran las fechas de los juegos, que se celebraban cada dos años y que los juntaran en verano.

Ya cerca de Brundisium se armó una revuelta. Un grupo de conjurados ocultos en una arboleda irrumpieron embozados en la carroza real. Julio advirtió enseguida la anomalía y rodeó el carruaje con los suyos. Uno de los atacantes se apresuró a huir adentrándose en el bosque, pero el prefecto no tardó en capturarlo, le desatapó el embozo y exclamó:

—¡Annio Viniciano!

Era el yerno del general Corbulón, que resultó ser el cabecilla de los conspirados. Luego Julio se lo comunicó a Tigelino, hombre de confianza de Nerón. Este, de baja cuna, había caído en desgracia del emperador Calígula que lo desterró a la Campania, donde se dedicó a la cría de

caballos de raza. Se había ganado más tarde a Nerón regalándole ejemplares de pura sangre. En la actualidad era el comandante de los pretorianos.

Como Nerón llevaba las cortinillas de su carroza cerradas y viajaba absorto en su música, ni se había enterado. De modo que Tigelino le informó del intento de atentado.

—¿De nuevo? ¡Debería marcharme de Roma para siempre, como hizo Tiberio! —exclamó el *princeps* espantado.

De hecho, vivía en un sobresalto desde la conspiración de Pisón, cuando hacía un año, en el templo del dios Sol, cercano al Circo Máximo, el 19 de abril, Nerón debía morir durante los juegos circenses en honor de Ceres. Uno de los conjurados, llamado Escevino, simulando presentarle una petición debería haberse postrado a sus pies y derribándole, tendría que haberle clavado su daga. Tribunales y centuriones, apostados en las cercanías, rematarían el plan. Luego, sirviéndose de Antonia, la hija mayor de Claudio, Pisón pretendía ganarse al pueblo, saturado de odio hacia Nerón.

Pero el día anterior Escevino hizo tantos preparativos que un liberto se fue de la lengua y la conjura fue abortada. Pisón fue encontrado muerto y pronto se supo que había otra conjura dentro de la anterior, urdida a su vez por Subrio Flavio que pretendía nombrar emperador al filósofo Lucio Anneo Séneca. Todo acabó cuando Flavio fue decapitado por un verdugo que falló la primera vez, después de que el condenado le dijera con humor negro: «¡Ojalá descargues tu golpe con valentía!». Del final de Séneca ya sabemos. La sangre de varios senadores corrió abundante, incluida la de Petronio, consejero de estilo y buen gusto de Nerón, como maestro refinado del arte del buen vivir, acusado por Tigelino de alta traición. Murió cortándose las venas mientras le leían alegres poemas, no sin redactar antes un rollo en el que describió todos los excesos sexuales de Nerón. Este, después de salir sano y salvo, para garantizar su seguridad aumentó la paga de sus pretorianos, y les concedió una ración fija de cereales gratis. Desde entonces, tras el atentado del que había salido ileso, se autodenominó *Neronius*, pero se negó a que se le erigiera un templo a cargo del estado y fuera venerado como un dios, pues adujo que «a un *princeps* solo se le deifica después de muerto».

¿Era extraño que Nerón respirara hondo cuando sus naos zarparon de Brundisium para un año de ocio artístico? Julio también se sintió aliviado cuando las velas del barco imperial se perdieron en lontananza, contento de ver alejarse aunque fuera temporalmente a aquel monstruo cruel y egoísta, aunque en su casa y en la prefectura no había cambiado la situación. Livia permanecía distante, tensa y altiva. Selenio seguía compaginando sus juergas nocturnas con sus pesquisas y captura de cristianos. Julio pasaba la mayor parte del tiempo volcado en el orden público y la delincuencia, que crecía en la Urbe de forma alarmante.

Al cabo de unos meses llegaron noticias del emperador. La travesía hasta Corfú duró un par de días y la flota imperial atracó en Casiope, donde se alzaba un templo a Júpiter Casio. Desde cubierta hizo desempacar sus instrumentos y cantó bajo el cielo límpido y en medio del aire puro de la isla griega un canto de acción de gracias por haber realizado con bien sus dorados sueños. Cuando pisó tierra ordenó que se acuñaran monedas con la efigie de la nave que le había conducido, y se apresuró a preparar su primer espectáculo en Nicópolis (ciudad de la victoria), situada en la costa occidental, donde se celebraba un certamen en honor de Apolo, para conmemorar la fundación de la ciudad tras la victoria de Augusto sobre Antonio y Cleopatra. Aunque la meta de su gira era Corinto, capital de Acaya, que tras ser arrasada por Lucio Mumio y vendidos sus habitantes como esclavos, no volvió a

florecer hasta Julio César que la convirtió en colonia romana con el nombre de Laus Julia Corinthiensis poblada por veteranos y libertos. En aquellos días contaba con cien mil habitantes, muchos de ellos asiáticos y egipcios, y no iba a la zaga de Roma en fiestas y libertinaje. Se hizo famoso, por ejemplo, el templo de Afrodita donde abundaban y abundan los hieródulos, entre los que no faltan damas y doncellas dispuestas a celebrar la «boda sagrada». Una ciudad que también Pablo había visitado, como veremos.

Nerón se sentía feliz empuñando su arpa fuera de Roma, donde los asuntos oficiales eran atendidos por Helio, un liberto del emperador. Este, agobiado, había escrito a Nerón pidiéndole que regresara inmediatamente porque las cuestiones de estado le desbordaban y requerían cuanto antes su presencia.

Nerón no ocultó su fastidio en la respuesta: «Puedes aconsejarme y desear que regrese pronto, pero deberías considerar tu deber de persuadirme, y expresar tu deseo de que al regresar lo haga digno de un Nerón».

El que seguía enterado de todas las intrigas romanas era Tigelino, que desde Corinto movía los hilos de la política. Por ejemplo, creyó encontrar pruebas de que el general Corbulón estaba participando en una conspiración y adquiriendo cada día mayor poder. Nerón no quería creerlo, pero, para cerciorarse, lo mandó llamar a Grecia. En el viaje el general recibió un aviso de que el emperador quería matarlo y Corbulón cortó por lo sano suicidándose antes de presentarse en Corinto e intentar su defensa.

Por aquellas fechas llegaron también noticias alarmantes de Judea. Un grupo de rebeldes, los zelotes, pretendían derrocar a la ocupación romana y crear un estado teocrático. Incluso los sediciosos confirieron una sensible derrota a los romanos en Judea y hasta alcanzaron Jerusalén, donde la legión romana se vio obligada a retirarse de la ciudad. Cayo Cesio, gobernador de Siria, se veía impotente contra la sedición judía.

Estas noticias aguaron los fastos artísticos de Nerón que echaba de menos al general Corbulón para mandarlo a Judea. Finalmente se decidió por Vespasiano, su segundo en el ejército, que por cierto meses antes había perdido el favor de Nerón por quedarse dormido durante una de sus representaciones. De todas formas, era un buen estratega con una excelente trayectoria de servicios en Tracia, Germania, Roma y África. Con ayuda de su hijo Tito, que organizó la decimoquinta legión en Alejandría, sometió Judea. En la batalla brilló un sacerdote y general judío llamado Flavio Josefo, luego historiador, que al caer cautivo profetizaría que el general Vespasiano llegaría a ser *princeps*.

Como Julio se las prometía más tranquilas, volvió a su actividad creativa, su relato, que había dejado precisamente en Grecia unos catorce años antes, cuando Pablo desembarcaba en Atenas, tras ser perseguido en Tesalónica y Berea y navegar cuatro o cinco días con los macizos del Olimpo, del Osa y Pelión al fondo para atravesar luego el movido estrecho de Euripo.

* * *

Habían doblado el cabo Sunión, donde la silueta del templo de Poseidón se ennegrecía al caer de la tarde. Hinchadas las velas con los vientos del golfo Sarónico desembarcó en el puerto del Pireo y se

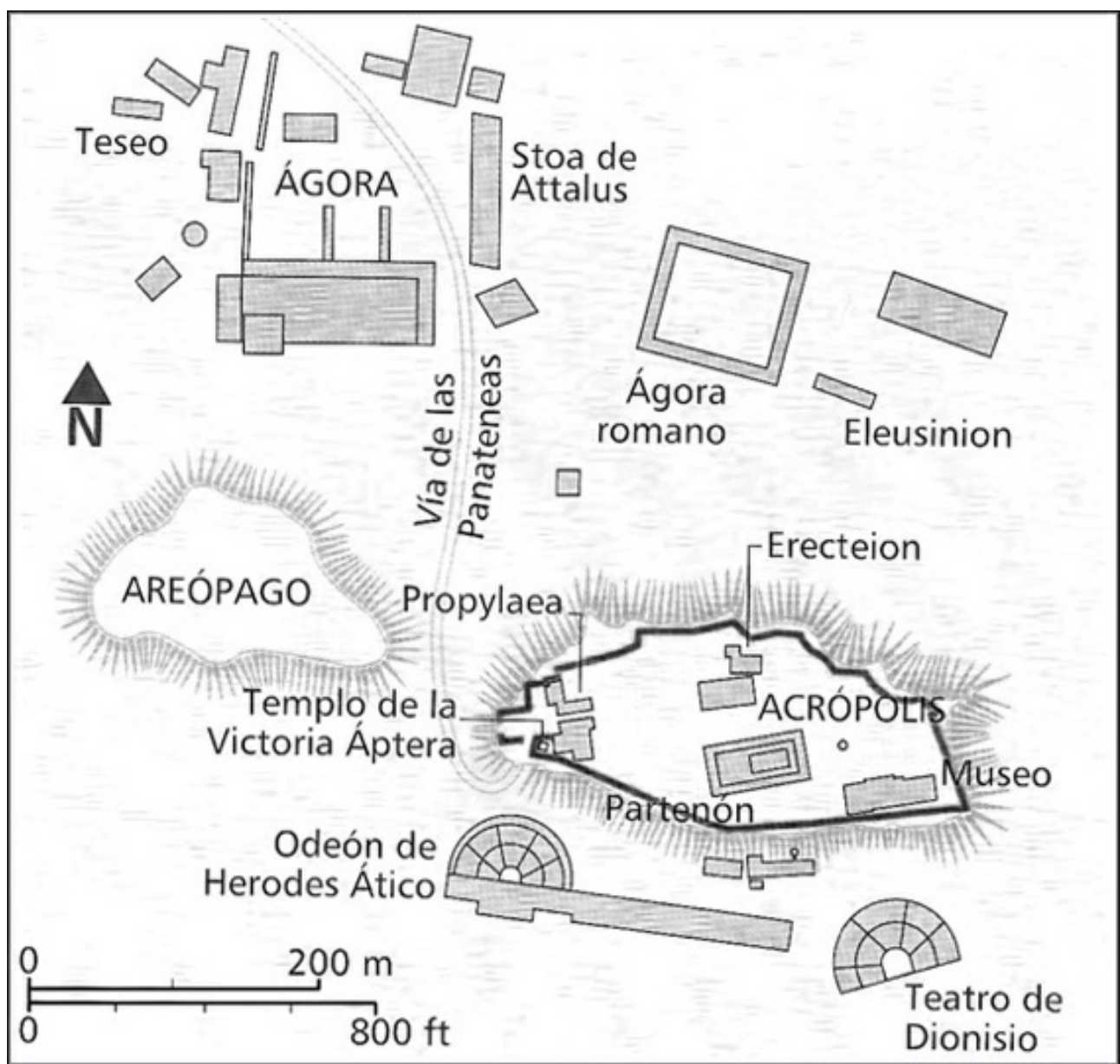
despidió de algunos hermanos que le habían acompañado en la travesía marítima, no sin insistir que esperaba que Timoteo y Silas acudieran pronto a su encuentro. Aún débil por la enfermedad cubrió a pie las tres o cuatro horas de camino desde el puerto a Atenas.

*Oh tú, coronada de violetas, esplendorosa, la más digna de envidia.
¡Nuestra Atenas!*

Los versos de Aristófanes eran torpes para cantar tanta belleza y la cultura quintaesenciada en aquella clara y sabia ciudad amada por Sócrates, Platón, Esquilo, Sófocles o Fidias, que esculpió su principal símbolo, Palas Atenea, la diosa de la sabiduría con su brillante escudo, la cimera de su casco y su lanza de oro para desafiar a los tiempos.

Pablo avanzó entre tumbas y restos de murallas, cruzó el puente sobre el Cefiso y entró por el Dipilon, la doble puerta, en Atenas, sin dejar de mirar la «ciudad alta», que eso significa Acrópolis, resplandeciente al sol como referencia y emblema de la ciudad de Teseo. Aunque aquella Atenas poco se parecía a la que le habían relatado sus maestros de Tarso. Ocupada por los romanos hacía dos siglos, desde la caída de Corinto se había convertido en la provincia de Acaya, empobrecida y despojada de medios de subsistencia. Ahora la *civitas foederata et libera*, que gozaba de algunos privilegios, era una sombra de su grandeza, aunque Atenas y Corinto, capital de Acaya, conservaban, entre las ciudades griegas caídas, algo de su esplendor. Muchos griegos, como los judíos, vivían dispersos por esos mundos; y sin embargo, convertida en museo, Atenas seguía teniendo un extraño poder seductor. Hombres de letras y estadistas romanos consideraban indispensable vivir algún tiempo en Atenas, de César a Cicerón —que se había hecho iniciar en los misterios de Eleusis—, de Antonio a Ovidio, de Pompeyo a Horacio y Virgilio, en la que había sido primera potencia política, económica y cultural de la época.

Lucas se limita a comentar que Pablo «se indignaba ante la idolatría de la ciudad». Quizás porque es un Pablo obsesionado con la misión de predicar su gran descubrimiento. Pero no deja de ser un comentario que no casa con la cultura y formación de nuestro personaje. Por ejemplo, escribe a los filipenses: «Por lo demás, hermanos, ocupaos de cuanto es verdadero, noble, justo, puro, amable y loable, de toda virtud y todo valor». Pero aquellos días, solo y triste, deseando volver a ver a sus compañeros, casi no podía asimilar cuanto estaba contemplando, deambulaba de aquí para allá entre mercados, templos y calles de artesanos por una ciudad que no era la suya.



Por último ascendió a la colina que había sido en otro tiempo castillo y morada de reyes y ahora la famosa Acrópolis, la imagen más acabada del arte clásico. Sobre todo el Partenón, el templo de la armonía consagrado a la diosa virgen Palas Atenea, presidido por su estatua de oro y marfil que personificaba la sabiduría divina, la que aconsejó a Telémaco, sostiene a Ulises en sus viajes o conjura la ira de Aquiles. No sin extrañeza contempló el viajero en el Erecteion, el altar que los atenienses habían erigido junto al sagrado olivo, cuando aún se sentían hombres libres y creadores de la democracia. Bajó Pablo por los Propileos, la monumental entrada de columnas y se sintió conmovido y a la vez perdido cuando desde el templo de Niké contempló tierra y mar perderse en el horizonte.

Más abajo visitó la cárcel donde murió Sócrates, el maestro de Platón. El método de este filósofo consistía en preguntar a la gente con el fin de parecer un ignorante. De esta forma, conseguía poner a sus interlocutores en evidencia a través de sus inadecuadas respuestas. A esto se lo denominó «ironía socrática», que se sintetizaría en la famosa frase «Solo sé que no sé nada». Su búsqueda se centró en la comprensión objetiva de los conceptos de justicia, amor y virtud junto al conocimiento de uno mismo. Para Sócrates el vicio es una consecuencia de la ignorancia, puesto que ninguna persona desea el mal, mientras que la virtud es conocimiento, ya que cuantos conocen el bien

actuarán de manera justa. Andaba detrás de una deidad superior. Esto, junto a su postura crítica frente a los dioses y su discurso racional, acabó por costarle la vida, pues hubo de suicidarse bebiendo la cicuta para ser fiel a sí mismo.

Pero no era ese el ambiente de la ciudad. Según decía Petronio, era más fácil encontrarse en Atenas con un dios que con un hombre. Altares, estatuas, pórticos, frontispicios estaban plagados de representaciones de deidades. Aquello era el imperio de los ojos, un Olimpo material, un cielo tan pequeño y ruin como el egoísmo humano. Sin duda el arte levanta el espíritu desde la sugerencia estética. Pero Pablo, el incendiado de Damasco, desde siempre monoteísta, buscaba sin encontrarlo un suplemento de alma. Fiel a lo aprendido por sus padres en el Éxodo:

Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de Egipto, de la esclavitud. No tendrás otros dioses rivales míos. No te harás una imagen, figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra o en el agua bajo tierra. No te postrarás ante ellos, ni les darás culto; porque yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso: castigo la culpa de los padres en los hijos, nietos y bisnietos cuando me aborrecen.

Por eso, una vez más fue en busca de los judíos en el barrio de los alfareros, el pueblo monoteísta que podría comprenderlo. Pero, cansado y agobiado, no tuvo éxito. Iban pocos los sábados a la sinagoga y casi nadie le hacía caso. Con el alma abrasada volvió a deambular por la ciudad sin norte visitando santuarios y escrutando imágenes. De pronto, al doblar una calle se encontró con un pequeño altar donde figuraba una inscripción:

A UN DIOS DESCONOCIDO

Se sentó en una piedra para meditar. Esa era la clave, el fondo de la saturación de deidades, templos y mitos, que le exasperaban no solo a él sino a cualquier hombre grande de espíritu que como Sócrates meditara sobre los misterios de este mundo. Y comprendió que los griegos, a su modo, estaban más cerca en su búsqueda de la verdad. El único eslabón para entrar con los atenienses era, pues, el de la filosofía.

Se dirigió por tanto al ágora, la plaza pública, donde filósofos y charlatanes defendían sus ideas. Unos tenían aspecto de grandes señores, cuidadosos de los pliegues de sus túnicas y de sus palabras de acendrada oratoria. Otros, con una capa raída, predicaban doctrinas más ascéticas. Pablo decidió pues entrar en aquella lid callejera. Había asimismo comerciantes vendiendo telas, especias, verduras, frutos secos. Se detuvo a escuchar a uno de los que estaban defendiendo sus teorías rodeado de unas quince o veinte personas.

—Epicuro, atenienses, enseña que el placer es el principio y fin de la vida feliz. Pero entendedme bien, no defendemos el placer por sí mismo. Porque a veces comer y beber mucho te hace desgraciado, te produce enfermedades. Se trata de controlar los deseos y las pasiones para alcanzar la *ataraxia*, la liberación de toda inquietud, la imperturbabilidad.

Más allá, encaramado en unas piedras, escuchó una teoría que le resultó más familiar, quizás porque su fundador, Zenón de Citio, era de Tarso.

—Vive según la naturaleza. La vida feliz consiste en adecuarse al logos-Dios, que rige todas las cosas y se refleja en la razón humana. Este logos se manifiesta como *fatum*, necesidad, y *pronoía*, providencia. El sabio que vive conforme a esos principios es un hombre feliz. No le preocupan el

dolor ni la muerte.

Uno de los oyentes comentó al oído de Pablo:

—A estos les llaman estoicos. ¿Sabes por qué? Porque comenzaron a hablar ahí mismo en la *Stóa poikilé* (en griego *Στοα*, *stoa*, ‘pórtico’), ese pórtico pintado del ágora de Atenas.

—¿Sabéis en qué consiste el bien y dónde se halla la virtud? ¡Aquí! —exclamó señalándose la cabeza. Indicando a continuación su estómago, apuntó—: ¡Y no aquí! Vuestras pasiones, el *pathos*, son desviaciones de la razón. Si no las podéis controlar racionalmente, debéis evitarlas. Habéis de ejercer el autocontrol del temor y, mediante la razón, ser dueños de vosotros mismos. En esto reside el bien y la virtud.

El estoicismo tendría una importante vertiente en Roma, del que el cordobés Lucio Anneo Séneca, el consejero y luego víctima de Nerón, sería un destacado representante. De modo que Pablo al principio comenzó a discutir con aquellos oradores y gentes del pueblo ávidos de escuchar novedades, principalmente con estoicos y epicúreos. En sus primeras conversaciones mencionaba al Mesías y la resurrección.

—Este parece nuevo, nunca lo habíamos oído hablar. A ver qué dice este grajo charlatán.

—Parece que predica dioses extranjeros, un tal Jesús y creo que una diosa llamada Anastasia (resurrección).

El espectáculo estaba servido.

—A ver, explícanos mejor eso. Ven con nosotros al Areópago.

Y lo condujeron a la colina de Ares, una de las alturas rocosas más bajas de la ciudad, al oeste de la Acrópolis, donde se reunían los miembros de la suprema corte de Atenas, sentados al aire libre en asientos tallados en la roca blanca, a dictar sus leyes. El del Areópago era a la sazón un colectivo con escasa representatividad después de la dominación de Roma. Ascendió pues los quince escalones de aquel montículo calcáreo desde el que se divisaba el blanco estremecimiento de templos y columnas. En su entorno le contemplaban esculturas de dioses con inscripciones: «Padre de los dioses, poderoso Zeus, señor del rayo y el trueno»; «Libemos en honor del generoso Baco»; «Que Afrodita, nacida de la espuma del mar, nos conceda los goces del amor»; «Forjador de los hombres, dios del fuego, rompe nuestras cadenas»; «Diosa de la sabiduría, Madre Palas Atenea, haz que abunden los frutos de tu olivo» y otras semejantes, dirigidas a Hermes, Diana o Artemisa.

Pablo pensó: «Esta es la mía», y aprovechando la oportunidad, comenzó a hablar:

—Atenienses, observo que sois en extremo religiosos. Paseando y observando vuestros lugares de culto, sorprendí un ara con esta inscripción: «Al dios desconocido». Pues bien, al que veneráis sin conocerlo, yo os lo anuncio. Es el Dios que hizo cielo y tierra y cuanto contienen. El que es Señor de cielo y tierra no habita en templos contruidos por hombres ni pide que le sirvan manos humanas, como si necesitase algo. Pues él da vida y aliento y todo a todos. De uno solo formó toda la raza humana, para que poblase la superficie entera de la tierra. Él definió las etapas de la historia y las fronteras de los países. Hizo que buscaran a Dios y que lo encontraran aun a tientas. Pues no está lejos de ninguno de nosotros, ya que en él vivimos, y nos movemos y existimos, como dijeron algunos de vuestros poetas: pues somos de su raza.

El predicador había cambiado de táctica. Si ante los judíos su gancho para captar el auditorio era la Palabra de Dios, aquí intentó conseguir su atención de sus propias inquietudes, el enigma del

dios desconocido. Luego les ensanchó su concepto de Dios. No el de esos múltiples dioscecillos de sus templos y hornacinas, creados a imagen y semejanza del hombre, que se odian, batallan y sucumben. Sino el que habita en la belleza y orden del cosmos, «en el que vivimos, nos movemos y existimos». En una palabra, Dios está tan cerca, y en él estamos tan inmersos que por eso es tan difícil de comprender. Y acudió al poeta, quizás el único capaz de sugerir la verdad secreta de este mundo: «Somos de su raza», de su linaje, somos centellas del fuego de Dios. El verso lo tomó de Aratos, nacido cerca de Tarso, que había vivido en Macedonia tres siglos antes. Y también utilizó la otra cita del cretense Epiménides ante los que buscaban la tumba de Zeus, que había dicho: «En ti vivimos, y nos movemos y existimos».

Hasta ahí los oyentes habían seguido el discurso con interés.

—Por tanto, si somos de raza divina, no debemos pensar que Dios es semejante a la plata o el oro o la piedra modelados por la inventiva y la artesanía del hombre. Ahora bien, Dios, pasando por alto la época de la ignorancia, exhorta ahora a todos los hombres en todas partes a que se arrepientan; pues ha señalado una fecha para juzgar con justicia al mundo por medio de un hombre designado. Y lo ha acreditado ante todos resucitándolo de la muerte.

Acababa de dar el salto brusco de la razón a la fe, señalando a Jesús y la resurrección de los muertos y poco menos que llamarles ignorantes que además iban a ser juzgados. Aquello era demasiado para sus oyentes racionalistas. Comenzaron a gritar y a reírse a carcajadas. ¿No había dicho Platón que las almas habían tenido una preexistencia como espíritus puros en otro mundo y que por algún pecado habían sido condenadas a vivir en la cárcel del cuerpo y que por eso la muerte era liberación de esa cárcel? ¿A qué venía hablar de resurrección?

—Bueno, bueno, en otra ocasión te escucharemos sobre este asunto.

Y, sin agresividad pero con la altanería propia de los intelectuales, sus oyentes comenzaron a dispersarse, para oír a otros charlistas o comprar en el mercado.

Solamente unos pocos se quedaron con él para continuar el diálogo. Entre ellos Dionisio, miembro del Areópago; una mujer envuelta en un manto, Dámaris; y algunos más.

—Dinos, ¿quién es ese Jesús del que acabas de hablarnos?

A Dámaris le brillaban los ojos. Pablo vio en ellos un rayo de esperanza, una centella del fuego de Dios.

Acostado en su catre del barrio de los alfareros, apenas podía conciliar el sueño. Se sentía estúpido, fracasado, asediado por rostros de mofa y desprecio. Si al menos estuvieran aquí Silas y Timoteo para comentarlo. Por la ventana venían de lejos oleadas de estentóreos gritos y canciones con sordina. Eran los lamentos y la algarabía del culto a Dionisos. Sabacio que moría y resucitaba entre símbolos sexuales. «La fe no es cosa de todos», pensó el apóstol, una frase que escribiría en su primera carta a los tesalonicenses. Finalmente cerró los ojos, pensó en la ceguera iluminada de Damasco y se durmió.

La prisión de Cefas

Las obras faraónicas de la *Domus Aurea* requerían la atención no solo de los arquitectos, capataces, transportistas y obreros. Ocupaba también muchas horas de vigilancia de las tropas de Julio, pues no faltaban en ellas los incidentes: desde los albañiles y esclavos que se rebelaban al transportar con rodillos de madera los enormes bloques de mármol desde las canteras, superiores a sus fuerzas, y por trabajar día y noche, hasta los que no cumplían los contratos o se dedicaban al pillaje.

Un mediodía, el centurión los contemplaba desde su caballo, convertidos en guiñapos, caer bajo el látigo, exhaustos, sin poder ya reincorporarse.

—¡Vamos, alimañas! ¿No sabéis que el emperador va a acabar matándoos a todos, cuando regrese? ¡Tenéis que apresuraros y terminar las obras!

Al mismo tiempo el prefecto de los *vigiles* andaba preocupado por las cacerías de Selenio. Aquella mañana había este salido muy temprano, decidido, como siempre, a olisquear su presa. Triunfante, volvió a proclamar en el cuartel:

—¡Alegraos conmigo, camaradas! ¡Creo que he atrapado al cabecilla de la secta!

Efectivamente, había sonado el toque de almuerzo para los obreros, cuando un muchacho de unos quince años hizo una señal al centurión desde lejos y le entregó un mensaje de Lucas: «Han atrapado a Pedro. Está encadenado. Ven enseguida».

Dejó el mando a su subalterno Fabio y galopó a casa de Lucas. La imagen que vio en la alquería era el triste reverso de la que había disfrutado durante la cena que había compartido con el médico y las dos jóvenes hacía unos días. Ellas lloraban derrumbadas como muñecas de trapo a los pies de Lucas. Sobre todo Elena, que lo hacía desde una palidez cadavérica, descompuesta, casi sin poder respirar.

—La paz sea contigo, Julio —se adelantó el médico al verle llegar—. También han detenido a sus padres —añadió, señalando a la muchacha—. Los pobres se creían a salvo por ser de origen griego. Algo se olían, desde luego, puesto que ella vive conmigo hace tiempo, como sabes, para mayor seguridad. Pero me preocupa sobre todo saber que Pedro está en la cárcel. ¡Que a nuestra cabeza, nuestra roca, le pueda pasar algo, desanimaría a los hermanos!

—Me he informado bien. Los han llevado a todos esta vez al Tullianum. Lejos de la prisión de Pablo —apuntó Julio.

—¿Qué puedes hacer? —no disimulaba su ansiedad Lucas.

Elena alumbró sus ojos con un resplandor de esperanza. Se levantó y corrió a abrazar los pies del romano empapándolos en lágrimas. Él la alzó y la abrazó con fuerza. Pese a la trágica situación no pudo evitar un estremecimiento en todo su cuerpo. Creía estar estrechando a una diosa herida.

—No llores, Elena. Ya se nos ocurrirá algo. Anda, tranquilízate, pequeña. ¡Yo soy el prefecto de los *vigiles* de Roma! Tenemos que serenarnos todos. Así podremos pensar mejor.

Lucas les invitó a sentarse a la sombra y ordenó a las chicas que trajeran algo de comer.

—Contamos con la ventaja de que Nerón está en Grecia. Pero hay que actuar con prudencia. Yo soy el superior de Selenio, pero en la mentalidad de Helio, el liberto que Nerón ha dejado al mando del imperio y de todo el Senado, la acción de ese estúpido va ser considerada todo una hazaña. Como comprenderéis, no puedo entrometerme ni hacer nada desde mi puesto, oficialmente claro. En realidad, Selenio está cumpliendo órdenes del emperador.

Se hizo un espeso silencio. Ahora el bucólico paisaje le parecía opaco y gris, pese a la soleada tarde. Elena no podía respirar y Rubria se le antojaba más menuda, gorrión sin alas. Tras un instante, Julio se secó las gotas de sudor en la frente.

—La única solución es organizar una fuga. No sé.

—¿Una fuga? —saltó Lucas en su asiento.

—Sí, una fuga. Que parezca que han huido, que se han escapado de la cárcel. Ya arbitraremos cómo. Quizás comprando a alguien, o valiéndonos de un grupo embozado de asalto o algo así. Tengo que reflexionar. Dejarlos allí supondría su muerte segura, aunque tenemos una tregua, porque para la ejecución esperarán al emperador, supongo. Querrán darle una sorpresa a Nerón cuando vuelva; ya sabes cuánto le gustan esos festines de sangre. Pedid a vuestro Dios, si es que existe, que me ilumine. En todo caso no deberíamos precipitarnos y hacer las cosas bien. Ante todo, Lucas, ni una palabra a nadie. Por lo pronto, haré una visita a Pedro que parezca de rutina, y también a tus padres, Elena. Os tendré al corriente.

Lucas, para destensar el ambiente, le ofreció una copa de vino y un muslo de gallina mojado en salsa, y le preguntó a Julio sobre sus escritos.

—El próximo día te traeré lo nuevo que tengo. Acabo de narrar la estancia de Pablo en Atenas. Es un momento curioso durante este su segundo viaje. Pero hay algo que no acabo de entender. Me extraña mucho, teniendo en cuenta su extensa formación helénica, su dominio de la lengua y la cultura de ese país, que este episodio de su vida resulte tan vacío, tan frustrante. ¿Cómo un hombre sensible y culto permanece frío ante esa explosión de arte, de belleza? ¿Es que vuestro Dios no habla al hombre también a través de la estética? Tu narración, Lucas, me resulta muy sobria y creo que sugiere un fracaso.

El escritor antioqueno asintió con la cabeza y cerró los ojos. Las dos jóvenes parecían ausentes, conteniendo las lágrimas.

—Sí, desde luego, estoy de acuerdo con que Pablo fracasó en Atenas. Primero porque estaba medio enfermo, solo y desanimado después de las experiencias de Filipos, Tesalónica y Berea. Aunque había dado pasos importantes, al final todo le salía mal. Siempre perseguido, apaleado, sin poder consolidar sus comunidades ni disfrutar de sus logros entre los nuevos hermanos. Y luego aquella ciudad, ciertamente muy bella, pero también muy fría, y ya entonces venida a menos. La sinagoga, su habitual plataforma de despegue, insignificante. En fin, el ambiente demasiado

materialista, idólatra, confuso, con tantos dioses como doctrinas filosóficas, y dominado por el escepticismo típico del intelectual, siempre propicio a la crítica, a cortar pelos en el aire. Y, claro, mucho menos dispuesto a aceptar un Mesías judío muerto y resucitado. Su soledad y sensación de fracaso debieron de ser enormes. Es curioso que en sus cartas ni menciona ese periodo. De todas formas, yo lo considero importante, por eso lo he contado con algo de detalle y color.

Lucas carraspeó y levantó un dedo:

—Añadiría más, Atenas fue para él un buen aprendizaje. En medio de su desolación había hecho un gran esfuerzo: intentar adaptarse a su auditorio, tan distinto del de las sinagogas, ponerse a su nivel, hablar a los atenienses desde su lógica, su cultura y hasta sus dioses, buscando un sentido al cosmos. ¿Me comprendes? Pero tropezó con un muro cuando quiso cruzar a ese otro nivel, el que supone haber dado otro paso, el de la fe, la adhesión al Mesías crucificado y resucitado. Era pedirles demasiado. En eso se precipitó. No sé si has encontrado entre los rollos que te dio Pedro un párrafo clave en su primera carta a los corintios. Elena, por favor, tráeme ese documento de mi estudio.

La muchacha corrió y en un salto se presentó de nuevo con el rollo bajo el brazo. Lucas lo abrió y leyó:

Cuando acudí a vosotros, hermanos, no me presenté con gran elocuencia y sabiduría para anunciaros el misterio de Dios; pues entre vosotros decidí no saber otra cosa que Jesucristo, y este crucificado. Débil y temblando de miedo me presenté a vosotros; mi mensaje y mi proclamación no se apoyaban en palabras sabias y persuasivas, sino en la demostración del poder del Espíritu, de modo que vuestra fe no se fundase en la sabiduría humana, sino en el poder divino.

—Es decir, no en la oratoria elocuente y persuasiva que había intentado usar poco antes en Atenas, sino en la proclamación directa de su experiencia espiritual y en el poder de convicción con que Dios ilumina a las personas que abren su alma. ¿Comprendes lo que te digo?

Julio se rascó la cabeza.

—Veo lo que quieres decir, aunque mi mentalidad se siente lejos de esa vivencia. Y con todo, yo aprecio mucho el discurso de Pablo a los atenienses. Si ese Dios único existe, tan buscado por los grandes filósofos griegos, y, por ejemplo, a su modo también por nuestro malogrado Séneca, no puede estar separado de las maravillas del universo, de la sugerencia del arte, de la complejidad del ser humano. Es más, si Él está dando vida a todo, está detrás de todo lo bello y lo bueno, el arte habría de ser una ventana para verle mejor, aunque represente a Apolo o Atenea. ¿No crees? En fin, me gustaría seguir charlando, pero he de partir.

Todos, Lucas, Elena, Rubria le abrazaron uno tras otro conmovidos y llorosos.

—En Dios y en tus manos ponemos nuestra confianza, carísimo Julio —sentenció el evangelista.

Aquella noche Julio no se acostó sin urdir un plan. Tan enfrascado estaba en ello que solo hasta el día siguiente, al ir a saludar a su esposa antes de partir, no advirtió que Livia no había dormido aquella noche en su cama. Dio los buenos días a los niños que esperaban al preceptor y corrió al Tullianum.

Chirriaron los cerrojos. Aherrojado de pies y manos, en el fondo de una celda oscura, solo iluminada por un rayo de luz que se recreaba en sus greñas blancas, estaba Pedro, más derrotado y viejo que nunca. Al principio no lo reconoció. Se restregó los ojos.

—¿Quién eres?

—No temas, soy Julio. ¿No me recuerdas?

El prefecto acercó a su propio rostro la linterna de aceite que llevaba para que lo viera el viejo pescador.

—¡Ah, sí, ahora recuerdo, nuestro centurión amigo! Ya ves dónde me encuentro. ¿Cómo te arriesgas a venir a verme como están las cosas, hijo?

—Habla más bajo, Cefas. Mira, acabo de estar con Lucas y tengo un plan para sacarte de aquí.

—¿Qué dices? No lo hagas. Preocúpate por Pablo. Él es más joven. ¿Por qué no lo liberas a él? La Iglesia lo necesita.

—En su cárcel no tengo los contactos que en esta. Con él además he gastado todas mis argucias. Enseguida se hubiera sabido quién es el autor de la fuga. Estoy preparando un informe para su defensa como ciudadano romano. A ver si sirve de algo. Tú no lo eres. Y en tu caso podemos aprovechar la ausencia del emperador. Nadie, excepto el comandante de la cárcel, que es pariente mío, sabe que estoy aquí.

—¿Qué hay de los rollos que te confié, Julio?

—No te preocupes, Pedro; están en lugar seguro. Por cierto son apasionantes, los estoy devorando, y me ayudan a componer un relato sobre Pablo, que estoy confrontando personalmente con el de Lucas. También he visto dos cartas tuyas escritas desde «Babilonia». Supongo que te refieres a Roma, en clave, ¿no?

—Sí, habrás visto que en mi segunda carta advierto que algunos tergiversan las de Pablo, donde hay cosas difíciles de entender, desde luego. No todos le comprenden. Su lenguaje es distinto. Él ha conocido a Jesús de otra manera y, aunque cuenta conmigo y con Santiago, va por libre. ¡A veces resulta más duro que ni siquiera te acepten muchos de los tuyos! Ya sabrás, las tensiones vienen de lejos, de Jerusalén conmigo y Santiago. Pero él predica también la paciencia y la esperanza.

Sentados ambos en el suelo, aprovechaban el cono de luz que les arrojaba el ventanuco.

—Yo diría que Pablo es tan complejo como enormemente rico y personal en sus ideas, pero volvamos a lo nuestro —aterizó Julio—. En los próximos días te haré llegar una nota con mis instrucciones para la fuga. Estate muy atento y sigue al pie de la letra cuanto te indique.

—¡Que Dios te bendiga, centurión! En todo caso creemos que tarde o temprano se cumplirán las promesas del Señor y vendrá un cielo nuevo y una tierra nueva en los que llegarán a habitar la paz y la justicia. Eso esperamos ardientemente.

Julio se envolvió en su manto, dio tres golpes secos en la puerta y salió de la cárcel por un acceso trasero, no sin antes confortar con una visita a los padres de Elena. El sol, que deslumbraba con fuerza en los mármoles del foro, le cegó la mirada. Caminó sin prisa para disimular su presencia entre la abigarrada multitud. Pero Ático, un mayordomo del emperador, le reconoció enseguida.

—Salve, Julio. ¿De dónde vienes?

—De tomar un refrigerio en la taberna de Mario. Antes, de vigilar las obras de las *Domus Aurea*. Parece que tienen para rato. ¿Hay noticias del emperador?

—Sí, dicen que ya se ha olvidado de las guerras de Judea por otras luchas, sus preferidas, los Juegos Olímpicos, puesto que actualmente celebran también el canto trágico como certamen. Le dijeron que Olimpia no disponía aún de locales adecuados para el certamen musical. Pero ya sabes cómo es, y forzó la competición. Ha obtenido dos laureles con su lira. Se empeñó luego en competir

también en una carrera de cuadrigas con un carro tirado por diez caballos. Pero resultó fatal: cayó en tierra, y, despedido, rodó por la arena sin poder concluir la competición.

—Por todos los dioses. ¡No me digas! —Julio no pudo contener media sonrisa.

—A pesar de todo, ya ves, los jueces le declararon campeón. Como agradecimiento les hizo una donación de doscientas cincuenta mil dracmas. Pero su obsesión, como bien conoces, es el canto. Todo el mundo sabe cómo se había preparado durante años con ejercicios de respiración para competir con los mejores cantores de Grecia. Dicen que, cuando le tocó el turno, estaba muy nervioso y carraspeaba continuamente, intentaba salivar y se limpiaba con la manga el sudor de la frente. Al final arrancó una ovación. Juraría que los griegos se sienten honrados con el mero hecho de que el emperador, el dueño del mundo, participe en persona en los juegos. Y un heraldo acabó proclamando: «¡Nerón César es el triunfador del certamen! ¡Corona al pueblo romano y a todo el mundo que lo admira!». Se había convertido de pronto en un *periodonike*, que así llaman allí al que vence en todos los certámenes: los Olímpicos, Píticos, Ístmicos, Nemeos y Actiacos, que se celebran en Olimpia, Delfos, Corinto, Nemea y Actium. Supongo que no cabe dentro de sí.

Julio no podía sorprenderse. Todo el mundo era consciente en Roma de lo mal que cantaba Nerón y cómo era objeto de mofa en los corrillos de sus enemigos. Los músicos comentaban en la intimidad hasta qué extremo era un desastre en el manejo de graves y agudos. Era evidente que los griegos no premiaban por tanto otra cosa que la dignidad imperial.

—¿Y ahora qué hace? ¿Por qué no vuelve de una vez? Lleva casi un año fuera.

El mayordomo bajó la voz.

—Cuentan que está aburrido, pero, como no le apetece regresar, está pensando en abrir una sección, un canal en el istmo de Corinto. El viejo proyecto de un canal, ya considerado por Julio César y Calígula. Creo que ha contratado a geólogos e ingenieros para establecer la dirección de la veta de las rocas. Pero no encuentra mano de obra, y la iniciativa tiene enemigos en los que aprovechan el hielo y las piedras para deslizar las naves por el istmo actual. Por lo visto, ha acudido a Vespasiano para que se sirva de los miles de judíos, los sofocados y cautivos durante la rebelión.

Más tarde Julio se enteró de que Nerón quiso inaugurar la primera azada con una solemne ceremonia. Salió de su tienda lujosamente ataviado y tras un toque de corneta cantó un himno a Poseidón, el dios del mar, y a su esposa Anftrite, y luego exclamó: «¡Que la empresa progrese favorablemente para gloria mía y del pueblo de Roma!». Luego con una pala de oro vertió la primera palada. De ella brotó un líquido rojo, como sangre, que provocó un grito de asombro. No se inmutó, descubrió la jugada del sector contrario a la obra, llenó una espuerta de tierra y exhortó a los obreros a esmerarse. Cuando la noticia llegó a la Urbe se armó, como era de esperar, el consiguiente revuelo. Nerón había olvidado mencionar al Senado. Pero a él le importaba poco, lo que pretendía era lucirse. Incluso decidió cambiar el nombre del Peloponeso por el de Neroneso y recompensar a los griegos con libertad y exención de impuestos, como anunció durante un discurso que pronunció en Corinto. Aquello provocó de nuevo al Senado, pues Acaya es una provincia senatorial, no propiedad del emperador. De modo que el ambiente en Roma estaba al rojo, y Helio, que no daba pie con bola con el gobierno, decidió disimular su impotencia a base de inusitada brutalidad, por lo que las ejecuciones estaban al orden del día.

Todo eso hacía más arriesgada la intención de Julio de liberar a algunos cristianos. Como había

leído en los textos de Lucas que la salida de la cárcel de Pedro y Pablo las atribuían los miembros de la secta en otros casos a intervención milagrosa de su Dios, se propuso urdir una estratagema en este sentido. Pero había que esperar el momento propicio.

Mientras, evitó los encuentros con Selenio, para no despertar sospechas y también cualquier relación con los cristianos. Una situación doblemente difícil, habida cuenta que Livia se ausentaba cada día más por las noches o llegaba de madrugada. Dos días después decidió no acostarse y esperarla dedicado a la lectura de los rollos cristianos. Al amanecer escuchó algo, como un suave ruido de ruedas lejos de la villa, salió y se escondió tras unos matorrales. Un resplandor rosáceo, como de mejilla adolescente, recortaba en negro las copas de los olivos. Avanzó un poco. Efectivamente un carro de dos caballos se había detenido como a una legua detrás del olivar. Se acercó sigilosamente sin ser visto.

Selenio estaba despidiéndose de su esposa, ambos con las manos entrelazadas. Un fulgor de luna rezagada acentuaba la palidez de Livia que se miraba con arrobamiento en los ojos de su amante. Selenio sonreía. Julio se aproximó aún más con riesgo de ser descubierto, pero de sus tiempos de legionario sabía deslizarse en el campo como una serpiente.

—Afrodita misma, amor mío, habría de tener celos de ti.

Ella sonrió, luego bajó la cabeza.

—Lo que necesitamos es la protección de Vulcano, Selenio. Estamos jugando con fuego y nos vamos a quemar. Da gracias a que Julio sigue enfrascado en esos escritos. Como nos sorprenda, puede fulminarnos. Tiene todos los ases en su mano para repudiarme y mandarme desterrada a cualquier isla. ¿No te das cuenta?

Selenio alzó la cuadrada barbilla e hinchó el pecho.

—¿Ese? No puede derribar ni a un mosquito. Caerá enseguida en desgracia del emperador por desacato y desobediencia a las órdenes. Soy yo el que las cumplo, el único. Es muy tibio en la persecución de esa secta perniciosa e incendiaria. Hay incluso quienes afirman que se ve en secreto con ellos. Confía en mí. Voy a demostrar a todos quién es Selenio.

—Ten cuidado, amor —gimió Livia—. Yo lo único que quiero es huir contigo. Pero sufro por los niños. Héctor, mi hijo, preguntó el otro día a nuestro esclavo Rufo que dónde estaba su madre. No quisiera hacerles daño —gimió—. Debemos esperar.

El decurión se abalanzó sobre Livia y la besó en la boca con voracidad. Ella lo rechazó.

—No, ahora tengo que irme. Está amaneciendo, Selenio. Ya es casi de día. Debemos distanciar nuestros encuentros para no despertar sospechas. ¡Oh, amor, no puedo vivir sin ti! ¿Dónde irás ahora?

—A mi casa, a descansar algo. Luego proseguiré mi tarea. Tengo pistas ciertas de dónde se esconden más cristianos. Seguro que Nerón me condecora, cuando vuelva, con algún *vexillum* y, quién sabe, si viene de buen humor, a lo mejor me asciende a centurión.

Ella endureció la mirada.

—Selenio, amor, hay malas lenguas que me siguen asegurando que frecuentas lupanares de las afueras.

—Ya te he dicho mil veces que esos no son más que infundios de mis enemigos. Mírame a los ojos, Livia. Tú me crees, ¿verdad? Mis ojos no engañan.

Y volvieron a fundirse en un largo e inflamado beso.

Julio no podía contenerse más. Su primer impulso hubiera sido saltar al instante y matarlo allí mismo, estrangularlo con sus propias manos. Pero pensó en sus hijos, en Lucas, en Pedro, en su propia carrera. Era mejor meditar la venganza. Ahora tenía una prueba fehaciente. El peso de la ley y el derecho romano estaban de su parte. Había que actuar con cautela y en su momento. Permaneció oculto a la espera de que se despidieran. Cuando Selenio dio media vuelta y se alejó en el horizonte y Livia entró en casa y se acostó, él hizo lo propio, aunque no conseguía conciliar el sueño. Le hervía la sangre ante lo que había presenciado. No se le borraba de la mente el delicado rostro su mujer con una expresión de enamorada a la luz del amanecer, un fuego que casi había olvidado de los viejos tiempos. Por primera vez en su vida se levantó y arrodillado junto al lecho musitó:

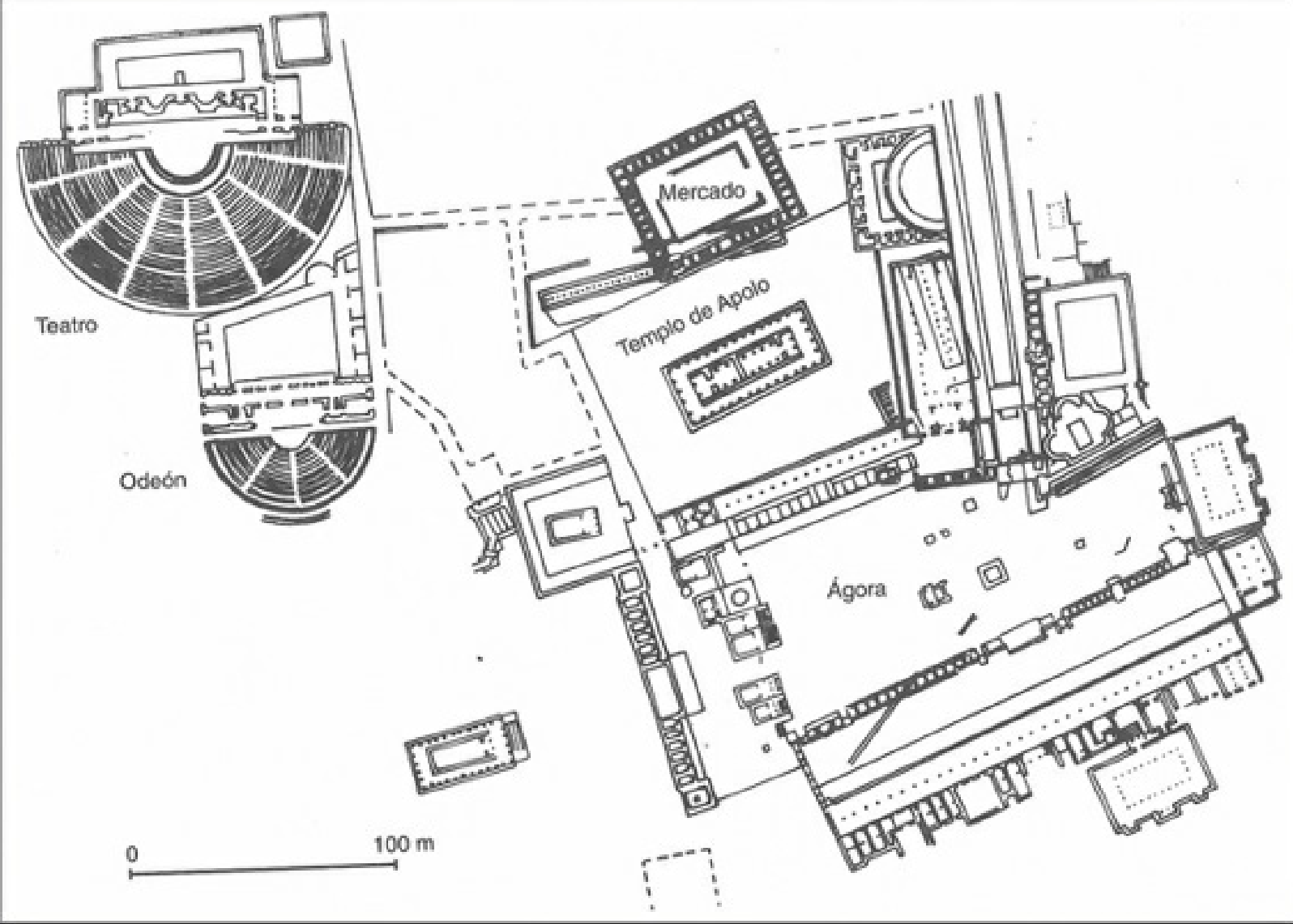
—¡Oh, Dios único! Si realmente existes y habitas en todas las criaturas, ilumina mis pasos y devuélveme a Livia.

Después, derrumbada la cabeza sobre la colcha de seda de su cama, hizo algo impropio de un soldado, algo que jamás se atrevería a hacer en público: lloró amargamente con lágrimas de niño abandonado. Fuera empezaba a quemar el sol.

La ciudad dionisiaca

Los gritos acompasados de los marineros le sacaron de su ensimismamiento. Arrastraban las embarcaciones por el camino de piedras desgastadas, el *diolkós*, que une la parte más estrecha del istmo de Corinto sobre un rudimentario vehículo llamado *holkós*. Así salvaban el brazo de tierra que separa el golfo de Egina, en el mar Egeo, del golfo de Corinto, situado en el otro lado, el mar Jónico. El tránsito de las embarcaciones era en ambas direcciones. Aquella vía se utilizaba también para transportar mercancías entre los puertos de Céncreas y Lequeo. El geógrafo Estrabón dice que la distancia de este camino enlosado es de cuarenta estadios.¹³ Pablo no imaginaba que años más tarde, presa de su megalomanía, Nerón vertería allí mismo, después de participar en los Juegos Ístmicos, la primera paletada de tierra con su pala de oro para comenzar a abrir el deseado y proyectado canal.

El mal sabor de boca que le había dejado Atenas le había movido a abandonarla cuanto antes, sin esperar la llegada de Timoteo y Silas. Y ahora Pablo estaba allí, cerca de la capital de Acaya, sobre aquel brazo de tierra, el único que unía la Grecia continental con el Peloponeso y los dos golfos. Dejó a un lado el santuario de Poseidón, protector de los navegantes, y, avanzando entre viñedos —célebres las pasas de Corinto—, agazapada en medio de un hemiciclo de montañas, como pisos naturales coronados de nieve, surgió la ciudad, sede oficial del procónsul, con más de un millón de habitantes y cuatrocientos mil esclavos.



El recién llegado atravesó la muralla y el puente del río Leuca. Entre jardines dejó de lado el anfiteatro, entró en el arrabal de Craneo, donde se encuentra el sepulcro de Diógenes, aquel filósofo que en pleno día iba con una lámpara por el bullicioso mercado en busca de un hombre. Algo así podría haber hecho Pablo en medio de la abigarrada multitud de comerciantes, aventureros y mendigos que pululaban en las calles y plazas de Corinto. Sirios, romanos y frigios, distinguibles por sus variadas cataduras, deambulaban de aquí para allá, mezclando en tabernas y mercados su sensualidad, avidez de espectáculos sangrientos, y misterios dionisiacos traídos de Oriente, Roma o Tracia.

Levantó la cabeza. Allá en lo alto del Acrocorinto, sobre una loma truncada, se hallaba el templo dedicado a Afrodita, la Venus Vulgiva o callejera. Miles de prostitutas sagradas, las hieródulas, vivían alrededor, en casitas cuajadas de rosales desde donde se consagraban a la lasciva diosa y mostraban su carnal mercancía a nuevos ricos, capitanes, marinos, viajeros y comerciantes que estaban de paso o habitaban la populosa ciudad.

- «Chica de Corinto» —reía un soldado conversando con otro—. ¿A qué te suena?
- ¿Ya has visitado a alguna?
- Primero hay que refrescar la garganta, ¿no crees?

El emblema de las *puttas* (en latín originariamente «muchacha») era una loba destrozando a las

víctimas con sus garras. El personaje de borrachín y vividor pasó a formar parte de las comedias, que se representaban en sus anfiteatros. La ciudad se identificaba con la enfermedad venérea, y era expresión conocida: «No es para todos ir a Corinto», por su alto nivel de vida; o «vivir a la corintia», que era tanto como hacerlo a placer y sin trabas. Ciudad *dionisiaca*, por consiguiente, más que *apolínea*, dominada por la embriaguez de la vida más que por la belleza de la misma. Prueba de su opulencia es que el recinto urbano poseía veintitrés templos, dos termas, dos basílicas y varios teatros y anfiteatros, uno de los cuales podría contener hasta veintidós mil espectadores sentados. El recién llegado se encontró a su paso una tumba con la siguiente inscripción:

Balnea, vina, venus corrumpunt corpora nostra, sed vitam faciunt balnea, vina, venus.

Los baños, los vinos, la lujuria corrompen nuestros cuerpos; pero la vida la constituyen precisamente los baños, los vinos, la lujuria.

Paradójicamente Pablo comenzó a animarse en medio de aquel hervidero de vividores. Al menos estos eran seres humanos débiles y falibles, pecadores si se quiere, pero asequibles, no como los orgullosos atenienses, tan seguros de sí. Se perdió, como siempre, por las callejuelas de los barrios oscuros, entre tascas de marineros y lupanares abiertos en pleno día, en busca de hermanos de raza y una posible posada. De pronto se topó con un bazar de tapices. Su profesión de tejedor y la pregunta de si había trabajo le dieron pie una vez más para entablar conversación con dos cónyuges tejedores.

—¿Vienes de lejos?

—De Atenas vengo y busco trabajo. ¿Tenéis vosotros? Soy tejedor.

—¿Cómo te llamas?

—Pablo, ¿y vosotros?

—Áquila y Priscila —respondieron.

—¿De dónde procedéis?

—De Roma —aclaró Áquila, un hombre de abundante cabellera y faz mediterránea—. Aunque soy del Ponto, junto al mar Negro. Tuve mi primer negocio en la Urbe, donde me tropecé por suerte con la que sería mi esposa, Priscila. Ahora nos hemos instalado aquí y, como hay tanta gente y tan variada, no nos va mal en el negocio de la púrpura y la tejeduría de tapices, tiendas de campaña y lonas para las velas de los barcos.

—Pero, si no es indiscreción, ¿por qué dejasteis Roma?

—Por los tumultos entre los judíos, cuando Claudio dio aquel decreto de expulsión, que luego fue pronto revocado. Pero Dios sabe adónde iremos a parar. No es fácil en estos tiempos ser judío.

—¿Te refieres a la expulsión de los judíos? Tengo entendido que el decreto de Claudio no iba tanto contra ellos, como contra los primeros judeocristianos de Roma.

Áquila enrojeció turbado.

—No te preocupes, hombre. Yo soy Pablo, apóstol del Mesías por la gracia de Dios.

Y se estrecharon felices.

La mirada penetrante del de Tarso captó algo más en aquel matrimonio. Se les veía a ambos perspicaces y con una cultura por encima de lo normal. Sobre todo la mujer de ojos grandes y rápidas respuestas a la que Pablo llamará Prisca, mientras que Lucas en sus *Hechos*, quizás con

menos confianzas, la llama Priscila.

Pronto, desde la mañana siguiente, podría verse desde la puerta abierta del bazar, que daba a la calle, al nuevo tejedor que, con aspecto de judío y encasquetado el *kipá*, movía su aguja con la fluidez de un hábil artesano. Con el cruce de hilos y los ratos de descanso entretejía también Pablo poco a poco algo de lo que llevaba en su alma y no podía contener.

El trabajo volvió a centrar al recién llegado durante las primeras semanas, le dio ocasión de recuperar su paz interior e intimar con nuevos amigos. Además, necesitaba dinero después de los últimos viajes y tanto tiempo transcurrido sin enhebrar la aguja. El olor a cuero, el del blanqueado de las lonas, el trajín de los oficiales, le ayudaban a reflexionar. No tardó en acudir a conversar a la sinagoga sobre sus temas preferidos. Hasta que un día Priscilia le dio una buena noticia:

—Pablo, dos amigos tuyos que vienen de Macedonia preguntan por ti.

En la puerta del taller los abrazos fueron apretados. Silas y Timoteo traían además dinero y excelentes noticias de Tesalónica.

—Toma, esto de parte de Jasón; y esto de Lidia: lo ha mandado desde Filipos para ti.

A Pablo se le saltaron las lágrimas. Nunca olvidaría aquel gesto: «Remediaron mi necesidad los hermanos llegados de Macedonia», llegaría a escribir.

Entonces se animó mucho. La alegría del reencuentro con sus amigos avivó su mirada y su sonrisa. Le costaba misionar solo.

—El sábado próximo iré a la sinagoga y hablaré abiertamente. Es hora de que conozcan al Mesías.

Subió a la tribuna. Se detuvo a reflexionar un instante ante aquellos rostros enigmáticos. ¿Qué decirles? No eran atenienses, no utilizaría sabiduría humana, sino que iría directo con la desnudez de la cruz. Así sintetiza el meollo de su predicación en la primera carta a los corintios:

Ante todo, yo os transmití lo que yo había recibido: que el Mesías murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras, que se apareció a Cefas y después a los doce; después se apareció a más de quinientos hermanos de una sola vez: la mayoría viven todavía, algunos murieron ya; después se apareció a Santiago y después a todos los apóstoles.

Por último se me apareció a mí, que soy como un aborto. Pues yo soy el último entre los apóstoles y no merezco el título de apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios. Gracias a Dios soy lo que soy, y su gracia en mí no ha resultado vana, ya que he trabajado más que todos ellos; no yo, sino la gracia de Dios conmigo.

Una tarde preguntó a sus nuevos amigos:

—Prisca, ¿tenéis en casa papiro y recado de escribir?

—Solo tenemos unos pedazos y una tablilla para hacer las cuentas. Pero si quieres, puedes comprarlo. Al final de la calle hay una tienda egipcia.

Pablo, acompañado del joven Timoteo, se dirigió al establecimiento, que atendía un egipcio moreno y delgado como un silbido, al que preguntó si tenía papiro.

—Lo traigo del delta del Nilo. Allí la planta se da muy bien. Cortamos la pulpa en finas láminas y las pegamos en tiras yuxtapuestas. Tenemos varias calidades, la claudia, la augusta, la liviana, la hierática. ¿Qué papiro prefieres?

—Uno resistente, que aguante los viajes por tierra y mar. Este estará bien.

—¿Algo más?

—Sí, tinta y un cálamo.

—La tinta que tengo es desecada, en polvo, hecha de negro de humo y goma. Basta disolverla en agua o mejor en vinagre, que dura más. Y aquí están los cálamos.

El egipcio le enseñó varias cañitas bien afiladas de distintos tamaños. Pablo adquirió también un cuchillo o cortaplumas para mantener la agudeza de su punta, una piedra pómez para alisar el papiro, engrudo para pegar, cordones para sellar, y una esponjita como borrador.

—¿Conoces algún escriba de buena letra en el barrio? —le preguntó al comerciante.

Sus dedos endurecidos con el trabajo de tejedor se agarrotaban a veces, su mala vista y su pulso incierto por las secuelas de su enfermedad le impedían escribir prolongadamente. Además, dictar a buenos escribas era la costumbre más arraigada.

—Sí, Isaac es buen calígrafo. Si quieres le digo que vaya a verte.

Durante un par de días a Pablo se le vio concentrado, pensando qué iba a escribir a los tesalonicenses en la primera carta de su vida como apóstol, sin saber que llegaría a ser considerada por los cristianos como el primer documento de su historia.

Caída la tarde, después del trabajo cotidiano, el escriba, sentado en el suelo con las piernas cruzadas empezó a alisar el papiro sobre un taburete con la piedra pómez y a afilar la caña cortada en forma de pluma, luego vertió agua sobre el polvo de tinta y lo removió. Pablo miraba por la ventana. El bullicio de la calle comercial comenzaba a amainarse y los rezagados pájaros y palomas se despedían con trinos y arrullos del último sol. Luego cerró los ojos y apoyando un brazo en un telar, su mente voló a Tesalónica. ¡Cuánto había deseado haber vuelto y consolar a aquellos alevines de cristianos confusos por su huida! Ese deseo se le había convertido en un sinvivir hasta que Silas y Timoteo le trajeron noticias.

Dictó en griego lentamente, con largas pausas, dando tiempo al escriba para redondear con delectación las curvas de las letras. Su voz sonora llenó de nostalgia la estancia:

De Pablo, Silvano y Timoteo a la Iglesia de Dios Padre y del Señor Jesucristo en Tesalónica:

Gracia y paz a vosotros. Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, mencionándoos en nuestras súplicas, recordando vuestra fe activa, vuestro amor solícito y vuestra esperanza perseverante en nuestro Señor Jesucristo ante Dios nuestro Padre. Nos consta, hermanos queridos de Dios, que habéis sido escogidos; porque, cuando os anunciamos la Buena Noticia, no fue solo con palabras, sino con la eficacia del Espíritu Santo y con fruto abundante.

Timoteo y Silas, o Silvano, como lo llamaba él en latín, no perdían detalle. Sobre todo este último miraba con avidez el trabajo del escriba, para más tarde sustituirle en el oficio, si fuese necesario.

—¿Por qué nos nombras, Pablo? ¡Es tu carta! —interrumpió Silas.

—Es «nuestra» carta, amigo. ¿O acaso no sentís lo mismo por nuestros hermanos de Tesalónica?

No era el Pablo polémico y fustigador de otras posteriores epístolas el que aparecía en este primer texto. Tenía que acallar sospechas y alentar a aquellos pocos cristianos de origen judío y a los paganos recién convertidos sometidos a rechazo por sus compatriotas. Tenía que limpiar su imagen, borrar la idea de que él era uno más de esos filósofos ambulantes y predicadores de pacotilla, que adulaban a los ricos con sus supercherías. No, no, él no se presentó así.

Vosotros sabéis, hermanos, que no os visitamos en vano. Después de sufrir malos tratos en Filipos, como sabéis, nuestro Dios nos dio valentía para exponeros la Buena Noticia de Dios entre fuerte oposición. Es que nuestra predicación no procede de engaño, ni de motivos sucios, ni usa el fraude; sino que, acreditados ante Dios exponemos la Buena Noticia que nos han encomendado, buscando agrandar no a hombres, sino a Dios, que examina nuestros corazones. No usamos nunca un lenguaje lisonjero, lo sabéis, ni pretextos para ganar dinero, Dios es testigo; no hemos pretendido honores humanos, ni de vosotros ni de otros, aunque podíamos, como apóstoles, seros gravosos. Al contrario, nos portamos con vosotros con toda bondad, como una madre que acaricia a sus criaturas.

A Pablo se le encendían las mejillas recordando su afecto, y su disposición a dar la vida por ellos: «¡Tanto os queríamos!». Cómo trabajaba día y noche para no serles gravosos, mientras proclamaba la Buena Noticia. Ellos fueron testigos de aquel excelente trato.

Sabéis que tratamos a cada uno como un padre a su hijo, exhortándoos, animándoos, urgiéndoos a proceder de modo digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria. Por eso también nosotros damos gracias incesantes a Dios, porque, cuando nos escuchasteis la Palabra de Dios, la acogisteis, no como palabra humana, sino como realmente es, Palabra de Dios, activa en vosotros, los creyentes.

Les recordó luego cómo imitaron al Mesías, ya que sufrieron de sus paisanos lo que ellos de los judíos, los cuales habían dado muerte al Señor Jesús. Rememoró cómo la mayoría, siendo paganos, dejaron la idolatría, y evocó las persecuciones y las ganas frustradas de volver a verlos. «Pues, cuando venga el Señor nuestro, Jesús, ¿quién sino vosotros será nuestra esperanza y gozo y la corona de la que estemos orgullosos ante él? Vosotros sois mi gloria y mi gozo». Y cómo les mandó a Timoteo, quedándose solo en Atenas, para que no flaquearan en sus tribulaciones.

Ahora Timoteo acaba de volver de visitaros y nos ha informado de vuestra fe y amor, del buen recuerdo que guardáis siempre de nosotros, de las ganas que tenéis de vernos, como nosotros a vosotros. Y así, hermanos, en medio de necesidades y tribulaciones nos consuela vuestra fe, y nos sentimos revivir por vuestra fidelidad al Señor. ¿Qué gracias podremos dar a Dios por vosotros, por el gozo que nos proporcionáis ante nuestro Dios? Día y noche pedimos insistentemente estar allí presentes para completar lo que falta a vuestra fe. Quiera Dios, Padre nuestro, y el Señor nuestro Jesús dar éxito a nuestro viaje hasta vosotros; y a vosotros os conceda el Señor abundar y rebosar de amor mutuo y universal, como nosotros os amamos.

Pablo estaba dispuesto a seguir, pero Timoteo le dio a entender con gestos el cansancio que acusaba el escriba, por lo que dejaron para otro día la segunda parte de la carta, que contaría con exhortaciones y enseñanzas. La pluma se trababa a veces con la fibra del papiro y escribir un texto medianamente largo costaba mucho tiempo. Para setenta palabras hacía falta casi una hora.

El mensaje cristiano era una fuente de amor y esperanza. «Vosotros habéis aprendido de Dios a amaros mutuamente, y lo practicáis con todos los hermanos de Macedonia entera. Con todo, os recomendamos que sigáis progresando. Esmeraos en mantener la calma, en atender a vuestros asuntos y trabajar con vuestras [propias] manos, como os recomendamos». La excesiva preocupación por los muertos, «la suerte de los difuntos», que en un tiempo en que se esperaba próximo el fin del mundo, había de curarse, según Pablo, a base de esperanza, no como los que no tienen fe. «Y así estaremos siempre con el Señor».

El amigo había finalmente desahogado su corazón. Silas releyó la carta por si había algo que corregir y comenzó a pegar entre sí las hojas con engrudo hasta formar con ellas un rollo. Iba a atarlo

con una cinta, cuando Pablo exclamó:

—Espera, Silas. Hay que añadir algo: «Os conjuro por el Señor que se lea esta carta a todos los hermanos».

Su intención era que se copiara y repartiera por las comunidades vecinas. Luego le pidió el cálamo al escribiente y de su propia mano añadió con enérgicas letras grandes: «¡La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros. Amén».

Acto seguido metieron el rollo en una envoltura de pergamino o *paenula*, donde habían escrito la dirección, y procedieron a atarlo con cordones y sellarlo con cera. Timoteo buscaría un correo de confianza que tomara el primer barco hacia Tesalónica.

Pablo estaba imparable. Por aquellos días redobló su interés por predicar en Corinto su tesis preferida, que Jesús era el Mesías. Tuvo éxito, pues no fueron pocos los que pedían el bautismo. Pero una vez más saltó el escándalo.

«Como se oponían y lo injuriaban —cuenta Lucas—, se sacudió el polvo de la ropa y dijo: “De vuestra sangre vosotros sois responsables y yo soy inocente: en adelante me dirigiré a los paganos”».

Le había salido de nuevo el carácter. Es de imaginar la cara que pondrían los judíos. Para dejar clara su nueva etapa Pablo alquiló cerca de allí una habitación a un pagano «temeroso de Dios», Ticio Justo, donde celebraba sus nuevas reuniones. No porque hubiera fracasado con todos los judíos, ni mucho menos, puesto que pocos días después se presentó ante él el jefe de ellos, el archisinagogo en persona.

—¿Qué haces aquí, amigo Crispo?

—Vengo a bautizarme.

A Pablo se le llenó la boca con una sonrisa y lo abrazó.

—¿Imaginas el escándalo que va a provocar tu conversión?

—El escándalo ya lo has organizado tú —respondió Crispo—. Y encima te vienes a vivir aquí, al lado de la sinagoga.

Estéfanes; Gayo; Erasto, tesorero de la ciudad; Sóstenes; Zenas, un judío docto en derecho; la viuda Cloe; Tercio, futuro secretario de Pablo; y Cuarto fueron algunos de los nombres queridos que se irían incorporando sucesivamente a la comunidad. Había también muchos pobres, libertos, artesanos y esclavos entre los conversos, ya que lo tenía muy claro, y así se lo dirá a los corintios:

Pues la locura de Dios es más sabia que los hombres y la debilidad de Dios más fuerte que los hombres. Observad, hermanos, quiénes habéis sido llamados: no muchos sabios en lo humano, no muchos poderosos, no muchos nobles; antes bien, Dios ha elegido a los locos del mundo para humillar a los sabios, Dios ha elegido a los débiles del mundo para humillar a los fuertes, a los plebeyos y despreciados del mundo ha elegido Dios, a los que nada son, para anular a los que son algo. Y así nadie podrá engreírse frente a Dios. Gracias a Él vosotros sois del Mesías Jesús, que se ha convertido para vosotros en sabiduría de Dios y justicia y consagración y redención.

Para marcar la diferencia con los judíos, Pablo empezó entonces a reunir a su gente en domingo. Se congregaban *ante lucem* al amanecer, para entonar cantos de alabanza a Cristo, y a la caída de la tarde. Entonces leían textos de los profetas, recitaban salmos; Pablo se dirigía a la asamblea y llegaba el momento del ágape o comida de amor. En ese instante se unían mesas pequeñas que disponían en forma de herradura o semicírculo. Junto al rico Erasto y a Crispo, el jefe de la sinagoga, se sentaban el panadero, la esclava, el barrendero o la prostituta recién convertida. Cada grupo era

presidido por un anciano. Muchachas de mirada limpia y casadas afables servían a la mesa aceitunas, sardinas, pan, vino y agua. Antes, el padre de familia o un diácono pronunciaba una bendición de alabanza sobre los manjares. Tras el ágape se alejaban los no bautizados y comenzaba el banquete eucarístico propiamente dicho en la sala principal provista de grandes ventanas situada en el segundo piso. Hombres y mujeres se arrepentían públicamente de sus pecados y presentaban ofrendas: harina de trigo, racimos de uva, incienso y aceite para las lámparas, junto a pan y vino. Pablo repetía entonces los gestos de Jesús, como recordaba él mismo:

Pues yo recibí del Señor lo que os transmití: que el Señor, la noche que era entregado, tomó pan, dando gracias lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo, después de cenar, tomó la copa y dijo: «Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre. Haced esto cada vez que la bebáis en memoria mía». En efecto, siempre que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor hasta que vuelva. Por tanto, quien coma el pan y beba la copa del Señor indignamente, es reo del cuerpo y la sangre del Señor. En consecuencia, que cada uno se examine antes de comer el pan y beber la copa.

Comían entonces los trozos de pan y bebían la copa de vino con la certeza interior de que fundían sus cuerpos, sus almas, sus vidas con el Mesías mismo, el Cristo. Cantos de acción de gracias, besos y abrazos culminaban estas celebraciones de hosannas y un *Maranatha* que sellaba su esperanza: «¡Señor, ven!». Al salir a la calle y al frescor de la noche, se sentían hombres y mujeres distintos, reconfortados para seguir afrontando las dificultades de la vida.

Que estas celebraciones tuvieran lugar precisamente a un paso de la sinagoga era toda una provocación y encima con participación de personalidades destacadas de Corinto, como el jefe de la sinagoga y el tesorero de la ciudad. Una competencia intolerable. Las comidillas, los rumores y la indignación crecían sobre todo entre los judíos. Pablo se temía lo peor: que se repitieran las aún recientes y duras experiencias de rechazo, cárcel, palizas o expulsión de Filipos y Tesalónica. Su mente se las representaba continuamente y no podía dormir. Una noche se levantó y comenzó a orar. De pronto cayó en éxtasis y vio al Señor en persona que le decía: «Pablo, no temas. Sigue hablando y no te calles, que yo estoy contigo y nadie podrá hacerte daño, porque en esta ciudad tengo yo un pueblo numeroso».

Era de algún modo una repetición del resplandor de Damasco. Aquel fuego le consoló, subió por sus venas, y lo saboreó paladeándolo: «Yo estoy contigo, yo estoy contigo». ¿Qué refuerzo y ánimo podría ser mayor? Jesús se le había vuelto a aparecer para reafirmarle en su arriesgado camino. «Si Dios está con nosotros —le gustaba decir—, ¿quién contra nosotros?». Tenía pues que quedarse en Corinto y seguir trabajando en la construcción de aquella próspera comunidad.

Pero los judíos de la vecina sinagoga no permanecían mano sobre mano.

—¿Qué hacemos? —le preguntaron a Sóstenes, el nuevo presidente de la sinagoga.

—Hemos de actuar con inteligencia. Lo más eficaz será cortarles el paso a través de la autoridad romana. Dicen que el nuevo procónsul es una persona razonable y sagaz. Lancémoslo en su contra.

El nuevo procónsul era un hispano y uno de los hombres más nobles y cultos de su tiempo, Marco Anneo Novato, también llamado Julio Galión, por su protector y padre adoptivo. El padre real de este cordobés, nacido en tiempos de Tiberio, hombre culto, Lucio Anneo Séneca, el Viejo, había emigrado a Roma, donde fue profesor de retórica, con sus tres hijos. Los tres jóvenes hicieron honor a su estirpe y llegaron a ser auténticas lumbreras, uno de ellos llegaría a ser el tantas veces

citado y famoso Séneca, preceptor del entonces joven Nerón, a quien aconsejó acertadamente mientras este quiso hacerle caso. Quizás el filósofo influyó para que en tiempos del emperador Claudio el Senado nombrara a Galión procónsul de Acaya en Grecia, con residencia en Corinto. Séneca le estimaba tanto que decía: «Ningún mortal puede ser tan bondadoso como lo es Galión con todo el mundo. Jamás se podrá querer bastante a mi hermano Galión».

Confiados en esta buena fama, un día los judíos asaltaron el taller y apresaron a Pablo ante la estupefacción de Áquila y Priscila.

—¿Qué hacéis? ¿Por qué os lo lleváis?

—¡Callaos! Ahora veréis.

Lo arrastraron hasta la plaza pública y lo presentaron ante el *bêma*, el tribunal situado en el centro de la columnata. Alertado por el griterío, salió Galión con sus lictores.

—¿De qué le acusáis? —preguntó el cordobés.

Era un hombre de buena estampa, sienes entrecanas y rostro sereno.

—¡Este hombre induce a la gente a profesar una religión contraria a la ley, una *religio illicita!* —bramaron los judíos.

Galión miró de arriba abajo a aquel personaje de aspecto más bien insignificante. Eso sí, su mirada y su rostro transmitían serenidad. El sexto sentido del procónsul captó enseguida la estratagema, y, como buen político, dio la vuelta al argumento.

—Judíos, si presentaseis una injusticia o un crimen, admitiría yo vuestra querrela. Pero no me meto en vuestras contiendas religiosas, ni tengo ganas de ser juez en ellas.

De modo que hizo un gesto para despedir a los acusadores mientras la guardia dispersaba el alboroto. Sóstenes casi se cae por los empujones en la escalinata. La escena degeneró en comedia. Los griegos que asistían a ella aprovecharon la ocasión y dieron al archisinagogo una solemne paliza ante la pasividad de Galión. Lo más curioso es que después del apaleamiento, Sóstenes reflexionó y lejos de radicalizarse, se unió a la comunidad cristiana. Quizás Galión recordaba la lectura de *De vita beata*, la obra que le había dedicado su hermano Séneca, donde habla del auténtico hombre con una misión divina, el *antistes* en contra del ignorante supersticioso que se arrodilla delante del primer dios que le ponen delante. Aunque a decir verdad, el romano ni lo había condenado ni absuelto, sino permanecido imparcial. Lo que ignoraban Pablo y sus amigos es que el sanguinario Nerón también obligaría a Galión, como a su hermano, a quitarse la vida.

Lo cierto es que a partir de entonces reinó la tranquilidad en Corinto para aquel predicador tan osado que parecía caminar ahora más libre y desvinculado de la sinagoga. Permaneció todavía algún tiempo en la ciudad, en total un año y medio. Su labor se extendió hasta el barrio del puerto. Gracias a Febe, una amiga de Priscila, emprendedora mujer dedicada al comercio, la nueva fe entró en los muelles del puerto oriental de Corinto, donde atracaban las naos procedentes del Asia Menor. Marineros de tez bronceína, lobos de mar, musculosos remeros y capitanes de diversa procedencia acudían a casa de Febe, que se quedará en el recuerdo como una formidable cristiana comprometida con lo social y lo jurídico para más tarde ser diaconisa, y al parecer incluso presidir la asamblea en la iglesia de Céncreas.

En aquella casa del puerto, desde cuyas ventanas jarcias y velas se balanceaban sobre el azul con promesas de singladuras, Pablo pasó un par de semanas. Allí cumplió el extraño voto de raparse

el pelo. Cumplimentaba el llamado voto *nazireato*, una consagración según la ley mosaica, que podía ser temporal o de por vida, e incluía tres compromisos: no tocar cadáver, abstenerse de bebidas alcohólicas y no cortarse el pelo, aunque bastaba cumplir una de estas tres condiciones. Al final de la promesa el devoto podía rapar de nuevo sus cabellos, que eran quemados ritualmente en presencia de los sacerdotes de Jerusalén.

Estas salidas de Pablo, tras su superación de la ley mosaica, resultan sorprendentes. ¿Quería darle a esta costumbre otro contenido? Rompedor, en todo caso como siempre, tenía algo de locura divina, como él mismo aseguraba: «Dios ha elegido a los locos del mundo».

Desde cubierta, rumbo a Siria, acompañado de Áquila y Priscila —quizás también Silas, pues Timoteo se quedó en Corinto—, echó una última mirada a la tierra que nadie podría ya arrancar de su alma. El viento hinchó las velas mientras él quizás repitió en silencio, para sí mismo, una de sus frases preferidas: «Quisiera soltar amarras y estar con Cristo». La brisa marina, empapada de un familiar salitre y alentadora de nuevos horizontes, acariciaba de nuevo su despejada frente.

Ágape y Eros

Cuatro sombras envueltas en capotes oscuros se deslizaban por los foros imperiales en la ladera noroeste del monte Capitolino. Habían elegido una noche nublada, sin luna. Pretendían, sin ser vistos, llegar como fuera hasta la cárcel, situada entre los edificios de la Curia y el Tabularium, donde se conservan los documentos de estado.

—Esperad que pase el segundo turno de guardia. ¡Sobre todo que no os vean la cara! —susurró Julio a sus tres acompañantes, veteranos de su confianza, siempre dispuestos a dar incluso la vida por su antiguo centurión de heroicos tiempos de legionarios.

Julio sacó de un bolsillo las llaves que su amigo Juno, el carcelero, le había facilitado.

—¡Bajamos la escalinata cuando yo dé la señal! Imitaré un maullido de gato. Y entramos por la puerta de atrás. Da a un pasadizo que conduce directamente a las mazmorras de abajo.

Tensos, los veteranos contuvieron la respiración. Sabían que se la jugaban, pero un deseo de su antiguo jefe era una orden para ellos. El centurión serpenteó a gatas sobre el bajo muro para avistar a la guardia desde un recodo. Cuando los vigilantes se cruzaron y ambos se perdieron por las fachadas opuestas, maulló dos veces. Entonces todos saltaron como felinos hacia la escalera, abrieron la puerta con la llave y se dividieron en dos grupos. Julio y Sixto se dirigieron a la celda de Pedro y los otros dos a la de los padres de Elena.

Intentaron hacer el menor ruido posible al descerrajar las puertas. Cefás esperaba de pie sin apenas poder sostenerse.

—¡No temas, Pedro, somos nosotros! —dijo Julio, antes de abrirle los cepos de pies y manos.

—¡La lámpara, no te olvides! —le advirtió el exlegionario Sixto, que le acompañaba.

Se refería a una lámpara de aceite encendida, un ardid que se les había ocurrido dejar en la mazmorra para reforzar la impresión de que aquella apertura de puertas sin ser forzadas era ni más ni menos que un milagro, puesto que los cristianos sostenían que sus dirigentes habían sido en otras ocasiones liberados de sus cadenas por ángeles. Esta era la consigna para el rumor que había que hacer correr por la ciudad al día siguiente.

Pedro, achacoso y con las piernas agarrotadas, apenas podía andar. Julio le sostuvo por las axilas hasta la puerta trasera, donde ya le esperaban sus dos compañeros con los padres de Elena.

—¡Esperad! —balbució en voz apagada Julio, que contaba para sí los pasos de los vigías del muro.

—Uno, dos, tres..., veintinueve, treinta. ¡Ahora!

Corrieron los siete como una exhalación —Pedro, arrastrado, casi en vilo, por Julio—, hacia un bosquecillo situado junto al Tabularium. Allí descansaron un instante resoplando, para dirigirse enseguida al pórtico de Octavia, donde detrás de unas columnas les esperaba el carro cerrado que conducía el esclavo Rufo, oculto bajo un capote. Una hora más tarde se hallaban a las afueras de Roma, junto a la boca de una catacumba secreta, aún no descubierta por los romanos.

Los libertadores apenas se detuvieron mientras abundaban entre los creyentes los abrazos y lágrimas. Tenían allí dispuestas cuatro cabalgaduras, y despojados de sus mantos, que depositaron en el carro de Rufo, se dispersaron hacia diferentes direcciones. Julio tomó la de la vía Appia, directamente hacia la alquería de Lucas. Al trote transpiraba intensamente siguiendo el compás alocado de su corazón, aunque satisfecho del éxito de la maniobra, que le recordaba sus buenos tiempos de emboscadas y escaramuzas de guerra. No obstante, la preocupación le zahería como un puñal clavado en el estómago. Se había tenido que contener y esperar el momento propicio, convencer a unos, sobornar a otros, y sobre todo reprimirse con Selenio en lo que más le dolía, la traición de Livia. La situación de su esposa estaba alcanzando límites insostenibles. No solo no se dirigían ya la palabra, sino que los niños empezaban a acusar la tirantez entre ambos, pues se les veía tristes y sin ganas de estudiar, como le había alertado ya el pedagogo. El prefecto hasta entonces había aliviado su propio nerviosismo sumergiéndose en los papiros y en la redacción del segundo viaje de Pablo, no sin hacer un enorme esfuerzo para poder concentrarse.

Las nubes se habían esfumado del cielo de Roma y una atrevida luna acariciaba con dedos de plata las crines del caballo, que le condujo en un suspiro a la alquería donde se hospedaba Lucas. Todos esperaban despiertos y anhelantes bajo el porche.

—¿Qué, amigo Julio? ¿Cómo ha ido todo? —preguntó el médico, ansioso.

—¡Están a salvo, Lucas!

—¡Loado sea nuestro Señor! —suspiró el escritor, alzando los brazos.

Elena se echó a los polvorientos pies de Julio, bañándolos de lágrimas.

—Es todo lo que hemos podido hacer de momento. Pero el escándalo va a ser mayúsculo. Roma entera va a estallar mañana en un sobresalto. Ya he dado instrucciones al carcelero sobre lo que tiene que decir.

—¿Y cómo lo explicará?

—Que se presentaron jóvenes vestidos de blanco, como ángeles, y una luz potente les cegó. Más o menos así cuentas tú algunos episodios de tu libro, ¿no? Esperemos que se traguen el cuento. Dentro de unos días vendré a verte. Tengo graves cuestiones que consultarte.

—No es un cuento, Julio. ¡Esta vez el ángel has sido tú!

—¿Podré ver a mis padres? —preguntó con avidez Elena.

—Me temo que no, muchacha. Es pronto. Deben permanecer ocultos si quieren conservar la vida. Veremos cómo reacciona el emperador cuando vuelva.

Ella le devoró con ojos de amorosa gratitud.

Al día siguiente le recibieron sus oficiales visiblemente alterados. Selenio, rojo de ira, profería juramentos, cuando recibió la noticia:

—¡Por todos los dioses! No me creo esa patraña de ángeles. Voy a someter a tortura a los carceleros y sacarles cuanto saben.

—No harás tal cosa sin mi permiso. Primero hay que realizar una investigación a fondo.

—Pues lo pagaran esos hijos de perra, te la aseguro.

—¿Vas a privar a Nerón del placer de torturarlos? —arguyó Julio con displicencia.

El prefecto se dirigió a la cárcel y realizó una pantomima de interrogatorio. La guardia no había visto nada y el único carcelero que presenció la fuga insistía en la versión milagrosa. Luego ordenó a sus fuerzas búsqueda y captura por los cuatro costados de Roma en pos de los fugados, encargando a Selenio comandar la redada. Así no levantaba sospechas.

Mientras, en Grecia, el emperador no podía conciliar el sueño. La noche anterior habían llegado noticias de Helio notificando que en Roma se urdía una nueva conspiración contra él.

—Levantemos el campamento y regresemos en secreto —ordenó el *princeps* tembloroso. Era consciente de que no se conocía ningún emperador retirado y no quería morir a los treinta años.

—Pero, señor, el mar está embravecido —le advirtió un consejero.

—¡No importa! ¡Zarpemos cuanto antes!

A duras penas se salvó de un naufragio, y a los siete días, a principios de marzo, atracaba en Brundisium, donde hizo desembarcar un voluminoso equipaje. Los estibadores soportaron el peso de cientos de estatuas y obras de arte junto a mil ochocientas ocho coronas triunfales obtenidas en sus juegos.

—Vamos a Neápolis. No quiero aparecer en Roma sin saber qué pasa realmente. Además, los griegos del sur me recibirán con los brazos abiertos.

Nerón no se equivocaba. Los napolitanos abrieron una brecha en el muro para que el emperador entrara como un atleta victorioso. Siete días duraron los festejos hasta que de pronto se presentó un mensajero en la tribuna.

—¡Señor, una insurrección puede atentar contra tu vida!

Sorprendentemente el emperador no se inmutó, ni cambió su programa festivo. Visitó una escuela de púgiles y asistió entusiasmado a varias competencias atléticas. Pero esa misma noche llegaron nuevas noticias alarmantes.

—No os preocupéis. Me vengaré de esos rebeldes. ¡Vamos a ese ágape!

En la Galia, el gobernador Vindex preparaba un ejército de cien mil hombres para respaldar a Servio Sulpicio Galba, un anciano de setenta y tres años, que había sido gobernador de Aquitania, guarecido en Britania y gobernado como procónsul de África. Hacía siete años que estaba como legado en Hispania, enviado personalmente por Nerón para mantener las distancias. Vindex inició la rebelión y envió un mensaje a Galba: «Un cuerpo robusto necesita una cabeza».

A continuación profirió una sarta de insultos contra Nerón, entre ellos el de «lírico miserable», lo que más podría herir la sensibilidad al emperador, que exclamó: «¿Podéis citarme a un artista más grande que yo?».

Acto seguido despachó un mensaje al Senado: «Dadnos satisfacción a mí y al estado», tras justificar su ausencia por una inflamación de garganta.

—Ahora tu presencia en Roma es indispensable —le indicaron sus consejeros.

Julio supo de la llegada de Nerón mientras bebía vino rojo tumbado con sus colegas, después de un baño en las termas.

Helio preparó un recibimiento por todo lo alto. Derribó un sector de las murallas, para no ser

menos que Neápolis, y concitó a las masas para que acudieran a la bienvenida. A Julio se le encargó el cometido de vigilar el recorrido palmo a palmo.

El cortejo constaba de mil carros. En uno de ellos, pintado de blanco y tirado por dos caballos también albos, iba el *princeps* en el centro de la comitiva. Nerón, más gordo y mofletudo, se había dejado crecer el cabello que le llegaba a los hombros desde su cabeza coronada de laureles a la par que ostentaba en la diestra la rama triunfal de Delfos. A su lado, Diodoro, famoso tañedor de lira, a quien había vencido en certamen, le acompañaba sonriente.

—¡*Ave*, vencedor de Olimpia! —gritaba el pueblo.

—¡*Ave* vencedor de los Juegos Píticos, Augusto, Nerón, Apolo, Hércules, único *periodonike*, único señor, Augusto, voz divina! ¡Bendito quien te oyó cantar!

Los romanos esperaban que se dirigiera a la multitud con un discurso. Pero su rostro no podía ocultar la palidez del miedo. Perturbado, recorrió la vía Sacra hacia el foro, mientras saludaba con la mano. No se dignó dirigir la mirada a la curia de los senadores, y se perdió en su palacio rodeado de sus cerca de dos mil coronas triunfales, que, como no cabían en sus estancias, tuvo que repartir en el santuario de Apolo del Palatino y en el Circo Máximo.

Roma era un volcán de problemas: rebelión abierta en la Galia, relaciones con el Senado rotas, descontento en las masas. La situación requería medidas drásticas, pero él se contentó con citar a los principales políticos para que le informaran. Luego, deprimido, no se le ocurrió otra cosa que mostrarles un artilugio.

—Mirad, es un *hydraulus*, una máquina sorprendente para mover el agua. Tengo intención de mostrarla públicamente en el teatro.

No tuvo ocasión de hacerlo, pues las noticias de la Galia eran cada día más inquietantes.

Las preocupaciones distraían al emperador de los asuntos internos. Esto permitió a Julio una tregua y dedicarse más a su casa. Aunque proseguía el silencio espeso y distante en su incomunicación con Livia, una tarde, mientras revisaba sus últimos escritos, lejanos sollozos llegaron a sus oídos. Dejó los papiros sobre la mesa y siguió la estela de aquel llanto contenido. No procedía de la habitación de Livia. Los niños jugaban en el estanque del patio con unos barquitos que le había confeccionado Rufo con pedazos de caña. Siguió buscando hasta que advirtió que el lamento provenía de fuera de la villa. Bajo la parra del jardín trasero, sentada junto al brocal del pozo, lloraba Livia con la cabeza entre las manos.

Julio se acercó respetuosamente. Ella dio un respingo y volvió la cabeza para no mirarle.

—¿Qué te sucede, mujer?

—¡Márchate! ¡No quiero verte! ¡No aumentes mi tristeza!

—¿No quieres que hablemos? Podría aliviarte conversar, Livia.

Ella se levantó y se alejó corriendo.

Julio no quiso seguirla. Pensaba que no era el momento oportuno, aunque anhelaba intensamente poder desahogarse, más confuso que nunca.

Después de reflexionar un rato, decidió acudir a Lucas; él siempre le daba paz y le ayudaba a poner orden en sus pensamientos.

La alquería parecía muerta, como deshabitada, desde la entrada. Ni las dos muchachas, ni siquiera los campesinos daban señales de vida. Empujó la cancela, que se abrió sin más y avanzó

camino abajo con la mano en el pomo de la espada. Finalmente divisó a lo lejos a un viejo que ordeñaba una vaca. Al verle, este salió corriendo.

—¡Detente, buen hombre, soy amigo de Lucas!

El anciano creyó reconocer la voz y se acercó temeroso.

—¡Oh, señor, al principio no os reconocí! Lucas está más abajo, oculto en el pajar. Os indico el camino.

Julio avanzó entre vides y alcornoques hasta un caserón de adobe y piedra, situado en los confines de la finca. El viejo entró y golpeó cuatro veces en una trampilla que conducía a un sótano o cueva donde se ocultaba el médico con las dos muchachas.

—¡No temas, Lucas, soy yo!

Bajó por una escala de madera y abrazó a Lucas.

—Pasa, Julio, pasa. Hemos tenido que refugiarnos aquí. Alguien debe habernos traicionado, pues nuestros enemigos no paran de merodear por la alquería.

—Vamos afuera, aquí apenas se puede respirar.

Se sentaron en unos bloques de piedra detrás del pajar. Elena y Rubria no podían disimular sus ojeras ni acabar de sacudirse sus túnicas cubiertas de polvo y paja.

—¿No sabes la noticia? —comenzó Lucas visiblemente contrariado—, ¿lo de Cefas...?

—No sé nada. He estado muy ocupado con los preparativos del recibimiento al emperador. ¿Qué le pasa a Pedro?

—Estamos muy contrariados. Después de que lo liberaste, los hermanos no ocultaban su preocupación de que encontraran su escondrijo. Había sospechas de que tus hombres, o los de Selenio, mejor dicho, se acercaban peligrosamente a la catacumba. Entonces varios presbíteros le aconsejaron que huyera.

Julio aguzó sus oídos.

—Una noche, amparado por la oscuridad —contó Lucas—, Pedro avanzaba angustiado por la vía Appia entre sepulcros, cuando de pronto se tropezó con una sombra que se interpuso en su camino. El anciano se detuvo asustado.

»—*Quo vadis, domine?* —le preguntó a la sombra.

»—Voy a Roma, a que me crucifiquen de nuevo —respondió el caminante.

»—¿Debes ser crucificado de nuevo? —preguntó Cefas.

»—Sí, otra vez seré crucificado.

»Entonces con lágrimas en los ojos Pedro respondió:

»—Señor, regresaré y te seguiré.

»En ese instante desapareció la sombra, y Pedro dio media vuelta y corrió a Roma tan rápido como se lo permitían sus piernas.

—¿Y dónde se encuentra ahora? —interrumpió Julio.

—Ha regresado a su escondrijo. Pero nos tememos que no tardarán en descubrirlo. Están interrogando a la gente mediante tortura. Si bien Cefas ahora parece muy reconfortado con la visita del Señor.

Todos enmudecieron entre atónitos y sobrecogidos. Lucas rompió el silencio.

—Pero dime, ¿qué te trae ahora por aquí, Julio?

—Se trata de una consulta personal.

El médico se levantó para indicar a las muchachas que debían dejarlos solos e iniciaron un paseo por el campo. En pocas palabras, el centurión le puso al corriente del regreso de Nerón, la grave situación política y lo que más le interesaba, el abismo que le separaba de Livia.

—Si no he atravesado con mi espada a Selenio, Lucas, no ha sido por falta de ganas, sino por no perjudicaros a vosotros.

Lucas se mesó la barba y clavó sus ojos en una lejanía verde, ausente de las preocupaciones humanas.

—«Quien a hierro mata a hierro morirá», le dijo el Señor a Pedro cuando fueron al huerto a detenerle. ¿De qué te hubiera servido? ¿Habrías recuperado el amor de tu esposa? Matar a un compañero de armas, ¿te habría traído algún beneficio? Has hecho lo correcto, amigo.

—Pero mi corazón hierve de odio. Lo extraño es que hoy he encontrado a Livia hecha un mar de lágrimas, cuando hace solo unos meses la sorprendí besándose con esa alimaña. Te aseguro que no entiendo lo que está pasando.

El escritor posó su mano sobre el hombro exhausto del soldado.

—¿Habéis hablado? Seguramente el tiempo está trabajando a tu favor, sobre todo si el tal Selenio es como dices. Hay que esperar.

—Un centurión, un prefecto de Roma, no puede admitir esa afrenta contra el honor. ¡Los destruiré a ambos!

—¿Y dices que la amas?

—Sí, al menos la he amado con todo mi ser, te lo aseguro. Ahora no sé lo que siento. En realidad, estoy tan confuso que necesitaba hablar con alguien. Tú siempre me has iluminado con tus consejos.

Volvieron a sentarse bajo una copuda higuera. El campo atardecido, surcado de brochazos de sangre y sombra era para Julio un bálsamo ungido de quietud junto a las serenas palabras de Lucas.

—¿Qué es el amor en estos tiempos, Julio? ¿Qué es el amor para el emperador de Roma? ¿Qué significa para tu gente, los soldados que llevan la «gloria» del imperio por tierras lejanas? ¿Qué es para un esclavo, una ramera, un senador? Cuando te enamoraste fue un sentimiento que se apoderó de ti y también de Livia, supongo. Primero fue fuego en vuestra carne, luego un vínculo al compartir casa, hijos, ilusiones. Hasta que llegaron las dificultades. Eran los tiempos del *do ut des*. «Te quiero, si tú me quieres», como el trasvase de dos egoísmos. Cuando tus obligaciones te absorbían la vida, por ejemplo durante el incendio, ¿qué era el amor?

—Ella no soportaba mi ausencia.

—Es frecuente que la pasión se convierta en sufrimiento, como opinaba Catulo que tanto influyó en vuestros mejores poetas. ¿Has leído a Virgilio u Horacio? En Virgilio la pasión amorosa se va haciendo cada vez más negativa, como puedes observar en la *Geórgicas*, cuando Orfeo tras perder definitivamente a su amada Eurídice por no ser capaz de controlar «una locura repentina» motivada por su excesiva pasión y volverse para verla, relata:

Cuentan que siete meses enteros y seguidos lloró él al pie de una aérea roca, cabe las riberas del Estrimón desierto y que en el fondo de heladas grutas dio a sus cuitas rienda suelta, amansando a los tigres y arrastrando con su canto a las encinas.

—¿Y qué me dices de Horacio —prosiguió Lucas— cuando prefiere la relación sexual indiscriminada con libertas, esclavas o efebos, porque si siente el amor, más allá del puro desahogo sexual, tarde o temprano le hará sufrir? Pues el amor no es solo placer, también es sufrimiento. Los cristianos no usamos el *eros* sexual para expresar qué entendemos por amor, ni el *philos* de la amistad, sino el *agápē*, que es el término griego para describir un tipo de amor incondicional y reflexivo, en el que el amante tiene en cuenta solo el bien del ser amado. ¿No has encontrado esta palabra en los escritos de Pablo?

—¿Dónde la usa?

—Sobre todo en su primera carta a los corintios.

—En este momento estoy en mis escritos precisamente cuando acaba de embarcarse para dejar Corinto —apuntó Julio.

Lucas llamó a Elena y le indicó que trajera el rollo correspondiente. Lo abrió y leyó:

Aunque hable todas las lenguas humanas y angélicas, si no tengo amor, soy como una campana que resuena o un platillo estruendoso. Aunque posea el don de profecía y conozca los misterios todos y la ciencia entera, aunque tenga una fe como para mover montañas, si no tengo amor, no soy nada. Aunque reparta todos mis bienes y entregue mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve.

—Es uno de los textos más bellos de mi amigo, diría que una especie de himno al amor. Sitúa el amor por encima de todo, incluso de la fe, de toda sabiduría, de las cualidades más excelsas. Fíjate cómo lo describe:

El amor es paciente, es amable, el amor no es envidioso ni fanfarrón, no es orgulloso ni destemplado, no busca su interés, no se irrita, no apunta las ofensas, no se alegra de la injusticia, se alegra de la verdad. Todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

—¿Todo lo aguanta, todo lo soporta? ¿No crees que es demasiado?

—Pablo habla del amor gratuito, no del egoísta que va buscando recompensa. Este amor está por encima de todo. Nada ni nadie te lo puede arrebatar pues salta por encima del tiempo y el espacio. Lo llevas dentro. Ni la muerte puede con él.

El amor nunca acabará. Las profecías serán eliminadas, las lenguas cesarán, el conocimiento será eliminado. Porque conocemos a medias, profetizamos a medias; cuando llegue lo perfecto, lo parcial será eliminado. Cuando era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; al hacerme adulto, abandoné las niñerías. Ahora vemos como enigmas en un espejo, entonces, veremos cara a cara. Ahora conozco a medias, entonces conoceré tan bien como soy conocido. Ahora nos quedan: la fe, la esperanza, el amor: estas tres. La más grande de todas es el amor.

Julio frunció el ceño.

—Ahora me pierdo. ¿Qué es eso de que las profecías, las lenguas, el conocimiento serán eliminados?

—Se refiere a algunos dones que algunos hermanos poseen: profetizar el futuro, conocer y proclamar la verdad, hablar lenguas desconocidas e incluso sanar enfermos o predicar con brillantez. Todo eso pasa, Julio, se lo lleva el tiempo, los años, la muerte. Incluso la fe y la esperanza, sirven para el camino. Pero el amor persiste, el amor no pasa jamás.

—No lo entiendo, amigo. Livia ya no me ama, abraza a otro hombre, ni por asomo es aquella mujer que conocí hace años. Yo mismo ya no siento igual, después de lo que he visto.

Se hizo el silencio y ambos percibieron la brisa jugar con las hojas del sicómoro y el canto de un pájaro encaramado en una rama. Lucas respiró hondo. Luego hundió sus ojos en la curva ondulada de las montañas donde un rebaño de nubes pastaba sobre un cielo añil.

—Ahí está precisamente la diferencia, Julio. El amor del que habla Pablo es un descubrimiento de sus mejores momentos de intimidad con el Señor, de esos raptos fugaces en medio de la noche, en los que se fundía con un fuego que habita en él, en ti y en mí, que da el ser a todas las cosas. En lo profundo, aunque lo hayamos olvidado, somos parte de ese amor sin medida. Y todo otro amor, a la madre, al esposo, al amigo es una actualización de ese fuego que somos. Es como pasar de la niñez al adulto. El niño de pecho vive para sí, el adolescente se cree el centro del universo, el hombre y la mujer maduros se quieren como iguales, aunque la mayoría sigue viendo en el otro un objeto, que si no le devuelve felicidad, le frustra. Y de ahí proceden los conflictos.

—Me hablas de una virtud inalcanzable, Lucas. Somos como niños, pequeños, frágiles, necesitamos calor, arropo, un pecho donde descansar.

—Tampoco está tan lejos de vuestra cultura romana. Séneca, al que conociste, decía: «Si quieres ser amado, ama tú», y «Hace falta toda una vida para aprender a vivir». No se alcanza esa forma de amar en un día.

Julio enrojeció.

—Para mí es una utopía, algo imposible de alcanzar. Ahora lo único que puedo decir es que me posee la ira, la indignación, las ganas de vengarme.

—Escucha de nuevo a Séneca: «La razón trata de decidir lo que es justo. La cólera trata de que sea justo todo lo que ella ha decidido», y «El hombre feliz no es el hombre que ríe, sino aquel cuya alma, llena de alegría y confianza, se sobrepone y es superior a los acontecimientos». Amar así es vivir en el tiempo fuera del tiempo.

Julio se quedó pensativo. No acababa de comprender, pero las palabras de Lucas le habían apaciguado una vez más.

—Algo comienzo a ver claro: que matar a Selenio complicaría más la situación en vez de solucionarla.

—Pues espera y deja que lo interior aflore. Creo que ya te dije lo que un sabio oriental me aconsejó una vez en Antioquía: «Agua turbia déjala estar, se vuelve clara».

Julio se levantó.

—Gracias, Lucas. He de partir. Os mandaré un esclavo de confianza para que vigile el camino y os avise si viene alguien. También os enviaré algunos alimentos. No podéis vivir todo el tiempo en esa inmunda madriguera. Solo en momentos de peligro podréis ocultaros en el pajar. Volveré pronto. Tengo muchas preguntas que hacerte sobre los viajes de Pablo. Creo que nadie se ha atrevido todavía a contar a Nerón la historia de la reciente fuga de Pedro. ¿Alguien ha informado a Pablo en su prisión?

—Creo que sí. Algunos hermanos han comprado a un carcelero que les lleva nuestras noticias.

Se abrazaron. Julio se despidió de las muchachas y emprendió el regreso, convencido de que había confundido su orgullo, su egoísmo y su ira con lo que hasta ese momento había denominado

amor. Pero ¿por qué al lado de Elena cabalgaba su corazón dentro del pecho como cuando era un adolescente? Y, con nuevas ansias de conocer mejor a Pablo y recuperar un trabajo que le ayudaría a esperar, descansó más tranquilo.

Éfeso, puerta de Asia

Al día siguiente, mientras Rufo ensillaba su caballo, Julio se hizo un propósito: cambiar en lo posible sus pensamientos de odio hacia Livia por una actitud nueva, que si no podía ser de amor, porque se lo impedía una repugnancia natural, al menos evitara que él mismo se carcomiera por dentro dándole vueltas a la ira y el desamor. «Tiene razón Lucas. ¿Qué gano alimentando mi angustia y agresividad?».

En los foros, termas, *tabernae*, cuarteles y en toda Roma no se hablaba de otra cosa que de la conspiración de Galba.

—Tito Vinio, el comandante de las legiones hispanas, se ha puesto de parte de Vindex porque dice que prefiere tener por soberano a Galba que a Nerón por tirano.

—Pues Nerón se ha apresurado a ejecutar a la gente a diestra y siniestra. He oído decir que Galba no aspira a ser *imperator*, sino un general al servicio del Senado.

Julio intentaba mantenerse al margen de estos comentarios e intrigas políticas, lo que no impidió que alguno le preguntara en voz baja si estaba a favor o en contra del «tirano» hasta a ofrecerle un puesto cuando llegara el cambio. Nerón intentaba huir de lo que se le venía encima haciendo gorgoritos con su lira y deleitándose en los trofeos y las estatuas que había traído de Grecia.

El prefecto de los *vigiles* se evadía una vez más con sus escritos. Pero tropezaba a la sazón con un importante escollo. Las indicaciones que daba Lucas en sus *Hechos* sobre los desplazamientos de Pablo tras su despedida de Corinto eran muy escuetas, aunque parecían marcar la transición entre lo que podríamos llamar segundo y tercer viaje. Cuenta Lucas:

Llegaron a Éfeso, donde Pablo se separó de sus compañeros y se dirigió a la sinagoga para discutir con los judíos. Aunque le instaban que se quedara más tiempo, no accedió, sino que se despidió diciendo:

—Si Dios quiere, volveré a visitaros.

Zarpó de Éfeso y bajó a Cesarea; allí desembarcó para saludar a la comunidad, y prosiguió el viaje hasta Antioquía. Pasada una temporada partió y fue atravesando Galacia y Frigia confirmando a todos los discípulos.

Julio desplegó un mapa y trazó el itinerario completo del segundo viaje con partida y regreso en Antioquía.

El último tramo, que Lucas despacha en poco más de un párrafo, arranca de la partida del puerto de Céncreas, cerca de Corinto, hacia Éfeso, una travesía marítima en la que debió emplear unos diez días de navegación. Todo indicaba que, Pablo tenía muy claro que las grandes ciudades le servían de

plataforma para amplificar la difusión de su mensaje, y Éfeso era una buena elección además para mantenerse en contacto y equidistante con las comunidades ya fundadas. Pero en este primer encuentro con la marmórea y espectacular Éfeso parecía estar de paso, ya que se limitó a una ida a la sinagoga «para discutir» con los judíos, con la promesa, «si Dios quiere», de regresar.

La colonia judía de Éfeso era floreciente y con dinero. Todas las limosnas en metálico destinadas al templo de Jerusalén pasaban por la ciudad. Dejó a Áquila y Priscila para que prepararan el terreno y se instalaran en ella en cuanto encontraran algún local que les sirviera de taller-casa. Tendrían que empezar de cero en su negocio y hacerse con nuevos clientes. Pablo había tenido la suerte de su vida al tropezarse con este incondicional matrimonio cristiano dispuesto a todo, de los que llegará a decir que «arriesgaron sus cuellos por mi vida». Se despidieron con un «hasta luego», y el apóstol, que solo estuvo un sábado en esta ocasión en la ciudad, tomó enseguida de nuevo el barco. Podría haber navegado directamente a Antioquía, pero se detuvo, tras tocar las islas de Cos y Rodas, en el gran puerto de Cesarea, sede del procónsul de Siria, para saludar a la comunidad de Jerusalén.



Julio se proponía preguntar a Lucas por qué había sido en la narración de este regreso del segundo gran viaje tan escueto. «Cuando Lucas se calla —pensó el centurión— es que quiere pasar como gato sobre brasas sobre algún conflicto. Ya me lo conozco». Algo debió de ocurrir en esta corta visita a Jerusalén. Julio sacó la conclusión de que allí se tuvo que encontrar con algunas caras largas, pues la Iglesia madre estaba cada vez más aislada en su integrista, contraria a los métodos de Pablo y dominada por la preponderancia de Santiago sobre Cefas. El extraño voto de Pablo relacionado con su cabellera antes de embarcarse, ¿no tendría algo que ver con su deseo de aparecer ante los judaizantes de Jerusalén con un aspecto de judío más creíble? Pero, según todas las trazas, no le sirvió de nada. La tensión con la Iglesia madre sobre las prácticas judías estaba más viva que nunca.

Algo parecido se encontró en su querida Antioquía, cuando llegó bien entrado el otoño. Se había creado una Iglesia rival de las comunidades por él fundadas. Pero la acogida de la calle Singón fue como siempre en extremo cordial. Volvió a los compañeros de la primera hora y decidió pasar allí el invierno que impedía la navegación. Él solía comenzar sus viajes en primavera. Ante el próximo que iba a emprender, apareció un nuevo personaje: Tito, un joven cristiano de origen pagano y familia acomodada, oriundo de Antioquía, de carácter firme y fuerte personalidad. Contrastaba con Timoteo, más dulce, tímido y reservado. Silas desapareció del mapa, porque al parecer se quedó en Jerusalén, de donde procedía.

Así que Tito será el compañero del tercer gran viaje de Pablo, si es que se puede llamar así.

—¿Navegamos a Éfeso directamente? —preguntó Tito a Pablo, mientras hacían los preparativos.

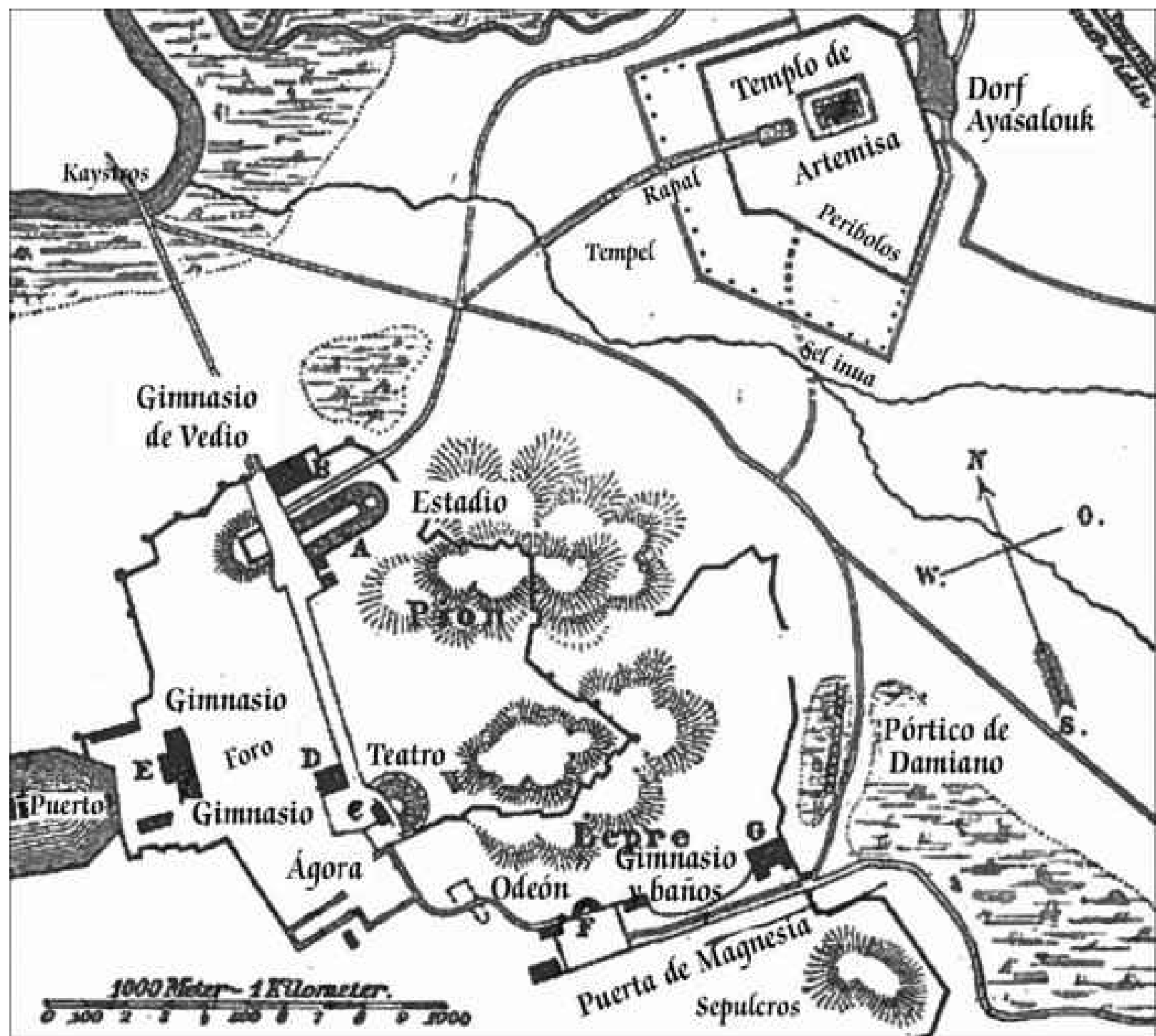
—No lo creo conveniente, hermano Tito.

—¿Por qué? Me has insistido mucho en la importancia que das a esta ciudad.

—Sí, pero antes quiero volver a visitar las comunidades de Asia.

En Antioquía había palpado una vez más que desde Jerusalén, instigada por los partidarios de la línea de Santiago, se había organizado toda una contramisión integrista en los territorios evangelizados por Pablo. De modo que Pablo y Tito emprendieron su largo viaje hasta Éfeso, para confirmar a las comunidades cristianas de Anatolia. Lucas explica por qué inicia este camino por tierra y más largo: para «animar a todos los discípulos». Atravesaron pues otra vez el Tauro por las Puertas de Cilicia y siguieron el trazado de la vía Augusta hasta Éfeso.

Aquel hombre en los huesos y un tanto enfermizo debió de dar puñetazos a su cuerpo para poder cubrir cerca de setenta días de viaje hasta alcanzar la primera metrópoli de la provincia de Asia. Con más tiempo que cuando arribó a ella por mar para contemplarla, ahora resplandecía la bella Éfeso, encrucijada de caminos comerciales sobre la arteria principal que iba de Roma a Oriente. Capital de la antigua Jonia, cuna con Homero de la epopeya, con Heráclito y Pitágoras de la filosofía, con Heródoto de la historia, aparte de la arquitectura y de la música, parecía una concha de oro, una «copa de frutas entre las montañas».



Tenía algo de Antioquía con el gozo de sus villas espolvoreadas en las laderas. Construida y reconstruida varias veces a medida que el fango del río iba modificando su cauce, a la sazón se parecía poco a la que había trazado Lisímaco, el general de Alejandro. Desde que Augusto la había convertido en capital de la provincia senatorial de Asia Proconsular, controlaba hasta quinientas ciudades y era junto Antioquía y Alejandría una de las tres ciudades que primaban en el Mediterráneo oriental.

Entró por la puerta del sur, atravesó la calle de los sepulcros y levantó la mirada. Allí estaba la enorme plataforma sobre la que se levantaba el templo de Artemisa, considerado una de las siete maravillas del mundo. No era la diosa cazadora virgen de los griegos, sino que, tallada en madera de cepa de viña y símbolo de la fecundidad, era una imagen negra recubierta de múltiples pechos con orificios en donde los devotos vertían sus perfumes. Pablo acababa de entrar en la capital de la

magia, los misterios, la voluptuosidad, rodeada por una muralla de cinco millas¹⁴ que ascendía y descendía a lo largo de varias colinas y con un teatro capaz de albergar a veinticinco mil espectadores.

—Ese enorme templo es también una gran casa de banca. La gente deposita ahí su dinero, por la gran confianza que tienen en la diosa. Y además da asilo a los criminales —le explicó Priscila, cuando, junto a Áquila, volvieron a abrazar al apóstol.

—Lo quemaron la noche del nacimiento de Alejandro Magno, pero fue construido de nuevo. Está sostenido por ciento veintisiete columnas jónicas y adornado por obras de los mejores escultores y pintores, como Fidias y Apeles —completó Áquila.

Cruzaron la parte más antigua de la población, habitada por sacerdotes, eunucos y sacerdotisas amazonas, rodeados de una multitud de guardianes, cantores, músicos, maceros, hechiceros y faquires. Unos encantaban serpientes, otros preparaban sacrificios, y largas procesiones se encaminaban cantando al templo.

—Pero ahora ya sabes, el culto a Artemisa convive con el culto al emperador. Con el nacimiento de Augusto se instauró una nueva era. No es fácil nuestra misión aquí: ¡hablar del hijo de un carpintero crucificado frente a esos grandes dioses oficiales! Pero, ven, Pablo, te vamos a enseñar nuestra nueva casa. Está cerca del ágora. —Apretó Priscila con ilusión el paso.

Éfeso devolvía generosamente con la pulcritud de sus mármoles un espléndido sol de abril que invitaba al paseo. Recorrieron la calle de circunvalación, dejaron atrás el gran gimnasio y el odeón y entraron en el ágora, donde entre columnatas el pueblo compraba y vendía en animada y mañanera pugna de precios. Admiraron un magnífico reloj no de sol, sino movido por un sistema hidráulico, mediante una corriente de agua. Tejidos de púrpura y lino, pieles, metales y piedras preciosas, grano, aceite y vino llegaban a su puerto para una población de trescientos mil habitantes, una mezcla variopinta de olores, vestimentas, lenguas y razas: griegos y latinos, indígenas de Anatolia y comerciantes de Oriente, junto a una importante población de judíos. Finalmente el peregrino pudo reposar en la casa-tienda de sus amigos. Allí recibió una cumplida información de su nuevo campo de trabajo.

—Los pocos creyentes que hay se caracterizan por un cristianismo muy imperfecto, Pablo. Proviene de judíos bautizados en el Jordán por Juan el Bautista que acabaron dispersándose y llegaron hasta aquí de un modo u otro. ¿Has oído hablar de Apolo? —preguntó Áquila mientras Priscila ponía en la mesa cuajada, almendras, pasas, vino, higos y miel.

Apolo, abreviación de Apolonio de Alejandría, era un representante singular y tolerante de esas comunidades, un erudito que antes de que llegara Pablo había trabajado en Éfeso y entonces se encontraba en Corinto.

—Todos sus conocimientos sobre Jesús proceden del Bautista —explicó Priscila—, y luego de las ideas abiertas, dicen que platónicas, de los judíos de Alejandría y el noble Filón. Es un entusiasta de Jesús, pero pronto nos dimos cuenta de que sabía poco de su muerte y resurrección, y nada del envío del Espíritu Santo. Solo conocía el bautismo de Juan, que mezcla con ingredientes de la filosofía alejandrina. Pero era muy admirado en Éfeso. Un día Áquila y yo fuimos a oírle a la sinagoga. Orador muy brillante, su discurso mesiánico nos sonó bien, pero notamos como que le faltaba algo, quizás tu profundidad. Mucho *logos*, sí, pero poco *pneuma*, poco espíritu.

—Entonces le convidamos a venir a casa —prosiguió Áquila— y le transmitimos lo que habíamos aprendido de ti. A pesar de ser un hombre algo altivo, sabio y versado en las Escrituras, quiso aprender de nosotros. En eso fue humilde. Fue emocionante ver al docto alejandrino sentado ahí humildemente en esa misma alfombra escuchándonos como un discípulo en esta nuestra sencilla casa de artesanos. Entonces le hablamos de Corinto y de las comunidades que fundaste. Se entusiasmó al oírlo y decidió marcharse allí con cartas nuestras de recomendación.

Pablo no ocultó su interés al mismo tiempo que fruncía las cejas de extrañeza.

—¿Y cómo le ha ido?

—Las noticias que llegan son buenas. Ya sabes cómo son los corintios, lo ávidos que siempre están de novedades. Apolo habla tan bien, con tan limpia oratoria, que en poco tiempo los ha cautivado. Eso sí, habla más de *gnosis* (conocimiento), que de *pistis* (fe). Hay un grupo que se apresuró a exclamar: «¡Este es el hombre ideal para Corintio!». Y se ha formado un sector de partidarios que, la verdad, alardean de su superioridad oratoria sobre tu predicación, Pablo.

Pablo sonrió.

Sus amigos completaron el panorama, indicándole que había otros grupos de estos cristianos poco formados en Éfeso y le prometieron que se los presentaría el día siguiente. En el primer encuentro con doce de ellos Pablo no se anduvo por las ramas. Así lo cuenta Lucas:

Les preguntó si habían recibido el Espíritu Santo después de abrazar la fe. Le respondieron:

—Ni sabíamos que había Espíritu Santo.

—Entonces, ¿qué bautismo habéis recibido? —les preguntó.

—El bautismo de Juan —contestaron.

—Juan predicó un bautismo de arrepentimiento —replicó Pablo—, encargando al pueblo que creyera en el que venía detrás de él, o sea, en Jesús.

Al oírlo, se bautizaron invocando el nombre del Señor Jesús. Pablo les impuso las manos y vino sobre ellos el Espíritu Santo, y se pusieron a hablar en distintas lenguas y a profetizar.

Aquello resultaba curioso. Después de muerto, el Bautista seguía siendo el precursor, o su eco se seguía difundiendo a través de sus discípulos. Pero el conocimiento del Mesías no bastaba. Faltaba otro conocimiento más saboreado, otra sabiduría que solo podía proceder del Espíritu. Es como si aquellos discípulos estuvieran pisando el vestíbulo de lo que enseñaba Pablo nada más.

Mientras, la vida de Pablo transcurría en Éfeso, como siempre, al pie del telar de la mañana al mediodía. Pero con continuas interrupciones.

—Pablo, aquí hay uno de Frigia que pregunta por ti. Y un matrimonio que quiere hacerte una consulta. Vienen además con saludos de Macedonia.

Al anochecer, los catecúmenos se reunían para recibir la Palabra, y los domingos los cristianos para el ágape y la eucaristía. Nunca olvidaría el nombre del primer neófito, Epéneto, «la primicia de Asia para Cristo» le llamaba. Los primeros tres meses no paró, sobre todo en sus continuos contactos con la sinagoga. Allí intentaba lo de siempre, probar ante los judíos que Jesús era el Mesías. Pero una vez más el ambiente se fue enrareciendo poco a poco. Los argumentos degeneraron en insultos y Pablo tuvo que romper con aquella actividad. Entonces, por primera vez, ensayó un nuevo método. Como las casas particulares no bastaban para albergar a tanta gente, decidió pronunciar discursos públicos al aire libre al modo de los retóricos paganos. Eso sí, por supuesto, sin pedir nada a

cambio.

Pero se acercaba el invierno y las calles y plazas no resultaban confortables para seguir un discurso.

—¿Qué hacemos? —preguntó una noche a Áquila y Priscila.

—He indagado en uno de los cinco gimnasios. Allí hay un gramático llamado Tirano (no sé si se llama así o es un mote que le han puesto sus discípulos). Pero quizás él pueda alquilarnos alguna de sus aulas. Tiene una en forma de ábside circular que sería muy adecuada. Creo que Tirano termina su *skholé* sobre la hora quinta.¹⁵ Después de media hora de pausa, desde esa hora hasta la décima,¹⁶ la puedes usar tú. Sería aprovechar el tiempo de «siesta» que deja el profesor. ¿Qué te parece?

Tirano aceptó y Pablo, después de su trabajo matinal —se levantaba con el alba— en el taller, lavaba su rostro y manos y se dirigía al *auditorium* que se encontraba lleno de un variado público: estudiantes, artesanos, tenderos, comerciantes, empleados públicos, filósofos y gentes de toda clase social y procedencia, desde aristócratas a esclavos. Una tarea que ejerció durante dos años enteros. A veces también acudían extranjeros que venían de toda la provincia de Asia, con motivo de las fiestas de Artemisa, sobre todo durante el mes de mayo. Y seguramente hizo frecuentes excursiones o envió discípulos a las ciudades próximas a Éfeso. «Se me ha abierto en Asia una puerta grande y prometedora», escribiría a los corintios. Suena enseguida el nombre de Epafras, un amado colaborador, que funda comunidades en Colosas, y quizás en Laodicea e Hierápolis. La fe cristiana se difundió también por Esmirna, Pérgamo, Sardis y Filadelfia.

La fama de Pablo iba pues creciendo en Éfeso, una ciudad muy aficionada a la magia y la nigromancia. El taumaturgo y charlatán Apolonio de Tiana hacía su agosto en la ciudad. Balbilo, un astrólogo que tuvo tan funesto influjo sobre Nerón, era natural de Éfeso, y la ciencia oculta hacía estragos a la sombra de Artemisa.

—¿Dónde está mi delantal y mi sudario? No los encuentro por ninguna parte —le preguntó una mañana Pablo a Priscila cuando se disponía a trabajar.

—No sé. Ayer los dejé junto a ese telar.

—Últimamente no paran de desaparecerme cosas.

—Yo sé lo que pasa —intervino un joven aprendiz—, me he dado cuenta. La gente se lleva tu ropa. Dicen que tiene poderes milagrosos. Anoche vi a uno con tu delantal. Aseguran que se lo aplican a los enfermos y expulsan a los espíritus malignos.

Este poder taumátúrgico, según cuenta Lucas, suscitó la admiración y emulación de varios exorcistas judíos que deambulaban por el entorno. Algunos de estos magos ambulantes probaron también a invocar por su cuenta el nombre de Jesús sobre los poseídos, diciéndoles: «¡Os conjuro por ese Jesús que Pablo predica!». Entre estos estaban siete hijos de un tal Escevas, sumo sacerdote judío, que quedaron impresionados de cómo liberaba y curaba Pablo con el nombre de Jesús.

Al principio el truco parecía dar resultado. Pero aquel espíritu respondió un día:

—A Jesús le conozco, y Pablo sé quién es, pero vosotros, ¿quiénes sois?

Acto seguido el poseído por aquel espíritu, según los testigos, se abalanzó sobre ellos y los dominó por la fuerza, de modo que huyeron de la casa desnudos y malheridos.

El suceso repercutió en la fama de Pablo y por tanto de Jesús. Por entonces el pavor sacro se extendía también a la costumbre de escribir pedazos de papiro con palabras arcanas, a las que se

atribuían poderes mágicos para cuidar o preservar de males.

—Son los *Efesias grammata*. Contienen fórmulas mágicas, frecuentemente ininteligibles, que se consideran caídas del cielo. A tales amuletos atribuyen virtudes curativas contra la gota y la parálisis, contra el mal de ojo y las brujas. Están convencidos de que traen la buena suerte a sus poseedores —explicó a Pablo uno de sus discípulos—. ¡Hay que luchar contra esa costumbre!

Así que a los pocos días juntaron un buen montón de dracmas y compraron miles de ellos. Otros los recolectaron sus amigos espontáneamente. Encendieron una hoguera y los quemaron. También abundaban las estatuillas de Artemisa y otros exvotos, que vendían en las inmediaciones del templo de la diosa. Los plateros y artesanos sacaban buen provecho de aquel floreciente mercado religioso fabricando miles de estatuillas de plata y oro de Artemisa.

Mientras, Pablo hacía nuevos planes de viaje. Le ardían de nuevo sus sandalias de andarín, y, una vez que advertía que la fe cristiana había arraigado en una ciudad, pensaba siempre en marcharse a otra para propagar la Buena Noticia o asegurar su trabajo anterior. Estaba rumiando la idea de volver a Jerusalén y visitar de camino las comunidades de Macedonia y de Acaya, sobre todo las principales de Filipos, Tesalónica y Corinto. Para preparar su viaje, despachó como precursores a sus dos queridos auxiliares, Timoteo y Erasto.

Acababa de despedirlos, cuando tuvo que soportar un nuevo incidente, el llamado «tumulto de los plateros». Dejemos a la colorista pluma de Lucas su viva narración del motín:

Un tal Demetrio, platero, fabricaba en plata templetos de Artemisa y procuraba buenas ganancias a los artesanos. Los reunió con todos los del gremio y les dirigió la palabra:

—Compañeros, sabéis que nuestra prosperidad depende de esta actividad. Pero estáis viendo y oyendo que ese Pablo, no solo en Éfeso, sino en Asia entera, está ganando con su propaganda mucha gente, diciendo que no son dioses los que se fabrican con las manos. Con lo cual no solo está en peligro de descrédito nuestra profesión, sino que el templo de la gran diosa Artemisa, venerada en toda Asia y en el mundo entero, va a perder toda su grandeza.

Al oírlo se enfurecieron y se pusieron a gritar:

—¡Es grande Artemisa de Éfeso!

Se produjo un gran tumulto en la ciudad y todos se precipitaron hacia el teatro, arrastrando consigo a Gayo y a Aristarco, macedonios compañeros de Pablo. Este intentaba acudir a la asamblea, pero los discípulos no se lo permitieron. Algunas autoridades de Asia, amigos suyos, le enviaron un recado aconsejándole que no acudiera al teatro.

Entretanto cada uno gritaba una cosa, había una gran confusión en la asamblea y muchos de la concurrencia ni siquiera sabían la causa. Algunos de la multitud explicaron el asunto a Alejandro, a quien los judíos habían colocado al frente de todos. Este, haciendo un gesto con la mano, intentaba pronunciar una defensa ante la asamblea. Pero, al reconocer que era judío, todos se pusieron a gritar durante dos horas:

—¡Grande es Artemisa de Éfeso!

El secretario logró calmar a la multitud y les habló:

—Efesios, ¿hay alguien que no sepa que Éfeso custodia el templo de la gran Artemisa y su imagen caída del cielo? Como eso es indiscutible, lo importante es que conservéis la calma y no obréis con precipitación. Habéis traído a esos hombres, que ni son sacrílegos ni han afrentado a nuestra diosa. Si Demetrio y sus artesanos tienen querrela contra alguien, ahí están los jueces y prefectos: que resuelvan su pleito. Si se trata de un asunto más grave, podrá solventarlo la asamblea legal. De hecho, corremos peligro de ser encausados por el tumulto de hoy y como no tiene justificación no podremos explicar la causa del motín.

Con estas palabras disolvió la asamblea.

Como el judío Alejandro no conseguía callar a la vociferante multitud, se acudió al *grammateús*, el letrado responsable de las asambleas de Asia, y este realizó la defensa de los amigos de Pablo, Gayo y Aristarco.

Pablo quiso dar por concluida su misión en Asia con dos destinos simbólicos en su deseo de alcanzar «los confines de la Tierra»: Jerusalén y Roma. Pero ¿era este el único motivo para abandonar Éfeso? Lucas no lo menciona, pero de las cartas escritas por el propio Pablo estos años, se deduce que llegó a temer por su vida.

No quisiera, hermanos, que ignoraseis lo que tuvimos que aguantar en la provincia de Asia: algo que nos abrumó tan por encima de nuestras fuerzas, que no esperábamos salir con vida. Dentro de nosotros llevábamos la sentencia de muerte; para que no confiáramos en nosotros, sino en Dios que resucita a los muertos. Él nos libró de tan grave peligro de muerte y nos seguirá librando. Estoy seguro de que nos librará de nuevo si colaboráis vosotros rezando por nosotros.

Esto escribe a los corintios en su segunda carta. En la primera no dejó de recordar que «luché con las fieras en Éfeso». Y en otra a los romanos, unos meses después, envía recuerdos a Áquila y Priscila, «que por salvarme la vida se jugaron la suya; no solo yo les estoy agradecido, sino toda la Iglesia de los paganos». Es presumible pues que en Éfeso Pablo fuera encarcelado, y entre cadenas, sin duda debido a su libertad en proclamar la Buena Noticia, escribió algunas de sus cartas donde habla del peligro de derramar su sangre.

No hay que olvidar que por aquella época fue asesinado en Éfeso el procónsul romano de Asia, M. Junio Silano, por las intrigas de Agripina, esposa de Claudio y madre de Nerón, quien por entonces acababa de salir de la infancia. Silano era biznieto de Augusto y por esta razón Agripina se sirvió de dos oficiales en Asia para administrarle veneno durante un banquete. En medio de la confusión reinante, los amigos de Pablo, previo pago de una fianza, consiguieron, gracias a su ciudadanía romana, obtener su libertad.

Pero ya era inviable prolongar su estancia en Éfeso, dos años repletos de inquietudes, éxitos y sufrimientos. Un autorretrato del Pablo de este momento, cruce de debilidad y fuerza, lo esboza él mismo a sus hermanos de Corinto con este párrafo:

A nosotros los apóstoles Dios nos ha exhibido los últimos, como condenados a muerte; pues nos hemos convertido en espectáculo del mundo, de ángeles y de hombres. Nosotros por el Mesías somos locos, vosotros por el Mesías prudentes; nosotros débiles, vosotros fuertes; vosotros estimados, nosotros despreciados. Hasta el momento presente pasamos hambre y sed, vamos medio desnudos, nos tratan a golpes, vagamos a la ventura, nos fatigamos trabajando con nuestras manos. Insultados bendecimos, perseguidos resistimos, calumniados suplicamos. Somos la basura del mundo, el desecho de todos hasta ahora. No os escribo esto para avergonzaros, sino para amonestaros como a hijos queridos. Pues aunque tengáis como cristianos diez mil instructores, no tenéis muchos padres. Anunciando la Buena Noticia yo os engendré para el Mesías. Os recomiendo, pues, que me imitéis. Para ello os envié a Timoteo, hijo mío querido y fiel al Señor; para que os recuerde mis normas cristianas, tal como las enseño por toda la Iglesia. Algunos, pensando que no iré a veros, andan hinchados de orgullo; pero os visitaré pronto, si Dios quiere, y entonces mediré, no las palabras de los orgullosos, sino sus fuerzas. Que el reinado de Dios no es de palabras, sino de fuerza. ¿Qué escogéis? ¿Que vaya con la vara o con amor y mansedumbre?

De noche y a escondidas cruzó la calle del Émbolo, enlosada de mármol y flanqueada de estatuas, templos, fuentes, pórticos y termas. Estaba desierta. Se volvió para mirar la gran cávea del teatro excavada en el monte Pión, las espléndidas villas en las laderas del monte Coreso; dejó atrás el olor a especias y maderas orientales, los tenderetes de exvotos, el variopinto gentío que de día cruzaba las calles de aquella gran ciudad que le había abierto la puerta de Asia, y apretó el paso hacia el puerto. Pero sobre todo abrazó con fuerza a su gente. Priscila lloraba, Áquila sonreía, los

nuevos hermanos le abrazaban con miedo de no volver a verle. Su corazón una vez más navegaba mar adentro. Más allá, Jerusalén y luego Roma y, si fuera posible, hasta el fin de la tierra, las Columnas de Hércules, Hispania. A veces, por sus palabras, parecía duro y fuerte, incluso algo prepotente y orgulloso, pero quienes lo conocían de cerca sabían cuánto le costaba romper amarras e ir soltando con cada despedida pedazos secretos de su generoso corazón.

Escrito con sangre

Un inesperado acontecimiento nubló la vida de Julio y le hizo interrumpir su escritura. Fue el día aciago en que Livia, su esposa, desapareció de su casa sin dejar rastro. Al principio el prefecto pensó que se trataba de algo temporal o que, a lo sumo, se había escapado con Selenio, ciega de pasión. Pero había una serie de indicios que lo desmentían. Su tristeza de los últimos tiempos, que denunciaba que algo no marchaba bien en la relación de la pareja, y sobre todo, la actitud aparentemente tranquila del decurión, su segundo en el mando de la tropa. Cuatro días después de la desaparición, Julio aprovechó un momento en que lo encontró solo en el patio de armas.

—¿Qué sabes de Livia?

Selenio se detuvo sorprendido.

—¿Yo? ¿Qué tengo que saber de ella? —Endureció la mirada.

—¡Vamos, Selenio! ¡A estas alturas! Ha desaparecido de casa hace cuatro días y no hay noticias. No disimules porque estoy al tanto de todo.

—¿Ha desaparecido? —escenificó estupor—. Pues, camarada, no sé qué decirte. Hace mucho que no la veo. ¿Has dado orden de indagar su desaparición?

—No, aún no. Sinceramente, pensaba que estaba contigo.

—Pues no; te equivocas de medio a medio. Tendrás que buscar en otro lado.

Julio esperó un par de días más y, angustiado, dio órdenes a sus *vigiles* de que buscaran por toda Roma y los alrededores.

Regresar a casa cada tarde se convirtió en un tormento. Cruzar su umbral y atravesar el vestíbulo de los dioses lares era como penetrar en ningún sitio, la boca oscura de la nada, más hueca y vacía que nunca. Los niños corrían a sus brazos preguntando por su madre y cada momento que pasaba sin ella su educación se le hacía más cuesta arriba.

Roma entera estaba pendiente de las noticias que procedían de la Galia, mientras Nerón, obsesionado con nuevas conspiraciones dobló su guardia personal y ya no salía de incógnito a sus bacanales nocturnas. Por su parte, la redada de cristianos seguía su curso y Selenio presumía de estar sobre las huellas del escondrijo de Cefas.

Julio aliviaba sus cuitas, como de costumbre, en casa de Lucas.

—No pierdas la paciencia. Quizás ha escapado para reflexionar y el día menos pensado tendrás noticias.

—La echo de menos, Lucas. Ahora casi prefiero el cuartel a mi casa. Entrar en ella es un

tormento. Parece una tumba. Me contentaría solo con que volviera al hogar y se ocupara de los niños. Nada más. No acabo de fiarme de las esclavas que los cuidan. Solo de mi fiel Rufo.

El tiempo tenía espesor de lustros y los paseos por la viña a otear los caminos, por si volviera, ansiedad de muerte. Al cabo de un mes sus rastreadores seguían sin encontrar nada y, para evitar la desesperación, regresó al *tablinum*, su despacho personal de paterfamilias, a revolver papiros y releer cuanto había escrito hasta el momento para ocupar la mente. Estaba hecho un mar de dudas sobre la época de Éfeso y se dedicó intensamente a leer las cartas de Pablo en ese periodo.

* * *

Él había sembrado de pequeñas comunidades el mapa de Grecia y Asia. Pero su incipiente cristianismo era un campo apenas arado, en barbecho. Cada comunidad giraba en torno a la casa particular de algún miembro más acomodado, y a pesar de muchas precauciones, no dejaban de suscitarse curiosidades, sospechas y hostilidades. Sobre todo cuando, desligados del tronco judío, los cristianos adquirían una organización autónoma respecto a la sinagoga. Además, levantaban animadversión entre los *collegia* o asociaciones de paganos, porque los cristianos se desvinculaban del ritmo habitual de la vida ciudadana.

Pronto muchos perdieron su puesto de trabajo o veían seriamente mermados sus negocios. No pocos eran matrimonios mixtos, en los que la mujer o el marido no compartían la misma fe, lo que era origen de malentendidos y tribulaciones. Pablo comenzó a hablar de «mi Evangelio», al querer adaptar la Buena Noticia a las jóvenes parejas de conversos, y centrar su predicación en el Mesías como punto focal. Ahora el verdadero Israel era la nueva comunidad de creyentes en Jesucristo. Con ese mensaje acababa de lanzar verdaderas bombas incendiarias sobre todo para los judeocristianos y la contramisión organizada desde Jerusalén. La naciente Iglesia comenzaba a sufrir una crisis que Pablo intenta atajar en sus cartas.

Julio desenrolló primero una misiva dirigida a los gálatas. El documento revelaba un trasfondo inquietante. ¿Eran noticias traídas por Timoteo de su tierra? ¿O colonos gálatas que aparecieron en el taller de Áquila en Éfeso contando lo que allí pasaba? Habían llegado a Galacia predicadores extranjeros con cartas de recomendación de Santiago, que acusaban a Pablo de haber predicado un Evangelio mutilado; que no era un apóstol de verdad pues no había conocido personalmente a Jesús, como los doce apóstoles, únicos competentes para transmitir la Buena Noticia; que no obligaba, como debiera, a los paganos convertidos a seguir la ley de Moisés; que lo único que pretendía era adaptarse a ellos para reclutar el mayor número posible de conversos; que lo de circuncidar a Timoteo había sido para lisonjearles, pero que luego a los gentiles nada les decía de la circuncisión.

Con los ojos vidriosos, física y espiritualmente agotado por sus múltiples esfuerzos, recibió Pablo aquellas noticias. Bajo intensa emoción se puso a escribir a los gálatas palabras que rezumaban asombro, ira, ironía, sarcasmo, invectivas, cariño, celo e inquietud. Frente a los falsos maestros, Pablo empezó por presentar su gran argumento: «Os hago saber, hermanos, que la Buena Noticia que os anuncié no es de origen humano; yo no la recibí ni aprendí de un hombre, sino que me la reveló Jesucristo». Por eso sintetizó a continuación en unos apuntes biográficos que ya conocemos su etapa de perseguidor, la luz de Damasco, su viaje a Arabia, la subida a Jerusalén, sus disensiones

con Cefas, y al final la plena aprobación de este, y de Santiago y Juan.

Luego se centró en la libertad. Esos predicadores que basaban la salvación en cumplir la ley eran unos insensatos. Solo la fe salva.

Por medio de la ley he muerto a la ley para vivir para Dios. He quedado crucificado con el Mesías, y ya no vivo yo, sino que el Mesías vive en mí. Y mientras vivo en carne mortal, vivo de fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. No anulo la gracia de Dios: pues si la justicia se alcanzara por la ley, en vano habría muerto el Mesías.

Increpó a los gálatas:

¡Gálatas insensatos! ¿Quién os ha hechizado, a vosotros, a cuya vista fue presentado Jesucristo crucificado? Una cosa quiero que me expliquéis: ¿habéis recibido el Espíritu por cumplir la ley o por haber escuchado con fe? ¿Tan insensatos sois? Empezasteis con Espíritu, ¿y acabáis en el instinto? ¿Cosas tan grandes habéis experimentado en vano? Supuesto que haya sido en vano. Pues bien, el que os suministra el Espíritu y hace milagros por medio vuestro, ¿lo hace porque cumplís la ley o porque escucháis con fe?

En el fondo aquellos enviados de Santiago a Galacia pretendían adscribir al judaísmo a los nuevos cristianos mediante la circuncisión. Era tanto como privarles de la espléndida libertad conseguida gracias al amor.

Para ser libres el Mesías nos ha liberado: manteneos, pues, firmes y no os dejéis atrapar de nuevo en el yugo de la esclavitud. Mirad, yo, Pablo, os digo que si os circuncidáis, el Mesías no os valdrá. Os aseguro de nuevo que quienquiera se circuncide está obligado a cumplir íntegra la ley. Los que buscáis la justicia por la ley habéis roto con el Mesías y habéis caído en desgracia. En cuanto a nosotros, por el Espíritu y la fe esperamos la justicia anhelada. Siendo del Mesías Jesús, no importa estar o no circuncidados; lo que cuenta es una fe activa por el amor.

Dejaba claro que no se trataba de una libertad que te permite hacer lo que te venga en gana, sino para seguir al Espíritu, que libera de la ley. Frente a los que se mueven por egoísmo, «el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio propio. Contra eso no hay ley que valga, los que son del Mesías han crucificado el instinto con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, sigamos al Espíritu; no seamos vanidosos, provocadores, envidiosos».

Al final de la carta Pablo añadió de su puño y letra:

Por tanto, mientras tengamos ocasión, hagamos el bien a todos, especialmente a la familia de los creyentes. Mirad qué letras tan grandes, escritas con mi propia mano. Los que quieren hacer buena figura en lo exterior son los que os obligan a circuncidaros; lo hacen solo para no ser perseguidos a causa de la cruz del Mesías. Pues ni los mismos circuncidados observan la ley; pero quieren circuncidaros para gloriarse de someteros al rito corporal. Lo que es a mí, Dios me libre de gloriarme, si no es de la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo. Nada importa estar o no estar circuncidado; lo que cuenta es una nueva criatura. Paz y misericordia para cuantos siguen esta norma, el Israel de Dios. En adelante que nadie me añada fatigas, pues llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús. Hermanos, la gracia de nuestro Señor Jesucristo permanezca con vosotros. Amén.

Julio se quedó pensativo. Por el amplio hueco del tabique de madera extraíble, que daba al campo y tenía abierto, una descarada luna argentaba los olivos con nostálgico temblor. ¿Qué hacía él allí, zambullido en escritos de una extraña secta que enfrentaba a judíos convencidos de la fidelidad

a la ley mosaica y los partidarios de un crucificado? No se reconocía. Sin embargo, algunas palabras se le habían clavado en el alma, hallando una resonancia en lo más profundo de su ser: «Lo que cuenta es la nueva creatura», «Lo que cuenta es el amor».

Una tromba de recuerdos habitó el bostezo negro que era para él su casa aquella noche. Risas, blancas túnicas, dedos entre los rizos rubios de ella, la ilusión del primer hijo, el descanso del legionario entre sus brazos, la vida por estrenar cual manantial de agua fresca. Se había obsesionado con apagar un incendio, que, como el que devoró a Roma, le estaba quemando a él, volcado en su trabajo, sus ascensos, su bienestar económico. Pero ¡qué bien saltaba entonces junto a Livia durante las excursiones por las colinas romanas, y se satisfacían con un trago de vino y un pedazo de pan! ¡Qué plenitud cuando besaba sus labios con sabor a hierba silvestre bajo un azul perfecto! Todo era un pasado irrecuperable, el rescoldo de una puesta de sol que no volvería a ver.

Quiso llorar, pero tenía agostadas las lágrimas. ¡Si ella volviera, sería todo tan distinto! Intentaría comenzar de cero y cuidarla más; buscaría tiempo para ella, para los niños, para sí mismo.

Intentó sobreponerse y sacó otro rollo para distraerse con el trabajo. Ostentaba esta inscripción: «Carta a los filipenses».

Desde el primer párrafo observó que era una epístola escrita en la cárcel de Éfeso en la que, aunque encadenado, le estaba permitido el contacto exterior, dirigida por él y Timoteo «a todos los consagrados al Mesías Jesús que residen en Filipos, incluidos sus obispos y diáconos». Aquellos papeles rezumaban cariño y soledad. Quizás sea la carta más tierna que jamás escribió Pablo, pero además la más encantadora. En ella hay una gran abundancia de expresiones de alabanza, confianza y regocijo. La anécdota es el viaje y enfermedad de Epafrodito, un querido hermano plenamente entregado a la causa, cuyo nombre lo dice todo: «Encantador, deseable». Era un miembro de la comunidad filipense, que había sido enviado a Éfeso para llevar algunos regalos al cautivo Pablo. Curado de una grave enfermedad —«estaba enfermo, y casi se muere»—, se encargó luego de trasladar su mensaje a los de Filipos, la comunidad que mayor alegría y motivos de acción de gracias había reportado a Pablo.

Transmite primero en la carta su situación real y que la cárcel —seguramente debida a que su predicación amenazaba la seguridad del estado— podía concluir con la libertad o la muerte. Algunos de sus fieles pensaban que había sido imprudente en su predicación.

Quiero que sepáis, hermanos, que mi situación ha redundado en la difusión de la Buena Noticia; pues el personal del pretorio y la demás gente han descubierto que estoy preso por el Mesías, y la mayoría de los hermanos que confían en el Señor, con mi prisión cobran ánimos para anunciar el mensaje sin temor.

Sus cristianos se dividían entre los que opinaban que sus cadenas contribuían a la causa del Evangelio, y los que urdían con malas intenciones.

Unos proclaman al Mesías por envidia y por polémica, otros con buena voluntad. Unos por amor, sabiendo que me encuentro así por defender la Buena Noticia; otros anuncian al Mesías por ambición y mala intención, pensando añadir penas a mi prisión. ¡Qué importa! En cualquier caso, sea como pretexto o sinceramente, el Mesías es anunciado, y de ello me alegro y me alegraré; pues sé que esto acabará en mi liberación, por vuestras oraciones y por el auxilio del Espíritu de Jesucristo.

Espero y aguardo no arredrarme por nada; antes bien, con mi valentía ahora como siempre el Mesías será

engrandecido con mi vida corporal o con mi muerte. Pues mi vida es el Mesías y morir es ganancia. Pero si mi vida corporal va a producir fruto, no sé qué escoger. Las dos cosas tiran de mí: mi deseo es morir para estar con el Mesías, y eso es mucho mejor; pero para vosotros es más necesario que siga viviendo. Ahora bien, estoy convencido de que me quedaré y seguiré con vosotros para vuestro provecho y la alegría de vuestra fe; y así, por mí, cuando vuelva a visitaros os sentiréis más orgullosos del Mesías Jesús.

En su carta a los filipenses volvía el tema de los judaizantes, misioneros itinerantes, «malos obreros» a los que llega a llamar «perros», el mismo término que estos usaban para calificar a los gentiles. «¡Cuidado!», repite una y otra vez, defendiéndose y remontándose a su propio linaje de judío cien por cien, su circuncisión, «hebreo, hijo de hebreos», perteneciente al pueblo elegido por nacimiento. E incluso perseguidor de los cristianos como fariseo observante. Pero ahora no contaba nada de lo anterior.

Lo que para mí era ganancia lo consideré, por el Mesías, pérdida. Más aún, todo lo considero pérdida comparado con el superior conocimiento del Mesías Jesús, mi Señor; por el cual doy todo por perdido y lo considero basura con tal de ganarme al Mesías y estar unido a él. No contando con una justicia mía basada en la ley, sino en la fe en el Mesías, la justicia que Dios concede al que cree. ¡Oh!, conocerle a él y el poder de su resurrección, y la participación en sus sufrimientos; configurarme con su muerte para ver si alcanzo la resurrección de la muerte. No es que lo haya conseguido ya, ni que sea ya consumado; yo continúo para alcanzarlo, como el Mesías [me alcanzó]. Hermanos, yo no pienso tenerlo ya conseguido. Únicamente, olvidando lo que queda atrás, me esfuerzo por lo que hay por delante y corro hacia la meta, hacia el premio al cual me llamó Dios desde arriba por medio del Mesías Jesús.

Desde niño había asistido en Tarso a los juegos en el estadio, algo que estaba muy en el ambiente en todas las ciudades que había recorrido. Por eso las comparaciones atléticas en sus escritos eran continuas. La meta de su carrera era el Mesías, el Dios-hombre, el que «a pesar de su condición divina no hizo alarde de ser igual a Dios, sino que se vació de sí mismo y tomó la condición de esclavo, haciéndose semejante a los hombres. Y mostrándose en figura humana, se humilló, se hizo obediente hasta la muerte, una muerte en la cruz».

Julio no podía ocultar su escándalo ante aquellas letras. ¿Un Dios esclavo? ¿Un Dios hombre? ¿Un Dios humillado? ¿Pues qué era para un romano un esclavo? —se preguntó—. Es alguien como Rufo, a quien adquirió desnudo al aire libre, en medio del ágora, para poder examinar sus defectos como una mercancía. A partir de ese momento Julio supo que era su dueño absoluto, alguien que carecía de personalidad jurídica en Roma. Y por tanto no tenía derecho a comprar ni vender, ni tan siquiera a tener una familia. Sus hijos podían ser vendidos o separados de su madre en cualquier momento. A Julio, Rufo le ayudaba a ponerse la toga, una labor bastante complicada. En su casa los esclavos eran los encargados de recibir a los invitados, recogerles las vestiduras y las sandalias, y ofrecerles un baño caliente o un lavado de pies. Los más guapos y de mejores modales servían la comida ataviados de colores vivos, que contrastaban con sus cabelleras, que a veces sus amos utilizaban para secarse. Los más agraciados servían el vino y cortaban los manjares mientras que los que limpiaban los platos y recogían las mesas iban peor vestidos. A cada invitado se le adjudicaba un esclavo, *servus ad pedes*, que permanecía a sus pies. Incluso a veces hasta cuando el señor hacía el amor con su esposa. En esos momentos no les resultaban testigos molestos, sencillamente porque no contaban, no eran nada. A todos se les podía poner un collar con una placa en la que se leía: *Tene me ne fugiam et revoca me ad dominum*, «Detenedme si escapo y devolvedme a mi dueño».

Demasiado para la mentalidad de un romano ese Dios que toma la condición de esclavo para salvar al hombre. Julio apreció en la carta las indicaciones a los filipenses sobre la manera de comportarse en la vida diaria, junto a exhortaciones a personas concretas, como Evodia, para que se llevara bien con Sintique, o saludos para un tal Clemente. Pero lo que a Julio le impactó más fueron sus palabras sobre la alegría: «Tened siempre la alegría del Señor; lo repito estad alegres».

¿Podía el centurión sentir esa alegría? ¿Quién es ese Señor que aporta gozo al alma? Con estos pensamientos intentó de nuevo conciliar el sueño, pero fue inútil. En la oscuridad del cubículo le oprimían los fantasmas de Livia y Selenio besándose en las inmediaciones de su finca y las imágenes tenebrosas de su mujer, actualmente quién sabe en qué lenocinio, bosque o acantilado. Sin querer dar más vueltas a su preocupación se reincorporó y seleccionó otros dos rollos, los enviados a los cristianos de Corinto.

¿Qué pasaba en la ciudad donde había dejado tan próspera comunidad? Pues que sufría otra crisis, la de la división y fragmentación alimentada por la vanidad o autosuficiencia de algunos. Primero, la ocasionada por el brillante Apolo. «Me refiero a lo que anda diciendo cada uno: yo por Pablo, yo por Apolo, yo por Cefas, yo por el Mesías». En la floreciente ciudad, tan dada a la diversidad de escuelas filosóficas y tendencias religiosas, se había suscitado una competencia en regla o partidos entre los creyentes, a ver quién podía más o quién conseguía mayor prestigio.

¿Está dividido el Mesías? ¿Ha sido crucificado Pablo por vosotros o habéis sido bautizados invocando el nombre de Pablo? Gracias a Dios no bauticé más que a Crispo y Cayo; así que nadie diga que fue bautizado invocando mi nombre. Bueno, bauticé también a la familia de Esteban; pero, que yo sepa, no bauticé a nadie más. De hecho, no me envié el Mesías a bautizar, sino a anunciar la Buena Noticia, sin elocuencia alguna, para que no se invalide la cruz del Mesías. Pues el mensaje de la cruz es locura para los que se pierden; pero para los que nos salvaremos es fuerza de Dios... Porque los judíos piden señales, los griegos buscan sabiduría, mientras que nosotros anunciamos un Mesías crucificado, escándalo para los judíos, locura para los paganos; pero para los llamados judíos y griegos, un Mesías que es fuerza y sabiduría de Dios.

Julio no salía de su sorpresa. El único criterio válido para Pablo era la señal de los cristianos, la locura de la cruz, que los aún imberbes corintios no acababan de entender en su orgullo. Ni el que planta ni el que riega tienen importancia. «Así pues, nadie se gloríe de los hombres. Todo es vuestro: Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida y la muerte, el presente y el futuro. Todo es vuestro, vosotros sois del Mesías, el Mesías es de Dios». Pablo estaba tan preocupado por esta situación que prometía en su epístola enviar a su querido Timoteo para poner orden, e incluso regresar a Corinto en persona.

Le habían llegado noticias de casos escandalosos. Uno se acostaba con la segunda mujer de su padre, es decir su propia madrastra. Una levadura dañina que podía hacer fermentar toda la masa. A los lujuriosos, avaros, calumniadores, borrachos y ladrones había que apartarlos de la mesa, la cena del Señor, aunque estaba también en contra de los integristas que se tomaban la justicia por su mano y ni los trataban, pues se trataba de un juicio que solo correspondía a Dios. Había corintios que confundían libertad con libertinaje y se entregaban a la lujuria, cuando «el cuerpo no es para la lujuria, sino para el Señor y el Señor para el cuerpo», una recomendación destinada a una ciudad tan dada a la prostitución. «¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que recibís de Dios y habita en vosotros? De modo que no os pertenecéis. Os ha comprado pagando un gran precio, por tanto glorificad a Dios con sus cuerpos».

Julio sacó entonces una clara conclusión de aquella lectura. Pablo estaba contra el libertinaje, pero no contra la sexualidad. Le habían llegado informes de Corinto de que él era contrario al matrimonio y a favor del celibato a ultranza. Si Diógenes o Epicteto y algunos filósofos cínicos defendían que era bueno no casarse para ser guías espirituales de la comunidad, Pablo alababa el celibato, sí, pero solo en determinados casos, los que tenían ese don, pues era «mejor casarse que consumirse de pasión». Contrario al divorcio entre cristianos, se enfrentaba con un problema frecuente: las disensiones en los matrimonios mixtos que se multiplicaban. En los casos de convivencia insoportable aconsejaba que la parte cristiana recuperara la libertad, pues «el Señor nos ha llamado a vivir en paz». Con sentido práctico recomendaba que los que se incorporaban a la comunidad no cambiaran su estatuto anterior de casados, aunque uno que tiene fe ha de situarse por encima del tiempo. Desde la Nueva Noticia no había que olvidar que «el tiempo se acorta» y el mundo se acaba.

Otro conflicto sobre el que llegaron informes de Corinto era el de los carismas espectaculares, el afán de prodigios. Algunos se levantaban en la asamblea y empezaban a hablar con sonidos inarticulados, incluso en otras lenguas conocidas o no. Esta facultad, llamada glosolalia, se había puesto de moda, así como los que luego poseían el don de interpretarla. Algunos se erigían como protagonistas y dejaban atrás a los que no parecían poseer tales facultades. Pablo niega que estas personas carezcan de carismas. Pues todos tienen el suyo, cada uno su carisma distinto, ya que todos los creyentes pertenecen a un mismo cuerpo que es Cristo. Y en el cuerpo a veces los miembros más débiles requieren mayor cuidado y atención. Y es todo el cuerpo el que sufre o se alegra cuando un miembro en particular tiene esa experiencia.

Lo que menos satisfizo a Julio de la primera carta a los corintios fue su postura sobre las mujeres. Por lo visto en Corintio se presentaban en las reuniones con la cabeza descubierta y se atrevían a «profetizar» y polemizar como los hombres. Aunque él defendía que «ya no hay hombre ni mujer», no aprobaba su equiparación en la asamblea. Reconocía el derecho de la mujer a participar en la oración e intercambio de pareceres, incluso a profetizar si se daba el caso, pero sin que se rompiera el orden establecido, la subordinación de la mujer al hombre propio de la cultura judía sin que se despojara del velo. Un absurdo para Corinto donde la mujer romana participaba incluso en las carreras tanto de carros como a pie. Si bien Julio recordaba haber leído en Epicteto la conveniencia de conservar la cabellera larga en la mujer y la barba en el hombre para distinguirlos, como un «signo que Dios ha dado».

A Julio de tanto desvelo se le caían los ojos de sueño. Pero aún tuvo tiempo de comprobar que Pablo anunciaba el viaje a Corinto para demostrarles que era un infundio lo que se corría allí de que no tenía tiempo o valor para visitarles de nuevo. Les había escrito que no quería ir de paso, sino para quedarse con ellos una temporada. Sin embargo, los acontecimientos se sucederían de otra manera. Por su parte, a los corintios esto no les hizo ninguna gracia, y se quejaban de que cartas que recibían eran duras.

Mientras, en la ciudad habían aparecido los de siempre, los predicadores itinerantes apegados a la ley de Moisés, que se presentaban como los verdaderos, los auténticos apóstoles, amigos directos de los históricos testigos de la vida de Jesús, que presumían además de dones y carismas. No faltaban simpatizantes que los hospedaban en sus casas corintias mientras ellos pedían que los

recompensasen espléndidamente. Cuando estos habían abandonado la ciudad, llegó Pablo a Corinto para una rápida visita y se encontró con el rechazo directo de los partidarios de los judaizantes, los que los habían apoyado y hospedado.

De regreso a Éfeso, acongojado, volvió Pablo a escribirles «hasta con lágrimas en los ojos». Les acusó no solo de ofenderle personalmente, sino de haber colmado de descrédito a toda la comunidad cristiana. Parece que la carta surtió efecto, y para completar la obra de reconciliación, envió a Tito, que no solo era experto en recaudar fondos, sino muy estimado en Corinto. Mientras tanto, las cosas se habían puesto feas en Éfeso y Pablo tuvo que marcharse precipitadamente hacia Troáde y luego a Macedonia. Allí finalmente se encontró con Tito que le dio cuenta de cómo le había ido en Corinto.

—La comunidad ha reaccionado bien con tu carta. Ha expulsado de las reuniones al que te ofendía. Parece que se trata de un caso aislado y que la inmensa mayoría te es fiel.

Entonces Pablo redactó una nueva epístola en la que invitaba a mitigar las medidas contra el ofensor, «no sea que desespere ante tanta tristeza», y se alegraba mucho por el consuelo que le habían proporcionado con su fidelidad. Trataba de aclarar malentendidos y prometía una tercera visita para reconstruir la comunidad. Pedía que se evitasen discordias y animosidades, explicaba las razones de la colecta y se presentaba con una mezcla muy suya de fragilidad y orgullo.

Si se trata de presumir, aunque de poco sirva, paso a las visiones y revelaciones del Señor. Sé de un cristiano que hace catorce años —no sé si con el cuerpo o sin él, Dios lo sabe— fue arrebatado hasta el tercer cielo; y sé que ese individuo —con el cuerpo o sin él, Dios lo sabe— fue arrebatado al paraíso y escuchó palabras inefables, que ningún hombre puede pronunciar. De eso presumiré, que lo que es de mí, solo presumiré de mis debilidades. Aunque, si quisiera presumir, no sería necio, diría la verdad. Pero me abstengo para que, en vista de tan extraordinarias revelaciones, no vaya alguien a tenerme en más de lo que ve en mí o escucha de mí. Pues bien, para que no me envanezca, me han clavado en las carnes un aguijón, un emisario de Satanás que me abofetea. A causa de ello rogué tres veces al Señor que lo apartara de mí. Y me contestó: ¡te basta mi gracia!; la fuerza se realiza en la debilidad.

¿Se refería a su enfermedad palúdica? ¿O a otras tentaciones o dolores físicos? Nadie lo sabe.

Así que muy a gusto presumiré de mis debilidades, para que se aloje en mí el poder del Mesías. Por eso estoy contento con las debilidades, insolencias, necesidades, persecuciones y angustias por el Mesías. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte. Me he portado como necio: vosotros me habéis obligado. A vosotros tocaba recomendarme. Pues aunque nada soy, en nada soy inferior a los superapóstoles.

En una palabra, se humillaba y al mismo tiempo se ensalzaba en lo único que le importa: su legitimidad como apóstol del Mesías. La comunidad corintia era su gozo y su cruz y él se sentía padre de ella. Lo prueba que al parecer llegó a escribir por lo menos cuatro cartas a los corintios, aunque Julio solo estaba en posesión de dos de ellas, como parte del fajo de rollos que Pedro le había entregado para su custodia. Finalmente el romano desplomó su cabeza sobre los papiros. Como un manto protector le había sobrevenido un profundo y repentino sueño.

«*Ni muerte ni vida*»

Un viento huracanado azotaba la ribera del Tíber a la altura del puente de madera llamado Sublicio.¹⁷ Julio descendió hasta sus aguas, que venían ocres de barro e inmundicia. En el margen de la corriente le esperaba una patrulla que le había mandado llamar con urgencia nada más amanecer.

—¿Qué sucede?

—Hemos encontrado esto. Pensábamos que podría interesarte.

Silvio, responsable de los guardas de la cuenca y riberas del Tíber, los llamados *curatores alvei et riparum Tiberis*, le tendió un pedazo de vestido de mujer que habían atrapado en una red.

Julio lo examinó detenidamente. Era un fragmento de seda de color azul claro ribeteado con una cenefa en oro. Se le nubló la vista y casi perdió el equilibrio. Cuando comenzó a recuperarse, exclamó lívido:

—Has hecho bien en llamarme. Puede ser de mi mujer, aunque no estoy seguro.

—¿Qué hacemos, prefecto?

—Que no dejen un palmo del río sin fondear. ¿Habéis drenado ese meandro?

—Aún no, Julio. ¿Quieres que lo hagamos?

—Sí, y todos los alrededores. Que vengan los buceadores, si te parece bien, Silvio. Quiero que revisen el fondo a conciencia.

—Están de camino, prefecto. Descuida. Revisaremos el río en un radio de tres millas. Te avisaremos.

Julio se sentó en una roca. La sangre se le había retirado del rostro y gotas frías perlaban su frente. Los *curatores* lanzaban redes y removían los fondos con largas pértigas ganchudas, entre gritos de mando que se confundían con el furor del viento que aquella mañana azotaba los árboles. Esperó a los buceadores y siguió el trabajo de búsqueda largo rato sobre la barcaza de Silvio, que al mediodía le dijo:

—Vete a comer algo, Julio. Tienes muy mala cara.

—¿Comer? Tengo anudado el estómago. ¡No pasaría ni una almendra!

—Pero no puedes seguir aquí más tiempo. Estás agotado. Te prometo que te avisaremos sin dilación si damos con algo. ¡Ánimo, camarada, a lo mejor es una falsa alarma!

No podía regresar a casa. Aunque seguía mareado y casi sin fuerzas, decidió encaminarse directamente a la prefectura. Gran número de sus contingentes policiales se hallaban fuera, de servicio, y solo se encontraba un retén acuartelado. Le informaron de que Selenio había salido «de

caza», pues Nerón, en un arrebató había urgido encontrar «al tal Cefas y sus secuaces», una vez informado de los acontecimientos ocurridos durante su ausencia.

El prefecto saltó de nuevo sobre su caballo y decidió visitar a Lucas, para informarle. Sus piernas apenas podían mantenerle en la silla. Se inclinó hacia delante para hurtar la fuerza del viento que seguía huracanado aquella trágica mañana. Llegó tan exhausto y débil que al descabargar cayó redondo. El campesino que vigilaba los alrededores, por orden del propio Julio, acudió a auxiliarle y a avisar a Lucas. Con ayuda de Elena y Rubria le condujeron al interior de la casa y lo recostaron junto al fuego de la chimenea. Cuando recobró el conocimiento se sobresaltó.

—¿Dónde estoy?

—En casa de amigos —sonrió Lucas.

Le dieron de beber vino con miel acompañado de unos higos secos que devolvieron algo de color a sus mejillas. Pero sobre todo el calor del fuego y la manta que proporcionó Elena le recuperaron y permitieron respirar regularmente.

—¡Lucas, amigo, Livia puede estar muerta! —balbució con los ojos humedecidos.

Después le advirtió de que Pedro volvía a correr grave peligro por el recrudecimiento de la persecución por orden del emperador.

—¿Qué podríamos hacer? —preguntó Julio.

—Ahora nada. El propio Cefas ha querido regresar a la boca del lobo. Asegura que el Señor le ha dicho que no quiere que huya, sino que permanezca en Roma. Yo creo que ahora él mismo desea que lo atrapen de nuevo. Está muy impresionado. Dice que nunca más negará al Señor.

Cuando el romano se serenó, el médico, mientras le aplicaba paños húmedos en la frente, intentó desviar la conversación del posible accidente de Livia con preguntas en torno a su informe sobre Pablo. Al principio Julio no podía articular palabra. La visión del fragmento de tejido era una nube tormentosa que le cegaba la mente, impidiéndole pensar.

—¿Qué me importa ahora Pablo! Mi mujer puede estar en el fondo del Tíber, muerta, Dios sabe cómo. ¿No te das cuenta?

—Ahora solo nos queda esperar. Estamos en manos de Dios. Decía el Señor que hasta nuestros cabellos están contados. Tienes que sobreponerte, aunque no sea más que por tus hijos.

Al cabo de un rato se incorporó. Elena le lavaba los pies embarrados y de vez en cuando alzaba la cabeza para cobijarle en su mirada limpia. No decía palabra, pero él deletreaba mensajes impronunciados.

—He leído las cartas que Pablo escribió en Éfeso y percibo una evolución notable en esa época —se atrevió a comentar.

Lucas le sirvió un poco de vino.

—No me extraña. Yo no estuve con él en Éfeso, pero sé que atravesó entonces una época crucial, de crisis. Sus comunidades vivían malos momentos. Sin embargo, le sirvieron para crecer y consolidarse. Creo que gracias a todo eso el mismo Pablo sufrió entonces un proceso de maduración. Tuvo que curtirse en el debate con sus adversarios y repensar su propio mensaje. En el contacto, a través de sus cartas y colaboradores con las jóvenes comunidades de Macedonia, Acaya y Galacia se convenció de que tenía que formar responsables capaces de pastorearlas y conseguir que ellas mismas se organizaran de forma autónoma. Entonces Pablo se preguntaba si serían capaces de andar

por sí mismas. Cuando volví a verle en Tróade me pareció otra persona.

Julio se animó.

—Entonces tenía en su cabeza ampliar su actividad hacia Occidente, viajar a Roma e incluso Hispania. ¿No es cierto?

—Sí, lo repetía continuamente. Tenía muy claro que la mayor difusión se consigue desde las grandes ciudades, y Roma es la capital del imperio. Menciona estos proyectos en su carta a los romanos. ¿La has leído? Tiene como objetivo preparar esos viajes y sintetizar lo que podríamos llamar su Buena Noticia, su Evangelio.

—Aún no he tenido tiempo de leerla. Pero ¿sabes, amigo Lucas? Tengo una tentación.

El médico le miró sorprendido.

—Me pregunto, si teniéndolo aquí mismo en Roma, en la cárcel y dado mi puesto no debería ir a interrogarle en persona.

—Hasta ahora has pensado que lo veías muy arriesgado, que podía provocar sospechas.

—¿Qué quieres que te diga? Ahora, en este momento, me da igual todo. Además, él siempre tiene derecho a una defensa en regla como ciudadano romano. Tengo ganas de volver a verle y contarle cuánto he aprendido sobre él y su azarosa vida.

Con este propósito Julio recobró algo de fuerzas para regresar a su casa. Rufo y los demás esclavos le recibieron en piña, preocupados.

—¿Ha habido noticias? —preguntó ansioso.

—No, nadie ha venido después, *dominus*. ¿Sabes algo?

—¿Y los niños?

—Están dormidos. Les hemos dicho que su madre ha emprendido un largo viaje.

Al día siguiente los *curatores* seguían drenando fondos del Tíber sin fruto alguno, mientras Selenio fanfarroneaba en el patio de armas de estar tras las huellas ciertas del escondrijo de Cefas. De modo que Julio prefirió quitarse de en medio y realizar su proyecto de visitar en la cárcel a Pablo. Antes trazó el itinerario de su tercer viaje.



Mapa del Mediterráneo Oriental que ilustra el viaje de Pablo desde Antiochia hasta Jerusalén. El trayecto principal, marcado con una línea punteada, comienza en Antiochia (actual Antakya) y pasa por Tiro, Sidón, Damasco y Cesarea, llegando finalmente a Jerusalén. El camino de vuelta, indicado por una línea sólida con flechas, muestra el regreso desde Jerusalén a Cesarea y luego a Antiochia. El mapa también muestra otras ciudades importantes de la época, como Efeso, Corinto y Atenas, así como regiones como Galacia, Pisidia y Licia. Se incluyen también las costas del Mar Negro y el Mar Egeo.

Este mapa proporciona un contexto geográfico para los eventos descritos en Hechos 18, 19 y 20. El viaje de ida desde Antiochia hacia el sur y luego hacia el oeste a través de Tiro y Sidón hasta Damasco, y finalmente hacia el norte a través de Cesarea hasta Jerusalén, es el trayecto principal. El camino de vuelta, que comienza en Jerusalén y pasa por Cesarea y Tiro para regresar a Antiochia, es un viaje de regreso. El mapa también muestra que Pablo visitó otras ciudades importantes como Efeso y Corinto durante su viaje.

El mapa muestra la ubicación de las ciudades mencionadas en el texto bíblico. Antiochia está en el noreste del Mediterráneo. Tiro y Sidón están en la costa del Líbano. Damasco está en el noroeste de Siria. Cesarea está en la costa de Israel. Jerusalén está en el interior de Israel. Efeso está en la costa del Mar Egeo. Corinto y Atenas están en Grecia. El mapa también muestra las costas del Mar Negro y el Mar Egeo.

Alegó su condición de prefecto para poder interrogar al preso y la necesidad de atar cabos con la intención de ordenar las últimas pesquisas de cristianos para poder interrogar al preso. Con el haz de luz que arrojaba la única tronera de la mazmorra, tras acostumbrarse a la oscuridad, logró vislumbrar un trasunto enflaquecido y ojeroso de Pablo con ampliada calva y encanecidas greñas en torno a las orejas, un rostro cetrino que desembocaba en la afilada barba que le prestaba un aspecto de chivo derrotado. A Julio le costó que le reconociera.

—Soy Julio, tu viejo custodio del barco y tantos lances juntos. ¿Me recuerdas?

El centurión se sentó en el suelo junto al encadenado y sacó de una faltriquera un poco de carne, una botella con agua y un pedazo de pan. Al cabo de un rato observó que el preso reabría los párpados y la voz salía menos cavernosa de sus labios. Julio le puso al día entonces de lo ocurrido: la situación de Pedro, la huida de su esposa, su traición con Selenio, sus miedos de que Livia se encontrara ahogada en el Tíber, los conflictos de Nerón y el informe que sobre Pablo él mismo estaba escribiendo.

—¿Sobre mí? No pierdas el tiempo. Indefectiblemente mi vida está tocando a su fin, amigo. Deseo soltar amarras y estar con el Mesías.

—Tengo que reconocer que el momento no es propicio para tu liberación. Ahora ya no es como antes, tu calidad de ciudadano romano en esta coyuntura del imperio y con los miedos que atenazan a Nerón, me temo que valga de poco. Pero quiero intentarlo. Además, a qué negarlo, tu vida es más apasionante que la *Iliada* o la *Odisea*, ¿no te parece?

Julio le relató el transcurso de su trabajo y sintetizó sus escritos.

—Como puedes imaginar, tendría cientos de preguntas que hacerte. Pero no contamos con mucho tiempo. Centrémonos en mi relato, en un momento que me intriga sobremanera. Cuando, después de tu encarcelamiento en Éfeso, te replanteas todo ante la crisis de las comunidades y planeas tu viaje a Roma e Hispania.

Pablo intentó rascarse la cabeza, con el consiguiente estrépito de hierros.

—Ah, sí, cuando durante mi tercera visita a Corinto, escribí mi carta a los romanos antes de dirigirme a Judea, pues quería llevar el fruto de las colectas en favor de los pobres a Jerusalén. Había dejado Éfeso, como sabrás por Lucas, obligado por el tumulto de los plateros y otros conflictos con las autoridades. Atravesé Macedonia, llegué hasta Iliria. Desde allí me acompañaron los delegados de las congregaciones que iban a venir conmigo a Jerusalén: Sótrapo, Aristarco, Segundo, Tíquico, Trófimo, Gayo, Timoteo, Lucio y Jasón. Como era invierno, pasé tres meses en Grecia. Cuando llegué a Corinto con tanto séquito, los cristianos se admiraron de nuestra universalidad. Me hospedé con Gayo, un cristiano latino de Corinto al que había bautizado personalmente y que gozaba de buena posición. En su casa, bastante amplia, se reunían con frecuencia los miembros de la comunidad. Allí pude disponer de un buen amanuense, un esclavo cristiano, Tercio, al que le dicté la carta. A mi lado estaban además mi querido Timoteo y tres paisanos, Lucio, Jasón y Sosípatro.

—Pero tú entonces no tenías relación alguna con los romanos. ¿Por qué escribirles una carta?

—Vengo a explicarlo en mi escrito. Pretendía trazar la nueva situación del género humano tras

la venida del Mesías. Primero para prepararme el terreno de ese proyectado viaje. Segundo, alegando mi derecho de dirigirme a ellos como «apóstol de los paganos». Dios me lo había encargado para la salvación de todo el que cree, del judío primero y también del griego y los demás. La salvación es un don que se ofrece a todos.

Hizo una pausa y respiró hondo. El trago y el bocado le ayudaban a desperezar la lengua tras tan largo silencio. Aun así, hablaba con dificultad.

—Mi idea era dejar claro el entronque del Mesías con la historia de Israel, hijo de David según la carne, anunciado por los profetas; su condición divina, su resurrección de la muerte. Y que en un acto de amor libre y gratuito me constituyó a mí en su apóstol para conducir a la fe a todos los pueblos, incluidos los romanos, también predilectos de Dios.

—De ellos conocías sobre todo a Áquila y Priscila, ¿no?

A Pablo se le iluminaron los ojos.

—Un matrimonio encantador. Tenía ganas de volver a verlos. A ellos y a otros cristianos de los que había oído hablar. Pero el objeto de mi viaje a Roma no solo eran ellos, sino incluso dirigirme a los bárbaros, pues el Evangelio va destinado a todos. No olvides que en Roma había ya una comunidad desde hacía quince años. Pensaba que las dificultades que me impedían antes hacer el viaje habrían desaparecido. A mis cuarenta años me encontraba con fuerzas para seguir viajando hasta los confines de la tierra, como soñaba.

—Pero sentías urgencia de partir.

—Sí, claro. Había necesitado doce años para recorrer Cilicia, y siete para amarrar Corinto, la puerta de Occidente. Quería echar raíces en Roma y seguir a Hispania. Sentía que el tiempo me apremiaba, que mi cuerpo empezaba a gastarse más de la cuenta. Sabía que Timoteo velaría eficazmente, mientras, por las comunidades fundadas en Oriente. Estaba convencido de que aquí, en Roma, el centro del imperio, es donde se difunde el pensamiento, se copian los libros, se conecta con el resto del mundo. Esta ciudad es mucho más que el vértice militar y político del mundo conocido. Aquí se cuece la cultura, están los intelectuales, el arte, los estrategas, todo. Mis amigos de Corinto insistían: «¡Ve, ve a Roma!».

Julio sacó de su morral el rollo de la carta a los romanos, que había traído envuelto en un cilindro y encendió una linterna de aceite.

—Pero esta carta es muy diferente a las otras tuyas. Se diría un compendio de tu pensamiento, de toda tu doctrina. No aludes, como en otras, a los problemas de la comunidad.

—¿La has traído contigo? —sonrió.

—Ya sabes que Pedro me dio varios documentos para proteger.

—Yo pretendía prevenir una campaña en contra que me pudiera desautorizar antes de llegar Roma. Por eso escribo pensando en los judíos de Roma, desde la fe de Abraham e Israel. Contrapongo a Adán con el Mesías y vuelvo a mi tesis preferida, que uno se salva por la fe. La Buena Noticia ofrece al hombre la posibilidad de liberarse de sus esclavitudes más profundas: la ley, la sabiduría, el pecado, la muerte. El hombre se libera gracias a la fe. —Pablo tragó un sorbo para aliviar su carraspera—. Solo con la fe el hombre se libera de sí mismo, del egoísmo que le aliena, de la ira de Dios. El Mesías es el verdadero propiciatorio.

Julio frunció el ceño.

—¿Qué es eso? ¿Qué es el propiciatorio?

—Perdona, olvidé que no eres judío. Es una plancha de oro que estaba colocada sobre el arca de la alianza. Lo consideraban como el lugar de la presencia de Dios, el símbolo de su amor misericordioso y perdonador. Mediante la fe el hombre alcanza su paz con Dios. Mediante el segundo Adán, el Mesías, participa de su muerte y resurrección.

Julio le cortó en seco. De pronto le había invadido la mente la imagen de Livia, que imaginó hundida, muerta en las sucias aguas del Tíber.

—¿Insinúas que esa fe libera al hombre de la muerte?

—No, el hombre mientras vive sigue bajo la amenaza del mal, el sufrimiento y también la muerte. Pero con otra fuerza. Mira, lee ahí —señaló con el dedo.

Julio abrió el rollo, y a duras penas, acercando la linterna, leyó:

Teniendo esto en cuenta, ¿qué podemos decir? Si Dios está de nuestra parte, ¿quién estará en contra? El que no reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos va a regalar todo lo demás con él? ¿Quién será fiscal de los que Dios eligió? Si Dios absuelve, ¿quién condenará? ¿Será acaso el Mesías Jesús, el que murió y después resucitó y está a la diestra de Dios y suplica por nosotros? ¿Quién nos apartará del amor del Mesías? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro, espada? Como dice el texto: por tu causa estamos a la muerte todo el día, nos tratan como a ovejas de matanza. En todas esas circunstancias vencemos de sobra gracias al que nos amó. Estoy persuadido de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni potestades, ni presente ni futuro, ni poderes ni altura ni hondura, ni criatura alguna nos podrá separar del amor de Dios manifestado en el Mesías Jesús Señor nuestro.

—¿Ves, Julio? Nada ni nadie nos puede arrebatarse ese amor —subrayó Pablo.

—Pero tu Dios es injusto. Te confieso que no lo puedo entender. ¿Por qué permite que el dolor atribule a unos mientras concede felicidad a otros?

Pablo cerró los ojos y respiró profundamente. La humedad corría a chorros por las negras paredes de la mazmorra.

—¡De ningún modo! A Moisés le dice: «Yo me apiado de quien quiero, me compadezco de quien quiero». O sea, que no depende de querer ni de correr, sino de que Dios se apiade. En el texto de la Escritura dice al faraón: «Con este fin te he exaltado, para mostrar en ti mi fuerza y para que se difunda mi fama por toda la tierra». O sea que Dios se apiada del que quiere, y endurece al que él quiere. Objetarás: ¿por qué, entonces se queja, si nadie puede oponerse a su decisión? Y tú, hombre, ¿quién eres para replicar a Dios? ¿Puede la obra reclamar al artesano por qué la hace así? ¿No tiene el alfarero libertad para hacer de la misma masa un objeto precioso y otro sin valor? El hombre no tiene derecho a pedir explicaciones.

—¿Qué hacer entonces? Es un callejón sin salida. Todo está programado.

—No, el ser humano puede hacer una cosa, puede abrirse a la luz. La Palabra está a tu alcance, en la boca y el corazón. Si confiesas con la boca que Jesús es Señor, si crees de corazón que Dios lo resucitó de la muerte, te salvarás. A vosotros los romanos os han enseñado a alzar la cabeza con orgullo y a humillar al esclavo. Pero tú y tu esclavo sois una misma cosa. Si descubres esto, te liberas. Solo desde la fe y el reconocimiento de tu pequeñez puedes despertar al amor. Quien se fía de él no fracasará. Y no hay diferencia entre judíos y griegos; pues es el mismo, el Señor de todos, generoso con todos los que le invocan.

Pablo levantó la cabeza. El cono de luz silueteaba en claroscuro su escuálido rostro como el de

un antiguo profeta del desierto.

—Todo el que invoque el nombre del Señor se salvará —continuó—. Pero ¿cómo lo invocarán si no han creído en él? ¿Cómo creerán si no han oído hablar de él? ¿Cómo oirán si nadie les anuncia? ¿Cómo anunciarán si no los envían? Como está escrito: «¡Qué bellos los pies de los heraldos de buenas noticias!». Solo que no todos, por desgracia, responden a esta Buena Noticia.

Comentó Julio con Pablo otros puntos sobre la fe de los judíos, la importancia de la autoridad romana, que el apóstol veía como un poder de contención ante el mal; su misión con los paganos, sus normas de convivencia, sus penas y alegrías. Pero al romano le interesaba sobre todo su último viaje a Jerusalén.

—¿Por qué no navegaste directamente a Roma y te dirigiste a Jerusalén?

—Es la ciudad santa, donde murió y resucitó el Mesías. Quería llevar personalmente la colecta que habíamos organizado para las necesidades de aquella comunidad. Y en el fondo de mi ser siempre me urgía la necesidad de conseguir aprobación y unidad con los apóstoles.

—No era buen momento, con las revueltas de los zelotes. Quien más quien menos llevaba un puñal oculto en el manto, según tengo entendido. El gobernador Félix tuvo que reprimir a los rebeldes de Teudas, entre otros, ¿no?

Pablo sonrió evocando el momento de su partida.

—Nada de eso nos importaba. Fuimos al puerto de Céncreas para zarpar. Estaba rebosante de peregrinos que iban a Jerusalén para las fiestas. Mujeres acurrucadas en el suelo con niños en sus espaldas, gente de mala vida que aprovecha la fiesta para robar. Había que andar con cuidado. Un capitán y un par de marineros alquilaban una nave, que luego en medio de la noche no sabías adónde te podría llevar. Los hermanos descubrieron el peligro y Lucas y yo decidimos tomar el camino por tierra hacia Macedonia. Los otros dieron un rodeo por Éfeso, para esperarme en Tróade.

—Entonces Lucas, el médico, volvió a acompañarte —interrumpió Julio, interesado por su amigo.

—Sí, pensé en él enseguida para mi viaje a Occidente. Es un gran compañero, un excelente amigo y además de medicina, escribe muy bien y sabe mucho de navegación.

—He caído en la cuenta de que en su libro vuelve a usar el «nosotros» a partir de ese momento.

—Celebramos la Pascua en Filipos y por aquellas fechas encontramos una pequeña nave de carga que partía hacia Tróade. Los vientos no nos fueron favorables y tardamos trece días en llegar. Siete días estuvimos con aquella comunidad. Pero un incidente estuvo a punto de amargarnos la última noche. Creo que Lucas lo cuenta con todo detalle. Nos habíamos reunido a celebrar la fracción del pan en el segundo piso de una casa grande con azotea. Se había puesto el sol tras la isla de Tenedos. Era primavera y las ventanas estaban abiertas. Les hablé de la resurrección y la vida. Los fieles me escuchaban con devota atención. En el alféizar de una de las ventanas estaba sentado un joven llamado Eutico, que a esas horas luchaba contra el sopor del sueño. De pronto se escuchó un grito. Nos asomamos y vimos a Eutico derrumbado e inconsciente en el patio. De repente había caído desde la ventana. Corrimos. «¡Está muerto!», gritaban las mujeres. Me abalancé sobre él y lo abracé. «No os preocupéis, que aún está vivo», dije.

—¿Un milagro?

—Solo sé que se incorporó como si nada y continuamos el ágape con gran alegría, como si el

Señor quisiera corroborarnos visiblemente que efectivamente él es la resurrección y la vida. Lo cierto es que ya nadie pensó en dormir. Con las primeras luces del día nos dirigimos al puerto donde Lucas y los demás amigos se embarcaron hacia Assos. Yo preferí ir a pie para saludar a algunos cristianos y reflexionar durante el camino. En Assos nos reencontramos y nos embarcamos rumbo a Mitilene. De allí zarpamos a la isla de Quíos, y tras una escala en Samos atracamos en Mileto. Quise pasar de largo sin detenerme en Éfeso, aunque pudimos ver de nuevo, desde el barco, el templo de Artemisa de triste recuerdo. Desde Mileto avisamos a algunos ancianos y *episkopoi* de Éfeso, pues quería despedirme de ellos.

Julio recordó que Mitilene era la ciudad más grande de Lesbos, que contaba con dos puertos, de los cuales el del sur se podía cerrar y albergar hasta cincuenta trirremes, mientras que el del norte, más grande estaba protegido por un dique. La ciudad de Safo, la poeta griega del amor homosexual que tanto se leía en Roma y cautivó a Catulo y Horacio. Luego Quíos con otro gran puerto, que presumía de ser cuna de Homero. Samos, con sus excelentes vinos y el gran templo a Poseidón, y Mileto, capaz de anclar toda una flota, que llegó a cerrar sus puertas al invencible Alejandro Magno.

—He leído tu discurso de despedida en Mileto. Es uno de los más conmovedores relatos de Lucas. Casi el adiós de quien se encamina indefectiblemente a la muerte.

Pablo no ocultó su emoción. En aquel solemne momento se había sentido como Jacob, Josué, Samuel, David, Matatías y Tobías en sus alocuciones más solemnes. Recordó sus pruebas y desvelos, las intrigas de los judíos, predicaciones e instrucciones. Intuyó lo de siempre: que le esperaban cadenas, pero que en nada apreciaba la vida con tal de seguir anunciando al Señor Jesús. Les pedía que cuidasen del rebaño que el Espíritu les había encomendado como pastores. Les advertía contra los lobos rapaces e incluso ante algunos hermanos desviados. «Por tanto vigilad y recordad que durante tres años no he cesado de amonestaros con lágrimas ni de día ni de noche». Su regalo de despedida era el mensaje de que tenía poder «para construeros y otorgar la herencia». Les recordaba que no tenía ni oro ni plata y que con el trabajo de sus manos había proveído a sí mismo y a sus compañeros, pues afanándose así había que acoger a los débiles.

—Entonces citas una frase del mismo Jesús que me ha llamado la atención.

Pablo entornó los ojos.

—Sí. «Más vale dar que recibir». —Guardó un instante de silencio emocionado para saborearlo. —Creo que resume todo su código de vida. Luego me hincó de rodillas con los demás, y oramos juntos. Sordos sollozos rompieron la quietud de la tarde y echándose a mi cuello me abrazaban llenos de pesar porque les había dicho que no volvería a verlos. Luego me acompañaron hasta el barco. No olvidaré cuando sus figuras empequeñecían y se desvanecían para siempre en la bruma marina agitando sus brazos desde el puerto.

Pablo se arrancó de ellos mientras navegaban a la soleada isla de las rosas, Rodas. En Pátara tuvieron suerte y encontraron una nave que zarpaba para Fenicia. Al pasar por la costa occidental de Chipre, su corazón le trajo la imagen y el querido recuerdo de Bernabé. ¿Había sido con él demasiado radical? Decían que había muerto. Tocaron Tiro, donde la nave tenía que descargar.

—En Tiro, un puerto en otro tiempo famoso, nos detuvimos siete días, retenidos por una comunidad de cristianos. Algunos me aconsejaron que no subiera a Jerusalén. Otra entrañable despedida. Con sus mujeres e hijos nos acompañaron hasta la playa, donde, de rodillas sobre la

arena, oramos juntos. Con los de Tolemaida nos quedamos un día para continuar a pie al día siguiente hasta Cesarea. Estábamos solo a tres días de Jerusalén, pero decidimos prepararnos durante una semana en casa de Felipe, uno de los siete helenistas, el que convirtió al eunuco. Tenía cuatro hijas consagradas a Dios, que gozaban del don de la profecía. Pero no fueron ellas las que profetizaron.

—¿Seguían advirtiéndote de que no fueras a Jerusalén?

—Sí. Esta vez fue de nuevo Ágabo, el que había profetizado la carestía en Judea, que bajó desde allí y montó una escena. Se me acercó, tomó mi cinturón, se ató a él de manos y pies y dijo: «Esto dice el Espíritu Santo: al dueño de este cinturón le atarán en Jerusalén los judíos y lo entregarán a los paganos». Entonces Lucas y los demás me suplicaron que no subiera a Jerusalén. Les dije que dejaran de llorar y ablandarme el corazón, que por el nombre del Señor estaba dispuesto a ser encadenado y morir en Jerusalén si fuera necesario.

—Entonces, ¿emprendisteis el viaje?

—Nos acompañaron algunos hermanos de Cesarea. Los caminos eran ríos de gente que con sus animales y trajes de fiesta se dirigían a la ciudad santa. No pude sustraerme a la emoción al divisarla y recordar cuando llegué a ella por primera vez desde Tarso de la mano de mi padre. Con cierta turbación, pues intuía lo que me esperaba.

—¿Te hospedaron los apóstoles?

Pablo sonrió irónicamente.

—La ciudad rebosaba de gente por la Pascua. La mayoría dormía al aire libre o bajo las tiendas. Un viejo discípulo, Nasón de Chipre, nos dio cobijo. Solo al día siguiente nos dirigimos...

De pronto se escucharon dos golpes recios en la puerta del calabozo.

—¡Julio, Julio!

El centurión se levantó y abrió la puerta. Era el carcelero.

—Está aquí Silvio, el jefe de los *curatores* del Tíber. Quiere hablar contigo.

Cives romanus sum

A galope corrió Julio hacia el Tíber, seguido a duras penas por Silvio, para alcanzar la ribera donde, según acababan de informarle, habían encontrado una nueva pista sobre la desaparición de su esposa. El lugar estaba marcado con unas estacas y cuatro cuerdas. Julio descabalgó nervioso.

—¿Qué es?

—No hemos querido cambiarlo de sitio.

Julio se acercó a un cañaveral a la orilla del río recién desbrozado a machetazos por la guardia. En el centro del lugar acotado divisó dos objetos. Uno era otro pedazo de vestido, semejante al que se había encontrado anteriormente. Con una peculiaridad: se veía en él una oscura mancha de sangre. El otro, un objeto que brillaba. Cuando se acercó, reconoció la joya: el collar de plata con gemas de ónix y lapislázuli, que él había adquirido para Livia en Cesarea Marítima, cuando tuvo que traer prisionero hasta Roma al ciudadano romano Pablo de Tarso. Se quedó paralizado. Recordaba perfectamente al platero judío al que se lo compró, cautivado por la sencillez y belleza de la joya, y la reacción de Livia encantada al recibir el regalo. Desde entonces se convirtió en uno de sus aderezos preferidos.

—¿Qué pasa, Julio? ¿Lo reconoces?

Julio se sentó en el suelo con la cabeza entre las manos.

—¡Por todos los dioses, sí, es de ella, un collar que yo mismo le regalé! Pero ¿dónde está, oh, Júpiter? ¿Seguirá viva? ¿La habrán arrojado al río? Quizás esté solo herida.

Silvio le puso la mano en el hombro.

—No lo sé, seguiremos buscando, amigo. Lo que parece quedar claro es que fue agredida en tierra firme. Si ella se hubiera lanzado voluntariamente al río, esas manchas de sangre en el tejido y las gotas secas que hay sobre una de las piedras de lapislázuli no estarían ahí. El collar está roto, lo que indica un anterior forcejeo. ¿Sabes si Livia lucía esa joya últimamente o la utilizaba solo en las grandes ocasiones?

Julio se quedó pensativo con la mirada perdida en las ondas del río.

—No sabría decirte, aunque ahora creo recordar que últimamente no lo usaba, sí, creo que desde que se tensaron nuestras relaciones.

—Sin embargo, el día del incidente lo llevaba, no hay duda. No deja de ser un dato curioso. ¿Por qué se lo puso si no se había reconciliado contigo, Julio?

Julio se alzó, respiró hondo, hinchó el pecho e intentó recuperar su habitual aspecto marcial.

Soldados de los dos regimientos, tanto de los *vigiles* como de los *curatores* de Silvio, rodeaban el lugar del hallazgo asistiendo al hecho con un silencio reverencial, como si aquel collar fuera un certificado de muerte. Pendían de los labios de Julio, que contestó:

—No lo sé, todo es muy extraño. ¿Dónde está Selenio? ¿No ha venido por aquí?

—No. Lo vi en el cuartel esta mañana muy seguro de sí. No hacía más que decir: «¡Ya he dado con la guarida del jefe de esos cochinos incendiarios! Pero es un secreto, que nadie se vaya de la lengua».

Julio se llevó a Silvio aparte, más allá de unos chopos.

—¿Tú qué crees? ¿Cómo interpretas estas huellas?

—No sé qué decirte, Julio. Todo es muy extraño —titubeó.

Julio le puso ambas manos sobre los hombros y le clavó los ojos.

—Por favor, no tengas reparos, Silvio. ¡Quiero saber la verdad!

—¿La verdad? Yo no la sé. No tenemos suficientes pruebas.

—Me basta tu verdad, Silvio. ¿Tú qué crees? ¡Habla!

Silvio se quitó el casco, cuyo reflejo cegó instantáneamente los ojos de Julio y se rascó la entrada del pelo.

—Mi hipótesis de trabajo es que alguien forcejeó con Livia y la agarró violentamente del cuello. Ella intentaría zafarse y escapar. En ese momento lo más seguro es que el agresor, para evitarlo, la atrapara por el collar, con tal fuerza que se le clavó en la piel hasta hacerle una herida y luego la joya se rompió.

—¿Y la sangre en la túnica?

—Eso es otra historia. Ahí la mancha de sangre parece más extendida y más abundante. Procede sin duda de una herida más profunda. Pero no podemos saber más. Solo son suposiciones.

—¿Qué hizo luego ese hijo de perra? ¡Dime!

—Tranquilízate. No hay indicios para sacar una conclusión definitiva. Pudo solo hierirla y escapar. Pero esta explicación no se sostiene en principio, pues ya tendríamos alguna noticia, alguna petición de socorro por parte de tu mujer, cualquier señal de vida. La otra, perdona, es que perpetrara el crimen y que lanzara el cadáver al río. Pero por más que hemos buscado de momento no hemos tropezado con cuerpo alguno.

El prefecto intentaba sobreponerse, pero no pudo más. Dio media vuelta entre sollozos.

—¡Seguid buscando, por favor! ¡Día y noche! —ordenó.

Sin más comentarios, se alejó a caballo. El nudo en su garganta bajaba a su estómago, crecía como una serpiente y atenazaba sus nervios. La visión del collar refulgía en su mente en el largo y esbelto cuello de ella, rivalizando con sus bucles rubios, sus perlados dientes, su boca nítida, sus labios rojos y entreabiertos con la frescura de una granada fresca. Lloraba sobre el caballo como un niño. ¿Qué podría hacer? De pronto pensó en preguntar a Rufo, nada más llegar a la villa. Él la habría visto por última vez.

—Sí, *dominus*, ese día la señora llevaba el collar y su túnica azul celeste ribeteada de oro. Me pareció menos deprimida que otros días, como más segura. No quiso llevarse consigo a una esclava. «¡Volveré pronto! Vigila a los niños, no vayan a hacer alguna diablura», fue todo lo que me dijo. El auriga la dejó en el foro y esperó hasta el día siguiente, como sabes, sin que volviera a aparecer.

¿Hay algún dato nuevo?

Julio le puso al tanto de los últimos hallazgos y corrió a ver a sus hijos. Jugaban en el jardín con miniaturas de legionarios y princesas normandas. Abrazaron a su padre, sin preguntarle nada, como si inconscientemente intuyeran con su infantil sexto sentido que no les convenía indagar en zonas peligrosas. Él intentó jugar con los pequeños como si organizara una batalla, mientras se tragaba las lágrimas. Finalmente se encerró en su *tablinum* y se echó a llorar amargamente. Solo un resplandor de consuelo titilaba en su horizonte: el collar de gemas. ¿Por qué se lo puso ese día precisamente? Nunca cuando iba con Selenio se lo había visto. Sabía muy bien cuánto evocaba para ella.

Dos días después, sin noticias sobre las búsquedas en el Tíber, decidió regresar a sus escritos para evitar caer en una depresión sin retorno. Con los datos que había recabado del mismo Pablo, durante su visita a la cárcel y, sobre todo de Lucas, que relataba en *Hechos* con bastante detalle este periodo, se esforzó en comenzar a describir posiblemente la época más dramática de la vida de su protagonista.

* * *

Desde el terrado de la casa del chipriota podía contemplar las calles bullir como una alcuza de aceite hirviendo. Jerusalén había triplicado su población con las fiestas y riadas de familias con sus animales se mezclaban con sujetos de mala catadura, de esos que a primera vista sospechas que ocultan puñales bajo los pliegues de su túnica. Contaban que habían llegado a asesinar al sumo sacerdote Jonatán, aunque el instigador estaba más arriba. Además, estos feroces nacionalistas veían como un signo de colaboracionismo la más mínima concesión que debilitara la ley mosaica. Patrullas de soldados romanos recorrían la ciudad conscientes del peligro zelote. Era la quinta vez que visitaba Jerusalén después del resplandor que le había cambiado la vida en Damasco. Imaginaba que para esos sectores revolucionarios y nacionalistas su universalismo era una amenaza. ¿Sería esa la razón por la que ni Santiago, ni ninguno de los apóstoles quisieron hospedarlo en su casa? Estaba convencido de que la noticia de la llegada del «renegado» se habría convertido esa noche en objeto de murmuraciones y comidillas en bazares, callejas y alojamientos de peregrinos. Nada más ser hospedado en la casa del cristiano helenista de Chipre, sus amigos le habían recomendado: «Ni se te ocurra salir solo a la calle. Mañana iremos donde Santiago».

Impoluto, hierático y vestido de blanco desde la sede presidencial, el hermano de Jesús parecía más flaco y envejecido que nunca, cuando Pablo penetró en la sala rodeado de sus ocho compañeros de viaje. Lo primero que hicieron fue depositar a los pies de Santiago las bolsas de la colecta que con tanto esfuerzo habían obtenido todas las comunidades para los más necesitados de la Iglesia de Jerusalén.

Santiago y Pablo se dieron un beso de paz en medio del silencio expectante de los ancianos. Pero acto seguido los compañeros del recién llegado sufrieron el primer rechazo. Ellos no recibieron el ósculo de paz. Daba la impresión de que aquellas ofrendas era algo sin demasiada importancia, como natural, un tributo debido a la asamblea de Jerusalén. Pablo comprobó que el recelo manifestado en su carta a los romanos se verificaba allí mismo.

Entonces tomó la palabra e hizo un enjundioso resumen de su trabajo durante los últimos años.

Dio cuenta de las maravillas realizadas por Dios entre los paganos, y, tenso, sin ocultar su dolor, abrió su corazón a los presentes sobre los padecimientos y trabajos de los últimos años. Sin dar nombres, acusó a los falsos hermanos de haber abusado del crédito de los apóstoles, saqueando comunidades y blasfemando de la gracia de Dios. Pero añadió que sin embargo Dios había convertido todo en bien para gloria del Mesías. Desde Grecia hasta Siria su nombre era ahora más conocido y adorado. Santiago, el que de niño había jugado con Jesús de Nazaret, dijo de pie:

—¡Loado sea Dios, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, ha realizado grandes cosas por su amado hijo! —Iba Pablo a pronunciar una palabra de gratitud, cuando Santiago continuó—: Sin embargo, habrás comprobado también los miles de judíos que se han convertido a la fe, todos observantes de la ley. —Hizo una pausa, carraspeó y añadió—: Pero corre el rumor de que a los judíos que viven entre paganos les enseñas a abandonar la ley de Moisés y les exhortas a que no circunciden a sus hijos ni sigan nuestras costumbres.

Un rumor corroboró la afirmación entre los asistentes.

—¿Qué hacer? —prosiguió Santiago—. Pues bien, como seguramente se han enterado de tu llegada, sigue nuestro consejo: entre nosotros hay cuatro hombres que han hecho un voto. Ve con ellos a purificarte y paga los gastos para que se afeiten la cabeza. Así sabrá todo el mundo que los rumores que corren sobre ti carecen de fundamento y que tú eres un judío observante de la ley. Por nuestra parte, a los paganos convertidos a la fe les hemos comunicado ya nuestros decretos sobre las víctimas idolátricas, la sangre, los animales estrangulados y la fornicación.

Era tanto como decirle: «Muestra en público que eres un judío cabal», para a continuación recordarle las cláusulas acordadas y echarle al mismo tiempo en cara que no había cumplido lo decidido en Jerusalén hacía ocho años. Ahora Pablo debía rehabilitarse con una pública profesión de judaísmo. Lucas en su relato no pone en boca de Santiago tal decisión. Se limita a escribir «ellos» como los autores de la misma. Pero era evidente que toda aquella trama había sido urdida con la anuencia y aprobación de Santiago.

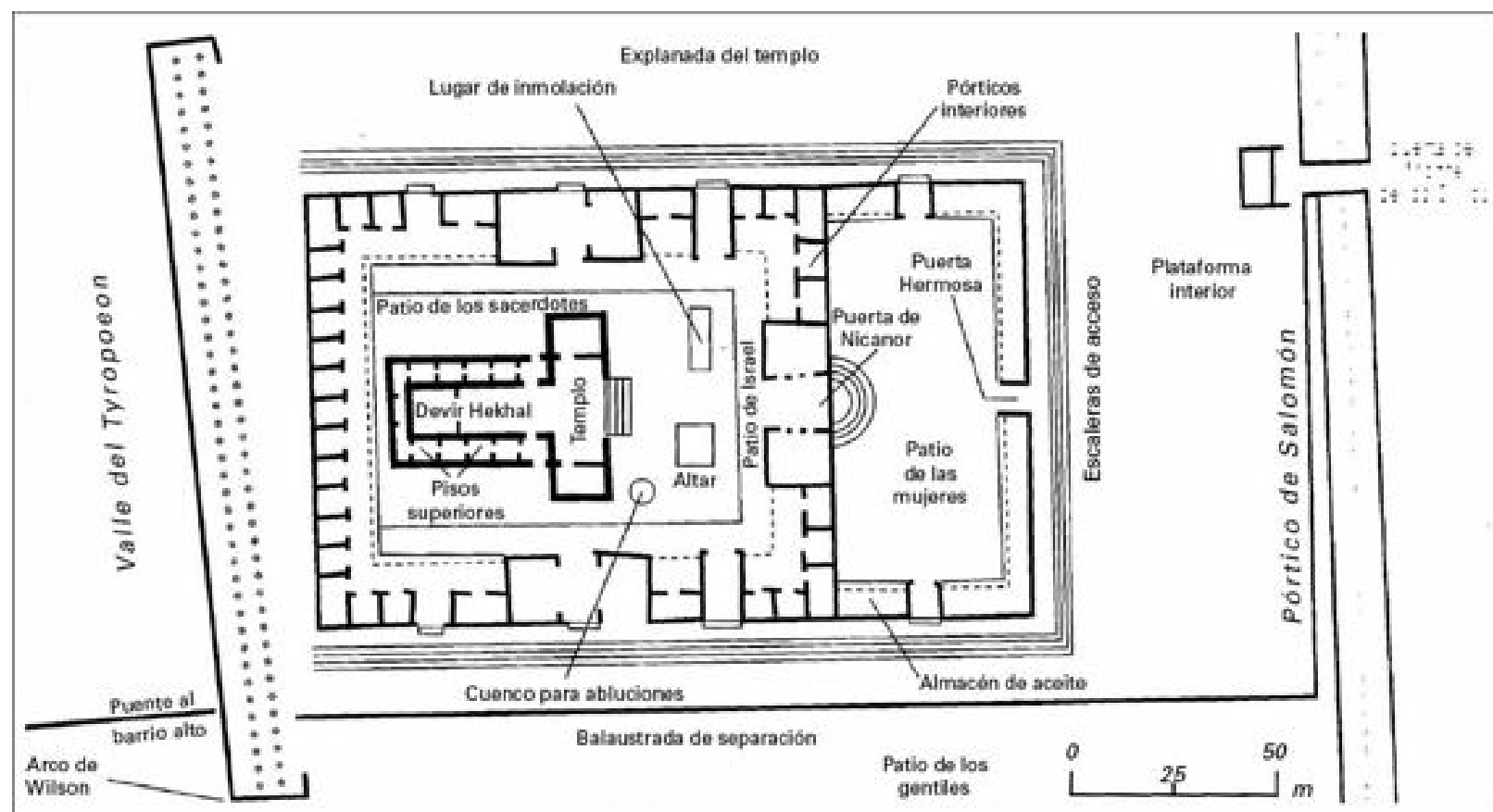
El bofetón no podía ser más explícito. Pablo tenía que pasar siete días con unos extraños en el templo y encima correr con los gastos de estos. Por los cinco nazireos tenía que pagar quince ovejas, quince cestos de pan, tortas y pasteles de aceite, más otros tantos cántaros de vino, junto con los gastos de manutención de todos ellos durante los siete días. ¿Qué pretendían Santiago y los suyos con ello? Estaba claro que dar publicidad al hecho para que apareciera como una pública retractación y así la noticia llegara a todas las comunidades fundadas por Pablo y de esta forma contradijera cuanto había predicado sobre la libertad del hombre nuevo.

Aquella noche no pudo dormir. ¿Tendría que doblegarse o mantenerse fiel a los principios sobre la nueva criatura que él había predicado? A la mañana siguiente tenía una decisión tomada. Optó por la humildad, el mandamiento del amor. «Aunque soy libre, me hago siervo de todos», había escrito a los corintios. Quizás debía asumir ahora el mayor sacrificio de su vida. Él, orgulloso de carácter, independiente, libre, convencido de que Dios mismo le había dictado su forma de actuar, optó por el camino más difícil.

Ojeroso y cansado, fue en busca de aquellos cuatro nazireos con los que tenía que purificarse. Casi no podía dar un paso entre la apretada multitud vocinglera. En los alrededores del templo, el viejo palacio de Herodes, convertido en torre Antonia, se hallaba literalmente tomado por las cohortes

romanas, aquellos días reforzadas con guarniciones llegadas de Cesarea para evitar tumultos. Pablo avanzaba con pie firme, acompañado de su amigo Trófimo de Éfeso, por las calles abarrotadas hacia el templo, la parte meridional, donde se encontraba la entrada del gran recinto mandado construir por Herodes con grandes sillares de piedra. Subió la escalinata que daba acceso a las tres puertas y penetró en la inmensa plaza del atrio de los gentiles, donde Jesús había expulsado a latigazos a los mercaderes. El griterío de la gente en las mesas de los cambistas, se mezclaba con el balido de las ovejas, el revoloteo de los pichones y los comentarios en diferentes lenguas de curiosos y extranjeros de variopinta vestidura y procedencia. No faltaban miradas aviesas y gente sospechosa de llevar alguna espada u hoz oculta.

Luego se encaminó a la puerta Hermosa, donde Pedro había curado a un parálítico. Subió las escaleras de catorce escalones de mármol hacia un segundo patio interior, el atrio de las mujeres, y luego al atrio de los judíos o Israel, rodeado de columnatas. Entre el patio interior y el exterior mediaba una soberbia puerta de bronce de dos hojas, tan grande que hacían falta veinte hombres para poder moverla. Antes había una barrera de piedra de metro y medio que marcaba el límite de la zona sagrada y lápidas en griego y latín que advertían: «Ningún extranjero se atreva a penetrar en el santo recinto. Quien fuera sorprendido haciéndolo, incurrirá en pena de muerte»: una terrible condena con el subsiguiente linchamiento popular. En el atrio de los judíos se encontraba el arca de las ofrendas, provista de trece aberturas en forma de *shofar* o cuernos de macho cabrío. Había levitas en las esquinas encargados de inspeccionar la madera para el fuego, que no debía estar apolillada. Otros guardaban el aceite y el vino ritual. Sobre un emplazamiento elevado al que se accedía por una rampa se hallaba el altar de las ofrendas.



—¡Quédate aquí! —le dijo Pablo a Trófimo.

Y entró solo en el patio interior, donde se mascaba un silencio sacro. Un intenso olor a chamusquina mezclado con el del incienso y la sangre invadió su olfato, mientras sacerdotes ataviados de blanco iban y venían para cumplir el rito. Acarreados y cuarteados por los auxiliares levitas, los pedazos de becerros eran conducidos a manos de los sacerdotes que los lanzaban hábilmente sobre la pira sagrada.

Pablo cumplió el ritual que se le había impuesto diariamente y por la tarde descansaba en casa del chipriota. El séptimo día se presentó a los sacerdotes a la hora del sacrificio matutino para darles a conocer la conclusión de su voto. Pero ese día advirtió movimientos extraños y gente desconocida a su alrededor. De pronto un grupo de judíos de Asia Menor, a la señal de uno de ellos, se abalanzó sobre él y le echaron mano, mientras otros vociferaban:

—¡Socorro, israelitas!

Las masas corrieron a la llamada y rodearon al grupo.

—¡Aquí lo tenéis! ¡Este es! ¡Es el que va por ahí enseñando a todo el mundo una doctrina contraria al pueblo, a la ley, a este lugar sagrado! ¡Ahora mismo acaba de introducir en el templo a unos griegos! ¡Ha profanado el santo lugar!

Los curiosos daban saltos tras los corros de la multitud para ver mejor lo que ocurría. Los acusadores habían visto un momento antes a su lado a Trófimo, y pensaban que Pablo lo había introducido en la zona prohibida a los gentiles. Los sacerdotes se alarmaron y dieron orden a los levitas de tocar las trompetas para dar la alerta: alguien acababa de contaminar el templo.

Pablo intentó aclarar el equívoco, pero ya era juguete del oleaje de masas. A empujones, arrastrado de aquí para allá, caía y se levantaba entre las manos de los amotinados. Los guardias del templo empujaron entonces a la multitud escalera abajo. Un metálico estruendo señaló el cierre de las enormes puertas de bronce.

Arrojado en el suelo, el apóstol yacía en medio del enlosado atrio. La multitud lo levantó y lo arrastró hacia la salida, dubitantes de qué hacer con él.

Desde la aneja torre Antonia, donde un corredor conducía a los tejadillos de los pórticos del templo, los centinelas romanos observaban con preocupación el tumulto, por lo que decidieron avisar al oficial de guardia. Sonaron trompetas y apareció el tribuno Claudio Lisias, que se apresuró a bajar las escaleras con una patrulla. «¿Será este el cabecilla de los bandidos egipcios que andamos buscando?», se preguntaba. Dio orden de encadenar a Pablo.

Claudio preguntó a los que le acusaban:

—¿Quién es este?

El vocerío era ininteligible. Cada uno decía una cosa.

—¡Acabad con él ¡Matadle! —gritaban.

Los soldados contenían con sus lanzas a la multitud que se detuvo ante la llegada de la cohorte. Claudio ordenó que lo subieran por las escaleras hacia la torre Antonia. Tuvieron que alzarlo en volandas para evitar la violencia de la turba que seguía oprimiéndolo. Consciente, pero con el rostro amoratado y la túnica desgarrada, Pablo, en la puerta de la fortaleza, se dirigió en griego al tribuno:

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿Sabes hablar en griego? —respondió Claudio sorprendido—. ¿No eres tú el egipcio que soliviantó a cuatro mil sicarios y se los llevó al desierto?

—Yo soy judío de Tarso, ciudadano de una población nada despreciable. Te pido permiso para dirigir la palabra al pueblo.

Claudio no salía de su asombro. Hablaba un griego impecable y pretendía pronunciar un discurso en tales circunstancias.

—Habla.

El apóstol ascendió unos escalones de la escalinata y alzó la mano encadenada hacia el pueblo. El ruido se amainó.

—Hermanos y padres, escuchad mi defensa —comenzó a decir en arameo.

El rumor de las masas se apaciguó y el silencio, al oírle hablar en su lengua, se hizo total. Con el título de «padres» se dirigía al Consejo, igual que Esteban, el que apedrearon.

—Soy judío, natural de Tarso de Cilicia, aunque educado en esta ciudad, instruido con toda exactitud en la ley de nuestros antepasados, a los pies de Gamaliel, entusiasta de Dios como todos vosotros los sois actualmente.

Algunas miradas se relajaron. La multitud no perdía palabra.

—Yo perseguí a muerte este camino.

¿A qué camino se refería Pablo? Los rabinos de barba blanca y ostentosas filacterias lo entendieron. Se refería al camino cristiano en contraposición a la ley.

—Yo arrestaba y metía en la cárcel a hombres y mujeres, como puede atestiguarlo el Senado en pleno. De ellos recibí una carta y me encaminé a Damasco para detener a los cristianos allí y conducirlos a Jerusalén para ser castigados.

El orador volvió a relatar las experiencias claves de su vida.

Evocó la luz celeste e intensa que a las puertas de la ciudad resplandeció de pronto sobre él, la voz que le preguntaba por qué le perseguía, que se identificó como Jesús Nazareno. Cómo fue conducido de la mano en su ceguera a la ciudad, la visita de Ananías, su recuperación de la vista, su misión de ser testigo en todo el mundo de cuanto había visto y oído.

—Cuando volví a Jerusalén, estando en oración en el templo, caí en éxtasis y vi que me decía: «Sal a toda prisa de Jerusalén porque no van a aceptar tu testimonio acerca de mí». Repliqué: «Señor, ellos saben que yo arrestaba a los que creían en ti y los azotaba en las sinagogas. También que cuando se derramaba la sangre de tu testigo Esteban, allí estaba yo aprobando y guardando la ropa de los que lo mataban». Él respondió: «Ve, que yo te envío a pueblos lejanos».

Hasta el momento la gente le había escuchado en silencio. Pero lo que acababa de decir era demasiado para un israelita. En el marco solemne del sitio más sagrado, el templo de Jerusalén, aquel sujeto se atrevía a proclamar que Dios mismo le había hablado y enviado a «pueblos lejanos», que era tanto como decir a los gentiles, los paganos.

—¡Quita de en medio a ese hombre! ¡No merece vivir! —empezaron a gritar.

Entonces los fariseos comenzaron a rasgar sus vestiduras en medio del griterío. Otros arrojaban polvo al aire. La multitud bramaba. Claudio Lisias sabía que el sentimiento religioso de los judíos era incontrolable.

—Llevadlo adentro y azotadle, a ver si canta —ordenó.

Lo condujeron al patio medianero de la torre Antonia, justo el lugar donde fue flagelado Jesús. Despojaron a Pablo de sus vestiduras, lo tendieron sobre un caballete y tensaron las correas que

ataban sus manos y pies. Pablo intentó hablar, pero los sicarios no entendían el griego.

—*Cives romanus sum!* —gritó en latín para que el centurión encargado del castigo le comprendiera. Este llamó al tribuno. Cuando Claudio llegó, Pablo le dijo en griego con cierta ironía:

—¿Te está permitido azotar a un ciudadano romano sin procesarlo?

—Dime, ¿eres tú romano?

—Sí —contestó Pablo.

—A mí me ha costado la ciudadanía una buena suma de dinero —replicó Claudio.

—Yo la tengo por nacimiento —afirmó el acusado.

Lisias hizo un gesto de contrariedad y tuvo miedo de sobrepasarse en sus atribuciones. Según el derecho romano, un interrogatorio a un ciudadano no puede comenzar atormentándole.

—¡Soltadlo! —ordenó.

Fue conducido a un calabozo donde pasó la noche. A la mañana siguiente sus ojos se deslumbraron cuando la escolta le condujo al pórtico del atrio exterior, el mismo sitio donde Esteban había sido interrogado. Vio frente a sí al Sanedrín en pleno, los jefes de los sacerdotes y los setenta y un miembros, convocados por el tribuno, que presidía el acto. No faltaban caras conocidas, como Caifás. Ni grupos de saduceos, gente de escasa cultura religiosa, que no creía en la resurrección de los muertos.

Tras los prolegómenos y la acusación Pablo comenzó su defensa:

—Hermanos, hasta hoy he procedido ante Dios con conciencia limpia e íntegra.

Era tanto como declararse inocente apelando al juicio del mismo Dios. Entonces, el sumo sacerdote Ananías, de la familia de Anás, famoso por su codicia y corrupción moral, gritó a sus asistentes:

—¡Golpeadle en la boca ahora mismo!

La máxima afrenta en pública asamblea. Tanto como decir que alguien había dejado de ser un hijo de Israel.

—Es Dios el que te va a golpear a ti, pared encalada. Estás sentado para juzgarme según la ley, y mandas golpearme contra la ley.

«Pared encalada», una imagen sobre la hipocresía que recordaba la utilizaba por Jesús: «Sepulcros blanqueados». El astuto Pablo sabía que con tal crispación no había salida. Entonces se le ocurrió una idea, enfrentarlos entre ellos mismos lanzándoles la manzana de la discordia.

—Hermanos, yo soy fariseo e hijo de fariseos, y se me está juzgando por la esperanza de la resurrección de los muertos.

Fue como arrojar a la concurrencia una tea incendiaria. Los saduceos, contrarios a la tesis de la resurrección y la existencia de los ángeles y los espíritus, reaccionaron con carcajadas. Los fariseos se levantaron indignados. El enfrentamiento llegó al insulto e incluso las manos. Entonces algunos fariseos se alzaron a favor de Pablo:

—No encontramos culpa en este hombre. ¡A lo mejor le ha hablado un espíritu o un ángel!

El tumulto crecía por momentos. El tribuno Lisias temió por la seguridad de su preso y ordenó a la guardia.

—¡Sacadlo de ahí y llevadlo adentro!

Los soldados lo introdujeron en la torre Antonia. En el calabozo, el prisionero, exhausto,

respiró hondo. Al menos ahora en aquella celda podría sumergirse en el silencio. ¿No era aquello una suerte de crucifixión de la que tanto había hablado en sus cartas? Lo evidente era que ya no podía contar con Israel. Pensó en Lucas, Timoteo, Tito, Trófimo. Estarían velando en oración. No podía más, un sueño profundo le arrebató y poco después el resplandor de Damasco lo inundó. Era el Señor mismo que de nuevo acudía a su encuentro. La locución interior le acarició los oídos: «¡Ea, Pablo, ten ánimo! Sé que, como has dado testimonio de mí en Jerusalén, quieres darlo en Roma. Lo darás».

* * *

En ese instante a Julio el cálamo se le cayó de las manos. También se quedó dormido tras escribir estas líneas. Era pleno día cuando le despertó Rufo con un vaso de leche y cara de circunstancias.

—*Dominus*, te esperan en la puerta.

Cuando salió le invadió la sorpresa. Era Silvio en persona que, con rostro compungido, le dijo:

—¡Julio, la hemos encontrado!

Se siembra corrupción

—Dejad paso al prefecto Julio —gritó Silvio, en medio de más de treinta soldados, pertenecientes a ambas cohortes que habían estado buscando día y noche en las aguas del Tíber.

Sin pronunciar palabra, el prefecto se abrió camino entre la gente armada y corrió hasta el cuerpo de su esposa. Se hincó de rodillas y levantó el sudario con el que lo habían cubierto. Con una mezcla de espanto e incredulidad, exclamó:

—¡Esta no es mi mujer!

Hinchado, blanco y amoratado, cubierto de barro y líquenes, en efecto aquel cuerpo no parecía el de Livia. Después de tres días bajo el agua, había emergido flotando a la luz lechosa del amanecer. Solo tras un examen de detalles muy personales, como un lunar en el cuello, una cicatriz de infancia en la espalda, el color de su pelo y sus ojos, tuvo que aceptar lo inaceptable. Sí, era su amada Livia. Estaba allí en descomposición, deformada y con una profunda herida en el pecho izquierdo a la altura del corazón, convertida en cosa, desecho material, pasto de sanguijuelas.

Se abalanzó sobre el cadáver y lloró como un chiquillo abandonado. La veía desnuda, casi adolescente con sus párpados entreabiertos de emoción en el estreno inolvidable de la primera noche de amor; cuando dio a luz a su primer hijo; cuando yacía derrotada con laxitud en sus miembros después de una cabalgada juntos por el bosque; cuando dormía lejana y dulce en su lecho, y le venía a oleadas el olor a nardo de su perfume preferido. Permaneció un rato así. Luego apretó los puños y se alzó gritando:

—Pero ¿por qué? ¿Quién la ha matado? ¡Nunca, nunca hizo mal a nadie!

Sus compañeros de armas intentaron consolarle, aunque nadie encontraba la palabra balsámica que pudiera aliviar tanta amargura. La mañana, de un azul índigo, se clavaba en sus entrañas hiriéndole con su derroche de vida, mientras la muerte implacable, irreversible, se le imponía con la frialdad de una hoz que de repente le hubiera segado uno de sus miembros.

—¿Quién ha sido el miserable hijo de perra, Silvio? ¿Quién ha sido?

—Aún no lo sabemos. La herida es de puñal. Acabaremos encontrándolo, te lo aseguro. Es todo lo que puedo decirte por ahora. Descuida, Julio, llegaremos hasta el final. Selenio y tus *vigiles* han prometido ayudarnos. Juntos lo conseguiremos.

Julio se volvió hacia su lugarteniente y competidor en el amor de Livia.

—¡Por todos los dioses! ¡Apártate de mi vista, Selenio! Yo me ocuparé personalmente del caso. Quien quiera que haya sido esa bestia sin entrañas, morirá entre estas manos. ¡Lo juro por Júpiter!

Selenio se retiró hacia un lado y en ese instante una lejana música de lira punteó el aire con notas discordantes. Todos se extrañaron y dirigieron sus miradas hacia el horizonte, donde el río curvaba su líquida frialdad en un pronunciado meandro. Instantes después emergieron unos lujosos barcos. Eran las falúas fluviales del emperador. Nerón, sentado en popa y rodeado de sus damas y efebos, que le servían vino y fuentes de fruta, desafinaba una vez más una de sus canciones preferidas de amor:

*¡Oh beldad, oh vida de mi vida,
regálame con tus besos!
Hundiré en tu pecho mi cabeza
y beberé la miel de tus labios.
Que muero por tus placeres
dignos de un dios inmortal.*

Al divisar la aglomeración de militares que había en la orilla, interrumpió su canto y mandó detener la nave.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó a uno de su séquito.

Dos miembros de la guardia personal se acercaron en un bote e informaron al emperador.

—Pobre prefecto —se limitó Nerón a comentar sin inmutarse—. En fin, más sufro yo, con ese estúpido de Galba, que quiere acabar conmigo. Pero comamos y bebamos... ¡Bogad río arriba, vamos, vamos, no os detengáis!

Y volvió a herir el aire con su destemplada voz.

—Quisiera morir aquí mismo, a los pies de mi vida —musitó Julio, indignado.

Durante los primeros días que se sucedieron después del luctuoso hallazgo la vida de Julio transcurrió focalizada por una obsesión: encontrar al asesino. La daba vueltas a los datos existentes, en apariencia contradictorios con el fatal desenlace. Todos coincidían en que en los últimos días a Livia se la había visto más serena y contenta, como si hubiera recibido alguna noticia o tomado una decisión que pudiera haberla liberado. Los testigos la vieron salir mejor arreglada que de costumbre, especialmente respecto a la última temporada en que se había abandonado tanto. El día anterior había ordenado a su esclava Procla que le hiciera un moño en la nuca, el peinado que más favorecía a sus dorados cabellos y dejaba exento su grácil y bien torneado cuello. Una actitud que venía corroborada por la decisión de lucir el collar, regalo de Julio, y sus pendientes predilectos. Aseguraba Procla, además, que le pidió que ensartara en su tobillo una ajorca de oro en forma de serpiente enroscada. Era evidente que Livia quería prestar solemnidad a alguna ocasión, encuentro o visita, que tenía especial importancia para ella. Pero ¿con quién, dónde, para qué? Por ahora todas eran incógnitas sin resolver. El centurión esperaba que el hallazgo del arma homicida pudiera arrojar alguna luz.

Lo más duro para Julio fue tener que soportar los funerales. De Pompeya vinieron sus suegros ancianos muy desconsolados, a pesar de que Livia tenía escasa relación con ellos por culpa de su padre, tan orgulloso como egoísta. Había sido hija única por lo que, aparte de unos tíos que vivían en Roma y otros parientes lejanos, al rito solo asistieron amigos, compañeros de milicia, incluido Selenio, y esclavos o libertos conocidos de la familia. De lejos observó a una hermosa mujer morena, desconocida para él, que lloraba con especial desconsuelo.

Una vez que el cuerpo fue examinado por los físicos, para confirmar las causas de la muerte, Julio dispuso que fuera trasladado a su casa. No hubo ocasión, dadas las circunstancias del óbito, de recoger su último suspiro, rito que suele hacerse poco antes de la muerte, ni de pronunciar la *conclamatio*, que consiste en repetir en alta voz su nombre tres veces para confirmar la defunción. El cuerpo de Livia fue lavado, perfumado, vestido con sus mejores galas y depositado en el atrio de la villa «con los pies por delante», en dirección a la puerta de entrada. Su marido ordenó a un joyero que reparara el collar con que había muerto para que lo llevara por última vez en el entierro. Aunque dispuso también que el cadáver fuera cubierto, dado su estado de descomposición y que se acortaran los ocho días de vela, también para evitar a los niños ver a su madre en tan penosa desintegración. Fueron colocadas una corona de laurel en su cabeza y dos monedas en los ojos, en la creencia de que estas servirían para pagar al barquero Caronte, que habría de conducirlo por la laguna Estigia al mundo de los muertos.

Antes había encargado a un escultor moldear un busto a partir de una mascarilla, como es costumbre en las familias acomodadas. Julio no tenía ánimos de pronunciar la *laudatio* ante el cadáver, de modo que partió el cortejo fúnebre, con el túmulo llevado por portadores, músicos y plañideras. Al vivir en las afueras de Roma, pues los cementerios estaban prohibidos en el casco urbano, podía elegir libremente el lugar de la sepultura. Decidió enterrarla de noche al borde del camino —se pensaba que así los muertos estaban más cerca de los vivos—, después de incinerada en una pira. El fuego se llevó el humo de sus restos fundido con un beso último de la luna frente al horizonte de la Roma que amaba. Luego el esposo colocó el busto de Livia en una hornacina de madera en el vestíbulo de la casa, junto a los dioses lares como deidad protectora.

Suspiró profundamente cuando todos se fueron y el hogar se convirtió en un agujero que nunca podría volverse a llenar. Sobre todo cuando se impuso de nuevo la feroz rutina de la vida diaria. Al día siguiente del entierro, le llegó un mensaje de Lucas: «Tu dolor es el mío. Si en algo te sirve de consuelo mi amistad, aquí estoy. El Señor, que resucitó de entre los muertos, te bendiga y te consuele. Lucas».

Tan afectuosas palabras le movieron a visitar una vez más a su amigo, esta vez con la lógica necesidad de compartir penas y hallar un poco de consuelo. Lucas le recibió con el afecto de siempre y la capacidad de escucha que le caracterizaba. Después de exponer el cumplido relato de lo ocurrido, dijo:

—¡Si yo pudiera creer como tú y como Pablo en la resurrección de los muertos! Para mí lo que queda de Livia solo es ese pedazo informe de materia corrupta, nada más. Ni siquiera creo en el Hades o el Averno.

—¿Y su alma?

—No tengo ni idea. Solo sé que ya no está. Ha desaparecido de mi vista. Se ha esfumado del mundo de los vivos. Para mí ya no es más que el humo de la hoguera que consumió su cuerpo, pues no la tengo, ha dejado de existir —sollozó.

El médico le invitó a caminar por la huerta. Las chicas estaban ausentes, habían ido de compras a un pueblo cercano y una brisa limpia acariciaba el paisaje con afectuosos dedos de madre.

—Para Pablo el cuerpo no se opone al espíritu, es el instrumento de su actividad, y como tal, necesario para la vida futura. No tiene una visión pesimista de la materia.

—Pero, Lucas, ¡si la hubieras visto! ¡No parecía ella! Eso ya no era tampoco el cuerpo de mi Livia.

—Para nosotros el cuerpo de Cristo, glorificado en su resurrección contiene la plenitud del Espíritu Santo, fuente de la que se derrama sobre el mundo toda espiritualización. Pablo, partiendo de la doctrina judía, compara la resurrección con la germinación de un cuerpo nuevo, una semilla de resurrección, que es una doctrina más asimilable para la mentalidad de los griegos. ¿No recuerdas haberlo leído en su primera carta a los corintios? «Se siembra corruptible, resucita incorruptible; se siembra sin honor, resucita glorioso; se siembra débil, resucita poderoso; se siembra un cuerpo animal, resucita un cuerpo espiritual».

—¿Cómo va a resucitar ese guiñapo en que un asesino ha convertido a mi esposa y que ahora es un montón de ceniza?

—«¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo salen?», es la misma pregunta que se hace Pablo, y contesta: «Lo que tú siembras no cobra vida si antes no muere. Lo que siembras no es el organismo que surgirá, sino un grano desnudo, de trigo o de lo que sea; y Dios le da el cuerpo que quiere, a cada simiente su cuerpo». Todo grano tiene que morir para que salga la espiga, querido Julio. Todo en definitiva es espíritu en camino, también la materia. Todo va a ser transformado.

Llegaron a una acequia. El agua, transida de sol, empapaba la tierra y regalaba borbotones de vida fresca a los resecos surcos de vides y olivos.

—Reconoce que es difícil de creer. Lo que se nos impone es que esto, nuestro cuerpo, nuestros seres queridos, cuanto nos rodea, acaba muriéndose.

—¿No te has dado cuenta en tu trabajo sobre Pablo de su proceso de transformación, el cambio profundo que va experimentando? Mientras sus sufrimientos y penalidades gastan su cuerpo y presagian su muerte, una destrucción que se ceba en el «hombre exterior», él va notando cómo se dilata y fortifica su «hombre interior», su yo profundo, su conciencia de ser. Como si comprobara ya aquí mismo lo que dice a los filipenses, que el Salvador transformará nuestro cuerpo miserable en cuerpo glorioso como el suyo, que la «corrupción se reviste de incorruptibilidad, el ser mortal de inmortalidad».

El centurión agitó la cabeza con los ojos fijos en el regato de agua corriente.

—No. Para mí todo eso en este momento me sobra. Son palabras bellas, sí, pero vacías, huecas.

—Porque no tienes fe. ¡Cuántas veces le oí predicar a Pablo que la salvación viene de la fe! Insistía que se ha cumplido el tiempo de creer en la Buena Noticia. Que la fe es más importante que las obras.

—¿Y qué es la fe?

—La fe es el fundamento de lo que se espera y la prueba de lo que no se ve. Es una entrega, la aceptación de la Palabra de Jesús el Mesías, fiarse de él, una respuesta a la iniciativa de Dios. De tal manera que, como él escribe, «ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí, pues mi vida presente en la carne la vivo en la fe».

—Lucas, he leído en tus escritos que la resurrección dividió a los cristianos. Los judaizantes querían imponer la ley de Moisés.

Una sonrisa blanca resplandeció en medio de la barba del médico.

—Veo que has avanzado en tu informe. Con la llegada del Mesías hemos superado un régimen

legal por un régimen espiritual. La ley esclaviza, la gracia libera, pues uno pasa a caer bajo el dictamen del Espíritu. El Señor nos ha liberado, somos sus «libertos». ¿Comprendes? Donde hay espíritu hay libertad. ¿No lo has leído en la primera carta a los corintios? ¿Por qué? Porque podemos llamar a Dios «papaíto», *abba*. Hemos roto para siempre las cadenas del esclavo. Por eso se siente libre y le dice a los filipenses: «Todo lo puedo en aquel que me conforta».

—Entonces lo que le ocurrió en Jerusalén fue un drama.

—Sí, fue un drama. Obligó a Pablo a purificarse en el templo y a pagar por aquellos griegos. Antes de Jesús ya había unos cenobitas judíos, los de Qumram, que defendían la posibilidad de la salvación al margen de las obras meritorias, aunque estaban muy apegados a sus ritos de purificación. Pero Santiago en esto era implacable y llegó a escribir en una carta: «El hombre se salva por las obras y no solo por la fe». Claro que la cuestión es si se refiere a las buenas obras en general, la puesta en práctica de la fe, o a las normas rituales de la ley mosaica. Desde luego tal como trató a Pablo en Jerusalén, parece que Santiago entonces se refería a lo segundo.

Continuaron la conversación hasta el atardecer. Julio salió de casa de Lucas con el corazón ensanchado. Él, en su mentalidad romana, lógica y pragmática, no sentía ni pensaba poder abrazar esa fe absurda en un ajusticiado por el procurador Pilato a las afueras de Jerusalén, pero las palabras de Lucas le habían caldeado por dentro con la necesidad de creer que no todo se lo come la tierra. Saludó con un beso enviado a la estatua de Livia al entrar en casa y decidió continuar con su labor, con datos nuevos aportados por Lucas para conocer a Pablo más a fondo, para ver si encontraba así alguna luz.

* * *

Lo había dejado en el calabozo de la torre Antonia, después de los ánimos que había recibido en su visión nocturna. Al día siguiente más de cuarenta judíos, que no estaban satisfechos, se reunieron y se juramentaron.

—¡No comeremos ni beberemos hasta dar muerte a Pablo!

Acto seguido se encaminaron a la sinagoga para presentarse a los sacerdotes y ancianos y comunicarles su decisión de ayunar.

El Sanedrín lo tenía claro:

—Ahora os toca a vosotros. Id al tribuno y pedírselo con el pretexto de investigar más atentamente su caso. Nada más se acerque, estaremos listos para quitarlo de en medio.

Por allí curioseaba un muchacho que era sobrino de Pablo, hijo de su hermana, que vivía en Jerusalén y le contó lo que había oído a su madre. Es el único momento en que Lucas habla de la familia de Pablo, que seguiría siendo judía. Su hermana mandó a su hijo que fuera a contárselo a Pablo. Debía de estar bien relacionada porque los romanos dejaron al muchacho entrar en su celda. El sobrino lo abrazó y le dijo:

—Tío Pablo, ten cuidado. Cuarenta hombres se han juramentado para matarte. Van a pedir al tribuno que te conduzca de nuevo ante ellos.

Entonces Pablo dijo al carcelero que quería ver al centurión. Cuando se presentó, le espetó con firmeza:

—Conduce a este muchacho al tribuno. Tiene una información importante.

El sobrino de Pablo fue conducido en presencia del comandante de la torre Antonia y le contó cuanto sabía sobre la trampa que los juramentados habían preparado.

—Bueno, ahora vete. Y no le digas a nadie que has estado aquí —decidió el tribuno.

Luego Claudio Lisias llamó a dos centuriones.

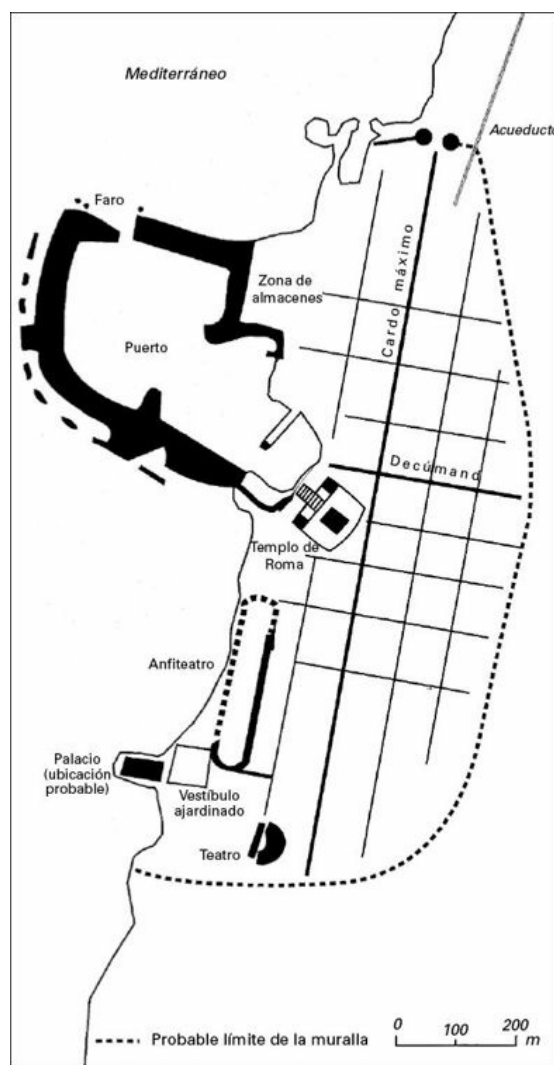
—Preparad dos destacamentos, uno de infantería y otro de caballería —les ordenó—. Saldréis esta noche pasada la prima vigilia (ya noche cerrada). Preparad una cabalgadura para Pablo y conducirlo sano y salvo a Cesarea, ante el gobernador Félix.

Lucas reproducía la carta que envió a su superior:

Claudio Lisias saluda al ilustrísimo gobernador Félix.

A este hombre lo habían secuestrado los judíos para matarlo. Cuando supe que era romano, intervine con la tropa y lo libré. Queriendo averiguar los cargos que tenían contra él, lo conduje a su Consejo. Pero resultó que los cargos versan sobre controversias de su ley, y no había ningún cargo digno de muerte o de prisión. Al enterarme de un atentado tramado contra este hombre, te lo envío y aviso a los acusadores que te presenten a ti sus cargos.

Se quitaba el mochuelo de encima, le resumía con exactitud la causa, y los remitía a su inmediato superior, el procurador romano. De nuevo al amparo de la oscuridad, Pablo escapó, esta vez para siempre, de Jerusalén. Los soldados ajustaron sus arneses y enfundaron sus espadas que resplandecían con fulgores de luna. Atrás quedaba el templo, el de su juventud, el de las enseñanzas de Gamaliel, el de un fariseo intachable y el de un cristiano humillado, rechazado por sus propios hermanos de fe. El destacamento cumplió su misión. Salieron por la puerta de Jaffa, atravesaron las gargantas rojizas y los desfiladeros rocosos de una Judea escarpada. Lucía ya el sol cuando descendieron a las fértiles llanuras del Sarón, donde los labradores aventaban el trigo. Cubiertas veinticuatro millas romanas¹⁸ llegaron a Antípatris, ciudad herodiana construida en el límite de Judea y Samaria, desde donde Pablo, regresada a Jerusalén la infantería, continuaría viaje a Cesarea custodiado ahora solamente por la caballería.



Abierta al mar en un puerto de dos brazos o istmos artificiales y localizada sobre una planicie costera, Cesarea Marítima había sido construida por Herodes el Grande al gusto romano, una localidad moderna en las antípodas urbanísticas de Jerusalén. Era un punto estratégico del imperio para el aprovisionamiento y sede del procurador que contaba con una guarnición de cinco cohortes y otra de caballería, sostenidas en gran parte a costa de los tributos de los judíos. También aquí el antiguo y lujoso palacio real de Herodes era la residencia de Antonio Félix. Contaba la ciudad con un acueducto que traía las aguas del monte Carmelo, una complicada obra de ingeniería portuaria con dos malecones que abrazaban el mar, murallas, anfiteatro, teatro y un templo dedicado a Apolo. Estaba diseñada en forma de cuadrícula sobre el eje central del cardo máximo (de norte a sur) y el decumano máximo (de este a oeste). El sistema de alcantarillado, que fascinaría al historiador Flavio Josefo, transcurría bajo esas mismas anchurosas calles flanqueadas de columnas y pavimentadas de mosaicos, donde en la superficie, entre los principales edificios, fluía la vida y el traslado de mercancías. La ciudad representaba en ese momento todo lo que un judío podía aborrecer del imperio pagano, malestar que había podido experimentar con creces un predecesor con residencia en Cesarea, Poncio Pilato.

No era pues un lugar ajeno a Pablo, que había aprendido a moverse desde niño en los dos mundos, el judío y el romano. Evocó sus recuerdos de Cesarea. Se vio de joven, cuando cruzó la ciudad para ir a estudiar a Jerusalén, y cómo le impresionó contemplar a las olas estrellarse en los dos espigones artificiales del puerto. Más tarde cuando la atravesó, lleno de odio, camino de

Damasco; luego cuando volvió a pisarla a la vuelta de su primer viaje para celebrar la asamblea de Jerusalén, y por último, la zozobra que allí le invadió con el funesto anuncio del profeta Ágabo. Pero esta vez llegaba bajo arresto, aunque relativamente satisfecho de haber escapado de momento de manos de los judíos.

El centurión responsable de la custodia presentó al detenido a Antonio Félix, después de hacerle entrega de la carta. Pablo miró fijamente al procurador entre cortinas carmesí, jarrones tracios y muebles egipcios. Con aire de superioridad leyó la misiva. El tribuno Lisias de Jerusalén no había hecho otra cosa que cumplir con su cometido. Antonio Félix, hermano de Palas, un liberto influyente ante el emperador Claudio, a quien debía el puesto, estaba demasiado ocupado con la represión de bandas armadas que controlaban algunos pueblos en Judea y Samaria. Él había sido el verdadero asesino del sumo sacerdote Jonatán, a través de sicarios, porque le molestaban sus quejas contra la administración romana. El caso que ahora se le presentaba no parecía tener mayor enjundia que un asunto religioso de escaso interés. Le preguntó a Pablo por su jurisdicción. Enterado que pertenecía a Cilicia, dependiente en parte a la provincia de Siria, se limitó a decirle:

—Oiré tu causa cuando se presenten tus acusadores.

Y mandó que siguiera bajo custodia en el pretorio de Herodes.

A los cinco días apareció el sumo sacerdote Ananías acompañado de un grupo de ancianos y un *rétor* o abogado judeohelenista llamado Tértulo, con el objeto de presentar denuncia contra Pablo. El picapleitos hizo una gran reverencia. Después de la *captatio benevolentiae*, una sarta de engoladas alabanzas al procurador —«paz estable», «mejoras», «profundo agradecimiento»—, Tértulo fue al grano:

—Para no cansarte, solicito de tu clemencia que escuches mi exposición resumida. Hemos descubierto que este hombre es una peste, que promueve discordias entre los judíos del mundo entero y que es un corifeo de la secta de los nazarenos. Cuando intentaba profanar el templo, lo arrestamos y quisimos juzgarlo por nuestra ley, pero el tribuno Lisias, con gran violencia, lo arrancó de nuestras manos, mandando que sus acusadores viniesen a ti. Tú mismo, examinándolo, podrás comprobar la verdad de nuestras acusaciones.

Los judíos con aspavientos agitaban sus filacterias y asentían con la cabeza. Después de tanta alabanza, el abogado había dado un resbalón acusando al tribuno Lisias y por tanto a la administración romana. El procurador hizo un gesto a Pablo para que tomara la palabra. Con las manos encadenadas y su habitual seguridad, se levantó.

—Como sé que desde hace años administras justicia a esta nación, pronuncio confiado mi defensa. Tú mismo puedes comprobar que no han pasado más de doce días desde que subí en peregrinación a Jerusalén. Ni en el templo ni en las sinagogas ni por la ciudad me han encontrado discutiendo con nadie ni soliviantando a la gente. No pueden probar ninguno de sus cargos contra mí. Eso sí, te confieso que venero a Dios siguiendo ese camino que ellos llaman secta; creo todo lo escrito en la ley y los profetas, y confiado en Dios, espero como ellos que habrá resurrección de justos e injustos. Y así, también yo procuro mantener en todo una conciencia irreprochable ante Dios y ante los hombres. Tras una ausencia de años, fui en peregrinación al templo llevando limosnas para mis paisanos y ofrendas, donde me encontraron, en un rito de purificación, no con una multitud ni en un tumulto. Pero algunos judíos de Asia estaban allí, esos tendrían que comparecer y acusarme de lo

que tengan contra mí. O si no, que los aquí presentes digan qué delito encontraron cuando comparecí ante el Consejo, si no es el haber declarado en voz alta ante ellos que me juzgaban acerca de la resurrección de los muertos.

De modo que estaba exento de culpa y de incurrir en *religio illicita*. Pues la doctrina de la resurrección solo era un debate interno de la religión judaica, protegida por el estado, como tantas otras. Al oír mencionar el dinero, a Félix, que era un corrupto, se le encandilaron los ojos. No hizo el menor caso al torpe acusador. «Aquí no hay causa», pensó. Pero abrigaba temor a las revueltas judías recrudecidas por entonces. El derecho romano le concedía autoridad para decidir si era conveniente continuar con la detención preventiva. De modo que dio largas al asunto.

—Cuando venga el tribuno Lisias, resolveré vuestro pleito. *Amplius*.

El término jurídico indicaba que el caso quedaba aplazado.

Pablo seguiría detenido *custodia militaris*, pero en régimen más liviano. Lucas y otros amigos podrían visitarle. Aquella noche la esposa de Antonio Félix, Drusila, se había perfumado como de costumbre para agasajar a su amado. Sutil e inteligente, amante de la música, los arrebatadores negros ojos de esta judía de sangre real tenían embrujado al procurador. Esta hija del nieto de Herodes Agripa I y hermana de Agripa II, casada con Aziz, rey de Emesa, le traía loco hacía tiempo. Tanto, que Antonio se había servido de las artes de un supuesto mago judío de Chipre para arrebatarla de los brazos de su primer marido.

Los escándalos de la vida privada de la joven princesa traían a maltraer a los judíos, que, poco antes de terminar su mandato, llegaron a enviar a Roma una delegación para acusarlo ante Nerón. Pero su hermano Palas, todavía influyente, le paró el golpe. Después de los dos años de prisión de Pablo en Cesarea, cuando su hermano Palas cayó en desgracia ante Nerón junto con Agripina, la madre del emperador, terminaría el mandato de Antonio Félix en Judea-Samaria y sería sustituido por Félix Porcio Festo. Años después, Nerón encarcelará a Palas para apoderarse de los bienes del liberto.

Pero estamos en los años de idilio de Antonio Félix y Drusila.

Esta, aburrida del exceso de lujo y placeres, acarició provocativa los cabellos del romano y con arrumacos le susurró al oído:

—Me gustaría conocer a tu prisionero. Como judía tengo curiosidad por esos cristianos. Dicen que esa secta ha crecido mucho estos últimos años. ¿Por qué no le preguntamos sobre esa nueva fe? Puede ser entretenido.

En el salón más solemne del palacio, rodeado de cortinajes, obras de arte y hachones encendidos, la pareja hizo comparecer a Pablo ante sus invitados. Se prometían una velada divertida. El apóstol respondió a todas las preguntas. Contó su vida, el camino de Jesús, la resurrección, sus propias experiencias. Pero de pronto dio un giro a su discurso. Les habló de rectitud, de la honestidad de vida, del dominio de uno mismo, del juicio venidero. Su voz atronaba el recinto y su rostro se transfiguraba con la adustez heroica de un profeta, que recordaba a Juan el Bautista.

Antonio comenzó a empalidecer y sentirse incómodo. Los demás asistentes lanzaban miradas de circunstancias. A Drusila le temblaba la mano al acercar la copa a los labios. La situación no podía ser más engorrosa. Entonces el procurador se levantó.

—Tengo asuntos pendientes que resolver. Continuaremos otro día.

Pero no interrumpió sus ulteriores encuentros con Pablo. Del primer interrogatorio se le había quedado una frase en la memoria, la referente a las limosnas. ¿Las habrían rechazado los judíos por considerarlo un dinero impuro y estaría aún en su poder? ¿No sería una oportunidad de quedarse con ese dinero en forma de rescate?

Recuperado y a buen recaudo de sus enemigos, durante aquellos dos años Pablo pudo disfrutar al menos de un sosegado tiempo de paz, sin peligros del camino ni otras acechanzas. Sufría, sí, una prisión injusta, pero podía conversar con sus amigos, recibir noticias de las comunidades, oír contar a Lucas sus excursiones para conversar con los testigos de la vida de Jesús con vista a su acariciado proyecto de escribir las primeras páginas de un Evangelio. También recabó datos de Felipe y los cristianos de Cesarea para su gran libro de los *Hechos*. Además, otro gran historiador judío, el mencionado Flavio Josefo, vivió en aquel tiempo en Cesarea. ¿Llegarían a conocerse?

Por entonces no eran infrecuentes las peleas entre griegos y judíos en las calles de Cesarea. En una de ellas, después de que un grupo de griegos vencieran en una esas reyertas, Antonio Félix mandó a sus cohortes y ordenó a los judíos que despejaran el lugar. Estos se negaron, por lo que los romanos cargaron contra ellos perpetrando una matanza que acabó con el incendio del barrio. El suceso llegó a Roma y Nerón decidió deponerle de su cargo y remplazarlo por Porcio Festo. Antonio caería en la ignominia y la pobre Drusila acabaría sepultada años más tarde bajo la ardiente lava del Vesubio con el hijo de ambos en los brazos, el pequeño Agripa.

Días antes, el cesante procurador aherrojó de nuevo a Pablo en el calabozo, para tranquilizar algo a los judíos, dejándolo en prisión preventiva y a la última decisión de su sucesor.

La oscuridad y las cadenas —siempre Pablo *in vinculis*— le eran habituales. De fondo oía el bramido sordo del mar cercano, que golpeaba sobre el acantilado donde se erigía el viejo palacio, una promesa de libertad, velas hinchidas de ilusión que zarpaban rumbo a Roma e Hispania. Ansiaba liberarse. Las insalubres paredes de la mazmorra, sus hermanos judíos y hasta algunos cristianos, se lo negaban una vez más. Cerró los ojos y recordó lo que tan insistentemente había predicado, que la verdadera libertad empieza dentro. Se acurrucó en un rincón del calabozo, pues la humedad hacía estragos en su carne y sus huesos, y buscó fuerzas de flaquezas en el candil secreto, luz que él llamaba esperanza.

La tempestad

Si cruzar el foro era para Julio habitualmente un festín de vida y color, ahora, todavía deprimido por el duelo, se convirtió en una forma de tortura. Los reclamos altisonantes de los vendedores, la algarabía de los danzantes y encantadores de serpientes, el olor a flores y especias junto al griterío de los mercachifles y la aglomeración de gente le aturdían, le hacían añorar la paz y el silencio de su villa. Pero las obligaciones se imponían, entre ellas la más dominante, continuar las pesquisas para esclarecer el asesinato de Livia. Al dolor del esposo burlado y derrotado por la muerte de su ser más querido se unía la coincidencia de que él, además, era el jefe supremo de la policía romana, los *vigiles*. ¡Aunque fuera por orgullo tenía que resolver el caso de su vida!

Uno de sus actuales cometidos era asimismo mandar borrar las inscripciones que aquellos días se veían pintadas en las columnas de los monumentos y en las efigies imperiales: «Sus cantos han despertado hasta los gallos», en clara referencia a Nerón y la sublevación de los galos. «Se acabaron los cantos de cítara. Te ha llegado la hora de luchar». En una alforja suspendida del cuello de una estatua de Nerón, podía leerse: «¡Matricida, te mereces el saco!».

Aunque los comentarios en las termas y las calles no eran unánimes:

—Galia está lejos de sublevarse. La Narbonense está con Vindex. Pero Lugdunum¹⁹ sigue fiel a Roma. La ciudad no puede olvidar que Nerón sacó del tesoro cuatro millones de sestercios para auxiliarla después de que sufriera aquel incendio.

Se comentaba el éxito de la represión de Lucio Vergino Rufo, que condujo sus tropas desde la Alta Germania para atacar al rebelde Vindex y sus doscientos mil combatientes, ocasionándoles una auténtica sangría. Esto, junto a la posterior muerte de este, había desanimado a Galba en la Hispania Citerior, el viejo soldado que se había decantado por la desobediencia a Roma. El gobernador de la Tarraconense solo podía contar de momento con el apoyo de Marco Salvio Otón, en la Lusitania, porque ni el gobernador de la Bética estaba a su favor, aunque Galba enviaba emisarios a la Galia y Germania, para encontrar como fuera posibles aliados. Al hispano se le rebeló incluso un ala de su propia caballería y llegó a sentir temor físico, pues un día, cuando acudía a los baños, estuvo a punto de morir asesinado en una callejuela apartada a manos de dos esclavos sobornados por un liberto de Nerón.

—He oído decir que Nerón ahora está crecido —le comentó a Julio un senador amigo, con quien se tropezó en el foro—. Ha puesto a precio la cabeza del legado de la Hispania Tarraconense por la friolera de diez millones de sestercios. Además, ha relevado a los cónsules Galerio Trachalo

y Sillio Itálico.

—¿El poeta?

—Sí, ese que llaman «el mono de Virgilio», al que Nerón le ha comprado su mansión de Neápolis.

—¿Para qué?

—Ya lo conoces, para sentirse con las manos libres. Se ha autonombrado «cónsul *sine collega*», algo que no ocurría en el imperio desde los tiempos de Pompeyo. Y de pronto, el otro día ha asegurado que él mismo va a conducir personalmente una operación militar contra las fuerzas insurrectas de Galia e Hispania. Está exultante.

—¡No me digas! —sonrió Julio.

—Pero lo más chocante es que le dijo a un grupo de íntimos que, en cuanto pise el suelo de la provincia, pensaba presentarse solo y sin armas a los soldados y llorar ante ellos. Luego añadió: «Entonces los rebeldes se colmarán de arrepentimiento, y al día siguiente, en medio de la general alegría, cantaré un canto de victoria, que voy a componer ahora mismo».

Ambos amigos no pudieron contener la risa ante la ocurrencia del emperador, convencidos de que no era más que palabrería, aunque cundían rumores del reclutamiento de tropas, la primera legión Itálica, compuesta de jóvenes fuertes y de gran altura física, y otras como la integrada por marinos de Miseno.

A Julio le costó zafarse del senador. No paraba de hablar y por él se hubiera pasado toda la mañana murmurando de política y de las excentricidades del emperador. Finalmente lo logró, pues tenía prisa, ya que se había citado con una mujer, la desconocida dama que lloraba con más sentimiento que las plañideras durante el funeral de Livia y que había conseguido localizar.

Junto al templo de Cástor y Pólux, Sabina esperaba impaciente. Era una mujer alta, morena, de nariz recta, pecho opulento y ojos misteriosos.

—Disculpa, me han entretenido en el foro.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó ella distante.

—Vamos a un sitio tranquilo.

La mañana luminosa, envuelta en polvo de oro y aire fresco, invitaba a sentarse bajo los tilos de un jardín cercano.

—Primero quiero confesarte mi extrañeza. Ignoraba que fueras amiga de mi mujer.

—Livia y yo éramos íntimas amigas desde la niñez. Jugábamos juntas. Ten en cuenta que nuestras familias vivían en casas cercanas en la vía de la Abundancia de Pompeya. Por otra parte, no es raro que no me conozcas. Livia tenía muchos secretos, zonas privadas que reservaba para sí celosamente. Decía que era su espacio de libertad. Algo que realmente necesitaba para subsistir. ¿Y tú, cómo te encuentras?

—Puedes imaginarlo. ¡Todo ha ocurrido tan de repente!

—Pero tú sabías lo de Selenio, supongo.

—Claro. No soy estúpido, es mi lugarteniente y ella era mi mujer. Su cambio fue brutal. ¿Crees que estaba enamorada? —preguntó con un temblor en los labios.

Ella no respondió de inmediato. No quería herirlo. Se atusó el cabello, que llevaba enroscado en forma de trenza sujeto con un alfiler de marfil.

—Bueno, tú sabes mejor las circunstancias, su evolución los últimos años. Estaba aburrida, demasiado sola, casi todo el tiempo encerrada en casa. Decía que desde el incendio tú eras otro hombre. Que no tenías tiempo más que para tu trabajo y que encima te habías obsesionado con esa secta, la de los cristianos.

—Es cierto. Ahora reconozco mi equivocación. La fui relegando en la práctica sin darme cuenta, y no acabo de entender por qué. No sabes cuánto lamento mi estupidez. Pero ya es tarde para dar marcha atrás. Ahora necesito saber qué puedes contarme de los últimos días. Es vital para la investigación.

Ella miró a otra parte, como para reflexionar. Su perfil de matrona distinguida le recordó un camafeo exquisito que vio una vez sobre el pecho de la finada Agripina. Era una belleza romana de piel nacarada y labios carnosos entreabiertos.

—Te contaré lo que sé. Efectivamente, en los últimos meses Livia parecía muy cambiada. Sabes que era una mujer muy sensible. Desde adolescente, todo hay que decirlo, también muy enamoradiza. Juntas jugábamos a las miradas, cuando paseábamos por el foro en busca de requiebros y ella tenía una poderosa capacidad de seducción. Le gustaban los hombres fuertes y de pelo ensortijado, se le iban los ojos detrás de los oficiales de anchas espaldas como tú. Tuvo varios amores sin importancia hasta que dio contigo. Me confesó entonces que había encontrado el amor de su vida. Y así lo fue hasta el incendio. Luego comprobé que algo serio se había roto en su interior.

—Sí, eso lo conozco para mi desgracia. Pero ¿cuándo la viste por última vez?

—El día anterior.

—¡Eso, eso! ¿Cómo la viste? ¿Dónde? ¿Qué te dijo? —indagó Julio con vehemencia.

Sabina volvió a hacer una pausa, sin ocultar cierto nerviosismo. Se frotaba las manos. El canto de los jilgueros marcaba nítidos puntos suspensivos en el silencio. Volvió a atusarse el pelo con un gesto sabiamente femenino.

—Al principio estaba encandilada con Selenio. Su aparición la había rejuvenecido y me contaba enardecida cómo anhelaba los encuentros secretos con él, sus continuos regalos, sus caricias; en fin no quiero entrar en detalles. Yo intentaba desengañarle, pues es *vox populi* la mala fama de ese sujeto, sus juergas nocturnas. Hasta que un día comprobó por sí misma cuán errada estaba. Fue un día que sorprendió a Selenio besándose con una de sus meretrices. No quería creérselo y estaba desolada ante su ídolo roto. Le costó arrancarse ese enamoramiento adolescente.

—¿Pensaba volver a mí?

—Sí, finalmente lo había visto claro. La víspera de su muerte vino a contármelo: «Ya estoy convencida, Julio ha sido y es y será el amor de mi vida. Tengo que recuperarlo como sea». Se había puesto tu collar y su vestido preferido, el azul celeste que le favorecía tanto. Venía reluciente, cuidadosamente maquillada y perfumada, olía a juventud y nardo. No sabes cuánto me alegré de su decisión. Reímos y bebimos una copa de vino juntas en mi casa y nos abrazamos con la complicidad de siempre. «Esta misma noche hablaré con Julio —me dijo—, pero antes tengo que hacer algo importante». Y eso fue todo. Nos despedimos y desapareció para siempre.

Borbotones de lágrimas inundaron los bellos ojos de Sabina. Julio le cogió la mano y la acompañó en el llanto. Luego miró al infinito, hacia los capiteles del templo cincelados en el azul, preguntándose si esas columnas podrían desafiar los siglos, mientras lo único verdaderamente frágil

es la vida humana que puede esfumarse en un instante. Se sobrepuso y preguntó:

—¿De veras que no sabes adónde fue?

—No, no lo sé. Una hipótesis plausible es que quisiera despedirse de Selenio. Pero no me lo dijo, no puedo asegurártelo.

—¿Puedo abrazarte, Sabina? Eres como un pedazo de ella, un regalo que esta mañana me hacen los dioses.

La amiga de Livia aceptó. Después se despidieron y prometieron reencontrarse pronto. Julio siguió su camino para perderse entre los pinos de la ribera del río. Se sentó en un promontorio y miró las aguas como para atrapar en su corriente el último suspiro de ella y huir juntos hacia el mar. Sintió como si un ápice de consuelo subiera de sus entrañas, y se repetía a sí mismo: «Murió a mi lado, me seguía queriendo. Livia, Livia, ¿dónde estás?». Pero el Tíber solo le devolvía el rostro hinchado y violáceo de ella flotando trágicamente en sus aguas.

¿Era Selenio el asesino de su mujer? Lo más probable en todo caso es que, según la lógica de los acontecimientos, aquel día fuera en su búsqueda para despedirse. Pero no tenía pruebas, ni quería enfrentarse de forma directa con su subordinado hasta obtenerlas. Sería tanto como entregarle todas las bazas antes de tiempo. Nuevamente habría de esperar. Y para hacerlo sin derrumbarse, regresó a sus escritos.

Se sumergía en unos episodios de la vida de Pablo que, al aproximarse en el tiempo, empezaban a serle familiares. A partir de su segundo encarcelamiento más rígido, Julio mismo entraba en escena. Podía por tanto utilizar la primera persona en el relato, puesto que fue testigo presencial de algunos hechos.

* * *

Con la llegada del nuevo procurador Porcio Festo a Cesarea, la situación cambió para el cautivo. Llevaba dos años esperando juicio en la cárcel del pretorio. Festo, perteneciente a una distinguida familia de senadores naturales de Tusculum, cerca de Roma, resultó ser un funcionario eficiente del imperio, que tomó con fuerza las riendas de su cargo y se dispuso a reprimir a sicarios y sediciosos. Desde los tres primeros días de su mandato trató de acelerar el caso del predicador cristiano. Decidió convocar de nuevo a sus acusadores judíos, aunque estos habían propuesto trasladar al acusado a Jerusalén, donde urdían un nuevo atentado para liquidarlo. Con el fin de congraciarse con las autoridades judías, el flamante legado viajó personalmente a la ciudad santa, se reunió con las autoridades religiosas, presididas por el sumo sacerdote Ismael ben Phabi, con fama de duro y que había conseguido situar a sus parientes colocándolos en puestos clave del Sanedrín. Festo pasó allí ocho días, pero no consintió en trasladar a Pablo.

No obstante, para ganarse a los acusadores, cuando, diez días después, estos comparecieron en Cesarea, hizo una pregunta retórica al acusado:

—¿Quieres subir a Jerusalén, para someterte allí a mi juicio?

Pablo conocía sus derechos y con una chispa de inteligencia contestó:

—Estoy ante el tribunal imperial donde debo ser juzgado. Sabes muy bien que no he perjudicado a los judíos. Si he cometido un delito capital, no rehúso a morir; pero si no hay nada de

lo que estos me acusan, nadie puede entregarme a su poder. *Caesarem appello*.

Acababa de pronunciar las palabras mágicas. El supremo derecho de un ciudadano romano dondequiera que se encontrara a apelar al César, por el que cualquier tribunal del mundo carecía de competencia. Una apelación que impedía al mismo tiempo tanto la absolución del acusado como su condena. Acababa de quitar de en medio a sus adversarios y, al mismo tiempo, orientar su camino hacia donde hacía tiempo proyectaba, Roma.

Festo respiró; se había desembarazado de un caso oscuro y vidrioso. Sin dudar lo pronunció la fórmula judicial correspondiente:

—Has apelado al emperador, irás al emperador.

Solo restaba hacer los preparativos para enviar al acusado a Roma. Pero tenía algo pendiente, quedar medianamente bien con los judíos y preparar la carta-informe para Nerón. Él disfrutaba de excelentes relaciones con Herodes Agripa II, a la sazón rey del norte de Palestina. Precisamente por aquellos días iba a venir a Cesarea con su hermana Berenice a hacer una visita de cortesía al nuevo procurador. Agripa, judío de nacimiento pero de formación romana, era bien visto en Roma y había contribuido al destino de Festo a Cesarea como procurador. El rey había grabado en sus monedas la inscripción *Philocaesar, philoromaios* (amigo del César, amigo de Roma). También era considerado competente en materia de religión judía, y ostentaba la responsabilidad tanto de nombrar al sumo sacerdote, como de obtener pingües beneficios del tesoro del templo. Una ocasión óptima para estrechar lazos.

El culto y elegante monarca, tan erudito en la ley mosaica y refinado como tenido por liberal, llegó con su corte a Cesarea con su hermana Berenice, que le seguía como un perro faldero a todas partes. Esta bellísima mujer, después de casarse muy joven y enviudar dos veces, había huido de su anterior esposo, el magnate Polemón de Cilicia, y en la práctica actuaba como reina, no sin suscitar rumores malignos sobre la relación incestuosa con su hermano. La gente la llamaba con sarcasmo la Cleopatra de Judea. De hecho, acabaría en Roma intentando asaltar nuevos altos lechos.

Cuando Agripa entró en el palacio, tuvo que evocar a su otra hermana, Drusila, la amante de Antonio, que había sido señora de la fortaleza hacía pocos meses, y a su padre, asesinado dieciséis años antes también entre aquellas mismas paredes. Por otra parte tenía lúgubres precedentes cristianos: su bisabuelo degolló a los inocentes; su tío, el hermano de su abuelo mandó decapitar al Bautista y se mofó de Jesús, y su padre hizo matar a Santiago el Mayor y persiguió a Pedro.

Festo le comentó:

—¿Sabes que tengo encarcelado a un cristiano famoso? Un tal Pablo de Tarso.

—No me digas. Pues no te oculto que me interesaría oír a ese hombre.

—De acuerdo, mañana lo oirás.

Cuando Pablo recibió la noticia se preparó para aprovechar la ocasión.

Festo convirtió el acto en una fiesta para sus invitados. Decoró el salón basilical de mármol del palacio con jarrones de flores, candelabros y su mejor vajilla. Berenice y Agripa, vestidos con sus túnicas reales bordadas en oro, esperaban con curiosidad disfrutar de la atracción del momento. No faltaba la flor de la sociedad de Cesarea, entre militares, comerciantes y asesores jurídicos. A Pablo le permitieron lavarse y cortarse el pelo y la barba para el acto, aunque su figura pálida y su capa raída contrastaban con el lujoso entorno palaciego.

Festo, después de dar buena cuenta de costosos manjares, tomó la palabra. Resumió el proceso: las acusaciones judías, la carencia de culpabilidad para una condena a muerte y el objeto de aquel encuentro, una investigación para presentar un dictamen objetivo al emperador. «Pues no me parece razonable enviar a un preso sin escuchar los cargos contra él». A continuación se dirigió a Pablo:

—Tienes licencia para hablar en tu defensa.

Pablo se levantó. Todas las miradas confluyeron en su frágil apariencia deteriorada por el cautiverio, que evidenciaban sus profundas ojeras y pálida delgadez. Pero él, curtido orador, se crecía cuando tomaba la palabra con aires de un senador, toga movida y brazo derecho extendido.

—De todo lo que me acusan los judíos tengo hoy la satisfacción de defenderme ante ti, rey Agripa; especialmente porque eres experto en costumbres y controversias judías. Por lo cual te pido que me escuches con paciencia. Mi vida entera desde mi adolescencia, transcurrida desde el principio en el seno de mi pueblo, la conocen todos los judíos de Jerusalén. —Agripa y Berenice sorbían cada palabra—. Y, como me conocen desde hace tanto tiempo, pueden dar testimonio de que yo pertenecía a la secta más estricta de nuestra religión: era fariseo. Ahora me están juzgando porque espero en la promesa que Dios hizo a nuestros padres. Y nuestras doce tribus, en su culto noche y día aguardan impacientes que se cumpla esa promesa. Majestad, de esa esperanza me acusan los judíos. ¿Por qué os ha de parecer increíble que Dios resucite a los muertos?

A continuación Pablo volvió a trazar un resumen de su vida: sus tiempos de fariseo intachable, su persecución a los cristianos, el resplandor que le cegó y abrió sus ojos en Damasco, el envío a los judíos y los paganos.

—No resistí, rey Agripa, a la visión celeste, sino que me puse a predicar: primero a los de Damasco, después a los de Jerusalén; en toda la Judea y a los paganos, que se arrepintieran y se convirtieran a Dios con prácticas válidas de penitencia. Por este motivo se apoderaron de mí los judíos e intentaron acabar conmigo. Pero, protegido por Dios hasta hoy, he podido atestiguar a pequeños y grandes, sin enseñar otra cosa que lo que predijeron Moisés y los profetas, a saber: que el Mesías había de padecer, resucitar de la muerte y anunciar la luz a su pueblo y a los paganos.

El procurador Festo, asombrado, no pudo contenerse:

—¿Estás loco, Pablo! Tanto estudiar te ha sorbido el seso.

—No, no estoy loco, ilustre Festo. Mis palabras son verdaderas y sensatas. El rey entiende de todo esto y a él me dirijo, pues con franqueza no creo que ignore mis argumentos, bien conocidos en ambiente judío. ¿Crees a los profetas, rey Agripa? Sé que les crees.

Agripa sonrió halagado.

—Un poco más y me convences a hacerme cristiano.

Los asistentes rieron la gracia al monarca.

Pablo aprovechó el momento,

—¿Por poco o por mucho, quiera Dios que no solo tú, sino todos los oyentes, fueran hoy lo que yo soy, pero sin estas cadenas!

Concluida la fiesta, se levantaron el rey, el gobernador, Berenice y los demás asistentes.

Mientras abandonaba el salón comentaban:

—No sé a ti, pero a mi entender ese hombre no ha hecho nada digno de muerte o de cárcel.

—¿Sabes lo que pienso? —le dijo Agripa a Festo, tomándolo de un brazo—. Podría haber

marchado libre si no hubiera apelado al emperador.

La escena que en sustancia Julio copió de Lucas se le antojó un retablo de posturas humanas ante la religión: si Félix, el predecesor de Festo, tenía de esta una concepción morbosa, una cuestión más, aunque interesante, a resolver, para el nuevo procurador de Cesarea, un romano con los pies en el suelo, las diversas religiones del imperio venían a versar sobre lo mismo: un mundo impalpable, invisible y por tanto absurdo. Mas cuando se trataba de un crucificado que habla de resurrección, una verdadera locura. Por último Agripa no era un hombre ajeno al mundo de lo trascendente. Como judío lo había mamado, como erudito lo había estudiado a fondo en un plano meramente intelectual, pero como rey, entregado al poder y la molicie, la religión nunca había dejado de ser para él un concepto plausible, pero jamás vida.

Fue precisamente en aquella coyuntura cuando Julio contactó por primera vez con Pablo y Lucas y comenzó a vivir la historia en primera persona.

* * *

Entrado el otoño y pasado el tiempo de los equinoccios, Festo mandó llamarme. Como centurión de la cohorte Augusta (*Prima Augusta Italica*), la tropa imperial de policía no solo formaba parte del regimiento responsable de la seguridad y los bomberos de Roma. Los llamados *frumentarii*, aparte de policía secreta del imperio, viajábamos con frecuencia para conducir a reos desde las provincias a Roma, por lo que también la gente nos denominaba *peregrini*.

—Julio, antes de que cambie el tiempo, custodiarás a un grupo de presos a Roma. Entre ellos va un tal Pablo de Tarso que ha apelado al César. Es un hombre instruido, no es un delincuente común.

Me cuadré ante el procurador.

—Lo conozco, señor. Lo he visto en la cárcel y me tocó hacer guardia durante el último interrogatorio.

Al día siguiente busqué la embarcación más conveniente y, como tenía prisa, solo encontré un mercante de escasa eslor que iba a Adramitio, puerto situado en el mar Egeo, cerca de Lesbos, y requisé los pasajes necesarios. La gente se agolpaba frente a la rada de Cesarea a ver el paso marcial de cascos y lanzas alrededor de un nutrido grupo de delincuentes, presos comunes de Palestina, destinados a las fieras del Circo Máximo, y otros prisioneros políticos. Entre ellos, cerca de trescientos, iba Pablo, al que separé desde el primer momento del grupo. Aparte de que era obligado concederle ese trato por su condición de ciudadano, sentí una especial afinidad con aquel hombre que desprendía algo indefinible.

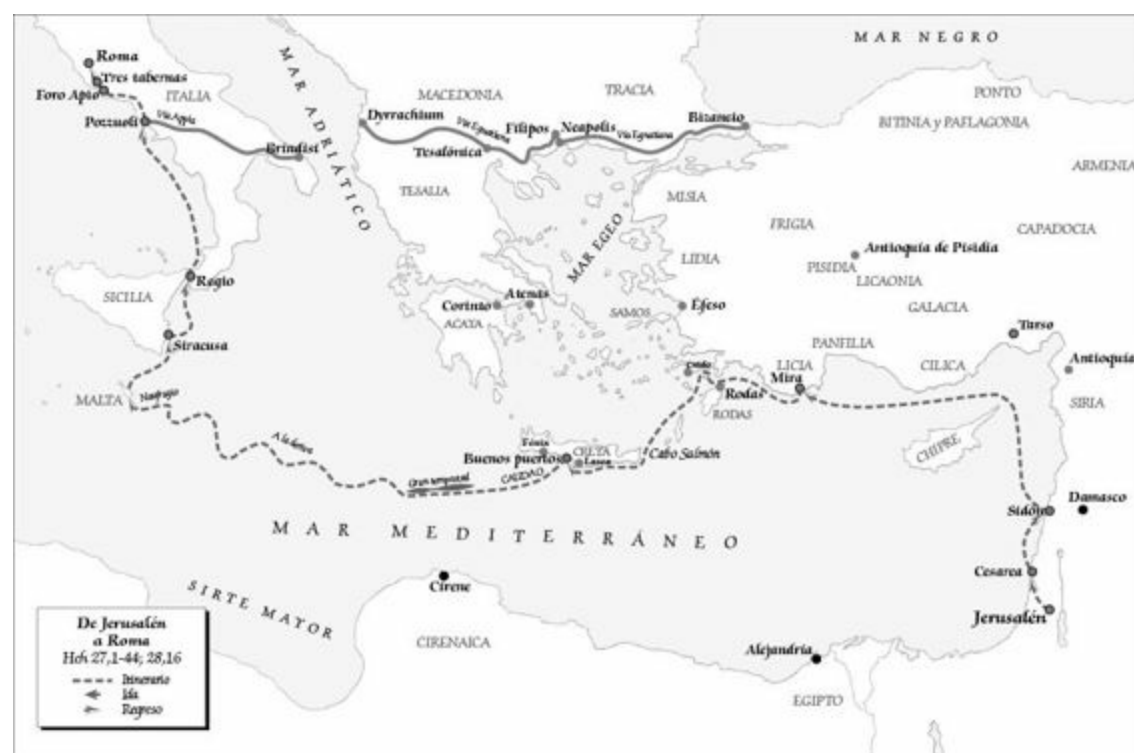
Amigos y discípulos se le abrazaron para despedirle antes de embarcar. Pero solo tres le acompañaban en la travesía: Timoteo, Lucas y Aristarco, un macedonio de Tesalónica, amparándose en el derecho de todo ciudadano de llevar acompañantes o esclavos. Pablo se acodó en cubierta y contempló empequeñecerse el faro y los demás monumentos blancos de Cesarea Marítima. De nuevo el mar. Fijó los ojos en la estela de espuma que trazaba la quilla sobre el azul. Dio la vuelta en redondo para echar una ojeada al horizonte. ¿Qué estela había dejado él? Todos los países en rededor contaban con siembra suya, nuevas comunidades unidas por un mismo ideal. Solo Jerusalén se había enconado contra el aire fresco de la Buena Noticia. ¿Hasta dónde podría llegar el poder de

los judaizantes?

Repugnaba a su fina sensibilidad el mal trato dado por los soldados a los otros presos en contraste con el bueno que recibía de nosotros. Además, Pablo estaba avezado a navegar mientras que el resto temía al mar como un nublado, un lugar siniestro sometido a Neptuno, un dios de perfidia, que jugaba con las tempestades y tormentas. La gente creía a pie juntillas que un náufrago que sucumbiera ahogado no podía hallar descanso, como el que se obtiene al morir en «tierra bien asentada».

Cada día que pasaba aumentaba mi admiración por el prisionero, por lo que le di licencia para que conversara con sus compañeros de viaje. Tras el primer día de navegación hicimos escala en Sidón. Después del amarre y durante las operaciones de estiba, Pablo se me acercó y me pidió licencia para saludar a sus amigos de la ciudad. Se la concedí y el prisionero tuvo ocasión de encontrarse con cristianos conocidos en viajes anteriores y tras recorrer en varias ocasiones la carretera que une a Antioquía de Siria con Cesarea y Jerusalén. Los hermanos de Sidón lo encontraron desmejorado, pero la celebración de la cena del Señor y el departir abiertamente le inyectaron energía.

Después de zarpar de nuevo, el piloto no conseguía enderezar la nave, a causa de un viento del noroeste, por lo que se vio obligado a seguir las corrientes y logró, costeando Chipre, y atravesando mar abierto a lo largo de Cilicia, desembarcar en Mira de Licia, puerto clave para el comercio de trigo entre Alejandría y Roma. Habían pasado quince días desde que zarpamos. En Mira requisé una *navis oneraria* romana mercante de forma redondeada y de gran tamaño, provista de un mástil central que enarbolaba una vela cuadrangular situada perpendicularmente al eje longitudinal de la nave. Llevaba otra vela, un trinquete en la popa, llamada artimón. Se controlaba con dos grandes remos sobresalientes a ambos lados de popa en forma de timón. Se la requisé a un patrón que navegaba hacia Italia procedente de Alejandría. Tuve que convencerle de que aligerara algo su transporte de trigo para hacer sitio a mis soldados y presos que en total éramos doscientos setenta y seis.



Aun así, la nave iba sobrecargada, por lo que avanzamos poco y nos costó alcanzar Cnido. Como el viento no era favorable, costeamos Creta a lo largo de Salmona y así, pegados a la costa, alcanzamos con dificultad un lugar llamado Puertos Hermosos (*Kalói Liménes*) junto a Lasea, una ancha bahía con dos islas en la desembocadura. Allí fondeamos más tiempo del deseado. Me sentía perplejo y sin saber qué hacer, por lo que cité al patrón, al timonel y a Pablo para consultarles.

—Se acercan los vientos de otoño y la navegación puede ser muy peligrosa —expuse.

—Perderemos toda la carga. Aquí no hay graneros para conservar el trigo, ni sitio para albergar a tanta gente —alegó el patrón.

—Se me ocurre que, si seguimos, las pérdidas van a ser mayores, no solo de carga, sino de vidas humanas —disintió Pablo—. Deberíamos invernar aquí.

—¿No sería mejor invernar en Fénix, hacia el oeste, que es un puerto bien abrigado de Creta? —apunté, fiándome más del timonel y el sobrecargo.

Errónea decisión. Se levantó un viento sur y levamos anclas para costear Creta. Apenas doblamos el cabo de Matala, siniestras nubes encapotaron la cumbre del monte Ida y se desató un viento huracanado.

—¡El *eurakylón*! ¡El *eurakylón*! —gritaban los marineros despavoridos.

Jamás había oído aquel nombre para definir un viento encajonado entre montañas, cuando una ola gigante nos ensartó y levantó como a un juguete. El patrón ordenó arriar velas y abandonar el timón. Cerca de la rocosa isla de Cauda pudimos alcanzar una leve tregua del viento y subir a cubierta el bote salvavidas que arrastraba nuestra nave, para asegurarlo con maromas. Pero la tempestad tan pronto nos encumbraba en la cresta de una ola como nos sepultaba en su seno. Solo medio casco del barco se apoyaba en este trance sobre el agua, por lo que la nave comenzaba a resquebrajarse. Soltaron los marineros los flotadores y sogas en torno al casco para con ese cinturón impedir que acabara por romperse y encallara en las Sirtes.

Toda la noche la pasamos en vela luchando contra la tempestad. Al día siguiente volvió a arreciar la tormenta por lo que comenzamos a aligerar la nave de carga, jarcias e instrumentos no indispensables de navegación. Al tercer día tiramos todos los aparejos por la borda. Y entonces una eterna y negra noche, que nos impedía ver el sol y las estrellas, nos rodeó. Lucas, en su diario de a bordo en el que he inspirado este relato y que ha recibido el elogio de patronos y marineros por su precisión, escribe: «Como la tormenta no amainaba, se acabó toda esperanza de salvación».

Los tripulantes bajaron a la bodega y presos de una palidez de muerte aguardábamos lo irremediable. Lucas intentó atender como médico a los que pudo. En un rincón Pablo parecía desmayado. Pero luego supe que había tenido una visión de un ángel que le habría asegurado que comparecería ante el emperador.

De pronto se levantó y, sosteniéndose a duras penas de pie, gritó:

—¡Ánimo, amigos, el Dios que amo y venero me lo ha asegurado! En él he depositado toda mi confianza. Llegaremos todos con vida. ¡Tened ánimo! Nos salvaremos, acabaremos por encallar en una isla.

Sus compañeros de infortunio lo miraron atónitos. «Este delira», pensaron. Seguíamos a la

deriva por el Adriático cuando a medianoche los marineros barruntaron la proximidad de tierra. Descolgaron la sonda y midieron: veinte brazas. Al poco rato volvieron a lanzar y eran quince las brazas. Temiendo estrellarse contra los arrecifes, saltaron las cuatro anclas de popa mientras rezaban para que se hiciera de día. Entonces los navegantes intentaron lanzarse al mar y abandonar el barco. Con el pretexto de fondear más anclas estaban a punto de tirar el bote al agua, cuando Pablo me llamó a mí y a mi guardia:

—Centurión, si esos no se quedan en el barco, no os salvaréis.

Ordené a mis hombres cortar las cuerdas del bote, que cayó al agua.

Rayaba el alba cuando Pablo se dirigió a la tripulación.

—Lleváis catorce días sin probar bocado. Os aconsejo que comáis. Os va en ello la vida. Os prometo que no perderéis ni un pelo de vuestra cabeza.

Apenas lo dijo, tomó pan, dio gracias a Dios ante todos y se puso a comer. Los demás hicieron lo mismo y a continuación vaciaron el barco arrojando el cargamento de grano por la borda. Ya a pleno día los marineros no conseguían distinguir la costa, hasta que uno gritó:

—¡Mirad allá, una playa! ¡Varemos la nave!

Era una ensenada entre acantilados. Los navegantes lanzaron las últimas anclas y aflojaron las correas del timón. Izaron la vela de popa a favor del viento y enfilaron la nave hacia la playa. Pero, al pasar entre dos corrientes, una enorme sacudida nos estremeció, a la par que estallaban amuradas y juntas con enormes crujidos. Caímos todos sobre la cubierta amontonados. El barco había encallado con la quilla hincada en la arena, y la popa hecha añicos por la violencia del oleaje, mientras el agua entraba en violentos remolinos.

Entonces me tocó una decisión extrema. Según el reglamento militar tenía que eliminar a mis prisioneros ante el riesgo de que escaparan, sobre todo teniendo en cuenta que algunos eran bandidos peligrosos. Mis hombres desenvainaron la espada. Pablo me dirigió tal mirada que me dejó paralizado. Después de la terrible galerna de la que nos habíamos salvado, ¿qué hacer? No quería que aquel hombre singular corriera la misma suerte.

—¡Sálvese el que pueda! —ordené.

Un hormiguero de doscientos setenta y siete hombres agotados por la lucha contra la tempestad, el hambre y la humedad, algunos con armadura completa, se lanzó en tromba al oleaje. Unos sabían nadar, otros se aferraban a pedazos flotantes de madera, otros se abrazaban a los hombros de algunos forzudos marineros dispuestos a ayudarles. De pronto empezó a llover. Tras una hora de lucha con las olas todos sin excepción conseguimos alcanzar la playa.

De entre los árboles y matorrales aparecieron tímidamente los habitantes de la isla. Hablaban una lengua ininteligible para la mayoría, griego, la predilecta de Pablo. Se volcaron con nosotros. Encendieron fuego y nos trajeron alimentos. Solo en ese momento caímos en la cuenta de que estábamos en Malta. Pablo nos ayudó a acarrear ramas para alimentar la hoguera. Al lanzar en ella un haz de leña y, para colmo de males, huyendo del calor saltó una víbora y de un mordisco se le colgó de una mano.

—¡Mal augurio! —exclamaron los malteses—. Un asesino debe ser este hombre, pues se ha salvado de un naufragio y la justicia divina no permite que viva.

Pablo se zafó del bicho y siguió comiendo como si nada. Los nativos estaban pendientes de que

de un momento a otro se le hinchase la mano y cayese fulminado. Esperaron largo tiempo sin que Pablo experimentara el menor síntoma. Entonces se pasaron al otro extremo y exclamaron:

—¡Debe de ser un dios!

Fuimos a casa del funcionario romano Publio, que nos albergó generosamente. Llegó a coger tanta confianza con Pablo que lo condujo al lecho de su padre enfermo. La oración del apóstol y la imposición de manos tuvieron su efecto también en otras curaciones. La buena gente de Malta nos colmó de atenciones y agradecimiento. Así transcurrió el benigno invierno maltés y después de tres meses, a fines de febrero, conseguí embarcarme con mis prisioneros en un navío alejandrino cargado de trigo, que también se había visto obligado a invernar en la isla de Malta. En su popa ostentaba el nombre de *Dioscuros*, ya que la nave estaba dedicada a los hijos menores de Zeus, Cástor y Pólux, los dioses protectores de la navegación.

Con la vista del Etna al fondo, hicimos escala en Siracusa durante tres días en espera del viento sur y, con este favorable, cruzamos el estrecho de Mesina y costeamos hasta Reggio. Dos días más tarde divisamos el misterioso palacio-refugio de Tiberio, encaramado a un promontorio rocoso de la isla de Capri para enfilarse el golfo de Puteoli (Pozzuoli, cuyo nombre significa «pozitos»), al norte de Neápolis. Villas lujosas y las ciudades de Pompeya y Herculano yacían al pie del imponente Vesubio. No lejos, junto al lago Lucrino, divisamos la villa imperial donde Agripina, la madre de Nerón, había fraguado sus infamias y había sido estrangulada en el lecho por su propio hijo, el emperador.

En Puteoli hacía tiempo que esperaban con ansia los barcos mercantes que traían el trigo procedente de Alejandría, aunque desde que Claudio construyera un puerto en Ostia, más cerca de Roma, muchas naves amarraban y descargaban allí el grano. El que iba a atracar era el primero del año. La multitud lo recibió con gritos de alegría. El puerto bullía de estibadores con sacos a hombros, comerciantes de esclavos, portadores de ánforas, calafateadores. Otra nao desembarcaba estatuas y columnas enteras destinadas a la ostentosa *Domus Aurea* de Nerón. Miré en cubierta a mi gente desgredada, la ropa hecha jirones, la mirada perdida. A mi lado, a Pablo de Tarso le centelleaban los ojos. Por fin, después de tantos sinsabores, iba a pisar su acariciada Roma. Él pensaba que era el prisionero. Aún ignoraba que era al revés, pues un vínculo especial me encadenaría a él para siempre. Nunca olvidaría el fuste interior con que aquel hombre había desafiado la tempestad ni las conversaciones que sostuvimos en cubierta. Nuestros pies besaban tierra firme como a una añorada madre.

Roma

Pablo, aquel día memorable, era consciente de que acababa de pisar por vez primera tierra de la omnipresente dueña del mundo. *Haec est Italia, diis sacra*: «Esta es la Italia, consagrada a los dioses». Sus vivos ojos atrapaban con avidez cuanto veían. Consentí en que pasara una semana con sus hermanos de Puteoli para que con ellos pudiera celebrar sus ritos. Algunos de aquella comunidad corrieron a Roma para anunciar a sus correligionarios que acababa de desembarcar el «apóstol de los paganos».

De buena mañana partimos hacia la Urbe, que dista seis o siete días de camino,²⁰ a buen paso, entre los alegres sembrados de la Campania. Tomamos la vía Appia, la calzada más célebre, *regina viarum*, que venía de Brundisium, admirablemente pavimentada con losas regulares, sin dejar intersticios, y tan ancha que permite que se crucen dos carros en sentido contrario. Los extensos campos de vino y aceite, propiedad de ricos terratenientes, cultivados por miles de esclavos encadenados y vigilados por capataces provistos de látigo, impresionaron al recién llegado.

—Están haciendo la primera vendimia —comenté.

—¿No hay labradores? —preguntó Pablo.

—Los hubo. Pero sus hijos fueron reclutados por las legiones para conquistar el mundo para Roma. Ahora la gran mayoría son esclavos.

Más allá crecían argentados los olivos y algunas higueras junto al dulce sicómoro replantado de Oriente. Y al fondo, un telón de montañas pobladas de bosques. Al llegar a un punto más elevado le mostré la tumba de Cicerón, situada donde estuvo su finca. Desde allí se contemplaba el azul risueño del golfo de Gaeta. Al lado de las lagunas Pontinas se abría un canal, donde navegaban barcazas tiradas por mulos desde la orilla.

—Augusto lo mandó cavar. Va recto hasta Forum Appii —le expliqué.

Pernoctábamos en las posadas de peor fama del imperio. Incómodas, sin apenas mobiliario, pobladas de bestias, ratas y lagartijas, cuevas de muleros, rufianes y otras gentes de mala vida, que sorprendieron a los viajeros, a pesar de estar hechos a toda vicisitud de los caminos. «Nidos de barqueros y huéspedes bribones», como decía Horacio, el poeta.

—Vente conmigo esta noche y te haré feliz —le solicitó a Aristarco una mujerzuela repintada y semidesnuda.

Al día siguiente, cuando llegamos a la 43ª piedra miliaria, un grupo de personas nos saludó de lejos. Fue el primer recibimiento de la comunidad cristiana. Abrazaron a Pablo e hicieron elogios de

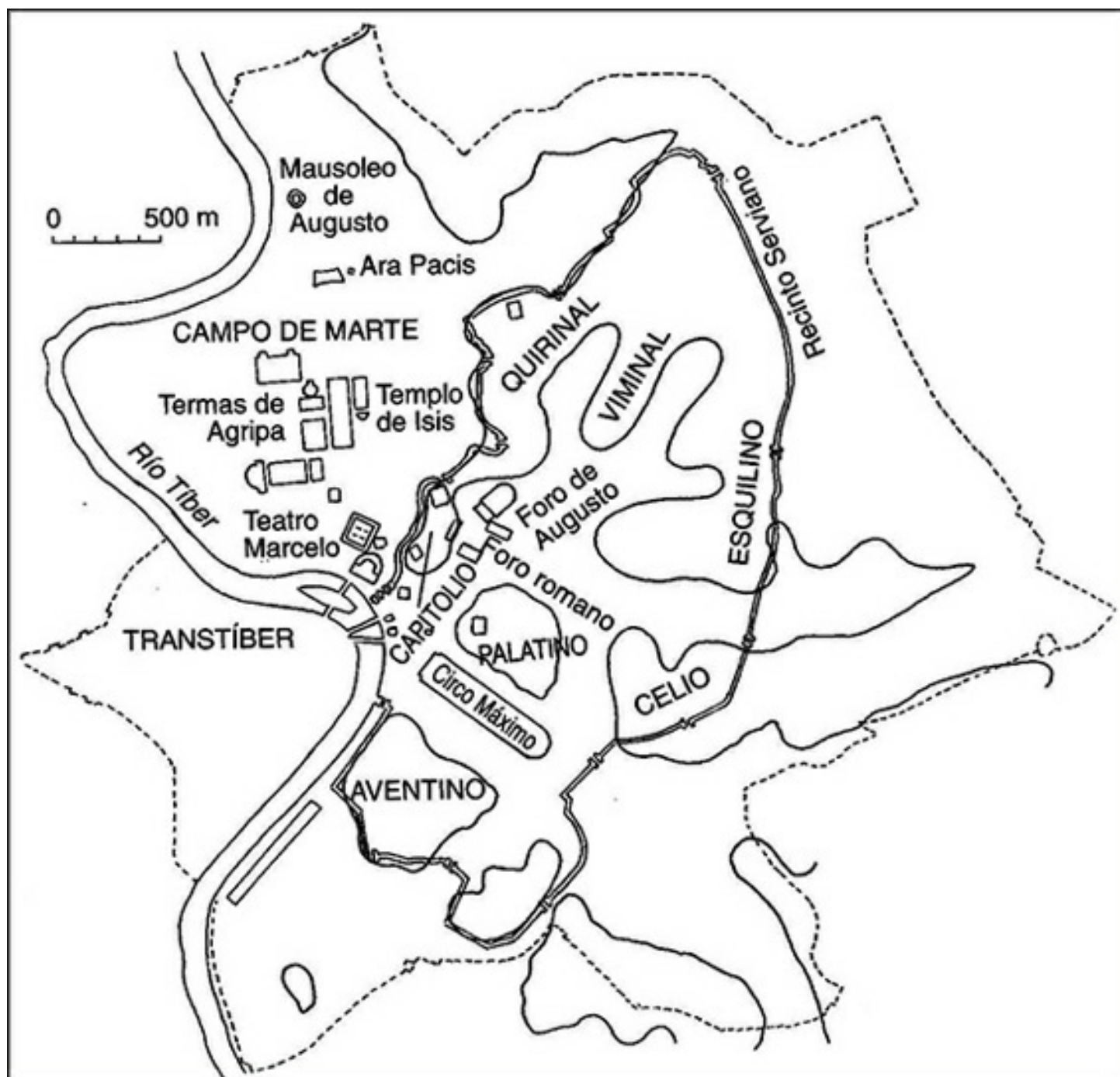
la epístola que les había envidado, su ya famosa «carta a los romanos».

—Somos Alejandro y Rufo, los hijos del Cireneo, el que ayudó a llevar la cruz a Jesús. Gracias por los saludos que nos enviaste. Nuestra madre es muy anciana y no ha podido venir.

No me extraña que Lucas escribiera después: «A la vista de ellos, Pablo prorrumpió en una acción de gracias y cobró nuevo ánimo».

Llegamos a Tres Tabernae (Tres Posadas), piedra miliaria número 42, cercana de la casa de Séneca, donde el filósofo acabaría por abrirse las venas por orden de Nerón. Allí aparecieron más cristianos responsables de la comunidad, a saludar a Pablo. Si ya caminaba impactado por la talla humana de mi prisionero, cada día descubría una nueva faceta de su reconocido prestigio. No tardamos en pisar el Latium, contemplamos el templo de Júpiter Latialis en lo alto del monte Albano, y el de Diana en Aricia. Finalmente alguien gritó:

—*Ecce Roma!*



Desde un brumoso mar de casuchas se distinguía el óvalo del circo neroniano con su obelisco egipcio, el templo capitolino y el palacio del emperador, los acueductos de aqua Appia, Claudia y Marcia. A medida que avanzábamos la vía Appia se iba haciendo cada paso más solemne y mejor empedrada, con su sabor a entrada triunfal además de plagada de sepulturas con inscripciones distinguidas de los Valerios, los Metelos, los Escipiones, sobre todo la de Cecilia Metela, mujer de Marco Craso. Pablo leyó uno de aquellos epitafios: «T. Lolio Masculo descansa aquí junto al camino, para que los transeúntes digan: “Lolio, se te saluda”».

Entramos por la puerta Capena, cerca del Circo Máximo, que se extiende por el valle Murcio, a los pies del Palatino. Desde allí conduje a Pablo, como era mi obligación, al cuartel general de los pretorianos. Entonces el cargo de prefecto de la policía romana lo ostentaba mi predecesor, el noble Burro. Hice tales elogios del prisionero que, después de custodiado diez días en la casa de guardia, y una vez instituido el proceso e investigadas las causas de la apelación, conseguí para él la *custodia libera*, por la que podía alquilar una vivienda cerca del cuartel, siempre vigilado por un soldado. Encontró un domicilio cercano, próximo a la puerta Viminal, gracias a las gestiones de sus entrañables Águila y Priscila. De este modo Pablo, un hombre universal, acababa de instalarse en la cuna de la universalidad.

Como siempre, pensó primero en sus hermanos de raza. Más de veinte mil judíos vivían en la periferia de la ciudad, cerca de las carreteras consulares. Mantenían sus nombres de origen para denominar las sinagogas, o lo tomaban del nombre de los barrios o sus protectores. Así podían llamarse herodianos, augustianos, palestineses, libanenses, y tenían por jefe de sus Senados o Gerusías, al geresiarca de turno, la figura más importante después del «padre de la sinagoga» junto a un secretario, sacerdotes, ministros y otros cargos.

Pablo se enteró en pocos días de lo bien situados que estaban los judíos en Roma. Por ejemplo, el actor Altiro había llegado a obnubilar a Nerón con su arte dramático hasta tomarlo como maestro de interpretación. Él fue también el que presentó al gran historiador judío Flavio Josefo a Popea, la poderosa amiga del emperador.

Decidió pues Pablo que lo primero que tenía que hacer era dirigirse a la sinagoga. Con este fin convocó a los principales de la misma y se exculpó ante ellos:

—Hermanos, aunque no hice nada contra el pueblo o las costumbres paternas, los de Jerusalén me entregaron preso a los romanos. Estos me examinaron y, al no hallar en mí ningún delito capital, decidieron dejarme libre. Se opusieron los judíos y yo me vi obligado a apelar al emperador, sin intención de acusar a mi nación. Por este motivo os he llamado para veros y hablaros. Pues por la esperanza de Israel me encuentro encadenado.

No mencionó la ley mosaica ni otras motivaciones judías, sino la «esperanza de Israel», un horizonte más amplio, el de su fe.

—Nosotros no hemos recibido de Judea cartas acerca de ti —le respondieron—, ni ha llegado ningún hermano con noticias o hablando mal de ti. Con todo, nos gustaría escuchar lo que piensas, pues estamos informados de que por todas partes se arremete contra esa secta.

La respuesta resultaba chocante. ¿Acaso ignoraban las turbulencias en el barrio judío por la propaganda cristiana en tiempos de Claudio? No obstante, Pablo aprovechó el desafío y celebró reuniones en su casa alquilada para informarles de todo. Les habló a partir de la ley y los profetas

del reinado de Dios. Pero una vez más el pueblo judío no quiso aceptar esta última oportunidad. Pablo era un prisionero, piedra de escándalo. ¿Servía de algo hacerle caso?

Cuando se despedían sin ponerse de acuerdo, el mensajero de la Buena Noticia pronunció su última palabra:

—¡Qué bien habló el Espíritu Santo a vuestros padres por medio del profeta Isaías! «Ve a ese pueblo y dile: oír oiréis pero sin entender; mirar miraréis pero sin ver. Se ha embotado la mente de ese pueblo: con los oídos apenas oyen, los ojos se los han tapado, para no ver con los ojos ni oír con los oídos ni entender con la mente, para convertirse de modo que yo los sane». Pues sabed que esta salvación de Dios se envía a los paganos, y ellos escucharán.

Dicho esto, los judíos se fueron discutiendo intensamente entre ellos. Algunos, muy pocos, estaban a favor del apóstol de los gentiles.

Visité a Pablo de vez en cuando durante aquella primera estancia en Roma que duró dos años. Vivía en un barrio modesto, por no decir miserable, de artesanos, donde mi amigo seguía tejiendo sin parar para sostenerse. Se trataba de un distrito ruidoso que daba cita a maestros de escuela, herreros y panaderos albergados en elementales casas de pisos, las llamadas ínsulas. Griterío, martillazos y discusiones de cambistas atronaban las calles, donde se arrojaban sin pudor los desperdicios. Para el cambio de dinero golpeaban sobre la mesa las sucias monedas neronianas mientras otros bateaban el lino hispano sobre una piedra y los mendigos gemían arrastrándose por las esquinas entre vendedores que voceaban su mercancía, y desarrapados, bizcos, mancos y cojos que campaban por doquier. Un sacerdote mendicante de Isis o Cibeles hacía estallar atronadoramente sus planchas metálicas para llamar la atención.

Pablo además tenía que soportar a un soldado de guardia continuamente a su lado, un testigo molesto que por la noche lo encadenaba a la pared. Allí a ratos escribía o dictaba cartas en las que se presentaba como «prisionero del Señor» o recordaba que en el pretorio y en todas partes se sabía que «llevo las cadenas de Cristo». Sus cartas se copiaban y repartían por las comunidades que había fundado. Le venían a visitar de todas partes: Aristarco de Macedonia, Timoteo de Galacia, Tíquico desde Éfeso, Epafras de Colosas, Epafrodito de Filipos.

Al entrar y salir de aquella pobre casa me tropezaba con gente ávida de escucharle.

—Hay algunos que están predicando con envidia y celos —me dijo un día—. También los hay que lo hacen con buena intención. Pero, ¡qué más da!, si Cristo es anunciado, en eso me gozo y gozaré siempre. Muchos hermanos han cobrado ánimo con mis cadenas y predicán sin miedo la Buena Noticia.

Allí conocí a Asíncrito, Felgón, Hermes, Patrobas, o a Filólogo y Julia, junto a Nereo y su esposa Olimpia. No faltaban algunos curiosos de la aristocracia romana, que acudían a interesarse y conocer a aquel enigmático curtidor tan versado en las Escrituras. Todo el mundo conocía, por ejemplo, a Pomponia Graecina, la esposa de Aulio Plautio, conquistador de Bretaña, que pocos años antes había sido acusada de profesar una «superstición extranjera». Iban a visitarle también un liberto de Tiberio con mucha influencia en tiempos de Claudio y otros de la casa de Aristóbulo. Además, apareció Marcos, el inseparable de Pedro. Habían pasado años de las antiguas disensiones y ahora tenía recopilados muchos recuerdos de Cefas.

—¡Todo ha redundado en progreso de la Buena Noticia! —me decía contento.

Entre las visitas que recibió en esta primera etapa más abierta de prisión hubo una muy singular. Un buen día se presentó el esclavo Onésimo.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó Pablo, que pensaba que quizás traía algunas cartas de su dueño.

Este se llamaba Filemón, un rico comerciante de Colosas, que había adquirido a Onésimo en un mercado de esclavos por una elevada suma de dinero. Tuvo suerte en la compra, porque el muchacho era un tipo despierto y capaz. Tanto que, como no tenía nombre, le puso Onésimo, que significa «útil». Un día, en una travesura propia de su edad, se le alargó la mano y atrapó una pequeña suma de sestercios. Por miedo al castigo, empezó a correr y acabó en Roma, donde se le terminó el dinero y deambulaba por el submundo de la Urbe convertido en proscrito a escondidas de la policía.

Pero daba la casualidad de que tanto su *dominus*, Filemón, como su esposa Apfia eran amigos y convertidos por Pablo, al que habían hospedado, y no solo a él, sino a cuantos cristianos querían celebrar ágapes o la cena del Señor en su comfortable casa.

Onésimo, desesperado, se atrevió a visitar al prisionero de Cristo. Era su última esperanza, si no quería ser atrapado y llevar para siempre una *F* de fugitivo impresa a hierro y fuego en su frente. Por otro lado, su dueño podía azotarle hasta la muerte o condenarle al *pistrinum*, un siniestro lugar donde estaría obligado a dar vueltas a una noria toda su vida.

Pablo clavó sus escrutadores ojos en los del joven esclavo que temblaba como un pollo.

—Yo conozco a un señor que puede rescatarte, hijo.

El esclavo se quedó lívido. Sabía que solo podía ser rescatado si acudía al templo de un dios y tomaba dinero del rescate de una de las cajas de ahorros del santuario.

—*Habemus bonum dominum!* Tenemos un señor bueno —sonrió Pablo—. Yo también era esclavo y fui rescatado por él.

—¿Tú, esclavo?

Onésimo no salía de su asombro. A los pocos días, con lágrimas en los ojos, se hizo cristiano. Luego Pablo le dio un billete, un pedazo de papiro con un mensaje para que se lo llevara a su dueño Filemón.

Comenzaba el escrito con un cordial saludo a sus amigos y a toda la asamblea que se reunía en su casa, y recordaba las buenas noticias que le llegaban de ellos. Luego añadía:

Yo, este anciano Pablo, y ahora prisionero por el Mesías Jesús, apelo a ti a favor de un hijo mío, que engendré en la prisión: Onésimo, un tiempo sin provecho para ti, ahora de gran provecho para ti y para mí. Ahora te lo envío y con él mi corazón. Habría querido retenerlo junto a mí, para que en tu lugar me sirviese en esta prisión que sufro por la Buena Noticia. Pero sin tu consentimiento no quise hacer nada, para que tu buena acción no sea forzada, sino voluntaria. Quizás se alejó de ti por breve tiempo para que puedas recobrarlo definitivamente; y no ya como esclavo, sino como mejor que esclavo: como hermano muy querido para mí y más aún para ti, como hombre y como cristiano. Si te consideras compañero mío, recíbelo como a mí; si te ofendió o te debe algo, apúntalo a mi cuenta. Lo firmo de mi puño y letra: yo, Pablo, te pagaré, para no decirte que me debes tu persona. Sí, hermano, te lo suplico por el Señor: consuela mi corazón cristiano. Te escribo fiado de tu disponibilidad: sé que harás más de lo que pido. Otra cosa: prepárame hospedaje, pues, gracias a vuestras oraciones, espero poder saludaros. Te saludan Epafras, compañero de prisión por el Mesías Jesús, Marcos, Aristarco, Dimas y Lucas. La gracia del Señor Jesucristo esté con vuestro espíritu. Amén.

Quizás sea esta breve carta uno de los escritos que, por su humanidad, su exquisita finura, mezcla de respeto y confianza más me han impresionado de Pablo. Me quedé atónito. ¿Cuál era esa fe

que saltaba por encima del derecho vigente, las leyes del imperio, para apelar a una única nueva y poderosa ley, la del amor? Solo recordaba un texto que se le acercaba algo, el que escribiera Séneca un día a Nerón, cuando todavía tenía algún ascendiente sobre él: «Debes ser benigno con tus súbditos, pues al señor que es cruel con sus esclavos toda la ciudad de Roma lo mira con desprecio». ¡Qué lejos estaba Nerón de albergar esas actitudes! Pero Pablo iba más allá. Se identificaba con el esclavo, llamándolo «su hermano» y pidiendo a Filemón sobrepasar con creces lo que le pedía. En otra carta había afirmado que no hay distinción entre judío o griego, siervo o libre, hombre o mujer, «porque todos vosotros sois una cosa en Jesucristo». Aunque Pablo no alteraba el orden del derecho romano, dejaba la elección al corazón cristiano de Filemón. Porque venía a decirle lo más importante: ¡tú, amigo, eres libre para elegir! Y eso después de confesarle que Onésimo ya era un hijo suyo que había engendrado entre cadenas.

He revisado las cartas que escribió Pablo en aquellos años de cautividad. La primera estaba dirigida a los miembros de una comunidad que nunca había visitado personalmente, los colosenses. Había sido Epafras el que la creó en Colosos, ciudad frigia, quien puso en guardia al apóstol cuando surgieron problemas, puesto que había aparecido una desviación entre ellos, una especie de herejía. Se habían obsesionado con los ángeles y otras criaturas cósmicas, con desprecio del cuerpo y un cierto sentimiento de orgullo, de creerse superiores o incluso con la pretensión de conocer a Dios directamente, además de poner el acento en el ritualismo y el ascetismo, ideas importadas probablemente de escuelas orientales. Pablo les viene a orientar hacia el Mesías, de modo que su escrito es un canto a la persona de Cristo, «imagen del Dios invisible y primogénito de la creación».

Les pedía dar otro salto, esta vez hacia algo superior de lo que les ofrecía el paganismo y aquel pretendido conocimiento directo o *gnosis*:

Por tanto, si habéis resucitado con el Mesías, buscad lo de arriba, donde el Mesías está sentado a la diestra de Dios, aspirad a lo de arriba, no a lo terreno. Pues habéis muerto y vuestra vida está escondida con el Mesías en Dios. Cuando se manifieste el Mesías, vuestra vida, entonces vosotros apareceréis gloriosos junto a él.

Esa supremacía de Cristo la remacha en otra de las cartas de aquella época dirigida a los efesios, que parece se convirtió en una especie de circular que corrió por diversas comunidades. Dios ha constituido a Cristo en cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo, y en él nos ha resucitado.

Él es nuestra paz, el que de dos hizo uno, derribando con su cuerpo el muro divisorio, la hostilidad; anulando la ley con sus preceptos y cláusulas, creando así en su persona, de dos una sola y nueva humanidad, haciendo las paces. Por medio de la cruz, dando muerte en su persona a la hostilidad, reconcilió a los dos con Dios, haciéndolos un solo cuerpo. Vino y anunció la paz a vosotros, los lejanos, la paz a los cercanos. Ambos con el mismo Espíritu y por medio de él tenemos acceso al Padre.

La tercera carta la dedicó a los hermanos de Filipos.²¹ ¿Cómo olvidar a la generosa y dispuesta Lidia, los días felices en su pañería, la paliza en la cárcel, la ayuda económica que le enviaron? «Dios es testigo de cómo os añoro en el cariño entrañable de Cristo Jesús». Y les contaba cómo desde la cárcel, «Cristo es anunciado y de ello me alegro y me alegraré», aunque presintiese su muerte:

Espero y aguardo no arredrarme por nada; antes bien, con mi valentía ahora como siempre el Mesías será engrandecido con mi vida corporal o con mi muerte. Pues mi vida es el Mesías y morir es ganancia. Pero si mi vida corporal va a producir fruto, no sé qué escoger. Las dos cosas tiran de mí: mi deseo es morir para estar con el Mesías, y eso es mucho mejor; pero para vosotros es más necesario que siga viviendo. Ahora bien, estoy convencido de que me quedaré y seguiré con vosotros para vuestro provecho y la alegría de vuestra fe; y así, por mí, cuando vuelva a visitaros os sentiréis más orgullosos del Mesías Jesús. Una cosa importa, que vuestra conducta sea digna de la Buena Noticia del Mesías; de modo que, sea que vaya a veros o que siga ausente, tenga noticias vuestras de que os mantenéis unidos en espíritu y corazón, luchando juntos por la fe en la Buena Noticia; sin asustaros en nada ante vuestros adversarios. Lo cual, por designio de Dios, será para ellos señal de perdición, para vosotros de salvación. Pues a vosotros se os ha concedido la gracia, no solo de creer en el Mesías, sino de padecer por él, soportando la misma pelea que visteis en mí y ahora oís de mí.

Sensibilizado por las cadenas y la edad, Pablo se deshacía en sentimientos de ternura y alegría hacia su querida gente. Les pedía que no hiciesen nada por ambición, que se quisiesen entre sí, que no buscasen el interés propio sino el de los demás, siguiendo a Cristo que se humilló haciéndose semejante a los hombres, por lo que Dios le concedió un título superior a todo título «para que, ante el nombre de Jesús, toda rodilla se doble, en el cielo, la tierra y el abismo; y toda lengua confiese para gloria de Dios Padre: ¡Jesucristo es Señor!».

Les anunciaba que iba a enviarles a Timoteo, a quien quería como un hijo, y a Epafrodito, que estuvo a la muerte a causa de una enfermedad. «Estad alegres en el Señor», les exhortaba. Ninguno de sus méritos, ni su acendrada alcurnia judía valían nada. «Lo que para mí era ganancia lo consideré, por el Mesías, pérdida. Más aún, todo lo considero pérdida comparado con el superior conocimiento del Mesías Jesús, mi Señor; por el cual doy todo por perdido y lo considero basura con tal de ganarme al Mesías y estar unido a él».

Pablo olvidaba lo que quedó atrás y, evocando los juegos en el estadio a los que acudía desde niño en Tarso, se esforzaba «por lo que hay por delante y corro hacia la meta, hacia el premio al cual me llamó Dios desde arriba por medio del Mesías Jesús». Les abría sus entrañas y sin rubor les pedía a los filipenses que le imitasen frente a los que reniegan de la cruz y tienen como dios el vientre, su vanagloria, su visión terrena de la vida. «Nosotros, en cambio, somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos recibir al Señor Jesucristo; el cual transformará nuestro cuerpo humilde en la forma de su cuerpo glorioso, con la eficacia con que puede someterse todo».

No faltaban en la carta referencias a nombres concretos con rostro y recuerdos imborrables de su alma: Evodia y Sintique, y a los que lucharon con él, como Clemente u otros colaboradores, para repetirles:

Tened siempre la alegría del Señor; lo repito, estad alegres. Que todos reconozcan vuestra clemencia. El Señor está cerca. Nada os preocupe. Antes bien, en vuestras oraciones y súplicas, con acción de gracias, presentad a Dios vuestras peticiones. Y la paz de Dios, que supera la inteligencia humana, custodie vuestros corazones y mentes por medio del Mesías Jesús. Por lo demás, hermanos, ocupaos de cuanto es verdadero, noble, justo, puro, amable y loable, de toda virtud y todo valor. Lo que aprendisteis y recibisteis, y escuchasteis y visteis en mí ponedlo en práctica. Y el Dios de la paz estará con vosotros. El Señor me llenó de gozo porque otra vez floreció vuestra solicitud por mí; siempre la teníais, pero os faltaba ocasión. No hablo de indigencia, pues he aprendido a bastarme con lo que tengo. Sé lo que es vivir en pobreza y en abundancia. Estoy plenamente iniciado en la saciedad y el ayuno, en la abundancia y en la escasez.

Estos son mis últimos recuerdos del primer cautiverio de Pablo en Roma que marcarían mi vida, para que quede constancia de la grandeza de este hombre singular. Luego, a los dos años, como

prescribió su causa, pudimos, gracias a jueces amigos y conforme a derecho, ponerlo en libertad. Días después zarpó rumbo a Hispania y otros destinos. A su regreso la represión neroniana con la consiguiente persecución e intento de exterminio de los cristianos, después del trágico incendio de Roma, oscureció el imperio de sangre, crueldad y desolación y con ello nuestra propia vida.

* * *

Julio firmó su escrito, consciente de que aquellos papiros no iban a servir de nada en los tribunales, antes al contrario dificultar la nueva causa de Pablo a su regreso, y quizás, si los presentaba, su propia situación de prefecto de policía, pues había vertido en ellos una creciente simpatía hacia el acusado. Pero estaba satisfecho de haberlos escrito, sobre todo para poner en orden los acontecimientos vividos y tomar conciencia de su alcance. Más que una defensa procesal había trasladado al papiro una vida asombrosa, la aventura espiritual de un gran ser humano, ante el cual, más allá de opiniones y creencias había que reclinarse con admiración y respeto. Por tanto decidió ponerlo a buen recaudo en su arcón secreto.

Se sentía en paz y como iluminado por palabras preñadas y cautivadoras, cuando recibió un aviso de sus colegas: «¡Hemos encontrado el arma homicida de tu esposa! Ven cuando puedas. Silvio».

El resplandor

No fue fácil dar con Silvio al día siguiente, pues toda Roma bullía y abarrotaba los alrededores del anfiteatro levantado en el Campo de Marte, donde Nerón, para huir de las graves amenazas suscitadas en la Galia e Hispania, había organizado uno de sus más fastuosos espectáculos. Desde muy de mañana se había procedido a llenar el estanque para celebrar una naumaquia, con peces y monstruos marinos incluidos, y donde se iba a representar una batalla naval entre griegos y persas que pretendía reproducir las Guerras Médicas. Retiradas las aguas, a continuación completarían la función un combate de gladiadores y un lanzamiento de condenados a las fieras.

La mayoría de los hombres de Julio cubrían las entradas y el perímetro del fasto, con órdenes de controlar a la multitud ávida de espectáculo y dar paso a los pretorianos que custodiaban al emperador. Si el pan faltaba ese año por la continua escasez de trigo, al menos se pretendía compensar al pueblo con más circo, más violencia, más sangre. Los vomitorios de las gradas escupían con dificultad a la apelotonada muchedumbre en busca de sitio. En una de las entradas inferiores una niña con la cabeza cubierta le tiró a Julio de pronto de la capa corta. Se volvió indignado. Era la pequeña Rubria.

—Pero ¿qué haces aquí, *puella*?

—¡Julio, es muy importante que lo sepas! ¡Elena está en los fosos! ¡Va a ser arrojada a las fieras!

—¿Y Lucas?

—Está a salvo. Había ido esta mañana a visitar a Cefas. Pero no pudo verle, llegó tarde. ¡También han detenido y encarcelado a Pedro!

—¡Vamos, Rubria, márchate ya! Escóndete en la bodega de la alquería. ¡Rápido!

El prefecto olvidó enseguida su intención de encontrarse con Silvio y corrió a los fosos. El fuerte olor y el rugido de las fieras, mantenidas varios días sin comer, competía con los lamentos de la contigua mazmorra enrejada, donde gemían o rezaban los condenados a morir. Había como doscientas personas, entre prisioneros de guerra, ladrones, sediciosos y cristianos. Estos últimos, unos cuarenta, eran fruto de las últimas redadas de Selenio. Unas esclavas pretorianas se ocupaban de coser pieles al cuerpo de las víctimas para provocar más la ferocidad de las fieras. Los ojos de Julio inspeccionaron nerviosos rebuscando entre aquella amalgama de dolor y miedo. Preguntó a una mujer que lloraba:

—¿Conoces a una joven llamada Elena? —La aludida al ver el uniforme le miró aterrorizada.

Julio le pidió—: ¡Dímelo, mujer, es por su bien!

Señaló hacia una esquina.

Hecha un ovillo, la muchacha sollozaba y rezaba al mismo tiempo. Julio dio orden de que le abrieran las rejas, la agarró por un brazo y se la llevó fuera. Con una palidez mortal, los ojos enrojecidos, temblaba sin creerse estar ante Julio en persona. El prefecto la envió con un soldado y órdenes precisas a su propia villa. En el exterior las naos griegas y persas se lanzaban al abordaje en medio del esfuerzo de remeros, el choque de las armas y el clamor de la multitud, que se dividía entre los partidarios de las dos facciones o banderas, identificadas como rojas y azules. Nerón se aburría en el palco, esperando el momento en que al final del espectáculo pudiera deleitar a la multitud con su sublime canto.

Ni Silvio ni Selenio aparecían por parte alguna. Finalmente al cabo de una hora de batalla naval, cuando los griegos estaban a punto de vencer, Julio vio a su lugarteniente entrar con una docena de nuevos detenidos cristianos, destinados a ser devorados por las fieras. El prefecto se contuvo y esperó el momento propicio. Le urgía hablar antes con el jefe de los *curatores* del río. Las esclusas se abrieron para expulsar el agua y, una vez vacío el gran estanque, carrromatos llenos de esclavos vertieron arena en el óvalo del gran anfiteatro. Todavía le quedaba, por su cargo, supervisar la lucha de gladiadores y el cruel espectáculo de las fieras. Preguntó ansiosamente por Silvio.

—Creo que está en el río vigilando las barcazas que trajeron esta mañana espectadores del sur.

Sus pensamientos se centraron en los rostros atemorizados de los seres humanos que estaban a punto de morir despedazados. ¿Por qué esta gente es arrojada a la muerte y Elena ha podido escapar gracias a él? ¿No merecerían igualmente que se abrieran las puertas para ellos y ser salvados? ¿O esos creyentes cristianos van en el fondo alegres de entregar la vida por su Dios? Leía en el rostro de los espectadores ese cruce de morbosidad y terror que invita al ciudadano a olvidarse de sus problemas a base de grandes tragos de ferocidad y sangre. Julio apartó la vista. Muchas veces había contemplado con cierta indiferencia aquel espectáculo. Incluso, por su cargo, él mismo había conducido a prisioneros desde lejanas provincias del imperio con tan cruel destino. Pero ahora notaba que tal visión le mordía en la boca del estómago, como si la muerte de Livia y su investigación sobre Pablo le hubiesen roto una coraza, sensibilizado o debilitado hacia un ajeno mundo olvidado y antes marginal. Sentía el desgarrar de aquella carne humana como un zarpazo en su propia carne, como si los hombres que perecían entre las fauces de las fieras, mujeres y niños, jóvenes y ancianos fueran auténticos miembros suyos, arrancados con dolor uno a uno de su cuerpo. Se tragó las lágrimas. Que el prefecto de *vigiles*, el jefe de la policía de Roma, se echara a llorar no era el mejor ejemplo para sus subordinados. Miró hacia arriba. El bramido de la muchedumbre ascendía hacia el cielo azul, mientras los condenados eran empujados o arrastrados de cuerdas por los sicarios hacia las fieras.

Entonces algunas frases de Pablo comenzaron a martillearle las sienes: «Tú que pretendes ser juez de los demás —no importa quién seas— no tienes excusa, porque al juzgar a otros, te condenas a ti mismo, ya que haces lo mismo que condenas». «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?». «¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada? Como dice la Escritura: por tu causa

somos entregados continuamente a la muerte; se nos considera como a ovejas destinadas al matadero. Pero en todo esto obtenemos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó». «Revistámonos con la coraza de la fe y del amor, y cubrámonos con el casco de la esperanza de la salvación. Porque Dios no nos destinó para la ira, sino para adquirir la salvación por nuestro Señor Jesucristo». «Llevamos ese tesoro en recipientes de barro, para que se vea bien que este poder extraordinario no procede de nosotros, sino de Dios».

De pronto sintió que no estaba allí. Era de noche y se hallaba tumbado junto a Livia bajo un cielo de primavera nimbado de estrellas. Los niños jugaban en el peristilo y ellos dos, recostados sobre la hierba, recibían con placer un rocío refrescante sobre la frente. Su esposa se volvió hacia él y sus soñadores ojos entreabiertos acariciaron su alma con suavidad de brisa. Luego ella le preguntó: «¿Se acaba el amor?». Él le contestó con una sentencia de Pablo: «El amor no pasa jamás», y apretó su mano como para conducirla a un lugar fuera del tiempo, donde el odio, las guerras, la crueldad eran arrojados a una enorme hoguera en la que él y ella se fundían entre las llamas en una sola combustión, como dos pedazos de hierro candentes y unidos derritiéndose al rojo vivo. Sus rostros se desvanecían y el fuego crecía hasta convertirse en una gran bola incandescente del tamaño del mundo que giraba y giraba sin fin.

El griterío le despertó. Se dio cuenta de que era el sol el que le cegaba y apenas podía distinguir a Nerón que había empuñado la lira y comenzaba a desafinar desde el palco imperial. El pueblo contenía la risa, pero bajo la mirada de sus hombres y de la numerosa guardia pretoriana, se veía obligado a aplaudir sin saber que iba a ser el último espectáculo al que asistiría del odiado «emperador artista».

Tuvo que dar órdenes a sus hombres para planificar una salida mínimamente organizada. Cuando su misión acabó, se dirigió al Tíber, pero no pudo dar con Silvio. Se había marchado escoltando las barcazas de los espectadores que habían venido de fuera. Regresó a casa y allí Elena se echó en sus brazos.

—¡Otra vez me has salvado, Julio! Antes a mis padres, ahora a mí ¡El Señor te bendiga!

Como si estrechara un pedazo de celaje, el ala frágil de un ave o un ramo de mil flores estrujadas, la apretó contra su pecho con desesperación y alegría, y, sin poder contenerse rompió a llorar largo rato, desconsoladamente, quizás como no había llorado nunca. Luego la besó en la boca con pasión y dulzura, con la sensación de abrir un túnel interminable dentro de un bosque de pinos en busca del mar. Después se perdió en sus ojos claros y exclamó:

—Hoy, Elena, soy otra persona. ¡He vuelto a nacer!

Desde aquel día la joven se quedó a vivir en su casa.

Nada más amanecer el día siguiente llegó un mensajero con la noticia de que Selenio había dado con el escondrijo de Pedro, y que, sin mediar juicio, el principal de los apóstoles iba a ser ajusticiado a las afueras acusado de ser el jefe supremo de la perniciosa secta de los cristianos. Julio saltó a su caballo y llegó a tiempo de asistir a la ejecución. Conducido desde el Tullianum hasta el monte Janículo, desde donde se divisa el panorama de toda Roma, cavaron un agujero e introdujeron una cruz invertida. Extrañado de esta circunstancia, Julio fue informado de que se consintió en aceptar la última voluntad del condenado, porque no se consideraba digno de morir como su Maestro. Luego su cuerpo fue enterrado en el cercano monte Vaticano. Pedro, Cefas, el amigo de

Jesús, el elegido para ser la piedra sobre la que edificar su Iglesia, tendría entonces unos setenta y cinco años. Negros nubarrones planeaban sobre la Urbe anunciando inminente lluvia.

Mientras, se acercaba el juicio de Pablo, al que tenía derecho por su ciudadanía romana. Julio fue a verle antes de que fuera tarde. En este segundo encarcelamiento había sufrido no solo una mazmorra más oscura e inmundada, sino el peor castigo, el del abandono de los suyos. Aunque Eusebio, Prudente, Lino y Claudio pudieron visitarle alguna vez, la apostasía de Demas le deprimió. También el que los hermanos de Asia Menor le abandonaran. Ninguno fue a verle por entonces, ni siquiera Figelo ni Hermógenes. Solo el malogrado Onífero, que se la jugó, y sobre todo Lucas, que nunca le falló.

La vista del proceso de Pablo había de celebrarse ante el tribunal de Nerón, pues a él había apelado. Pero este, como era de esperar, fue representado por Helio, tan odioso como el propio emperador. La primera actuación judicial tuvo como escenario una de las grandes basílicas romanas situada en el foro. En el ábside esperaba el tribunal la llegada de los reos. Condujeron a Pablo a la nave central, donde habrían de sentarse al lado de sus abogados y testigos. Pero nadie se presentó, nadie se atrevió a ocupar el lugar de los defensores. Detrás, en los pasillos laterales, tenía acceso el pueblo para disfrutar de un espectáculo más. Pablo, como tantas veces, pronunció su propia defensa. Tan brillante, que la sentencia se aplazó.

Fue en ese momento cuando Julio acudió a rendirle su última visita.

Se encontró con un ser agotado, roto, los ojos encendidos de amor y cansancio, que seguía, tras enormes ojeras y párpados caídos, transmitiendo su peculiar magnetismo, su secreta e inescrutable luz. Había acumulado lo poco que le quedaba de energía para escribir a su querido Timoteo, al que confesó su deseo de verle antes de morir, aunque consciente de que ya era demasiado tarde. Pedía en esa carta que llevara consigo a Marcos, en el que veía y abrazaba a Bernabé, su gran amigo de juventud.

Julio pudo comprobar por sí mismo que el anciano tiritaba de frío y echaba de menos su capa, que se había dejado en Tróade, donde había sido detenido por segunda vez, como sus inseparables rollos de pergaminos que contenían las Escrituras, los que siempre llevaba consigo a todas partes. Recordaba a sus abuelos y padres, los años de niñez en Tarso, sus estudios a los pies de Gamaliel. Evocaba también con ternura a Timoteo, cuando lo descubrió casi niño en Listra. Le parecía estar viéndole desde los goterones de sangre que nublaban su vista, cuando el muchacho retiraba piedras de su cabeza después del apedreamiento en las afueras de la ciudad. No olvidaba a su amable abuela; la manera de ser entre tímida y frágil de Timoteo, cuando le impuso las manos, y cuando dijo adiós a su familia por seguir con fidelidad indefectible cada uno de sus pasos. ¡Ah, Timoteo, siempre a su lado, su hijo humilde, fiel, silencioso y cercano como un perro! Igual que a un carrerista en el estadio le pasaba ahora el relevo, la antorcha de la vida para seguir iluminando.

Su amigo Julio, el mismo centurión que lo trajera a Roma, compañero de tempestades, lo encontró ahora cansado y en paz, como si continuara cobijado por aquel resplandor de Damasco que le había cegado y derribado para reincorporarlo a la nueva vida e iluminarlo para siempre.

—Yo ayer en el circo también he visto una luz, Pablo —le dijo—. Aún no sé qué es, pero puedo jurarte que me llenó de consuelo y de la certeza de que este mundo pasa y, como tú dices, es como un espejo borroso que oculta detrás la plenitud, un ahora sin tiempo, el reverso feliz de tanto miedo y

dolor.

Pablo asintió con una dolorosa sonrisa.

—Sí, te lo aseguro, ese otro lado existe, hay un hombre que un día fue arrebatado al tercer cielo, si en el cuerpo o fuera de él no sabría decirlo. Y tú, amigo, antes fuiste tiniebla, ahora eres luz en el Señor. Julio querido, procede como hijo de la luz. Que fruto de la luz es la bondad, la justicia, la verdad. Solo tienes que comprobar qué es lo que agrada al Señor en tu vida. El Espíritu del Señor te lo irá diciendo paso a paso. Aleja de ti las obras estériles de las tinieblas, incluso denúncialas, si viene al caso. Todo lo que se expone a la luz queda patente, y lo que está patente es luz, hijo.

Se abrazaron y Julio le despidió con estas palabras:

—Una cosa te prometo, amigo Pablo. Que daré a conocer tu vida y tus escritos. Si ahora todos te han abandonado, no temas. Nunca en el futuro estarás solo, porque tus palabras se leerán con hambre y alcanzarán, como soñabas, los confines de la tierra. Al menos haré por ello cuanto esté en mi mano. ¿Tienes miedo a morir?

—Mi vida está en las manos de aquel que me la dio, no me pertenezco y esto es lo que me da toda la libertad. Ninguno de nosotros vive por sí mismo y nadie vive para sí mismo. En realidad, si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor. Así que ya vivamos ya muramos, somos del Señor, Julio. Por eso repito lo que hacía cantar a los músicos de Corinto:

Muerte, ¿dónde está tu victoria?

Muerte, ¿dónde está tu aguijón?

El apóstol le dedicó una última sonrisa con lágrimas en los ojos y quedó difuminado entre las sombras. Solo brillaba el resplandor de la argolla de la que pendían sus cadenas.

Fue la última imagen de Pablo grabada a fuego en el alma de Julio. Después pudo asistir a la segunda vista, en la que como ciudadano romano compareció acusado de *maiestas*, lesa majestad, según una ley promulgada por Nerón por oposición al culto estatal imperial.

—*Decapitatio!* —retumbó con la sentencia la cúpula de la basílica.

Condenado a muerte por el procedimiento considerado más rápido y honroso para un ciudadano, el de la decapitación.

Una mañana fue conducido por un grupo de lictores a lo largo de la calle que lleva a Ostia para salir por la *porta* Trigémina. Iba renqueando, titubeante de debilidad, pero con el espíritu fuerte y sereno cuando pasó por la pirámide de Cestio. Doblaron hacia la izquierda por un campo de pasto de ovejas. Una ciega llamada Petronila se le acercó para ofrecerle una venda con que taparse los ojos. Él la rechazó y tendió una última mirada hacia el Tíber a la derecha, y la vía Appia a la izquierda. ¡Pensar que ya habían pasado seis años desde que por primera vez entró por ella en Roma! Después de una media hora llegaron a una laguna, las *Aquae Salviae*, junto al tercer miliario.

Fue instantáneo. Puesto de rodillas con la cabeza inclinada musitó una oración. La espada del *speculator*, el encargado de las ejecuciones capitales, se alzó y un fulgor solar que restalló en la hoja afilada nubló la vista de Julio. En un instante rodó la cabeza más preclara y libre que había conocido, la del incansable viajero y predicador de la Buena Noticia, que con el tiempo llegaría a ser reconocido como el segundo fundador del cristianismo. Tendría unos sesenta años.

Se respiraba un contenido temblor de ángeles, acompasado por una brisa que susurraba versos

inéditos entre los pinos. Una matrona romana, con ayuda de sus esclavas, recogió el cuerpo, lo envolvió en sudarios y lo hizo transportar a dos millas del lugar del suplicio. Julio preguntó por su nombre. «Lucina se llama», le dijeron. En su hacienda, *in praedium Lucinae*, al borde del camino descansan los restos del que tanto había caminado,²² carne de resurrección, según él creía firmemente.

Con letras desmañadas se inscribió en una teja: *Locus Pauli*. Pero Julio pensó que la mejor inscripción para su tumba solo podría redactarse con sus propias palabras:

*Para mí vivir es Cristo
y morir ganancia.*

Quizás alguna vez alguien con el paso del tiempo elegiría tal epitafio.

* * *

Poco tiempo después pudo saber que el arma que segó la vida de su esposa Livia, encontrada en un meandro del Tíber, era una daga reglamentaria de la milicia romana. Solo faltaba una prueba más para relacionarla directamente con Selenio, y Julio no encontró otra forma de conseguirla que hacerle confesar. Esperó de madrugada durante horas, oculto entre sombras en la esquina de una calle cercana a su casa. De regreso de una de sus juergas, volvía del brazo de una prostituta. Julio le atrapó por el cuello y le amenazó con hundirle su puñal en la yugular, si no confesaba. Selenio, viéndose atrapado, cantó su culpa con todo detalle.

Livia se había citado con él para darle cuenta de su última decisión:

—Disculpa, Selenio. Todo esto ha sido un error. Estaba ofuscada y confundí una pasión instantánea con verdadero amor. Voy a dejarte, lo siento. Me he equivocado. Te aprecio, aunque creo que en realidad no sé cómo eres. Nunca he llegado a conocerte del todo. ¡Quiero a Julio, a quien toda mi vida he amado y siempre amaré! —lloró.

Selenio no pudo soportar aquellas tajantes palabras, y en un arrebato le hundió su daga en el pecho. Luego se deshizo del cuerpo y el arma arrojándolos al río.

—No pude contenerme, Julio. Ahora me arrepiento, te lo juro. No me mates, te lo suplico. Seré tu esclavo, si quieres —gimoteó.

Por un instante el prefecto fue preso de la ira. En otro tiempo le hubiera degollado allí mismo. Pero Julio recordó las palabras de Lucas: «¿Qué provecho vas a conseguir matándole?». Además, tuvo la certeza interior de que no era quién para juzgarle, como diría Pablo, y lo entregó a la justicia, que, tras un proceso sumarísimo militar, acabaría por condenarle a muerte.

Roma tuvo aún que esperar un año para liberarse de Nerón. El hambre hacia el mes de mayo hacía estragos en el pueblo, que estaba desesperado esperando la flota que debía regresar de Sicilia y Egipto cargada de trigo. Cuando el barco de Alejandría alcanzó por fin el puerto de Ostia, el chasco fue terrible: al descargarlo comprobaron que solo traía sacos de arena destinada al circo de Nerón. Encerrado en su palacio, al emperador le llegaban noticias sucesivas de desastres: la traición de Rubrio Galo al norte de Italia, la de Otón en Lusitania, el motín de la flota de Egipto con la disidencia de su gobernador Alejandro, junto a la defección de Fonteyo Capito y de las legiones de

la Baja Germania. Para colmo, el legado de la legión romana de África amenazaba con bloquear las naves que traían aprovisionamiento, decidido a reducir la población de Roma a base de hambre.

Entonces se corrieron falsos rumores por la Urbe: que Nerón iba a quemar Roma por segunda vez, soltar las fieras por las calles, o que haría envenenar a todos los senadores en un banquete. Pasaba de la euforia al abatimiento en su gigantesca y lujosa jaula de la *Domus Aurea*, hasta derribar la mesa preparada para comer o hacer añicos sus dos jarrones predilectos que representaban escenas homéricas.

—¡Me arrojaré al Tíber! —decía con aire de comediante trágico.

Otro día decidió presentarse enlutado ante el pueblo. Pero le disuadieron, temiendo por su vida. Entonces pensó en fugarse a Oriente con la flota de Ostia. Después le invadió la idea de la muerte y ordenó la preparación de polvos mortíferos a una vieja y rica envenenadora. Acto seguido decidió dejar la *Domus Aurea* y se refugió en sus Jardines Servilianos. Su ánimo oscilaba entre la depresión y la fuga. Volvió a pensar la posibilidad de huir por mar, pero los pretorianos se negaban a acompañarle.

Exhausto, descorazonado, decepcionado, iba de acá para allá con mil proyectos absurdos en la cabeza. Hasta que a medianoche de un día de primeros de junio, alterado por terribles sueños en los que salían de sus mausoleos sus víctimas asesinadas, un caballo alzaba sus pezuñas contra él o las estatuas del teatro de Pompeya le estrechaban para ahogarle, se despertó sobresaltado. Apenas había dormido tres horas acosado de pesadillas. Se sentó en la cama y aguzó el oído. Todo era silencio en la mansión, ni un ruido. Solo el viento chillaba o bramaba alternativamente en los árboles de los jardines con arcanos vaticinios de soledad y muerte. Saltó de la cama y recorrió en túnica de dormir las habitaciones. Estaban desiertas. No encontraba a nadie. Ni un servidor, ni un guardia, ni un soldado. Un pavor frío le subió del estómago a la garganta.

El emperador ignoraba que en esos momentos su prefecto Ninfidio Sabino había pactado definitivamente con el legado hispánico Galba adherirse a su causa. En los *castra praetoria* se corría que Nerón había huido a Egipto para así desligar a tribunos, prefectos y centuriones de sus vínculos. Julio, como todos los soldados, recibió la promesa de que se le daría un donativo de cuarenta mil sestercios si se deshacía de su juramento de fidelidad al emperador. Como los demás, los mercenarios germanos habían desertado de su puesto de guardia en los Jardines Servilianos.

Nerón regresó a su dormitorio. Solo un servidor anónimo apareció al fin respondiendo a sus gritos. Con miedo había comprobado cómo su propia guardia había saqueado muebles y objetos de valor dejando desnudas las habitaciones. Desesperado, buscó el veneno, pero no lo encontraba. Entonces envió a buscar a su amigo el gladiador Tiberio Claudio Epículo, para que le ayudara a morir. Pero el criado encargado de encontrarlo volvió solo.

—¿Qué pasa? ¿Ya no tengo ni amigo ni enemigo? ¿Nadie, ni siquiera para darme muerte? —retumbó su voz en la estancia.

Entonces corrió exaltado por los jardines con intención de tirarse al Tíber. Pero inesperadamente se encontró con dos libertos, Faón y Epafrodito.

—Ven a una mansión que hay cerca de la puerta Colina. Allí podrás recobrar ánimos.

En medio de una intensa lluvia emprendieron la fuga a caballo. Se detuvieron, pues el emperador, sediento, quería beber en una charca. Así lo hizo. A los libertos se les escapaban

comentarios jocosos al ver al *princeps* de tal guisa. El rostro de Nerón, en otro tiempo juvenil y firme, presentaba ahora abotargamiento, donde la nariz se hundía entre mofletes adiposos y su mentón se perdía en una papada grasienta.

Se dejó conducir como un sonámbulo entre las sombras. Entraron en la casa, le dieron un pedazo de pan negro y lo tumbaron sobre un jergón. Entonces enseñaron sus cartas. El ejército estaba sublevado, el Senado seguía a las legiones, las provincias se habían declarado en rebeldía, los pretorianos repudiaban al emperador.

—César —dijo uno de los libertos—, es tiempo de liberarte de los ultrajes que te amenazan. Piensa en tu muerte.

—Sí —reconoció llorando—, mi conducta ha sido vergonzosa, indigna de Nerón.

Pero intentó retrasar el momento. Pidió que cavaran una fosa, que trajeran columnas de mármol del jardín, que llevaran madera y agua para el rito posterior. Todo esto lo decía lloriqueando, luciendo sus dotes de actor para la última representación de su vida.

Entonces los testigos escucharon:

—*Qualis artifex pereo!* («¡Qué artista muere conmigo!»).

Poco después llegó un mensajero del Senado. Traía un papiro. Nerón se lo arrebató al portador. Acababa de declararle enemigo del estado y ordenaba su búsqueda como traidor de la patria para ser ejecutado.

—¿Qué castigo me espera, Faón?

—Los criminales, despojados de sus vestimentas, son ajustados a una horquilla para apretarles el cuello y arrojarlos a continuación al Tíber.

Nerón se puso a temblar convulsivamente. Cogió un puñal, comprobó su filo, pero se arrepintió:

—No, la hora marcada por el destino aún no ha llegado.

Otro liberto, Esporo, le agarró los pies. Nerón le pidió que iniciaran los ritos fúnebres, pero daba largas, no acababa de decidirse. Hasta que se escuchó un galopar de caballos en el jardín. Faón se lanzó al exterior a ver quiénes eran. Mientras tanto, Epafrodito, su secretario, decidió ayudar finalmente a Nerón a llevar el puñal a su garganta. Pero su cuerpo se contrajo y no pudo decidirse a hundírselo. Entonces el liberto tuvo que apoyar su espada para hincarla en el pecho del emperador.

Estaba aún vivo cuando un centurión irrumpió en la habitación. Al verlo moribundo, le aplicó con fuerza su manto sobre la herida para detener la hemorragia. Con los ojos en blanco el emperador suspiró:

—¡Demasiado tarde! —Finalmente fue capaz de balbucir estas enigmáticas palabras—: ¡Así es la fidelidad!

Acto seguido, expiró. El hombre que había dominado el imperio durante trece años y siete meses, yacía tirado sobre un jergón mientras se desangraba en medio de un lóbrego desván ante la gélida mirada de unos cuantos libertos y pretorianos. Contaba treinta años y cinco meses de edad, pero parecía un anciano achacoso.

* * *

Así Julio pasó capítulo a la historia de su vida, con dos muertes sucesivas que marcaban dos

fidelidades, la de un soldado del imperio y la de un buscador de la verdad. Desengañado de la eficacia de las armas, harto de corrupción, sediciones y sangre, acabó por abandonar la milicia para optar por su nuevo camino y dedicarse a lo que realmente le gustaba, el arte de la escritura.

Elena devolvió la alegría a su casa y la tranquilidad a sus hijos. Era una mujer silenciosa que no pesaba, no hacía ruido, parecía estar en todas partes y a la vez en ninguna. Menos a la hora del amor, que según le decía Julio, tenía algo de «volcán en erupción después de años dormido». Ambos acudían cada domingo a los ágapes y celebraciones de la cena del Señor como catecúmenos, de forma secreta, pues la persecución mantenía siempre a la comunidad en vigilia constante.

A veces volvía a reunirse con Lucas, que estaba terminando un libro sobre la Buena Noticia de Jesús. Julio y Elena no cesaban de preguntarle sobre cómo fueron su infancia, sus palabras, su muerte en Jerusalén.

Pero sobre todo evocaban a Pablo con añoranza. Una tarde acudieron juntos, Lucas, Elena, Rubria y Julio, a merendar a la alquería de la vía Appia, su oasis de paz. La serena transparencia de la tarde copiaba una azulada quietud que hacía tiempo enseñoreaba sus almas. En aquel ambiente de confianza, Julio se atrevió a preguntar a Lucas:

—Dime, amigo, en el fondo nuestro querido Pablo, ¿no tenía mal carácter?

—Tal vez sí. Tenía prontos. Son las dos caras de una misma moneda. Se necesita carácter, bueno y malo, para hacer lo que él hizo y mucho empeño y energía para llegar a donde llegó.

—¿No se le notaba a veces además un punto de orgullo? ¿No quería siempre tener razón?

—No sé qué decirte. Veía claro. Estaba tan persuadido de su verdad, que más que pretender salirse con la suya, se sentía invadido por una poderosa certeza, enviado, con la misión irrefrenable de proclamarla. Era tan libre por dentro que quería contagiar su libertad. Aprendí de él que el que busca la verdad requiere, cuando la encuentra, certeza y coraje para defenderla. Y, ya sabes, eran muchos los que se le enfrentaban, se oponían a su verdad, sobre todo los que más le dolían, los suyos. Pues él, en realidad, no quería romper con sus raíces judías, deseaba que el cristianismo más que una ruptura fuera una evolución de la ley mosaica, su culminación después de la venida del Mesías. Pero no le comprendieron, no le dejaron. Añadiría que nunca fue un místico de gabinete, era un gladiador del Señor. Y al mismo tiempo se sentía pequeño, humillado por sus debilidades, quebradizo vaso de barro repleto de un espíritu que le rebosaba a raudales. Era un hombre de contrastes, de paradojas. Tan pronto se ponía como ejemplo en sus cartas como no se atrevía a hablar, como le pasó una vez en Corinto. No era fácil conocerle bien, pero os aseguro, que siempre, al menos para el que se lo propusiera, fue muy fácil amarle.

—Y ¿por qué no contaba episodios de la vida del Señor, como tú haces? —terció Elena.

Lucas hizo una pausa y hundió sus cansados ojos en la distancia, un horizonte que deshilachado en nubes comenzaba a sangrar para despedir el día.

—Mira, Elena, Pablo no era un testigo de la primera hora, no convivió personalmente con Jesús. Pero su experiencia del Señor fue tan fuerte, tan luminosa, tan completa, que hablaba de lo que había visto en su interior, como si el Mesías quisiera completar, a través de Pablo, nuevas y maravillosas dimensiones de su Buena Noticia. Nunca lo he dudado: escribió con sus textos y con su vida otro Evangelio. Por eso le he dado tanto espacio en mi libro, cuando escribí sobre los hechos de los apóstoles. ¿Acaso no arde nuestro corazón cuando recordamos sus palabras, cuando leemos y

releemos sus cartas y saboreamos sus himnos? «Ni la vida, ni la muerte, ni los ángeles, ni los poderes, ni el presente, ni el futuro, ni las potencias, ni las alturas, ni las profundidades, ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús». Esa era su única gloria, toda su ley, toda su seguridad.

Los cuatro se ensimismaron y hundieron en el silencio del crepúsculo. Un tordo trazaba en el cielo pausados giros de despedida, como si quisiera rubricar la plenitud de la creación, comenzada en la primera mañana del mundo y llamada al abrazo universal del hombre y el cosmos. Ellos se estrecharon las manos gozosos y agradecidos, pues habían descubierto que no hay ni ayer ni mañana, ni dolor insuperable, ni muerte definitiva, sino un resplandor eterno, un ahora que percibían dentro de sí mismos inundado de infinito.

Apéndice

Historicidad, fuentes y controversias

Una novela histórica sobre Pablo de Tarso, el personaje más importante y complejo de los albores del cristianismo, es siempre un enorme desafío. Por una parte, se trata también de la figura más documentada del Nuevo Testamento, gracias sobre todo a sus cartas, valiosísimo testimonio personal, y a *Los hechos de los apóstoles*, que vienen a ser en gran parte la primera crónica biográfica del apóstol. Por otro lado Pablo fue muy conflictivo en vida y lo ha seguido siendo a través de la historia, suscitando una intensa polémica y controversia hasta nuestros días entre biblistas, teólogos, lingüistas, historiadores, exegetas e investigadores creyentes, agnósticos o ateos, cristianos o judíos. Ha sido predicado, mitificado, manipulado y estudiado con pasión. Desde la herejía del dualista Marción en el siglo II, a recientes estudios que pretenden demostrar que Pablo no dejó de ser judío y nunca fue cristiano, pasando por la teoría de la justificación por la fe de Lutero en el siglo XV, que dio origen a la Reforma, y la rocambolesca tesis de que fue el culpable remoto del exterminio nazi durante la Segunda Guerra Mundial.

Pese a las innumerables aportaciones bibliográficas de todos los tiempos, uno tiene la impresión de que Pablo de Tarso es un gran desconocido, sobre todo para el gran público. Toda la cultura del hombre de la calle suele reducirse a que es «aquel que se cayó del caballo para convertirse de perseguidor de los cristianos en su mayor apóstol entre los gentiles», junto a la enigmática impresión de haber escuchado ocasionalmente la lectura de sus cartas en algún templo durante una misa o una boda. Porque así como los Evangelios, por mucho que algunos discutan su historicidad, contienen narraciones y parábolas cuyo mensaje más o menos se entiende e incluso puede llegar a cautivar, Pablo resulta demasiado «subido», conceptual o teológico para un lector medio, o produce la impresión de radical, orgulloso, polemista y hasta antipático para el que no profundiza en su personalidad.

La novelística y el cine tampoco han contribuido mucho, por parcialidad o superficialidad, a superar esta imagen. Muchas veces estas reconstrucciones se quedan en anecdóticas narraciones y películas «de romanos», por desgracia espolvoreadas de escenas pietistas y apologéticas que no nos adentran en el auténtico perfil humano y el profundo pensamiento de Pablo.

No es la intención de este libro encerrar en unas páginas el cabal retrato tanto biográfico como teológico del judío de Tarso. Ni mucho menos sustituir las numerosas biografías y estudios de eruditos de todos los tiempos, que han diseccionado y siguen analizando hoy día su vida y su obra. Esta novela pretende presentar un abocetado fresco del personaje, eso sí, como acostumbro en mis

novelas históricas con fidelidad a los datos existentes, enmarcándolo en el ambiente sociológico y la cultura de su tiempo. Con este fin y respetando con rigor las fuentes que poseemos sobre Pablo, he intentado reconstruir el marco de su circunstancia religiosa, política y social, la cultura y las costumbres en las que vivió inmerso, gracias al desarrollo de la figura de Julio, el centurión que le condujo preso a Roma y que, según narra Lucas, le trató con afección y respeto. Este recurso, ampliado por la ficción y completado con los datos que aportan la arqueología, la sociología y los escritos de su tiempo, me permite describir el contexto imperial en que nació, predicó y murió el apóstol. Por último, la narración en dos tiempos vehicula tanto la reflexión posterior de su amigo Lucas en Roma, como el papel de antagonista atribuido a Nerón, prototipo de crueldad, corrupción y deterioro de un imperio.

La gran pregunta ante un proyecto como este es cómo afrontar los temas polémicos, teniendo en cuenta que la literatura narrativa ha de ser el arte de lo concreto y no una especulación ensayística, reservada a especialistas. Por ejemplo, ¿llegó a misionar Pablo en Hispania, como apuntaba en sus deseos explícitos de alcanzar los confines de la tierra? (Rom. 15, 24 y 28). El testimonio más seguro a favor de esta tesis es el de Clemente Romano, tres décadas después de los hechos, que afirma que Pablo había llegado a Occidente, considerado entonces desde Roma como el extremo del mundo, y localizado por Filóstrato en Gades, actual Cádiz. Lo da por sentado también el famoso *Canon de Muratori*, que muestra cómo la noticia del viaje a Hispania estaba admitida en las comunidades del siglo II y III. Abunda Jerónimo añadiendo que había realizado el viaje por mar, como Cirilo de Jerusalén (315-386), Epifanio (438-496) y Juan Crisóstomo (344-407). Según un santoral griego (*menologio*), Pablo habría convertido en España a Xantipa. Otra referencia a su estancia en Hispania se encuentra en un apócrifo muy antiguo llamado *Los hechos de Pedro*, escrito al parecer antes del 200, que, con ocasión de la llegada a Roma del príncipe de los apóstoles, añade: «Afirmaba Aristón [el que aloja a Pedro en Roma] que desde que Pablo había partido para Hispania no había hallado ningún hermano del que pudiera recibir refrigerio espiritual». Y hay una antigua tradición de su visita a Tarraco, actual Tarragona, donde, por cierto, aún se venera el lugar en el que habría predicado y quizás por eso la ciudad llegó a ser considerada sede primada de España a pesar de la primacía histórica de Toledo. ¿Es científicamente irrefutable esta hipótesis? No, pero, como otros muchos autores, he optado por ella en esta novela.²³

Otra cuestión sometida a examen por los especialistas es la autoría de las cartas de Pablo y el lugar desde donde fueron redactadas.²⁴ Suelen distinguirse las llamadas epístolas paulinas auténticas, que tienen en Pablo de Tarso su autor prácticamente indiscutido, de las epístolas paulinas pseudoepigráficas —también llamadas deuteropaulinas—, un conjunto de escritos epistolares que se presentan como suyos, pero que la crítica moderna, conocedora del fenómeno de la pseudoepigrafía, típico de las obras antiguas orientales y griegas, atribuye en grado diverso a otros autores asociados con Pablo.

Las llamadas epístolas auténticas (Epístola a los romanos, Primera y Segunda Epístola a los corintios, Epístola a los gálatas, Epístola a los filipenses, Primera Epístola a los tesalonicenses —probablemente la más antigua—, y Epístola a Filemón),²⁵ dirigidas a creyentes cristianos de las iglesias que el apóstol fundó durante sus viajes misioneros después de su conversión, conforman la sección más antigua del corpus del Nuevo Testamento: la crítica bíblica moderna sostiene de forma

prácticamente unánime que fueron escritas por la mano del apóstol apenas veinte o veinticinco años después de la muerte de Jesús de Nazaret.

De todas ellas la considerada más ajena a la pluma de Pablo por la crítica bíblica actual es la carta a los hebreos. De hecho, en su texto no se indica ni el remitente ni los destinatarios y, en el siglo II, Ireneo de Lyon dijo que la mentalidad era paulina, pero que la pluma solo Dios lo sabe. Abunda en esta tesis Orígenes (Cf. Eusebio de Cesarea, HE 6, 25, 14). Por esta razón, esta carta no se cita en esta novela.

Según Raymond Edward Brown, el 80-90 por ciento de la crítica considera pseudónimas las llamadas «cartas pastorales»: la Epístola a Tito, la Primera Epístola a Timoteo y la Segunda Epístola a Timoteo, aunque otros alegan la cantidad de datos personales aportados para avalar la autoría y piensan que no es una cuestión cerrada. También señala el citado autor que el 80 por ciento más o menos de la crítica considera pseudónima la Epístola a los efesios; el 60 por ciento de la crítica considera pseudónima la Epístola a los colosenses; y aproximadamente el 50 por ciento de la crítica considera pseudónima la Segunda Epístola a los tesalonicenses. Sin embargo, algunos autores, como los miembros de la Escuela Bíblica y Arqueológica Francesa de Jerusalén, sostienen la autoría paulina de estas cartas, en particular de la Epístola a los colosenses, argumentando que las variaciones en el estilo y en la temática se pueden justificar por el cambio del marco histórico en que se escribieron.

Con todo, el que estos escritos canónicos puedan ser pseudoepigráficos o deuteropaulinos, lejos de quitarle importancia a Pablo de Tarso, se interpreta como una consecuencia más de la gran relevancia atribuida al apóstol. Significaría que una «escuela», quizá ya establecida en torno al mismo Pablo y depositaria de su legado, recurrió a la autoridad del apóstol para validar sus escritos.

En cualquier caso, las epístolas paulinas perduraron mucho más allá de la ocasión en que fueron escritas, e hicieron de su autor una de las personalidades más influyentes de la historia de la cristiandad. En esta novela, como es obvio, no se pretende un estudio completo ni mucho menos crítico de las mismas, que la haría indigesta para la mayoría de los lectores, sino que son citadas como flashes de acercamiento a los hechos biográficos, al mundo interior, su pensamiento y también la psicología del protagonista.

Hay otros muchos aspectos debatidos sobre Pablo, como su postura ante la ley mosaica, su enfrentamiento a Santiago y la Iglesia de Jerusalén, su pretendido antifeminismo, su orientación teológica, sus arrebatos místicos y otros, que esta novela sugiere de pasada sin pretender una tesis definitiva sobre los mismos.

Tanto la tradición eclesiástica como los análisis historiográficos y exegéticos coinciden en señalar que la muerte de Pablo acaeció en Roma bajo el gobierno de Nerón, y que tuvo un carácter violento. Ignacio de Antioquía señaló el martirio de Pablo en su carta a los efesios XII del siglo II. Respecto de la fecha, existe una tradición de su muerte en la misma época que Pedro (año 64 d.C.) o un poco más tarde (67). Como el mandato de Nerón se extendió entre los años 54 y 68, la mayoría de los autores modernos tienden a señalar que la muerte del apóstol se produjo antes de lo apuntado por Eusebio de Cesarea, sobre el 58 o 60.

Existe documentación sobre el culto a Pablo en Roma y su posterior extensión por distintas localidades europeas y norteafricanas. Hay un testimonio de su sepultura en la vía Ostiensis del

presbítero Gayo a fines del siglo II o principios del siglo III, y un calendario litúrgico del siglo IV sobre el entierro de los mártires. «Yo puedo mostrarte los trofeos de los apóstoles; si quieres ir al Vaticano o a la vía Ostiensis, encontrarás los trofeos de los fundadores de esta Iglesia». ²⁶ Coincide a este respecto la *Pasión de Pablo* del Pseudo Abdías (siglo VI) que ubica la sepultura del apóstol «fuera de la ciudad [...], en la segunda milla de la vía Ostiensis», en concreto «en la hacienda de Lucina», una matrona cristiana, donde más tarde se levantaría la basílica de San Pablo Extramuros.

No faltan tradiciones de carácter legendario como la que aparece en *Los hechos de Pedro y Pablo*, escrito en el siglo V por el Pseudo Marcelo, que aparte de señalar como lugar del martirio las *Acquae Salvie*, en la vía Luarentina, hoy abadía de las Tre Fontane, cuenta que su cabeza tras la decapitación dio tres rebotes, abriendo tres fuentes o vías de agua. ²⁷

En 2002, arqueólogos del Vaticano iniciaron unas excavaciones que dieron como fruto el descubrimiento en 2006 de restos óseos en un sarcófago de mármol situado bajo el altar mayor de la basílica romana de San Pablo Extramuros. La tumba fue datada aproximadamente en el año 390, y tras la aplicación de la técnica del carbono 14 a los huesos, se pudo comprobar que se remontan al siglo I o II. Benedicto XVI hizo público el resultado de estas investigaciones en 2009, expresando su convicción de que por los antecedentes, ubicación y datación podría tratarse de los restos de Pablo de Tarso.

Muy pronto, después de un tiempo de olvido y hasta rechazo de algunos, se inició el debate que prosigue hasta hoy sobre Pablo. Para Clemente de Roma los motivos de su muerte fueron «celos y envidia». Los padres apostólicos de los dos primeros siglos coinciden en manifestar su admiración por él, como Policarpo de Esmirna que asegura: «Porque ni yo ni otro alguno semejante a mí puede competir con la sabiduría del bienaventurado y glorioso Pablo, quien, morando entre vosotros, a presencia de los hombres de entonces, enseñó puntual y firmemente la Palabra de la verdad; y ausente luego, os escribió cartas, con cuya lectura, si sabéis ahondar en ellas, podréis edificaros en orden a la fe que os ha sido dada». Sin embargo la corriente judeo-cristiana de la Iglesia primitiva tendió a ser refractaria a Pablo, a quien pudo considerar rival de Santiago y Pedro, los líderes de la Iglesia de Jerusalén. Los padres de la Iglesia posteriores coinciden en señalar a Pedro y Pablo como los pilares de la Iglesia. Entre ellos Ireneo de Lyon, que lo defiende frente a las desviaciones de Marción y los gnósticos.

Vendrán después la teología de Agustín de Hipona contra el pelagianismo, las interpretaciones de Martín Lutero, Juan Calvino, John Wesley, Friedrich Nietzsche, Paul de Lagarde, Karl Barth, Raymond E. Brown y un largo etcétera en la que entran numerosos estudios de teólogos modernos y contemporáneos. Algunos investigadores contemporáneos como Krister Stendahl, Lloyd Gaston, John G. Gager, Neil Elliott, William S. Campbell, Stanley K. Stowers, Mark D. Nanos, Pamela Eisenbaum, Paula Fredriksen, Caroline Johnson Hodge, David J. Rudolph y, en España, Carlos A. Segovia, han defendido la tesis de que Pablo no buscó superar ni reformar el judaísmo, sino incorporar a los gentiles a Israel por medio de Cristo sin obligarles a renunciar a su condición de gentiles. Esta interpretación, determinada «nuevo enfoque radical sobre Pablo», añade nuevos matices tanto a la interpretación cristiana tradicional como a la llamada «nueva perspectiva sobre Pablo» de James D. G. Dunn y Nicholas Thomas Wright, según la cual Pablo se propuso reformar el judaísmo.

Sirva este apretado resumen para asentar que la complejidad de nuestro personaje rebasa con creces los moldes de una novela que solo pretende acercarlo al lector de hoy haciéndolo vivo desde una aproximación literaria y abrir boca a otras lecturas a aquellos que quieran profundizar en su personalidad y trayectoria.

No es propio de este género literario aducir una bibliografía crítica. Me limito a señalar algunas obras para quienes quieran complementar sus conocimientos con algunos libros que se mueven en el ámbito de la alta divulgación o la investigación asequible. Entre las biografías sugiero las siguientes: *San Pablo, heraldo de Cristo* (Herder, 1953-2009), de Joseph Holzner, un clásico elogiado por el entonces secretario de estado cardenal Pacelli, futuro Pío XII; *Pablo, el apóstol de las gentes* (San Pablo, 1997-1999), de Rinaldo Fabris; *Pablo de Tarso y los orígenes del cristianismo* (Sígueme, 1989), de G. Barbaglio; *Pablo de Tarso* (Sígueme, 1982) de G. Borkamm; *Pablo, su historia* (San Pablo, 2008), de Jerome Murphy-O'Connor, un dominico de la École Biblique et Arqueologique Française de Jerusalén; *Pablo apóstol, ensayo de biografía crítica* (Desclée, 2005), de Simón Légasse; *Pablo, el apóstol de los paganos* (Sígueme 1996-2007), de Jürgen Becker, quizás una de las más científicamente críticas; *Pablo de Tarso, apóstol y testigo* (Herder, 1988), de Joachim Gnilka; *Pablo, apóstol y mártir* (Palabra, 1973), de Jean Colson; *Itinerario espiritual de San Pablo* (Herder, 1966), de Luicen Cerfaux; *Nacido a tiempo. Una vida de Pablo el apóstol* (Verbo Divino, 1994), de Jordi Sánchez Bosch; y como síntesis de todos los temas paulinos, *Pablo de Tarso*, de Juan José Bartolomé Lafuente (CCS, 210). Tuvo impacto en el lector español de su tiempo, y en mi opinión, sigue siendo un libro válido *El Evangelio de Pablo* (Sal Terrae, 1988), del famoso canónigo español, José María González Ruíz.

Para una comprensión más fácil y cercana de un lector medio recomiendo vivamente *Hasta los confines de la tierra* (3 vols. Verbo Divino, 2005-2007), del profesor José Luis Sicre, SJ. A medio camino entre la novela y el ensayo, el autor, que había abordado el estudio de los Evangelios anteriormente con *El cuadrante*, analiza con rigor de forma popular e inteligible, a través del diálogo de Andrónico con su familia, la exégesis y los temas más importantes de *Los hechos de los apóstoles* y las cartas de San Pablo. Otra recreación asequible, esta vez en primera persona, la lleva a cabo el también profesor François Vouga con *Yo, Pablo: las confesiones del apóstol* (Sal Terrae, 2006), aunque en mi opinión de manera algo farragosa.²⁸ Obra colectiva de consulta muy útil es el *Diccionario de San Pablo* (Monte Carmelo, 1999).

Para *Los hechos de los apóstoles* pueden leerse W. A. Meeks, *Los primeros cristianos urbanos*, Salamanca 1988; J. Roloff, *Hechos de los apóstoles*, Madrid 1984 y J.A. Fitzmyer, *Los hechos de los apóstoles*, I-II, Madrid, 2003.

Para hacerse una idea del marco geográfico y descripción de los viajes de Pablo: *Tras los pasos de San Pablo*, guía ilustrada de los viajes de Pablo (San Pablo, 2008), de Peter Walker, y *Por las rutas de San Pablo, ciudadano romano, apóstol y mártir* (Palabra, 1981), fruto de una serie de televisión emitida en los años setenta por Televisión Española y presentada por el profesor Salvador Muñoz Iglesias. Más erudito: Gerd Theisen, *Estudios de sociología del cristianismo primitivo*, (Sígueme, 1985).

Como ampliación del contexto histórico y cultural: J.D. Crossan y J.L. Reed, *En busca de Pablo: el imperio de Roma y el Reino de Dios en una visión de las palabras y el mundo del apóstol*

de Jesús (Verbo Divino, 2006); Romano Penna, *Ambiente histórico-cultural de los orígenes del cristianismo* (Desclée, 1994); Joaquín González Echegaray, *Los hechos de los apóstoles y el mundo romano* (Verbo Divino, 2010). Sobre el emperador Nerón: Edward Champlin, *Nerón* (Tuner, 2006); Philipp Vanderberg, *Nerón, el emperador artista* (Vergara, 2005); Jacques Robichon, *Nerón, de la comedia al poder* (Edaf, 1989); Alain Darne, *Diario de Nerón* (Edhasa, 1995), y la discutida y dicen que exagerada *Vida de los Césares* (Gredos, 1992-Homo legens, 2006), del escritor romano Gayo Suetonio Tranquilo.

A la hora de los agradecimientos es para mí obligado citar el asesoramiento impagable del especialista en San Pablo, José Ramón Busto, SJ, profesor ordinario de Sagrada Escritura en la Pontificia Universidad Comillas, que ha seguido paso a paso la elaboración de este libro y lo ha iluminado con sus indicaciones y sugerencias. Y, una vez más, a la editorial La Esfera de los Libros, que sigue siendo fiel con el paso de los años a la publicación de mi obra.

Por último, quiero añadir dos palabras sobre la experiencia que me ha supuesto la investigación y redacción de este libro. A pesar de mi formación filosófica y teológica, Pablo seguía siendo en mi acervo cultural, como para tanta gente, un personaje enigmático, a veces contradictorio, con un punto de soberbia, excesiva seguridad y cierta lejanía de la sencillez encantadora de los relatos evangélicos. Hoy, tras este trabajo, lo siento más próximo y humano. Nunca deja de ser misterioso e inabarcable, es cierto, pero, situado en su contexto y tras una aproximación a su evolución personal y espiritual, aprecio lo siguiente: Pablo de Tarso resulta enormemente moderno. Primero por su libertad e independencia. Es lo que hoy llamaríamos un *outsider*, alguien que ha visto claro y no renuncia nunca a sí mismo, a la trayectoria que ha emprendido por propio convencimiento. Todo lo contrario al gregarismo de las masas, las modas, los partidismos, lo que está establecido, de muchos creyentes a través de la historia. Era y es un rompedor iluminado y valiente.

A ese convencimiento llega por una demoledora experiencia mística. Hoy los estudiosos defienden que esta no fue instantánea, sino un proceso. Me importa poco si cayó de su caballo, derribado por una luz o fue pedagógicamente ilustrado por Dios. Lo indiscutible es que emprendió un camino propio, casi divergente o al menos complementario de la ley y en parte del adquirido por los doce (o trece, si incluimos a Santiago, el hermano de Jesús), con la vivencia directa de los que conocieron a Jesús personalmente, pero que aportó a la primitiva Iglesia un acerbo teológico escrito que permitió la difusión del Evangelio y la consolidación de las primeras comunidades. Hoy se está produciendo un regreso espontáneo a la mística en una sociedad desengañada de su centralización en el hombre y la materia durante el siglo XX y en los albores del XXI. La biografía de Pablo demuestra que Dios puede intervenir e interviene directamente a través de la iluminación de un ser humano para cambiar la historia.

Por otra parte, la fuerza de su personalidad contrasta con sus debilidades. Es todo un carácter con reacciones apasionadas y extremas. No es el santo «equilibrado» y contenido, que a veces se vende como modelo de virtud en la vida de la Iglesia. Es un profeta, que alienta, denuncia y construye. El que sea consciente de su fragilidad, sus enfermedades, sus limitaciones, lo hacen además muy atractivo y cercano, entre otras razones porque, aunque se defienda lo contrario, todos los santos han sido hombres falibles y han tenido su talón de Aquiles, si se investigan a fondo. Su vaso de barro es la mayor grandeza de Pablo. Y eso nos consuela y anima a muchos a quienes

nuestras flaquezas nos hacen sentir con la vida a flor de tierra.

Junto al fustigador enérgico de algunas de sus cartas me he encontrado con un Pablo tierno, amigo de sus amigos, que no escatima el elogio cuando viene al caso, que quiere a su gente y la echa de menos, que llora su ausencia y no oculta sus múltiples penalidades y sufrimientos. Al mismo tiempo, en su estilo epistolar, en esas cartas escritas en posadas malolientes, quebradizas embarcaciones, caminos arriesgados, cárceles inmundas, casas de amigos y enemigos, con el cuerpo y el alma literalmente apaleados, emerge un intelectual, el primer teólogo de la historia lleno de matices, precisiones e intuiciones geniales. Es el creador, después de la predicación oral de Jesús, que sistematiza por escrito y aplica a su tiempo, sin dejar el estilo epistolar, el mensaje del cristianismo; y el que tiene que adaptar al contexto greco-latino y la civilización romana la Palabra liberadora de Jesús de Nazaret.

El marco del helenismo, del judaísmo y las leyes del imperio en que vivió en su triple índole de fariseo erudito, educado en Tarso y ciudadano romano, ilustra temas tan actuales como el pluralismo cultural y religioso, el diálogo o enfrentamiento con las instituciones estatales del judaísmo, del imperio y las descarnadas formas de vida de una sociedad belicista, egoísta, hedonista, cruel e impositiva. Del estrecho corsé geográfico de Palestina lanza la Palabra al mundo global de su tiempo.

Pero sobre todo emociona la centralidad del Mesías Jesucristo en su vida hasta el extremo de identificarse con él; creer principalmente en la resurrección como plenitud de nuestra supervivencia; no temer al dolor ni la muerte, y considerar basura todo lo demás. Se dirá que la condición indispensable para esta actitud es la fe y que nada de lo dicho es aplicable a un no creyente. En parte es cierto, pero ¿no lo es también que cualquier ser humano poseído por un ideal que lo lleva adelante contra viento y marea produce admiración y contagia entusiasmo a quienquiera que lo estudie con respeto?

Ojalá que tal experiencia pueda contribuir, a través de esta novela histórica, a un primer acercamiento a Pablo y el cristianismo primitivo, y quién sabe si a encontrar otra dimensión de la vida en un mundo dominado por el pensamiento único y un inmediatez que acorta horizontes y hace rayar a la cultura actual en la vulgaridad, bajo el dominio del imperio absoluto del dinero. Aunque tampoco sea la escasez ni la pobreza buscada, sino algo más, lo que hace al hombre feliz.

Ya el filósofo Epicteto se respondía a esta pregunta: «Miradme —dice el cínico—: estoy sin hogar, sin patria, sin bienes, sin esclavo; no tengo ni mujer ni hijos, ni un pequeño palacio, sino tierra y cielo y un único pequeño manto raído. Y sin embargo, ¿qué me falta? No estoy sin preocupaciones y sin miedo, no soy libre».

Porque la libertad es algo más —responderá Pablo—, un horizonte que nos arrastra desde dentro y con nosotros a toda la creación, que gime aguardando recobrar esa armonía perfecta a través de lo único que da sentido a todo, «el ceñidor de la unidad consumada», el amor.

Tabla cronológica indicativa

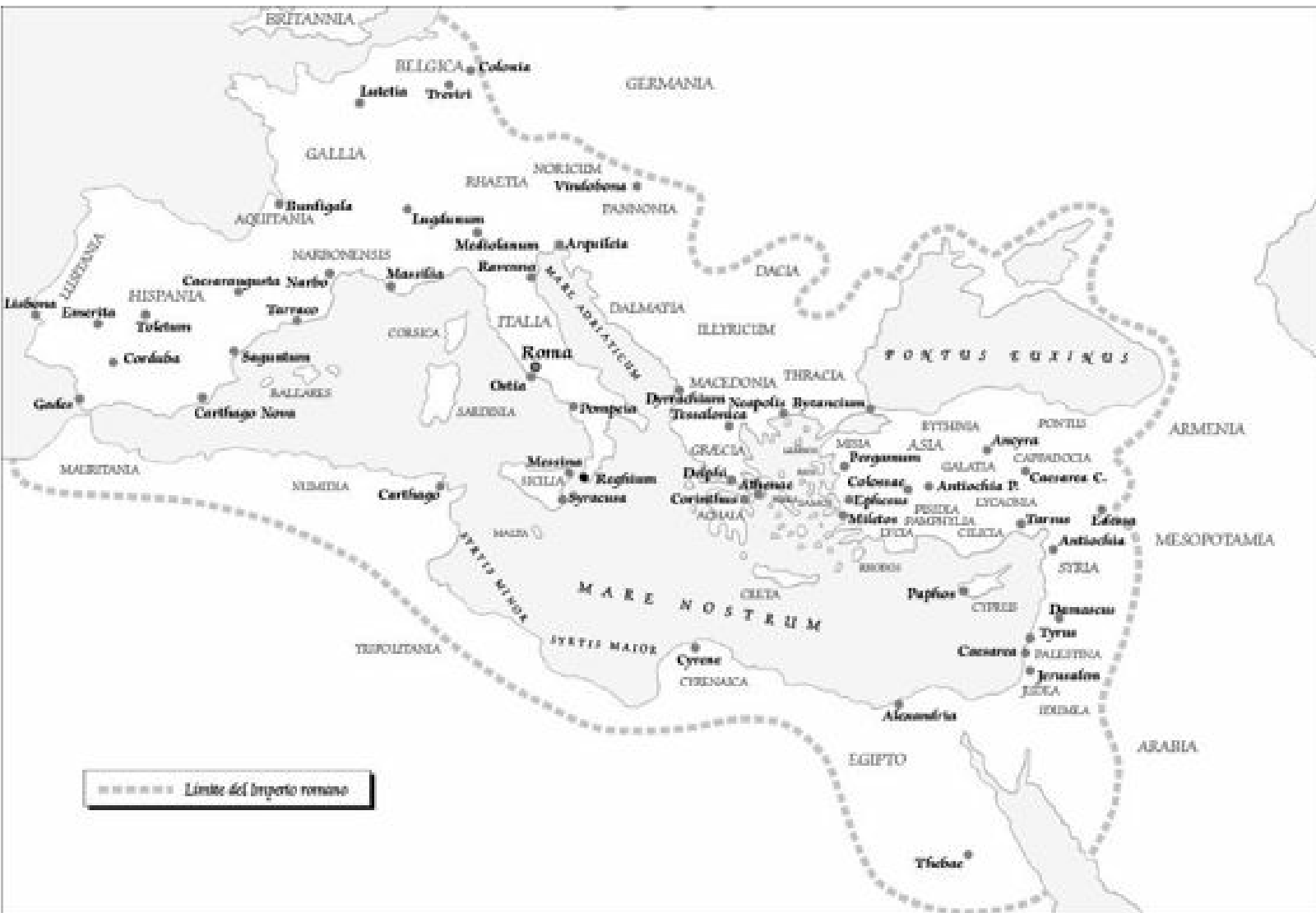
Dado el género narrativo de este libro he obviado mencionar fechas. Para el lector curioso ofrezco a continuación una tabla cronológica indicativa. Como he insinuado, es en extremo difícil precisar dicha cronología paulina, sobre la que discrepan los autores. Hay un par de indicadores que se pueden tomar como ciertos: una carta del emperador Claudio a la ciudad de Delfos, que esta hizo cincelar en piedra y exhibir públicamente, en la cual se hace mención de su «amigo Galión, procónsul de Acaya». De esta inscripción se infieren como fechas de la toma de posesión de Galión, junio del 51 o 52 d.C. Es probable que Pablo compareciera ante el tribunal de Galión hacia agosto del 52, y entonces habría permanecido dieciocho meses en Corinto.

La segunda fecha que se considera más o menos segura es la sustitución de Félix por Festo en Cesarea durante el verano del 59 o 60. Las opiniones se dividen respecto a las de la conversión y el Concilio de Jerusalén. El hecho es que al morir apedreado Esteban (año 33 o 34), Pablo es llamado «joven» y al mismo tiempo es un personaje eminente, por lo que podría rondar los treinta años y entonces haber nacido entre los años 1 y 5. Cuando escribe su carta a Filemón podría tener treinta años de edad más, pues se le llama «encanecido», lo que hace suponer que podría haber muerto con sesenta años o más, un año antes de la muerte de Nerón. Los que como Becker opinan que Pablo nunca salió de Roma apuntan al 50 o el 60. En todo caso entre las diversas hipótesis discutidas, esta es la que, con Holzner, hemos elegido libremente para la novela.

AÑO	HECHOS	EMPERADOR
1-5 d.C.	Nacimiento.	Augusto † 14 d.C.
30 d.C.	Año de la muerte de Cristo.	
33-34 d.C.	Apedreamiento de Esteban; conversión de Pablo.	Tiberio 14-37 d.C.
34-36 d.C.	Permanencia en Arabia.	
36-37 d.C.	Primer viaje a Jerusalén.	
37-42 d.C.	Permanencia en Tarso.	Calígula 37-41 d.C.
42 d.C.	Llegada a Antioquía.	Claudio 41-54 d.C.
44 d.C.	Año de hambre y viaje intermedio a Jerusalén.	
45-48 d.C.	<i>Primer viaje.</i>	
48-49 d.C.	Concilio apostólico; disputa con Pedro en Antioquía.	
49-52 d.C.	<i>Segundo viaje.</i>	
49-50 d.C.	Filipos.	
50-51 d.C.	Tesalónica y Berea.	
51-52 d.C.	Cartas a los tesalonicenses.	
53-58 d.C.	<i>Tercer viaje.</i>	
54-57 d.C.	Éfeso.	
54-55 d.C.	Carta a los gálatas.	Nerón 54-68 d.C.
56 d.C.	Primera carta a los corintios.	
57 d.C.	Huida de Éfeso. Segunda carta a los corintios; excursión a Iliria.	
57-58 d.C.	Invierno en Corinto; carta a los romanos.	
58 d.C.	Último viaje a Jerusalén.	
58-60 d.C.	Prisión en Cesarea.	
60-61 d.C.	<i>Viaje a Roma.</i>	
61-63 d.C.	Primera prisión romana; cartas desde la prisión.	
63-66 d.C.	Viajes de visita en el Oriente; misión en Creta; viaje a Hispania.	

66-67 d.C.	Regreso deHispania; invierno en Nicópolis. Cartas pastorales. (?)	
67 d.C.	Segunda prisión romana. Degollación.	

El Imperio romano y sus provincias en el siglo I



- 1 Conocida siglos después como cárcel Mamertina.

2 Ochocientos kilómetros.

3 Actual Jabel Alakhra (mil setecientos veintiocho metros).

5 Doscientos veinticinco kilómetros.

7 Ciento cuarenta y cinco kilómetros.

8 Hoy Larnaka, cercanías de Limasol y de Pafos «la antigua» respectivamente.

9 Un estadio equivale a ciento ochenta y cinco metros. Según Estrabón el perímetro de Chipre sería de seiscientos treinta y dos kilómetros aproximadamente.

10 Hoy lago de Egirdir. De setecientos cincuenta kilómetros cuadrados, toma su nombre actualmente de esta ciudad.

11 Mito citado por J. L. Sicre, *Hasta los confines de la tierra*, vol. 2, Editorial Verbo Divino, Estella, 2005-2007, pp. 85 y ss.
Reproducido en internet en: <http://www.elhuevodechocolate.com/mitos/mitos-14.htm>.

12 Algunos sostienen que Timoteo era uno de los que le acompañaban desde Berea y luego volvió. En todo caso, Pablo se quedó solo en Atenas.

13 Unos seis kilómetros.

17 De *sublica*: estacas de madera.

18 Setenta kilómetros aproximadamente.

21 Se ha discutido si la carta a los filipenses, escrita en la cárcel por Pablo, fue redactada durante su cautiverio en Éfeso o en Roma. También se ha puesto en duda la unidad de la misma por cambios de tema, tono y situación que podrían indicar la procedencia de fragmentos distintos unidos en una sola carta. Por esta razón y por conveniencia narrativa, esta novela divide su lectura en diversas ocasiones.

23 El estudioso luterano Jürgen Becker piensa que el viaje a Hispania quedó en suspenso como otros proyectos frustrados por las circunstancias, porque Lucas hubiera informado de él y los documentos citados de Clemente y el *Cánon de Muratori* habrían sido copiados de la cita de la carta a los romanos (*Pablo, el apóstol de los paganos*, Salamanca, 2007, p. 563). Sin embargo, con las mismas fuentes se puede defender exactamente la tesis contraria. El tema convocó un congreso internacional de especialistas en Tarragona durante el mes de junio de 2008. Aunque no es posible llegar a una conclusión definitiva, según el profesor de Nuevo Testamento y decano de la Facultad de Teología de Cataluña Armand Puig i Tàrrrec, existen razones para afirmar como «plausible y altamente probable» que Pablo haya realizado una misión en Tarragona en condiciones penosas debidas a su condición de exiliado.

²⁴ Sobre Pablo como escritor cfr. entre otros: J. Becker, *Pablo, el apóstol de los paganos*, pp. 19 y ss.; J. J. Bartolomé, *Pablo de Tarso*, pp. 85-87; J.J. Sicre, *Hasta los confines de la tierra*, parte II, apéndice 4, pp. 409 y ss. Un resumen se encuentra en internet: Wikipedia, voz «Epístolas paulinas», de la que aquí, por su claridad y capacidad de síntesis, reproducimos algunos párrafos.

25 La carta a Filemón, según muchos autores, podría haber sido escrita durante la prisión de Pablo en Éfeso. Por razones de conveniencia narrativa esta novela la sitúa en la cárcel de Roma.

28 En él hemos inspirado la confesión en primera persona sobre la infancia de Pablo (capítulo 2 de esta novela).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Pedro Miguel Lamet, 2015
© La Esfera de los Libros, S.L., 2015
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2015
ISBN: 978-84-9970-342-0 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.